IÑIGO AGUAS



LA TEORÍA DEL ODIO

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. CODY: Los gritos

2. CODY: Pronto

3. CODY: Lo que encuentra el miedo

4. Alastair: La familia Everscourt

5. Alastair: El chico detrás de la barra

6. Alastair: Ya no hay vuelta atrás

7. CODY: Un nuevo enemigo

8. Alastair: Clase B

9. Alastair: Tomar una decisión

10. CODY: Las copas al suelo

11. CODY: Fuera

12. Alastair: Uno de los dos

13. Alastair: La cacería

14. Alastair: Déjalos en paz

15. CODY: En apuros

16. CODY: Estás sangrando

17. CODY: Rojo sobre blanco

18. Alastair: No confíes en nadie

19. Alastair: Abre

20. CODY: ¿Lo vas a olvidar?

21. CODY: Forastero

22. CODY: Vacío

23. Alastair: Lo que perdemos en un robo

24. Alastair: Un final que ya se ha escrito

25. CODY: Besar al villano

26. CODY: Abrirle la puerta al enemigo

27. CODY: El camino de los ojos

28. CODY: La misma pesadilla

29. CODY: La sangre no es mía

30. Alastair: La imagen lo es todo

31. CODY: La teoría del odio

32. Alastair: La caída de Goliat

33. Alastair: ¿Qué me has hecho, Cody?

34. Alastair: ¿Crees que podrás perdonarme?

35. CODY: El mundo del revés

36. Alastair: El símbolo del poder

37. Alastair: Uno de tres

38. CODY: Nadie cambia

39. Alastair: El sabor de la vida

40. CODY: El inicio de un imperio

41. CODY: Secuestro

42. CODY: Caído del cielo

43. Alastair: Los celos, ese gran efecto dominó

44. Alastair: El dolor lo tapa todo

45. Alastair: Tengo que desaparecer

46. Alastair: Devolver el golpe

47. CODY: Solo es un cuerpo

48. CODY: Esto me pasa contigo

49. CODY: Bajo la luz de la luna

50. Alastair: Los pequeños detalles

51. CODY: La grieta

52. CODY: La arena del reloj

53. Alastair: El tiempo sin él

54. Alastair: El secreto del dolor

55. Alastair: Los ojos tristes

56. CODY: Lo que no es nuestro

57. CODY: El precio de la perfección

58. CODY: Lo que esconde el bosque

59. CODY: El coche negro

60. CODY: Todas las promesas

61. CODY: Lo que queda escrito en la nieve

62. Alastair: Algo nos persigue

63. Alastair: El sacrificio de un Everscourt

64. Alastair: Jugar a tenerlo todo

65. CODY: Tenemos que irnos

66. CODY: El amor de una madre

67. CODY: La promesa del monstruo

68. Alastair: La fragilidad del ser humano

69. Alastair: Un pulso a la vida

70. Alastair: Libertad

71. Alastair: Por fin

72. Alastair: Juicio social

73. Alastair: Cuando despiertes

74. Alastair: La eterna espera

75. Alastair: Las dos partes

76. Alastair: El principio del odio

AGRADECIMIENTOS

Créditos

La teoría del odio

Iñigo Aguas



Para Borja, por ese café que lo cambió todo

1

CODY
Los gritos

Mis manos están cubiertas de sangre.

Cuanto más la miro, más imágenes en movimiento proyecta mi mente sobre ella. Es como si esa viscosidad roja se hubiera convertido en la lona blanca de una pantalla de cine. Luego ocurre lo mismo que cuando me quedo dormido. La misma pesadilla. Una y otra vez.

Lo veo a él.

Veo al monstruo.

Corriendo.

Buscándome.

Está en esta casa.

También oigo sus gritos. Gritos de odio. No tarda demasiado en encontrarme; la casa es pequeña. Y entonces soy yo el que grita, pero de terror. Sé lo que está a punto de pasar. Lo he vivido en persona y luego revivido mil veces en mi cabeza.

Ahora no es real, pero lo fue. Ocurrió de verdad. Me ocurrió a mí.

En el último segundo, cuando tengo al monstruo casi encima, subo los brazos para intentar protegerme la cabeza. La hoja de la navaja resplandece bajo la luz que entra por la ventana de mi habitación.

Nadie va a venir a salvarme. Ni siquiera mi madre, que también está aquí. Su miedo es más fuerte que el instinto natural de proteger a su hijo.

Así que me encuentro a solas con el monstruo.

Ya está. Se acabó.

Solo me queda cerrar los ojos y rezar para que sea rápido.

La afilada navaja se abalanza con fuerza sobre mí. Se me escapa un aullido antes de que la hoja llegue a tocarme, como un dolor anticipado. Medio segundo más tarde, la sangre se desliza caliente por mi cara.

Me ha arañado el lado izquierdo del rostro. Noto cómo la herida me palpita. No es profunda, por eso el monstruo vuelve a empuñar la navaja en alto para terminar lo que ha empezado.

Pero entonces alguien lo detiene.

Siempre que llego a este momento del recuerdo, sufro un fuerte mareo que me impide avanzar. Las imágenes de lo que viví se quedan congeladas. No logro ver nada más de lo que sucedió después. Mi mente lo ha eliminado por completo.

Tuvieron que contármelo. Quién me salvó de él. Quién se atrevió a enfrentarse a él y luchó para retenerlo en el suelo y evitar lo que intentaba hacer conmigo. Yo tenía muchísimas preguntas, pero no entendía por qué no lograba responderlas por mí mismo si había estado ahí, si lo había vivido en primera persona; al fin y al cabo, es mi historia.

A pesar de que me explicaron lo que ocurrió, no me imagino al monstruo reducido en el suelo, con media cara aplastada sobre la madera de mi habitación. Pero eso sucedió de verdad, o de lo contrario yo no estaría aquí. Respirando.

Y yo, aunque no lo recuerde, tuve que ver al monstruo allí tirado, con otra persona encima de él, a través del espacio que se crea

entre la separación de un dedo y otro, y tuve que verlo en el momento en el que me aparté las manos de la cara y descubrí mis dedos manchados de sangre.

Pero mi mente no reproduce esa imagen. En su lugar, me encuentro con un fondo rojo.

Sé que es normal que la mente elimine eventos traumáticos. Pero ojalá lo hubiese borrado todo. Ojalá no me viese obligado a revivir la misma pesadilla cada vez que veo sangre, no volver a sentir la muerte y el pasado tan cerca como si hubiera sido ayer.

Han transcurrido cuatro años. Cuatro años deberían ser suficientes para empezar a olvidar.

Pero todavía no consigo librarme del miedo que pasé cuando intentaron matarme.

2

CODY
Pronto

—¿Cody?

La voz de mi madre sale entre sollozos y me devuelve al presente.

Parpadeo. ¿Dónde estoy? En el baño.

El recuerdo se evapora. Ahora solo veo mis manos manchadas de sangre, sin imágenes de ese pasado que me persigue.

—¿Qué estás...? —pregunta desde la puerta. Pero la respuesta llega sola en cuanto termina de asomarse del todo y me encuentra frente al espejo con los ojos clavados en mis manos. Ella también las mira. Y luego dice—: ¿Qué has hecho?

—Me he cortado sin querer.

Tengo la mitad de la cara manchada con espuma blanca. La cuchilla, con restos de espuma de afeitar, pelitos y sangre, está tirada bocarriba en el suelo.

—Oh, Cody... —Su voz se vuelve mucho más irregular y débil de lo que ya acostumbra a ser.

Cualquier otra madre habría alzado la voz diciendo algo como «¡Dios mío, estás sangrando! ¡ESTÁS SANGRANDO!». La mía solo dice «Oh, Cody» con un sonido ahogado, como si le costara un esfuerzo titánico pronunciar cada palabra.

No respondo. Tampoco giro la cabeza en su dirección. Permanezco unos segundos más en silencio mirándome las manos. Tengo un pequeño corte en la palma, pero es algo superficial. No es tanto como parece. No necesito puntos. Tan solo debo limpiarme para que la herida no se infecte.

Mi madre me mira preocupada.

—¿Qué has hecho? —vuelve a repetir. Tan bajito que, si no fuera porque la veo mover los labios a través del espejo, no sabría si ha llegado a decirlo o si su voz proviene de algún rincón de mi mente.

—Nada, mamá. No he hecho nada.

Me agacho para recoger la cuchilla.

—Oh, no, por favor, tú también no...

—Tranquila, no es lo que crees.

—Cody... —Hace el amago de tocarme los hombros, pero sus manos se quedan suspendidas a medio camino, temblorosas, y luego vuelve a bajarlas. Después abre y cierra la boca varias veces, como si quisiera decirme algo más.

—Ha sido un accidente. —Abro el grifo y limpio la cuchilla dándole unos toquecitos contra la cerámica blanca del lavamanos—. De verdad, estoy bien. Solo me he cortado porque... se me ha resbalado la cuchilla y he intentado cogerla.

Sube una ceja, escéptica.

—¿Quién intenta coger una cuchilla sabiendo que se puede cortar?

—¿De verdad crees que me he cortado a propósito?

—Lo que creo es que me he encontrado a mi hijo desangrándose en el baño.

Retomo el afeitado; la cuchilla se desliza despacio sobre mi piel y retiro la espuma blanca.

—No me estoy *desangrando*. No me voy a morir.

—Pero has puesto tu vida en riesgo.

—¿Me ves capaz de autolesionarme? Sabes que yo no me rindo por nada del mundo. Me conoces.

Se le hincha el pecho en la siguiente respiración.

—La desesperación nos lleva a hacer cosas desesperadas.

—Te digo que no he sido yo.

—Ha sido el Espíritu Santo.

Pongo los ojos en blanco. Termino de afeitarme, limpio la cuchilla y me seco la cara con la toalla de manos. Mi madre se pone a mi derecha, frente al espejo, su hombro pegado al mío, y luego dice:

—Voy a desinfectarte esa herida. —Desde que empezó a tomar antidepresivos, los papeles se han invertido y yo he adoptado el rol que le correspondía a ella. Por eso dejo que tome mis manos y las coloque bajo el grifo. Necesita sentir que también cuida de mí—. Oh, Cody... Mi pequeño Cody... —Vuelve a usar su tono frágil, casi inaudible—. Es mucha sangre...

No es *mucha* sangre y, por lo menos, esta vez la culpa es mía. Me pasa por perder el tiempo planchando un traje que se arruga con mirarlo y pasarme la cuchilla como si me estuviera cepillando los dientes. Normal que haya salido disparada. Lo que no es normal es que yo haya sido tan tonto como para intentar cogerla al vuelo y rajarme toda la palma. Debería haber reaccionado en cuanto la sangre ha empezado a gotear. Pero ¿qué he hecho en su lugar? Quedarme quieto mirando medio hipnotizado cómo el hilillo rojo se deslizaba hasta la muñeca.

No es la primera vez que me pasa. Siempre que veo sangre el miedo me encuentra y me paraliza. Y, quizá, si la vocecilla de mi madre no me hubiera hecho volver, me habría quedado varios minutos más así. Bloqueado e incapaz de reaccionar o mover un solo músculo. El pasado es la cárcel de la que más cuesta salir.

—No es para tanto. ¿Ves? —El agua borra el rojo de mi piel. Pero no la marca. Como un recordatorio de que cuando te haces una herida, esta nunca desaparece del todo—. Solucionado. Hala, una cosa menos. —Señalo mis manos limpias y brillantes con el mentón, después me las seco con suavidad y arrugo los labios. Aún escuece.

Mi madre me mira a través del espejo.

—Estás muy guapo con el traje de tu hermano.

—Gracias.

Sus labios tiemblan ligeramente hacia arriba. No es una sonrisa, pero es lo más cerca que ha estado de regalarme una en meses.

Cuando observo mi reflejo, evito mirarme directamente a los ojos para no tener que encontrarme con la cicatriz que baja en línea vertical desde la mitad inferior de mi frente hasta la ceja izquierda y luego sigue unos centímetros más por la mejilla. Como si fuera una lágrima derramada que dejé que se solidificase en lugar de rescatarla con los dedos.

El médico de urgencias me dijo que había tenido mucha suerte porque la navaja no me había tocado el ojo. Yo pensé que tenía suerte de seguir vivo.

Tuve que mentirle al doctor, le dije que había sido un accidente.

Les mentí a todos.

A todos menos a Arthur.

—Veinte años y ya eres todo un hombre —añade con orgullo de madre.

Sigo sin llenar la americana por la parte de los hombros porque no tengo la espalda de mi hermano Holt. Cualquiera que me vea se va a dar cuenta de que estoy incómodo; ¿a quién pretendo engañar? Solo soy un chaval que vive con su madre en un apartamento minúsculo del East Harlem, sin estudios y sin una buena proyección de futuro. Ningún traje, por bonito o bueno que sea, tiene el poder de ocultar

lo que uno es por dentro. Basta con fijarse en cómo se mueve y se relaciona una persona para encontrar un hilo del que tirar y adivinar parte de su historia. La mía se resume en que dejé los estudios y mi sueño de convertirme en músico a los dieciséis porque me vi obligado a trabajar para seguir pagando el alquiler. Una madre con depresión, un padre muerto y un episodio horrible que marcó la vida de mi familia para siempre.

—¿Dónde teníamos el botiquín, Cody?

—En el armario de la cocina. Pero llego tardísimo, mamá. Arthur me está esperando abajo.

La veo desaparecer y regresar con el botiquín abierto. Se pone a rebuscar en su interior.

—Es un segundo. Si no, se te va a infectar.

Oigo un bocinazo que viene de fuera. Seguro que es Arthur.

—Vamos a llegar tarde al evento por mi culpa.

—Acabas de volver del bar y ya te marchas corriendo. —Saca un espray de clorhexidina—. Deberías cogerte unas vacaciones.

Trabajo de lunes a domingo en el bar de la esquina. Hace tiempo que perdí la cuenta de las horas extra que me debe mi jefe, horas que (y de esto no tengo ninguna duda) no me va a pagar. Llevo más de un año sin tener ni una sola semana de vacaciones y es la primera vez que le pido algo, así que, después de mucho insistir por mi parte y de recibir muchos más noes por la suya, he conseguido que el rata de mi jefe me deje salir a las siete y se busque otro chaval para cubrir mi turno. Por supuesto, a él no le ha hecho ninguna gracia.

—Dame esa mano. —Mi madre me rocía la palma con el espray. Se crea una capa de espuma sobre la herida, una línea roja trazada en diagonal—. Vale, ya te puedes ir. Pero ten más cuidado la próxima vez.

«Tiene gracia que me lo diga alguien que ha intentado suicidarse».

Me arrepiento solo de pensarlo. Mi madre no está bien. No tiene la culpa de su enfermedad. Hace lo que puede. Sé que ella también quiere volver a ser la mujer que un día fue, cuando los cuatro éramos una familia de verdad. Ahora solo quedamos nosotros dos.

Otro bocinazo. El segundo. Al tercero, Arthur se irá sin mí.

—Mierda. Arthur me va a matar.

—¿Sabes por qué te pasa esto? Por ir corriendo a todas partes.

«Alguien tiene que hacer algo para que podamos salir de esta casa», pienso. Pero me muerdo la lengua y lo cambio por:

—Pues sí, mamá. Tienes razón. Quizá me piense lo de cogerme unas vacaciones.

Sabe que eso no pasará. Tenemos que pagar el alquiler, las facturas de los suministros, la comida... Y todo lo que sobra lo ahorro, aunque nunca es suficiente para lo que quiero hacer con ese dinero. Abandonar esta casa para mudarnos a otra en un barrio mejor no es realista. Sobre todo teniendo en cuenta la lista de requisitos que debes cumplir si quieres alquilar un piso en Manhattan. Poco más y te piden que, junto a las tres últimas nóminas, les entregues el alma. Aun así, tengo que intentarlo.

—Hablo en serio, Cody. Mírate. Mira las ojeras que tienes. Estás agotado. Y ahora llegas a casa corriendo, te duchas y te vuelves a ir a trabajar a otro sitio —dice, siguiéndome hasta la puerta de la entrada—. ¿Es que no piensas descansar nunca?

Beso su mejilla y cojo las llaves.

—Ya descansaré.

—¿Cuándo?

—Pronto —miento.

Necesitamos cada céntimo que gano si queremos salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

3

CODY
Lo que encuentra el miedo

El tercer bocinazo se alarga cinco segundos. Arthur debe de estar cabreadísimo conmigo.

Me anudo la corbata a la vez que bajo las escaleras de dos en dos. Joder. ¿Quién tuvo la maravillosa idea de atarse un trozo de tela al cuello?

Cuando subo al coche, mi amigo me reprende por haberlo hecho esperar:

—La próxima vez me voy sin ti. Te lo juro.

En realidad, podríamos ir andando y en media hora estaríamos en el lugar donde se realiza el evento, pero caminar por el East Harlem los dos de traje es como llevar un letrero luminoso en el que pedimos a gritos que nos roben. Llamaríamos demasiado la atención.

—No, en serio, macho. Vamos a llegar tardísimo —protesta.

—Perdón.

—¿Tu padre no te enseñó a atarte la corbata?

No respondo.

—Hostia, lo siento. La acabo de cagar. —Se queda pálido al recordar que mi padre está muerto. Hasta parece que se le ha

olvidado que hace un segundo estaba enfadado conmigo—. A ver, ven, te la ato yo.

Se inclina hacia mí desde el asiento del conductor y fija los ojos sobre mi cuello con cara de concentración mientras me desata la corbata y la anuda de nuevo. Durante unos largos segundos, su cara permanece cerca de la mía. En silencio.

Arthur es solo mi amigo, pero, conforme los segundos avanzan, la situación se me hace cada vez más incómoda. Estoy tentado de ponerle una mano en el hombro para apartarlo de mí y echar mi cuerpo hacia atrás. Cualquiera que nos vea desde fuera va a pensar que nos estamos liando en su coche.

Arthur debe intuir lo incómodo que estoy, porque me dice:

—Tranquilo, *bro*, que no te voy a pedir que salgas conmigo.

—Eso espero.

—Pero, si nos gustasen los hombres, quizá me podrías valer.

—Ni de coña.

Termina de atarme la corbata y se recoloca en el asiento.

—Vamos, Cody. ¿Ni para un rollo de una noche?

Finjo una arcada como respuesta.

—Exagerado —dice.

—No eres mi tipo. Siento haberte roto el corazón.

Él apoya las manos en el volante y se lanza a la carretera.

—¿Corazón? Yo no tengo de eso. —Es mentira. Arthur es de las mejores personas que conozco—. Además, tampoco es que a ti te vaya increíble con las mujeres ...

—Que te den —respondo y suelto una carcajada.

—No, que te den *a ti*. Un minuto más y no te espero, te lo juro. —Vale, acaba de recordar que estaba enfadado—. Te he escrito como cuarenta veces. ¿Qué tienes en la mano?

—Nada.

—Hummm... —Arthur aprovecha un semáforo en rojo para mirarme de arriba abajo. Se le dibuja una sonrisa de cabroncete.

—¿Qué? —escupo, porque ya sé lo que va a criticar.

—Se me hace rarísimo verte con ese traje.

—No soy el único que parece que se ha disfrazado. Mírate a ti.

—Mejor mira mis uñas —responde, separando las manos un segundo del volante para enseñármelas. Siempre se las pinta de negro, pero ahora las lleva al natural.

—Guau. Eso sí que es raro de cojones.

—Un crimen contra mi maravillosa personalidad.

Me río porque sé que no lo dice del todo de broma.

Según Arthur, los chicos que se atreven a pintarse las uñas forman parte de la evolución del hombre heterosexual. Por temas como ese choca bastante con Devon, su hermano mayor, que no ve con buenos ojos que mi amigo se haga la manicura ni que entrene en el gimnasio escuchando en bucle las canciones de *Mamma Mia!* Arthur, por su parte, intenta hacerle entender que escuchar tecno no te hace más hetero: «Le dije que cantar *The Winner Takes It All* no va a hacer que me deje de gustar comerme un coño», pero a Devon le preocupa que la gente tache a su hermano de maricón, y a Arthur, en cambio, se la suda lo que la gente piense de él.

Mi amigo vive mucho más tranquilo desde que tomó la decisión de hacer lo que le diese la gana. Su filosofía de vida es que si no haces daño a nadie, el problema lo tienen los demás y no tú. Aunque está claro que sí le importa lo que opinen los organizadores del evento si ha usado quitaesmalte.

—Por un segundo he dudado si dejármelas o no... —reconoce.

—Mejor si no te la juegas.

—Ahora mis uñas también son parte del disfraz. —Me guiña un ojo antes de volver a fijar la vista en la carretera—. ¿Preparado para

aguantar a unos cuantos gilipollas?

Asiento.

—Dale las gracias a tu hermano de mi parte.

Devon nos ha enchufado para trabajar de camareros en un evento que tendrá lugar en el centro de la ciudad. Conoce a algunos pijos que están en la lista de invitados porque él es su camello. Al final, la droga no deja de ser un componente más que hace que la clase alta y baja estén interrelacionadas; el hermano de Arthur consigue cualquier sustancia que le pidan y sus clientes solo tienen que pagar por ella.

—Vamos a servirle *gin-tonics* a más de un cliente de Devon. ¿Qué te parece eso, Cody?

—Será divertido intentar adivinar quién tiene pinta de haberle comprado droga y quién no. Supongo que por eso tu hermano rechazó el curro.

—Prefiere no tentar a la suerte. Estaría muy expuesto. Imagínate que alguien lo reconoce y se va de la lengua porque está borracho.

—Llamarían a la poli.

Asiente mientras ciñe los dedos con tanta fuerza al volante que los nudillos se le tornan blancos.

—Algún día lo van a pillar —dice bajando la voz.

—O no... —respondo para intentar que no le dé vueltas al asunto.

Pero Arthur sabe lo que hay.

—Todos los camellos acaban igual, antes o después. Cualquier día me encontraré a la policía en la puerta de mi casa.

Ojalá estén en mi puerta cuando el monstruo vuelva a por mí.

—¿Tu hermano nunca se ha planteado dejarlo?

Suelta el aire con fuerza por la nariz y dibuja una sonrisa triste.

—Ya sabes que no puede, Cody. Devon es uno de los líderes de la banda. Está metido hasta el cuello. Y otro que ahora está metido

hasta el cuello es tu «queridísimo» amigo Zion.

Zion era amigo de los dos. Los tres crecimos juntos. Luego nos hizo algo a ambos que Arthur no piensa perdonarle jamás.

—Todavía no entiendo por qué decidiste darle otra oportunidad a ese cabrón.

—Arthur.

—¿Qué? —Me echa una mirada antes de fijar de nuevo la vista en la carretera.

—Creo que mejor si lo dejamos para otro momento.

Siempre que hablamos de Zion terminamos discutiendo, y no me apetece discutir con él si vamos a currar juntos. Además, sé que hablar de Devon también le ha afectado, así que lo mejor es cambiar de tema.

—Está bien —dice—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Cómo nos organizamos en la barra?

Arthur enumera las tareas en voz alta y sus manos se relajan sobre el volante. Se nota que tiene la mente enfocada al cien por cien en el curro y que ha dejado de pensar en lo que el destino tiene escrito para su hermano o en lo que hizo que el grupo que formábamos junto a Zion se rompiese para siempre.

Después de comentar que tenemos suerte de no tener que preocuparnos por el cáterin (de eso se encargan otros camareros), llegamos a la conclusión de que lo más difícil de la noche será que en el evento habrá barra libre.

—Tienes que prometerme —dice, echándome una mirada rápida y seria— que vas a controlar tus caras. Ninguno de los dos soportamos a la gentuza para la que vamos a trabajar esta noche, pero no hace falta que tu expresión facial nos delate.

Vale, en el primer puesto del *ranking* de dificultad no está la barra libre, sino ver cómo diablos le quito los subtítulos a mi cara para

que, si a alguno de esos pijos repelentes les da por chistarme como si fuera un perro, no se me tense la mandíbula ni me ponga rojo de rabia.

Arthur tiene razón: no puedo dejar que mi cara me delate. Ningún invitado tiene por qué descubrir que tengo poca paciencia y que, si alguien me trata mal, no soy de los que se callan y agachan la cabeza.

Exhalo despacio.

—Pensaré en el dinero que nos van a pagar cuando me entren ganas de reventarle una botella en la cabeza a alguien.

—Eso es, piensa en el dinero. Nos va a tocar los huevos más de uno, pero pagan de puta madre.

Y necesito ese dinero como sea.

Por la ventanilla del coche se deslizan los edificios de piedra roja que vamos dejando atrás. Algunas fachadas están tan hechas polvo que tienen toda la pinta de que vayan a desplomarse en cualquier momento. Conforme nos alejamos de nuestro barrio de East Harlem, el paisaje poco a poco se va volviendo más agradable y se llena de colores vivos. Es como si hubiésemos atravesado un portal que nos lleva directos a una vida idílica y de ensueño. En el Upper East Side de Manhattan todo parece estar cuidado al milímetro. Las aceras se llenan de árboles, los setos están perfectamente podados y el césped es verde y brillante. Ah, y los bajos no están llenos de grafitis. El barrio se mantiene limpio y en orden. Pero lo que más me sorprende es lo tranquila que pasea la gente por la calle. Ninguna de las personas que veo a través de la ventanilla parece tener miedo a que alguien intente robarles o sacarles una navaja. Parece otro mundo. Aquí se vive con otro nivel de seguridad.

Si consigo reunir el dinero suficiente como para mudarme al centro con mi madre, quizá yo también pueda llegar a sentirme

como ellos. Algún día.

Entonces sí, lograré deshacerme de ese miedo constante que me ataca por las noches desde hace cuatro años.

No puedo seguir mucho más así.

Antes estaba a salvo.

Ahora se me acaba el tiempo.

Tengo que salir como sea de esa casa.

Si no lo hago, él me encontrará.

4

Alastair

La familia Everscourt

—Tiene que ser una broma —bufo contra el espejo, frustrado porque la altura a la que me ha quedado la corbata sobre la camisa blanca de Armani sigue sin convencerme.

Aflojo el nudo para volver a atármela por cuarta o quinta vez. ¿Qué me pasa hoy? Mi padre me enseñó a anudarla de la forma correcta cuando yo tenía ocho años. Y aquí estoy ahora, con veintitrés, frustrado porque no consigo que quede perfecta.

Por lo menos el tema del pelo está resuelto. Siempre que salgo de la ducha y dejo que se me seque al aire mis rizos terminan aflorando, pero mis padres me obligan a alisármelo porque dicen que si no parezco un pobre indigente del East Harlem. Así que todos los días pierdo veinte minutos alisándome el pelo y luego cinco más peinándomelo hacia atrás. Tengo que bañarme la cabeza en gomina para que ni un solo mechón se mueva de su sitio.

Todos en mi familia somos rubios y nos alisamos el pelo. Mi madre empezó a pasarse la plancha por la larga cabellera rizada y a peinársela como mi padre le indicó cuando los dos eran jóvenes y llevaban un par de citas. Mi padre le explicó que si ella quería ser una Everscourt más, debía ir siempre impecable.

Yo, como hijo suyo que soy, estoy obligado a seguir con la tradición familiar. Tengo terminantemente prohibido teñirme el pelo o dejármelo demasiado corto. Tampoco puedo salir a la calle con la melena rizada si no quiero que mis padres me deshereden o matarlos de un disgusto.

Desde pequeño sufro la constante presión de tener que cumplir las expectativas que tienen sobre mí. Estudié Derecho en la Universidad de Yale mientras me aplicaba en el conservatorio de piano porque así lo decidieron mis padres.

Si me hubiesen dejado elegir, tampoco sabría decir muy bien qué carrera habría terminado estudiando. Como todo lo que he hecho lo han elegido mis padres, nunca me he llegado a plantear seriamente qué es lo que quiero para mí, si estoy haciendo algo que deseo... o si en realidad lo que me gusta es la seguridad y el control que da el saber que, si sigo los pasos que me marcan ellos, acabaré heredando la empresa familiar y tendré la vida solucionada.

Lo que sí sé es que yo hubiese preferido tocar el fagot antes que el piano. Pero, claro, no era lo que querían mis padres. Así que escogí lo segundo, y terminé el curso superior hace un año.

Los sábados por la mañana viene un profesor a casa y me paso las horas frente al piano de cola, tocando para él y para mi madre. De lunes a viernes trabajo con mi padre en la empresa que montó con su mejor amigo y socio, Charles Redwick.

Pero la cosa no acaba ahí. Además de ser mi jefe, mi padre también controla cómo me visto y con quién me junto.

Acabo de recibir un mensaje. Es Blair, mi «novia» (si se puede llamar así a alguien a quien no quieres y que sabes que tampoco te quiere a ti).

Llegaré un poco más tarde al evento.

Porque, como no podía ser de otra forma, mis padres también han elegido a la chica con la que mantengo una relación desde hace un año y medio.

Blair Redwick es la hija del socio de mi padre. A los dos les pareció una idea brillante unir las familias. Me los imagino estrechándose la mano igual que si hubiesen conseguido cerrar un trato que beneficia notablemente a su empresa, y luego descorchando una botella ridículamente cara para brindar por el futuro.

Vale, no te preocupes.

Sé por qué llegará tarde. Y también sé quién más faltará y llegará un poco antes o después que Blair. No soy imbécil. Toda mentira, antes o después, encuentra la forma de salir a la luz. Sobre todo, si los implicados disimulan fatal y se les pone la cara roja en mi presencia. Pero yo prefiero hacer como que no me entero de que uno de mis amigos y mi novia se están liando a mis espaldas.

Empezó hace un par de meses. De todas formas, me trae sin cuidado. Que hagan lo que quieran. Desde entonces ya no tengo que acostarme con Blair, así que los tres salimos ganando.

Guardo el móvil en el pantalón del traje y me concentro en el nudo de la corbata. Me molesta que no me esté quedando bien, pero me molesta más darme cuenta de que una simple corbata tiene el poder de afectarme hasta el punto de estar pasándolo fatal. Me preocupa más esto que mi propia vida amorosa. Pero sé que si no dejo la corbata a la altura perfecta, mis padres se enfadarán conmigo. Y no me interesa cabrearlos.

La única persona de mi familia que no se enfadaría conmigo aunque fuese al evento sin corbata, y que tampoco estaba orgullosa de ser una Everscourt, era mi abuela.

Recuerdo una conversación que tuve con ella hace muchos años en la Casa Everscourt, una mansión perdida con forma de palacio en el bosque de Adirondack en la que mi padre solía pasar todos los veranos.

Mi abuela y yo nos encontrábamos en el gran salón, frente a la chimenea. Le pregunté por qué mis padres estaban tan obsesionados con la perfección y por qué se casaron si es evidente que no se hacen felices el uno al otro. No entendía nada. Algunos padres de mis amigos de entonces ya se habían separado. Ahora casi todos están divorciados, pero los míos siguen juntos, como si hubieran firmado un contrato que ya no pueden romper. De puertas para dentro, ni siquiera parece que se quieran, pero cuando salen de casa mi padre se convierte en un caballero, mi madre en la esposa perfecta, los dos sonríen como si tuvieran una cámara apuntándolos y forman un matrimonio ejemplar.

Aquel día, mi abuela respondió a mi pregunta con otra pregunta:

—¿Conoces a algún Everscourt que sea feliz?

Negué con la cabeza.

Mi abuela tenía razón. Ninguno de nosotros ha sido nunca realmente feliz. Solo nos enseñan a fingir que lo somos. Creo que lo que más les gusta a mis padres de seguir juntos es, precisamente, que nuestros vecinos del Upper East Side los envidien por ello. Es como si un virus se hubiese extendido sobre mi familia. Un virus que nos hace lucir impecables por fuera, como muñecos Ken y Barbie sacados de una caja de plástico, pero que nos envenena lentamente por dentro.

—Los Everscourt siempre encontramos la forma de guardar las apariencias, sonreír y hacer creer a los demás que somos la mejor familia de Manhattan —añadió mi abuela—. Se nos da de maravilla mentir.

Lo siguiente que le pregunté fue si existía algún tipo de maldición contra los Everscourt. Acababa de ver mi primera película de miedo, recomendada para mayores de dieciocho, a escondidas de mis padres.

—¿Cuántos años tienes, Alastair?

—Siete. Pero en una semana tendré ocho.

—¡Ocho años! —repitió mi abuela sonriendo—. Dentro de nada serás un hombre adulto.

Lo dijo y yo estiré la espalda para parecer más grande, como intentando acelerar el proceso.

—Sí.

Mi abuela estaba sentada en un precioso diván, yo en un sillón elegante. Arriba, sobre nuestras cabezas, oscilaba una enorme lámpara de araña. A nuestra derecha, un precioso tapiz adornaba la pared y, a la izquierda, el sol entraba por los grandes ventanales y se reflejaba sobre el suelo de mármol.

Pero lo que más destacaba de la estancia era el cuadro familiar encima de la chimenea. En él aparecemos los ocho Everscourt: mis abuelos, mis tíos, mi primo, mis padres y yo.

—Los hombres adultos saben guardar secretos —dijo ella, y después bajó notablemente la voz—: Si te cuento uno, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

Miré a mi abuela fijamente a los ojos y asentí muy fuerte.

—Te lo prometo. A nadie.

Ella bajó la mirada, pensándoselo. La vi pasear un pulgar por su arrugado y venoso dorso, los anillos de oro y diamantes brillaron acompañando el sutil movimiento de sus manos. Después, cogió el medallón de oro que colgaba de su cuello. Lo acarició varias veces antes de levantar la mirada hasta mí y contarme la triste verdad de mi familia:

—Cuando tu padre conoció a tu madre, quiso controlarla. Decidió cómo sería su vida a partir de entonces. Las amistades que tendría, la carrera que estudiaría, la ropa que podía llevar y la que no, qué podía y qué no podía comer. De hecho, hasta le impuso una dieta estricta para que siempre se mantuviera delgada. Y también tenía que estar disponible para él a todas horas, así que si tu madre organizaba algún plan, él debía estar al tanto.

—Y a mi madre, ¿le pareció bien?

—Sí.

Eso no tenía sentido.

—¿Por qué?

Mi abuela suspiró.

—Bueno... Supongo que porque estaba muy enamorada de tu padre.

—Ah.

—Sí.

—En el colegio siempre nos dicen que el amor y la familia son lo más bonito que tenemos —dije—. ¿Es mentira?

—El amor puede ser de muchas formas. Depende de la persona que tengas al lado, pero, sobre todo, depende de lo que te quieras a ti mismo. Cuando nos queremos, no aceptamos cualquier cosa.

Bajé los ojos a mis zapatillas.

—Entonces mi madre no se quería.

Silencio.

—Y ahora tampoco se quiere —añadí—, porque sigue con mi padre.

Mi abuela no dijo nada más. Y yo tampoco. Los dos nos quedamos muy callados.

Quise añadir algo, pero no sabía muy bien cómo seguir la conversación. Había demasiadas similitudes entre la historia que me

acababa de contar sobre mi madre y la mía. Por supuesto, me parecía horrible que mi padre la controlara y decidiera su vida por ella. Pero aún no era consciente de la gravedad, por mucho que me diese cuenta de que aquello estaba mal. Con siete años, aunque creyese que estaba muy cerca de convertirme en un adulto, yo seguía siendo un niño.

Tuvo que pasar un tiempo para que, al recordar esa historia, abriese los ojos. Sucedió al poco de cumplir los catorce. Fue la misma sensación que la de releer *El principito* y encontrar nuevos significados en los que no has reparado antes pero que siempre han estado ahí, esperándote desde el principio. Recordé toda la conversación y me di cuenta de que lo que mis padres me estaban haciendo estaba igual de mal. Necesitaba verlo desde fuera. Y entonces por fin comprendí por qué mi abuela me había contado aquello. Estaba intentando ayudarme, pero era demasiado pronto. Luego, con catorce, me pareció demasiado tarde, o quizá yo tenía demasiado miedo.

Si echo la vista atrás y recuerdo a mi abuela en su diván y a mí mismo en el sillón, me veo pensando en mis padres, pensando en la angustia que me entraba cada vez que cometía un mínimo error (como apoyar los codos en la mesa) antes de alzar la mirada desde mis zapatillas hasta sus ojos cansados para preguntarle:

—¿Por qué son así?

Mi abuela exhaló lentamente.

—Bueno... Tu abuelo hizo eso con tu padre cuando él era pequeño. Y tu madre ahora se ha convertido en una extensión de tu padre. Por eso se comporta como él.

Me volví a quedar muy callado y pensativo, así que ella añadió:

—Cuando pones una manzana que está podrida junto a una sana, el proceso de descomposición se extiende rápidamente.

Tragué saliva. De pronto las preguntas se me acumulaban.

—Abuela... ¿Cómo era mi madre? Antes de conocer a mi padre.

—No lo sé, hijo. Pero creo que se enamoró ciegamente de él y que por eso hizo todo lo que tu padre le pidió que hiciera. Así que se cambió de apellido, cortó toda relación con su familia y se quedó encerrada en casa para cuidar de ti. Igual que tuve que hacer yo en su día.

Eché el cuerpo hacia atrás.

—Pero tú no te pareces en nada al abuelo.

Al decir eso, los ojos de mi abuela brillaron tanto que, por un segundo, me pareció ver en su pupila la silueta de la chica joven, libre y feliz que fue.

—Gracias por decirme eso.

Me di cuenta de que yo tampoco quería parecerme a los míos.

Pensé en la manzana podrida y le hice una última pregunta, la más importante de todas:

—¿Cómo hago para no convertirme en mis padres?

Mi abuela hizo una pausa a la que le siguió una larga inhalación. Después miró a ambos lados y, cuando se cercioró de que seguíamos solos en el gran salón y de que nadie más podría escucharla, se acercó a mi oreja y susurró:

—Huye, Alastair. Cuando seas mayor de edad y puedas apañártelas por ti mismo, haz las maletas y vete lo más lejos que puedas.

Por aquel entonces yo todavía era muy joven como para entender que me estaba advirtiendo de un peligro. Y era imposible imaginar lo que le pasaría a mi abuela años después.

5

Alastair

El chico detrás de la barra

—¿Te estamos aburriendo, Alastair?

Michael y el resto de mis amigos (mejor dicho, los amigos que eligieron mis padres para mí) me miran con las cejas arqueadas y una copa de champán en la mano después de pillarme bostezando.

Llevamos dos horas en el evento de Armani con motivo de la inauguración de su nueva tienda en pleno centro del Upper East Side. Pues bien, durante esas dos horas, no han parado de hablar de trabajo. Los he escuchado sentar cátedra sobre por qué tantas empresas fracasan hoy en día y qué habrían hecho ellos para evitarlo. También discutir sobre las distintas formas que existen de sacar rentabilidad económica a cualquier tipo de negocio, y hablan de montar una empresa como si estuvieran jugando al Monopoly.

¿Que si me están aburriendo? Por supuesto que sí. Y creo que es mejor que me haya entrado el sueño, porque podría haberme echado a reír de oír las tonterías que sueltan por la boca mientras beben sorbitos de champán.

Lo único que me interesa de este evento, sin contar la nueva colección de Armani, se encuentra detrás de la barra portátil que han puesto en uno de los laterales de la tienda. Es un camarero alto y joven con una extraña cicatriz que le cruza el ojo izquierdo. Llevo

observándolo disimuladamente desde que su compañero nos ha servido una copa a cada uno.

El chico de la cicatriz lleva toda la noche detrás de la barra. No ha hecho contacto visual conmigo en ningún momento. Creo que ni siquiera se ha fijado en mí.

No importa. No es mi tipo. Y aunque lo fuera, y yo también el suyo (las probabilidades de que esto ocurra son demasiado remotas), tampoco podría tener nada con él.

Carraspeo y, antes de que Michael se dé cuenta de que tengo la cabeza en otra parte, respondo:

—No, no. Cómo me vais a aburrir.

—Bueno, es normal que con nosotros no se lo pase tan bien como con Blair —comenta Cyril, y luego me guiña el ojo y me da una palmadita en la espalda.

Fuerzo una sonrisa. Odio que me toquen. Seguro que me acaba de arrugar la americana.

—Imagino que tu novia no tardará en llegar —dice Anthony, otro integrante del grupo.

Ni siquiera me acordaba de que venía Blair. Estaba demasiado ocupado pensando en cómo se habrá hecho el chico de la barra esa cicatriz. Es increíble que no haya perdido el ojo.

Miro el móvil. Tengo un mensaje de mi novia en el que me pide perdón y me promete que llegará en diez minutos. Me lo ha enviado hace más de una hora.

—Bradford también se está retrasando —comenta Francis. Entonces pone una expresión de lo más extraña, como si se hubiese dado cuenta tarde de que ha metido la pata y tuviese la urgencia de arreglarlo—. Ay, espera. Me ha dicho que ha tenido un pequeño percance con el traje. Por eso no está aquí. Pero seguro que le queda poco. ¿Alguien quiere más champán?

—Yo sí —dice Michael.

Con una sincronización perfecta, un camarero pasa delante de nosotros con una bandeja repleta de copas de champán. La baja hasta la altura de su codo para que podamos dejar las nuestras y coger una nueva.

—Pues qué putada lo del traje —comento—, con lo que le gusta a Bradford una barra libre.

No se me pasa por alto la mirada que comparten entre ellos, como si los cuatro se estuvieran pasando un secreto de una mano a otra.

—Ah, sí, sí, una putada.

Bebo un sorbito de champán al tiempo que barro con la mirada el rostro de mis amigos.

Menuda panda de cabrones. Se piensan que soy gilipollas y que no me entero de nada. Pues claro que sé que mi novia me está poniendo los cuernos con Bradford. Y si fueran mis amigos de verdad, me lo habrían contado. Pero está bien que no lo hayan hecho, porque lo que ellos no sospechan es que yo lo sé todo y prefiero que siga siendo un secreto.

Es más práctico que mis amigos sientan lástima por mí y que no se pregunten por qué no estoy interesado en acostarme con Blair a tener que romper con ella, fingir que estoy destrozado, enfrentarme a Bradford porque «las novias de los amigos no se tocan» y romperle el corazón a mi padre, que ya no podría asegurar el futuro de su empresa uniéndome con la hija de su socio. Todo para que, tres días más tarde, este regrese a casa después de haber cerrado un trato con otro pez gordo que tiene una hija más o menos de mi edad con la que me obligaría a salir.

No, eso sería demasiado lío. Mejor hacer como que no me entero. Así todos me dejan en paz.

—Seguro que Bradford y Blair no tardan mucho en llegar —dice Michael.

Y seguro que entre uno y otro dejan un intervalo de diez o quince minutos. Lo que significa que a uno de ellos le tocará darse un par de vueltas a la manzana antes de entrar en el evento. Porque entrar a la vez sería demasiado obvio.

—Chicos, ¿os he dicho que mi padre se acaba de comprar el edificio de enfrente? —dice Cyril.

Con este titular, mis amigos retoman la conversación sobre empresas e inversiones como si fueran ellos, y no sus padres, los magnates millonarios. Pero la realidad es que solo fingimos que algún día seremos igual de exitosos que ellos para sentir que merecemos la vida de lujo que nos ha tocado.

Apuro lo que me queda de champán en el siguiente trago. Cinco segundos después, ya se ha acercado un camarero para recoger mi copa y ofrecerme una nueva. La rechazo educadamente. Necesito beber cualquier otra cosa que no sea champán o vino, pero si quiero que me preparen un *gin-tonic* tengo que ir a pedirlo a la barra.

Y eso es justo lo que debería evitar.

Acercarme al camarero de la cicatriz en el ojo que desde el principio de la noche me ha llamado la atención.

Miro de reojo en su dirección. Está sirviendo tres copas a un grupo de chicas que no paran de sonreírle y coquetear con él. Aparto los ojos. Trago saliva y me esfuerzo en participar en la aburrida conversación de negocios que mantienen a mi alrededor, algo que evita que vuelva a mirar al chico de la barra durante los siguientes cinco minutos. Pero solo cinco minutos. Después mis ojos vuelven a buscarlo sorteando al resto de los invitados al evento. Intento ser lo más discreto posible para que mis amigos no se den cuenta de que he dejado de escucharlos.

Ahora, el compañero que trabaja con él está atendiendo a un grupo de cuatro personas, pero el camarero que me interesa a mí se acaba de quedar libre. Lo veo recoger un par de vasos vacíos sin levantar la vista de las manos.

Es mi momento.

—Voy a pedirme otra copa —anuncio a mis amigos.

—Genial, te esperamos aquí.

Antes de llegar a la barra guardo las manos en los bolsillos, porque estoy temblando.

Pero ¿por qué me pongo tan nervioso? Espabila, joder. Solo vienes a por una copa.

Cojo aire, levanto la barbilla y dibujo una sonrisa de tiburón. Intento que sea la misma que pone mi padre cuando se dirige a un empleado de su empresa al que está a punto de echarle la bronca, para así enfundarme en una falsa seguridad.

Sin embargo, no puedo sacarme la sensación de que soy yo el que corre peligro.

Quizá no ha sido buena idea acercarme a él.

Pero ya es demasiado tarde.

El chico de la cicatriz en el ojo levanta la vista y me mira por fin.

6

Alastair

Ya no hay vuelta atrás

Por la rapidez con la que lo he visto desenvolverse en la barra, no cabe duda de que conoce el oficio. Debe de trabajar en algún bar de copas. Es evidente que no tiene costumbre de llevar corbata, pues durante el transcurso de la noche se la ha ido aflojando, y la americana le queda demasiado grande como para que no salte a la vista que se la ha prestado algún amigo o familiar.

El camarero ha dejado lo que estaba haciendo y ahora simplemente está esperando a que yo le pida algo de beber.

Me fijo en que tiene los labios finos y una nariz bonita. En su pelo negro, más corto que el mío, pero lo suficientemente largo para que le caiga por ambos lados y se le ondule.

Cuando estoy a punto de pedirle un *gin-tonic*, enmudezco al ver su cicatriz de cerca. No puedo evitar volver a preguntarme la historia que hay detrás de esa marca de por vida. ¿Alguien le rajó la mitad de la cara? Pero ¿qué clase de animal le haría eso a otra persona? ¿Lo asaltaron y no quiso entregarles el móvil o la cartera? ¿O fue por un ajuste de cuentas? Sea como sea, eso no le ha ocurrido en el Upper East Side. El chico tiene que venir de más abajo, de algún barrio conflictivo como el East Harlem.

No sé cuántos segundos llevo mirándolo. Los suficientes para hacerlo sentir incómodo.

El camarero se aclara la garganta y pronuncia con voz cortante:

—Deja de mirar mi cicatriz.

Parpadeo sorprendido.

—Es la primera vez que un camarero me habla con ese tono.

—Ah, ya, seguro que está siendo una experiencia terrible.

Ignoro su frase irónica y pregunto a bocajarro:

—¿Quién te la hizo?

Ahora el sorprendido es él. Se pone rojo, afila la mirada y tensa la mandíbula.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Oye, oye, oye. —Lo paro moviendo las manos arriba y abajo—. Tampoco te pases, chaval.

—¿Perdón?

—Que me hables con respeto —le exijo, enfadándome con él y poniéndome serio.

Él también parece enfadado conmigo.

Estupendo. Está claro que no hemos empezado con buen pie. Y por la forma en la que una de sus comisuras se desliza hacia arriba, trazando una sonrisa divertida y oscura, no tiene pinta de que vayamos a entendernos. Esto no ha sido buena idea. No debería haberme acercado, debería haberme quedado con mis amigos.

—Por qué, ¿eh? —pregunta con soberbia—. ¿En qué momento te has ganado mi respeto?

Está bien, entonces.

—Recuerda que tú *solo eres* un camarero.

—Y tú un puto pijo.

Lentamente, digo:

—Esa lengua.

—¿Qué pasa?

—Que la controles.

—Controla tú las preguntas que haces.

—Solo te he preguntado por la cicatriz. No sabía que te fueras a poner así por esa gilipollez.

—Resulta que no es ninguna gilipollez, y tú no eres mi amigo como para creerte con derecho a preguntarme cosas personales.

Ahora el que sonríe de lado soy yo. Estoy enfadado, pero también empiezo a disfrutarlo.

—Si tanto te duele y si no quieres que nadie te pregunte por la cicatriz, quizá deberías taparte la cara.

Se le abren más los ojos, primero de asombro, después de odio.

—Quizá alguien debería partirte a ti la tuya.

Con esa amenaza, el camarero acaba de cruzar la línea roja. Ya no hay vuelta atrás.

Noto lo rápido que se me calienta la cara conforme me sube la sangre. Saco las manos de los bolsillos, apretadas en dos puños cerrados. Desde la primera parte de la discusión, ya no me tiemblan. Lo bueno de que alguien te cabree es que los nervios se evaporan con la misma rapidez con la que llega el enfado.

—Tú sigue hablándome así... —lo amenazo, completamente serio, sin pizca de diversión en la voz.

—Mira, tío, no me hagas perder el tiempo —me interrumpe—. Si no vas a pedir una consumición, vete y déjame trabajar. —Y termina la frase haciéndome un gesto en el que me despacha con un movimiento rápido de mano, como el que ahuyenta una mosca.

Apoyo los codos en la barra. Inspiro y me preparo para que mi voz salga lo más fría y punzante posible; asumo que me encuentro delante de un imbécil. Si se cree que porque yo sea de clase alta no puedo perder las formas como él, la lleva clara.

—¿Quién coño te crees que eres? —No voy a permitir que nadie me hable con ese tono. Soy un Everscourt, tengo una reputación.

Además, mis amigos podrían estar vigilándome ahora mismo. No puedo arriesgarme a dejar que un camarero me insulte e irme sin responderle. Debo actuar como la gente espera que actúe. Como *ellos* esperan que actúe. Si lo dejo pasar en lugar de enfrentarlo, mis amigos pensarán que no tengo lo que hay que tener, que no soy un hombre de verdad, que me he acobardado. Dirán que soy una nenaza y me llamarán maricón.

—Te he hecho una pregunta —insisto.

Pero ahora el camarero pasa olímpicamente de mí. No solo no me responde, sino que encima se aparta hacia un lado de la barra porque debe parecerle más importante limpiar el charquito de alcohol que se ha formado al derramarse una copa que ponerse a discutir conmigo.

—¡Eh, tú!

Ni siquiera levanta la vista. Le da igual que yo esté llamándolo a dos metros de distancia y que tenga los ojos clavados en él. ¿Pero este de qué va?

—¡Oye! ¡Te estoy hablando!

Me siento estúpido insistiendo por tercera vez. Pero más estúpido me siento cuando él se pone a tararear una canción y pillo a su compañero mirándonos desde el otro extremo de la barra, aguantándose la risa.

Vuelvo a clavar los ojos en el chico de la cicatriz.

—Soy Alastair —digo—. Alastair Everscourt.

Aquello no provoca ninguna reacción en él.

—¡Un Everscourt! —Sigue sin inmutarse. Pongo los ojos en blanco —. Bueno, da igual. Es evidente que no sabes quién es mi familia. Pero qué vas a saber tú, si está claro que no eres de aquí.

Sin molestarse en dirigirme la mirada, murmura:

—Por mí como si eres el hijo del presidente.

Su respuesta me hace sentir tremendamente ridículo.

—Los Everscourt tenemos mucho poder en Manhattan —respondo apretando la mandíbula.

Confieso que incluso a mí me rechina escucharme decir aquello. Es la mítica frase que esperas que suelte el pijo insoportable de la serie a la que te has enganchado para que puedas llamarlo gilipollas sin remordimientos y odiarlo el resto de los capítulos. Yo soy ese chico al que todos odian ahora. Pero en mi defensa he de decir que es la primera vez que le digo a alguien algo parecido. De hecho, no me gusta nada la gente que usa el apellido de su familia para amenazar a otra persona.

—Ajá, vale. Tu familia tiene poder en Manhattan. —Me mira de arriba abajo con desprecio—. ¿Y a mí qué?

El camarero de la cicatriz me está humillando, y su compañero no deja de reírse aunque intente disimular que no está pendiente de nosotros.

Genial. Y ahora, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Me voy o le digo algo más?

Quizá lo mejor sea dejarlo aquí y regresar con mis amigos. Pero antes necesito pedirme una copa. Si regreso con las manos vacías, querrán saber qué he hecho tanto tiempo en la barra.

—Ponme un *gin-tonic* —le pido de malas formas.

—No.

Este se está pasando de listo.

Pero no creo que su negativa sea la razón de que en mi interior se encienda una rivalidad tan fuerte. Este tío... Este tío tiene algo que hace que no quiera apartarme de él y a la vez me ponga furioso.

Me hace sentir vulnerable.

No. Es más como cuando te clavas una astilla y no para de incordiarte hasta que consigues sacártela. Eso es este chico para mí. Una astilla. Ha sido conocerlo y se me ha clavado en la piel, pero no de una forma romántica, sino todo lo contrario. Está siendo de lo más *incómodo*. Y ahora no sé qué hacer para que deje de molestarme. Pero cuando consiga deshacerme de él, no tendrá ningún poder sobre mí.

Solo es un simple camarero contratado por Armani.

Después de esta noche no volveré a verlo jamás.

—No te lo estaba preguntando. Te he pedido que me pongas un *gin-tonic*.

—Y yo te he dicho que no.

—Entonces llama a tu jefe para que hable con él.

El camarero, del cual sigo sin saber el nombre (tampoco me interesa), esta vez alza la vista y me mira directamente a los ojos. Los suyos no son solo marrones como pensaba en un principio. Si los ves de cerca, te das cuenta de que en su iris predomina un color miel trenzado con el verde. Son una mezcla de ambos colores.

—Te doy una hoja de reclamaciones y me dejas en paz.

Niego con la cabeza y lleno los pulmones de aire.

—No. Lo que quiero es hablar ahora mismo con tu jefe —insisto—. *Llámalo*.

—No me da la gana.

—Que lo llames. AHORA. —Estoy pagando el odio que me tengo a mí mismo con él.

Su compañero se acerca a nosotros al ver que la cosa se sigue calentando. Ya no se ríe.

—Ey, ¿va todo bien?

—No te preocupes, Arthur. Todo controlado.

Miro al tal Arthur y sonrío enseñando los dientes.

—Aquí, tu amigo, que le he pedido un *gin-tonic* y no me lo quiere preparar.

El otro mira a su compañero brevemente para asegurarse de que lo que digo es cierto.

—Lo siento, no hablo «imbécil» —le dice el chico de la cicatriz a Arthur, encogiéndose de hombros—, así que no entiendo ni una palabra de lo que está diciendo el pijo.

Lo que faltaba.

—¿A quién estás llamando tú imbécil? —siseo.

Arthur intenta poner paz entre los dos.

—Yo te lo preparo —me ofrece.

—No, ni hablar —respondo con firmeza—, quiero que me lo prepare *él*. —Señalo al chico de la cicatriz apuntándolo con el dedo.

El aludido suspira con pesadez y vuelve la cara hacia su compañero de barra.

—¿Lo ves, Arthur? Ya te había dicho que el pijo es imbécil.

—Cuidado —le advierto cerrando los párpados.

Pero él, como ya me ha demostrado desde el principio, no se acobarda.

—¿Por qué debería tener cuidado, eh? Me la suda tu apellido y me la suda que quieras hablar con mi jefe. A mí solo me han contratado para trabajar esta noche.

—Resulta que puedo meterte en problemas.

Se le escapa una carcajada triste que no esperaba oír. Y es precisamente en ese resquicio de tristeza donde encuentro una pincelada de lo que puede ser su historia.

—Ya estoy metido en problemas —dice, bajando la voz.

Arthur le pone una mano en el hombro para que lo deje estar.

—Cody, tranquilo. No hagas ninguna tontería.

Así que así es como se llama el chico de la cicatriz.

Cody.

7

CODY
Un nuevo enemigo

Intento contar hasta diez para no hacer algo de lo que luego me vaya a arrepentir. Arthur tiene razón. Tengo que tranquilizarme. Necesito este trabajo aunque solo sea por una noche. No puedo ocasionar ningún problema.

Mordiéndome la lengua para no mandar a tomar por culo al pijo que tengo enfrente, inspiro fuerte y cierro un segundo los ojos.

Inspiro dos, tres, cuatro veces.

Solo tengo que aguantar unas horas más y podré irme a casa. Aunque estar en esa casa no es, precisamente, algo que me vaya a tranquilizar. En realidad, no estaré cien por cien tranquilo hasta que mi madre y yo busquemos otro sitio al que mudarnos. Y para eso necesitamos el dinero, por eso estoy aquí, así que no la puedo pifiar.

—¿Y ahora te vas a echar una cabezadita?

Abro los ojos de golpe.

—Sabía que esta noche me iba a tocar aguantar a gilipollas como tú —bramo.

—¿Qué has dicho?

Algo que no debería, pero no lo puedo aguantar. El rubio repeinado me saca de mis casillas.

—Te acabo de llamar gilipollas.

—¡Cody! —Arthur hace un gesto con la mano para que me calle.

Está bien, cierro la boca. Por lo menos le he llamado gilipollas a la cara. Voy a prepararle el puñetero *gin-tonic* y luego..., luego espero no volver a cruzarme con él nunca más.

Echo tres hielos dentro de una copa de balón. Es una pena que lo que el tal Alastair tiene de guapo también lo tenga de imbécil. Porque sí: claro que me he fijado en él entre una copa y otra. No estoy ciego. Y él, aunque sea uno de esos pijos ricos insoportables que van perdiendo el atractivo cada vez que abren la boca, tiene lo suyo. Es alto, de complexión atlética, rubio y de ojos azules. Digamos que es lo que la gente suele llamar «un chico perfecto». Tan perfecto que me da hasta un poco de pereza.

No sé. Creo que lo encontraría mucho más atractivo si se soltase un poco más. Todo en él parece milimetrado. No hay duda de que su traje está hecho a medida, por eso le queda como un guante. Lleva la camisa blanca tan lisa que parece como si mágicamente se la planchasen cada cinco minutos. No tiene ni una sola arruga. Tampoco he visto que al tío se le mueva un solo pelo en todo lo que llevamos de conversación. Lo tiene perfectamente peinado hacia atrás, brillante como si se lo hubiera chupado una vaca. Pero una cosa es ir hecho un pincel y otra llevar la perfección al extremo. Alastair parece un muñequito al que no han sacado de su caja. Cada vez que miro al rubio tengo la sensación de que, si hace un movimiento brusco, como mover muy rápido los brazos, se le saldrán por los hombros y se romperá en tres partes.

—Bueno —dice Alastair—, es evidente que los de tu especie no sabéis nada de educación.

Quizá no estaría tan mal que se le salieran los brazos, después de todo.

—Y los de la vuestra no sabéis nada de la vida. —Poco he tardado en volver a abrir la boca.

Arthur me reprende con la mirada. Asiento con la cabeza como si (esta vez sí que sí) fuera a quedarme callado. Después Arthur se pone a atender a otro cliente, así que yo sigo con lo mío.

—Sé que mi vida es mejor que la tuya —dice Alastair. Su voz hace que me fije en sus ojos azules—. Mírame a mí y mírate a ti.

Bajo la vista y mi mirada va a parar a los labios de Alastair por error. Solo puedo pensar dos cosas. La primera: son gruesos. La segunda: parecen suaves.

Fijarme en su boca me lleva a notar una pulsión en el pecho. La sensación que me deja me descuadra un poco, pero lo disimulo bastante bien.

Lo más importante de todo es no tragar saliva inmediatamente después de mirar los labios del chico al que odias para que tu enemigo no descubra que tú también estás interesado en él, aunque eso signifique tener que hablar con la boca seca.

—Es lo que llevas queriendo todo el evento, ¿no? —respondo—. Que te mire.

Alastair levanta una ceja.

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

—No, la verdad es que no tengo ni idea de lo que me estás diciendo.

Me tomo mi tiempo en responder, tiempo que aprovecho para coger una botella de ginebra de la estantería y desenroscar el tapón, todo muy despacio, consciente de que mi silencio solo lo pone más nervioso.

—Llevas más de dos horas mirándome —suelto con toda la tranquilidad del mundo.

—No es verdad —responde, nervioso, al tiempo que se lleva una mano a la corbata. Pero no se afloja el nudo, solo la toca un par de veces, como para asegurarse de que sigue atada a su cuello.

Sonrío al ver que se pone cada vez más rojo.

—Ah, sí, me mirabas...

Inclino la botella, echo dos dedos de alcohol, los hielos crujen al entrar en contacto con el líquido que está a una temperatura más alta.

—Pero como yo a ti no te estaba haciendo caso —continúo—, al final no te ha quedado otra que venir a hablarme con la típica excusa de pedirme una copa.

Mira a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie ha escuchado lo que he dicho y luego vuelve a clavar su mirada azul sobre mí. Está enfadado y nervioso.

—Tú flipas.

Devuelvo la botella de ginebra a su sitio.

—Te he *calao*. Eres el típico tío que se pone pesado con las mujeres porque no acepta un no por respuesta. Lo que pasa es que tú no tienes lo que hay que tener para reconocer algo que resulta bastante obvio. —Después bajo la voz para que tan solo él escuche lo que voy a decirle, pero antes apoyo los codos en la barra y me inclino ligeramente hacia él, mirándolo con fijeza—: A ti te gustan los hombres, Alastair, y no estás aquí porque te apetezca tocarme los huevos. Estás aquí porque te apetece comérmelos.

Alastair boquea como un pez. Vuelvo a echar el cuerpo hacia atrás, poniendo distancia, y veo que su cara pasa de estar roja a quedarse completamente blanca.

Hostia..., cada vez está más pálido.

¿Igual me he pasado? Mi intención era bajarle los humos, pero ahora Alastair parece a punto de desplomarse en el suelo. A ver si le

va a dar un chungo por mi culpa.

Su cuerpo se inclina hacia un lado como si fuera a perder el equilibro.

La madre que me...

Estoy a punto de saltar la barra a lo ninja y sujetarlo para evitar que se caiga, pero entonces el chico logra reaccionar y apoya las manos en el borde. Luego tose, tose un montón, como si fuese a atragantarse. Y cuando deja de toser y se recupera, alza la vista hacia mí y se defiende de mi acusación como si lo que le hubiese dicho fuese imperdonable:

—Eso es lo que eres *tú*. —Él también ha bajado la voz, no quiere que nadie más nos escuche—: Un puto maricón.

Podría responder, pero no merece la pena.

De todas formas, me alegro de que su cara vuelva a teñirse de rojo. Aunque no puedo evitar fijarme en la vena que se le ha hinchado en mitad de la frente. Está tan furioso que me recuerda a un dibujito animado envuelto en llamas. Creo que al decir que le gustan los hombres he abierto su caja de Pandora.

La cosa mejora por momentos:

—Maricón de mierda —repite, en un susurro que destila veneno.

Ignoro sus palabras homófobas, que hablan más de su propio dolor que del mío, y saco una tónica de la nevera.

—Mira, te voy a dar un consejo —digo al final—: la próxima vez que intentes ligar con alguien, no hagas nada de lo que has hecho conmigo.

Alastair traga saliva a la vez que aprieta los puños.

—No he intentado ligar contigo.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Mi sonrisa se ensancha—. De todas formas, no me gustan los hombres.

—Pues ya somos dos —sisea, llevándose otra vez la mano a la corbata. ¿Será algún tipo de tic nervioso?—. Y, por cierto, *tengo novia*. —Hace mucho hincapié en las últimas dos palabras. «Tengo novia». Casi parece aferrarse a ellas como si fueran su salvavidas.

—Pues lo siento por ella.

—Que te den, Cody.

Me llama por mi nombre, y se me hace extraño escucharlo en su voz. Tengo la sensación de que, en él, suena distinto.

—*Y, por cierto*... —digo imitándolo—, si yo me fijase en un chico, desde luego que no sería en alguien que se parece a Draco Malfoy.

—Y yo no me fijaría en un muerto de hambre.

Sacudo la cabeza en un gesto de negación.

—¿Lo de ser rico y a la vez un capullo va siempre en un pack indivisible?

—Esto me lo dices fuera —dice, sacando pecho—. Seguro que no eres tan hombre como te crees.

—¡Oh, no...! —me burlo—. Pero si eres todo un macho alfa...

Alastair estampa el puño contra la barra y los hielos tintinean dentro de su copa.

—¡Venga! —dice alzando la voz—. ¡Sal fuera si tienes lo que hay que tener!

Ahora sí que nos han oído. Bueno, a él.

—Y el que viene de un barrio chungo soy yo —murmuro para mí.

Tanto Arthur como el grupo al que está atendiendo se vuelven hacia nosotros. Mi amigo está muy serio, y suele ser un tío bastante relajado, pero después de mirarnos simultáneamente a Alastair y a mí, la mirada que me dedica no deja lugar a dudas. Sé lo que mi amigo intenta decirme: «Por Dios, Cody, haz el favor de no seguir metiéndote en líos. Dale a este pijo lo que te pida y consigue que se vaya. La gente está empezando a hablar».

Miro detrás de Alastair. Él no lo sabe, pero su grupo de amigos no nos quita el ojo de encima. Y no son los únicos. Cada vez tenemos más miradas puestas sobre nosotros.

«Está bien, Arthur, conseguiré que este pijo regrese con sus amigos antes de que sea demasiado tarde. A mí tampoco me apetece nada seguir con esto».

Pero entonces el pijo dice:

—Ahora entiendo por qué te rajaron media cara.

Y lo recibo como una patada en el estómago.

A pesar de que los ojos se me inyectan en sangre, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para que no se me vaya la cabeza. Respiro profundamente mientras Alastair y yo nos miramos.

Hay tanto odio en sus ojos que todo indica que esto solo puede tener un final.

Los dos tenemos ganas de liarnos a hostias. Pero, en lugar de mandarlo todo a la mierda y abalanzarme sobre él, tomo una nueva y profunda inspiración, controlándome, y dejo que el silencio se instale entre nosotros como una muralla invisible. Y durante ese silencio, sigo mirando a sus ojos azules buscando respuestas que ya sé. Y lo que encuentro tiene mucho más que ver con el dolor que con el odio que siente hacia mí, aunque ambas emociones coexistan y choquen en su interior. Eso consigue relajarme un poco. Ver sus propias heridas calma las mías.

Si Alastair está así de enfadado es por una buena razón.

Y no es por mí.

Es por él.

Por todo lo que no consigue sanar.

—No soy maricón —insiste, leyendo mi pensamiento.

Es ahí cuando todo parece encajar. Como si él mismo, y sin querer, hubiese dejado las piezas de su propio puzle esparcidas sobre la

barra. Yo solo tengo que ir uniendo una con otra.

Primera pieza del puzle: este tema le afecta más de lo que está dispuesto a admitir. Tiene los ojos vidriosos y se ha puesto hecho un basilisco. Solo aquello que nos pertenece y nos duele tiene tanto poder sobre nosotros.

Segunda pieza: los ojos nunca mienten, y lo que veo en el fondo de su mirada no deja lugar a dudas. Acabo de calar al rubio.

Tercera pieza: por si eso no fuera suficiente, el odio que destila su mirada es brutal. Como si quisiera asesinarme después de decirle que lleva toda la noche mirándome pero que yo no estoy interesado en él.

Ya tenemos el puzle completo.

Estoy casi seguro de que es gay o bisexual, pero está metido en el armario y no se acepta a sí mismo. Si fuera heterosexual y estuviera felizmente enamorado de su novia, se habría reído en mi cara en lugar de sufrir un ataque de ira.

Pero en vez de sentir mi descubrimiento como una victoria, me invade una fuerte desazón. ¿Y si me acabo de meter con alguien que puede complicarme aún más las cosas? Como si no tuviese ya suficiente con lo que tengo en casa.

No recuerdo cuál era su apellido, Evers... no sé qué. Pero si lo que este memo dice es cierto y su familia tiene mucho poder en Manhattan, podría meterme en serios problemas. ¿Por qué he tenido que dármelas de tipo duro diciéndole que me da igual? ¡Por supuesto que no me da igual! Lo que pasa es que soy un bocazas y odio que me amenacen. Ya me lo ha advertido Arthur tanto en el coche como aquí, y yo he pasado de él. Es culpa mía.

Mierda. Lo último que necesito es tener un enemigo con padres multimillonarios.

Solo espero que cuando el chico regrese con sus amigos se olvide de mí y que trabajar en el evento no termine saliéndome más caro que el dinero que me van a pagar.

Deslizo la copa de balón en su dirección y doy la conversación por finalizada.

—Tu *gin-tonic*.

Antes de dar media vuelta y marcharse, Alastair clava sus ojos azules y fríos sobre mí.

Por supuesto que no se va a olvidar.

8

Alastair

Clase B

Camino de vuelta con mi *gin-tonic.*

Si antes de discutir con Cody, alguien me hubiese dicho que lo apostase todo a uno de los dos, habría apostado por mí. Tenía todo a mi favor. Cuento con un buen trabajo y, lo más importante, el apellido de mi familia. ¿Qué tiene él? Trabaja como camarero, así que no cuenta con los mismos recursos económicos que yo. Si no, estaría delante de la barra pidiéndose una copa y no detrás sirviéndosela a otros. Huelga decir que tampoco pertenece a mi clase social. Por eso no entiendo cómo es posible que me aleje con la certeza de que he perdido.

¿Es porque me ha rechazado?

Bueno, técnicamente no lo ha hecho, porque a) yo no le he pedido el número y b) tampoco me he insinuado. Mi interés en él es algo que ha sugerido él, no yo. Pero eso no importa. No importa porque desde el momento en el que me ha dicho que llevo dos horas mirándolo, que sabe que soy gay y que no tengo ninguna posibilidad con él porque no le gustan los hombres, me he venido abajo.

Ese camarero, sin conocerme de absolutamente nada, ha sido capaz de ver dentro de mí y descubrir mi secreto. Y desde el momento en el que lo ha hecho, por mucho que yo haya intentado

recuperarme, tenía la batalla perdida. Es imposible luchar contra lo que uno es.

Ahora, toda esa furia de la que he tirado para discutir con Cody se deshace y cae en pedazos muy pequeños, uno por cada paso que doy al frente. Alejarme del camarero me obliga a quedarme a solas con mi realidad, una realidad que odio. En ella, lo que la gente espera de mí no se corresponde con lo que soy. Así que me abro camino enfundado en mi traje de Armani y la cabeza llena de pensamientos dañinos que bullen y me recuerdan que les estoy mintiendo a todos.

Soy Alastair Everscourt, pero no soy el Everscourt que mis amigos y familia creen, el que tiene un futuro prometedor y trabaja en la empresa de su padre, la cual heredará llegado el momento. Soy Alastair, un chico de veintitrés años al que le da miedo enfrentarse a su familia, que se siente obligado a cumplir unas normas estrictas y estar siempre perfecto, que oculta su sexualidad, que tiene una novia por la que no siente ni amor ni deseo, y finge que es feliz.

También soy Alastair, el chico que se ha acercado a otro porque quería comprobar si por fin conseguía vivir algo que no fuera mentira.

Al final, las cosas no han salido como esperaba. Aunque tampoco sé exactamente qué esperaba de ese encuentro, porque me he lanzado sin trazar ningún plan. Pero, a pesar de todo, no puedo decir que nada de lo que ha pasado con... Cody, se llamaba, haya sido fingido.

Los nervios que he sentido al acercarme a la barra eran reales. Mi interés en él, en querer saber su nombre y la historia tras la cicatriz que le cruza el ojo, eran reales. El sentimiento de odio que me ha despertado sentirme atraído por él era real. Las ganas de partirle la cara cuando me ha contestado mal y las ganas de hacer todo lo

contrario, de quedarme horas mirándolo a los ojos, eran reales. La desazón que comprime mi pecho ahora mientras camino en busca de mis amigos también lo es.

Tan real como el tacto frío y húmedo de la copa de cristal que sostengo con la mano derecha. Intento que no se derrame ni una gota de alcohol cuando me toca sortear a la multitud que se agrupa con sus trajes y vestidos y copas llenas de vino y champán. Las mismas caras estiradas con las que me encuentro siempre en este tipo de eventos. Sonrisas falsas, risas forzadas que le hacen el coro a una conversación superficial.

Ahora, todo lo que brilla, el cristal de las copas, los vestidos, los tacones, las joyas, todo aquello que no tiene que ver con Cody y me aleja de él y del mundo del que viene, tan distinto al mío, de pronto me parece vacío, hueco.

Me planto delante de mis amigos que no son mis amigos, y entonces Michael se gira hacia mí:

—Eh, Alastair, ¿qué ha pasado?

—¡Eso! ¿Qué ha pasado? —pregunta Cyril.

Me invento una excusa barata:

—Nada, nada. Que el camarero no sabía preparar un *gin-tonic* y le he tenido que explicar cómo se hace.

Francis levanta una ceja.

—¿Qué clase de camarero no sabe hacer un *gin-tonic*?

—Los de clase B.

Mi respuesta les gusta, y yo me felicito mentalmente por la ocurrencia.

—Pensábamos que ya no ibas a volver con nosotros —dice Cyril.

—¿Y por qué pensabais eso?

—Porque te has echado un nuevo amiguito, ¿no?

Fuerzo una sonrisa mientras noto que la corbata me estrangula.

—¿«Amiguito»?

—El camarero que no sabía hacer *gin-tonics* —dice Francis.

—No me he hecho amigo suyo.

—Pues habéis estado un buen rato hablando. —Michael bebe un sorbo de champán—. No se tarda tanto tiempo en explicar cómo se hace una bebida.

Anthony sonríe y enseña todos los dientes.

—Sí, y parecía que os estabais llevando *muy bien*.

—¿Qué? No, no, de hecho...

De hecho..., necesito aflojar el nudo de mi corbata.

—¡Es coña, Alastair! —dice Cyril.

—¡Sí, estamos de broma! —Michael me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él.

Suelto un suspiro de alivio.

—Precisamente —dice Francis— si te lo decimos es porque nos ha parecido todo lo contrario. ¿No pillas la ironía o qué?

Me esfuerzo en sonreír.

—Ah... Sí, sí...

—Os habéis peleado, ¿no? El camarero y tú. —Quiere confirmar Michael—. Lo ha comentado más gente, que estabais discutiendo.

—Tampoco lo llamaría discutir —le quito importancia.

—¿Te ha dado algún problema? ¿Hay que ir a partirle la cara? Porque si se le tiene que partir la cara, se le parte.

Entonces se hace un silencio a nuestro alrededor, como si todos hubiesen decidido callar de repente, y sé que Blair acaba de llegar. La veo acercarse enfundada en un vestido dorado. La melena rubia le cae en forma de cascada sobre el hombro derecho. Los labios pintados de granate, las pestañas larguísimas, la piel blanca como una muñeca de porcelana. No hay duda de que Blair Redwick roba las miradas del resto de los invitados. La de los tíos, que se apartan

para dejarla pasar sin dejar de admirar sus ojos o sus tetas. La de las tías, que la escanean de arriba abajo, con envidia.

Pero si hay alguien que no puede despegar la mirada de mi novia, ese es Bradford, mi amigo, que llega cinco minutos después.

—Ey, tíos, ¿qué tal? Perdón por llegar tarde.

Me saluda con un apretón de manos demasiado fuerte y se coloca a tres personas de Blair y de mí, guardando una distancia de seguridad con ella. Distancia que no ha guardado antes; seguramente estaban teniendo sexo en los asientos traseros de su coche.

—Tranquilo —dice Blair—, yo acabo de llegar.

Como si no lo supiera de sobra.

Los ojos de Bradford se clavan en ella como una flecha que da en el centro de la diana y dibuja una pequeña sonrisa.

—Estábamos hablando de la discusión que ha tenido Alastair con un camarero —dice Cyril.

Blair abre los ojos, sorprendida.

—¿Qué? ¿Con cuál?

—Ese de ahí. —Francis se da la vuelta y apunta a Cody estirando el dedo índice de la mano con la que sujeta la copa—. ¿Ves al que tiene una cicatriz que le cruza el ojo? Pues con él.

—Yo creo que se ha enamorado de Alastair —dice Michael.

—¿Qué dices? —Frunzo el ceño, negando con la cabeza.

—No deja de mirarte desde que has vuelto.

Francis ríe.

—Blair, ¿qué te parece? Tienes competencia. Y es un tío.

Entonces ella me besa en los labios como si quisiera marcar territorio, pero su verdadera intención es poner celoso a Bradford. Por eso lo mira a él nada más separarse de mí. Y sonríe al comprobar que a Bradford le ha cambiado la expresión y ahora

parece tener una nube negra encima. Está enfadado, pero no puede echarle nada en cara, no delante de todos nosotros, así que decide pagar su ira y su frustración con otra persona:

—Quizá deberíamos darle una lección.

Está hablando de Cody.

—¿Cómo que... una lección?

—Sí. Una lección. El tío te está molestando.

Me pongo rígido.

—No, no. El camarero no me ha hecho nada.

—¿No ha discutido contigo? Y ahora no te quita los ojos de encima. Te está acosando, joder. Es un puto acosador. ¿Es que no piensas hacer nada? ¿Qué pasa, Alastair, te da miedo?

—No me da miedo. Pero no creo que... —Noto la boca seca—. Lo mejor es ignorarlo y ya.

—Claro, «y ya». —Bradford deja escapar una risa falsa—. ¿No será...? —Se interrumpe de golpe y se queda un segundo callado, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué?

No me gusta la forma en la que los labios se le estiran lentamente hacia las orejas. La sonrisa que se imprime en su rostro es macabra y me recuerda a la de un payaso diabólico.

—¿No será... que te gusta que el camarero te esté mirando?

—¿Y por qué me iba a gustar a mí que me mire un camarero?

No soy idiota, sé por dónde van los tiros. Como también sé que Bradford no está de broma. Su intención es joderme y humillarme delante del resto del grupo. Lleva esperando vengarse desde que Blair y yo anunciamos que estábamos saliendo (por decisión de nuestros padres); porque a él ya le gustaba Blair desde mucho antes. Bradford no se conforma con ser su amante. La quiere solo

para él. Odia ser el segundo plato y tener que fingir que se alegra de que ella y yo sigamos juntos.

Si Bradford supiera que en realidad yo soy gay y que las veces que me he acostado con Blair han sido por obligación, quizá dejaría de verme como un enemigo. O lo mismo no. A fin de cuentas, gay o no, sigo siendo el novio de la chica de la que está enamorado. Necesita quitarme de la ecuación.

—Hombre... —dice—, creo que está bastante claro.

Lo miro a los ojos, enfrentándome a él.

—No te sigo, Bradford. —Saco pecho y frunzo las cejas.

Él se pasa la mano por el mentón.

—Te estoy preguntando si eres gay. ¿Mejor así? ¿O necesitas que te haga un dibujo?

Cierro el puño de la mano que tengo libre.

—No soy gay. ¿Algo más?

—Uy. Se está poniendo rojo —dice Francis.

—Mentira.

—Eso es que sí lo es.

Estoy cabreado y nervioso. Como un animal que ve una amenaza a lo lejos pero que, en lugar de huir, se prepara para defenderse. Aguanto la respiración mientras mis amigos se miran entre ellos, comunicándose con los ojos y asintiendo levemente con la cabeza. Parece que todos han llegado a la misma conclusión, que sus mentes se han fusionado en una.

—Eh —dice Cyril, dirigiéndose a mí con una media sonrisa que veo a través del cristal de su copa—, ¿de verdad eres gay?

Siento como si estuviera atrapado en mitad de una pesadilla.

—Joder. Ya os he dicho que no. No sé cuántas veces me vais a hacer repetirlo.

Anthony se cruza de brazos con cuidado para no derramar el champán.

—Entonces, ¿por qué lo miras tanto tú también?

—No lo he mirado ni una puta vez. —Alzo la voz—. ¿Qué coño os pasa a todos? Os aviso desde ya que os estáis equivocando conmigo.

Cyril arruga la expresión.

—Yo he contado, por lo menos, unas diez miradas.

Fuerzo una risotada, negando con la cabeza.

—Y también me he estado dando el lote con él en la barra, ¡no te jode! No sé qué os pasa, pero por mí... Por mí os podéis ir todos a la mierda.

Estoy a punto de tirar la copa al suelo por esa mezcla de rabia, impotencia y... porque me han pillado. Sí, mis amigos me han pillado. Y no sé qué hacer para arreglar este desastre.

—Te hemos visto, Alastair —dice Michael—. Así que deja de mentirnos y cuéntanos qué está pasando entre ese camarero y tú. Vamos. Queremos saber la verdad.

9

Alastair

Tomar una decisión

Estoy contra la espada y la pared. Hace un segundo aguantaba la respiración, pero ahora siento que eso ya no depende de mí y que, aunque intente coger aire, no podré respirar.

La cabeza me da vueltas. El pecho se me encoge con la misma rapidez con la que mi camisa blanca se cubre de sudor. Tengo empapadas las manos, la frente, la espalda. En lugar de la inauguración de una nueva tienda de Armani, esto parece la sala de un interrogatorio.

—¿Y bien, Alastair? —insiste Michael.

Siento la mirada de mis amigos como un único foco de luz que me deslumbra y ejerce un calor brutal sobre mí. Los cinco esperan una respuesta. Seis, si contamos a Blair. Ella es la única que no participa. Se queda en un segundo plano, siendo testigo de lo tenso y nervioso que estoy.

—Me gustan las mujeres. Esa es la única verdad.

Mi mano, antes en un puño, se queda inerte y sin fuerzas. Con la derecha sigo sujetando el *gin-tonic* que me ha preparado Cody. La copa de balón me pesa tres veces más que antes.

—¿Vosotros le creéis? —pregunta Michael al resto del grupo.

—No.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

Blair y Bradford no responden, de momento, aunque él parece a punto de hablar, y yo ya no me siento capaz de hacerlo. He dejado de ser el animal que ante la amenaza se prepara para defenderse. Ahora el miedo se refleja en mis ojos.

—Yo tampoco te creo, Alastair —dice Bradford.

Tengo que parar todo esto. Debo encontrar la forma de convencerlos a todos de que no soy gay. Mis amigos y mi novia no pueden descubrir la verdad. Y no lo lograré si ven lo acojonado que estoy. Necesito ocultar mi miedo para seguir protegiendo aquello que me pertenece solo a mí y que no estoy preparado para contar al mundo.

Absolutamente *nadie*, salvo uno mismo, tiene el derecho de sacar del armario a otra persona. Y los motivos que alguien tenga para permanecer dentro de él son suyos, y a nadie más deberían importarle. Pero de poco me sirve esa teoría ahora si no hago nada para enterrar las sospechas que el grupo tiene sobre mí.

—Soy heterosexual. Me gustan las tías. Tengo novia, joder —logro decirlo sin que me tiemble la voz. Y luego la miro a ella, miro a mi novia—: Blair, tú me crees, ¿verdad?

Con dudas, aunque queriendo echarme una mano, Blair responde:

—Sí, te creo.

Pero no es suficiente. Lo sé por cómo se miran mis amigos entre ellos, cómplices.

En medio de ese mar de sudor y desesperación, se me ocurren varias excusas. Como no puedo negar que estaba mirando a Cody porque, visto lo visto, no he sido tan discreto como pensaba, necesito algo que justifique por qué lo he hecho.

—Alastair —dice Bradford, harto de no arrancarme una confesión —, estás sudando como un pollo, así que no nos tomes por gilipollas. Te gusta ese camarero. Reconócelo. Sé que es incómodo hacerlo delante de tu novia, pero, aunque seas mariquita, compórtate como un hombre.

El resto del grupo, salvo la propia Blair, ríen como hienas.

Aprieto los dientes. No dejaré que el gorila de Bradford me arruine la vida; él ha empezado todo esto. Pero si pretendo que mis amigos cambien la opinión que tienen ahora mismo sobre mí y me dejen en paz, tengo que darles lo que quieren. Y lo que quieren es violencia.

Bien. Les daré violencia.

—Si lo miraba es porque estoy harto de notar sus ojos en mi nuca. Estoy de acuerdo contigo, Bradford: el camarero es un puto acosador. De hecho, me dan hasta ganas de acercarme a la barra y darle una paliza. A ver si así deja de mirarme. ¿Te vale así? ¿Os vale a todos? ¿Es suficiente para que dejéis de llamarme maricón?

La sonrisa de Bradford le llega hasta las orejas.

Abro mucho los ojos al darme cuenta de lo que acabo de hacer. He dejado que el miedo y la rabia hablen por mí, y ahora es demasiado tarde para arreglarlo. He caído en la trampa de Bradford. Por fin tiene lo que buscaba desde el principio. La oportunidad de ponerme en una situación complicada en la que tendré que demostrarles si soy uno de los suyos. En lugar de esquivarlo, se lo he puesto en bandeja. Porque no, sé que esto no ha acabado todavía, Bradford no da una puntada sin hilo. No se va a detener ahora, va a llegar hasta el final.

Y eso significa que me va a llevar al límite para ver qué decisión tomo.

—Deberías hacerlo. Pegarle una hostia.

Ahí está.

Sabía que este momento llegaría algún día, pero no me creo que vaya a hacerlo aquí y ahora.

—A ver, yo no... —Trago saliva despacio.

—No me queda claro —dice Anthony.

—¿Te gusta que te mire otro tío? —pregunta Francis, acercándose a mí con su copa.

—No.

—Joder, Alastair —se suma Michael, dando otro paso al frente—, ¿eres un puto maricón?

—No.

Todos se empiezan a acercar, despacio. Estoy acorralado. No puedo salir. El nudo de la corbata me estrangula y el sudor se multiplica.

—Alastair, ¿qué está pasando? —Ahora se suma Blair.

—No me jodas que de verdad eres maricón —dice Anthony.

—Bua, qué fuerte —se ríe Cyril.

—NO SOY MARICÓN.

Pero lo peor llega justo después.

Bradford apura lo que le queda de champán, me apunta con la copa como si fuera una pistola y consigue que todo salte por los aires.

—Pues haz lo que has dicho y defiéndete —dice—. ¿Eres un hombre de verdad? Demuéstralo. Ese maricón de ahí no deja de mirarte y alguien le tiene que enseñar qué pasa cuando acosas a otra persona. Hoy eres tú, pero mañana puede ser un niño. La mitad de los gays son pederastas. Así que te diré lo que vamos a hacer. Esperamos a que el camarero salga de currar, lo llevamos a un callejón y le pegamos una paliza entre todos.

10

CODY
Las copas al suelo

Desde que he visto al pijo marcharse con su *gin-tonic*, con esa promesa escrita en sus ojos azules de que la discusión no iba a acabar así, me siento torpe trabajando detrás de la barra. Tan torpe como para chocar varias veces sin querer con Arthur. A la segunda me ha pedido, serio, que tenga más cuidado. Intento esforzarme y concentrarme en servir copas a los invitados, pero cada vez que cojo un botellín de la nevera, echo tres cubitos de hielo a una copa o desenrosco el tapón de una botella de alcohol..., mis ojos viajan por encima de la persona a la que estoy atendiendo y buscan entre la multitud una cabeza rubia. La de *Alastair*.

Después me quedo en silencio varios segundos, viendo qué hace. Si él también se da la vuelta para mirarme a mí.

Y, como si él adivinase que lo estoy mirando desde la barra, cada vez que yo lo busco, de una forma u otra, mis ojos terminan chocando con los suyos.

Luego yo aparto la mirada de forma brusca, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y le doy la vuelta a la botella para llenar otra copa.

Pero siempre vuelvo a por más. Aunque note ese pellizco incómodo en el pecho.

Y él me lo da.

El dolor, cuando viene en proporciones muy pequeñas, tiene algo de adictivo que hace que nos enganchemos a él.

Así que, en resumen, el pijo y yo hemos estado compartiendo miradas en la distancia. Las suyas frías, igual que sus ojos azules. Las mías, llenas de algo que podría confundirse con cierta... curiosidad.

A ver. Es verdad que ya me había fijado en él incluso antes de que él se acercase a la barra a hablar conmigo, porque el chaval llevaba dos horas mirándome. Y feo no es. Pero entonces no había nada interesante en ese hecho. Después de discutir con él y verlo regresar con sus amigos, mi visión de él ha cambiado.

—Un vodka Red Bull y dos ginebras rosa con Sprite —me pide un chico.

Dejo de mirar a Alastair en la distancia, pongo tres vasos limpios sobre la barra y les echo un par de hielos.

Mientras preparo las tres copas, mi cabeza continúa pensando en él. Las mismas preguntas una y otra vez: ¿quién demonios es ese rubio cabrón? No me interesa recordar su apellido. Lo que me interesa es la persona que se esconde detrás de ese traje oscuro y todo lo que creo haber acertado sobre él. ¿Cuántos secretos más podré descubrir si los dos volvemos a tener una conversación (o una discusión)?

Antes, cuando lo tenía enfrente, me he hecho el chulo. También he sido bastante borde con él. Pero lo cierto es que, aunque me joda, ese rubio me ha dejado con ganas de más.

No sé exactamente *de qué*. Pero sí sé que quiero más.

Así y todo, entre *gin-tonics* y otros cócteles, ese tío y yo nos hemos mirado hasta en cinco o seis ocasiones. Estoy estirando el cuello para vigilar qué hace cuando veo llegar a alguien que se suma

al grupo y se coloca a su derecha. Una chica espectacular, de cabello largo y rubio, enfundada en un vestido dorado. Saluda a todos y cinco minutos más tarde llega otro amigo, y después la chica del vestido dorado se gira hacia Alastair y lo besa con decisión en la boca.

Y... se me caen dos copas al suelo.

Arthur pega un salto hacia atrás intentando esquivar los cristales.

—¡Por Dios, Cody! ¡Espabila!

—Perdón, perdón.

—No, perdón no. Estate a lo que estás y deja de mirar al pijo.

Me tiende la escoba y la pala para que barra el desastre. Las agarro y le pido perdón al cliente por tirar sus bebidas, asegurándole que se las volveré a preparar lo antes posible.

—No lo estaba mirando —le digo a mi amigo mientras recojo los restos.

El suelo se queda pringoso y brillante.

Arthur se inclina a mi oreja para que el chico al que estoy atendiendo no escuche lo que me va a decir.

—En serio, Cody. Ya has discutido una vez con él, no lo hagas dos veces —me advierte, haciendo de Pepito Grillo—. ¿Qué pasa? ¿Buscas cabrearlo aún más y que vuelva aquí? ¿De verdad quieres meterte en ese follón? Porque a mí no me apetece nada que esto me salpique, y a ti no te interesa tener a alguien como él en tu contra. Como sea verdad que su familia es influyente, estamos jodidos. Así que deja de provocar al rubio si no quieres meternos a los dos en problemas.

No intentaba provocarlo. No de la forma que él cree.

—Vale, tienes razón.

Arthur me arranca la escoba de las manos. El pobre no para y yo no estoy siendo un buen compañero. Tiene razones para estar

cabreado. Ya es hora de que deje de pensar en un chico que no voy a volver a ver y que me ponga las pilas.

Saco dos copas nuevas, la única que ha sobrevivido y que sigue intacta sobre la barra es una llena de ginebra con Sprite. Hago otra igual que esa, después le sirvo el vodka con Red Bull. El chico vuelve a tener las dos bebidas que le faltaban en menos de medio minuto. Se marcha con las tres sin darme las gracias.

Sigo atendiendo en la barra. Intento ser lo más rápido y efectivo posible para quitarle trabajo a Arthur y que pueda descansar un poco. Lleva desde que ha empezado el evento sin parar. Aun así, me sigo notando torpe, distraído. No puedo negar que, en alguna ocasión, cuando creo que Arthur no me va a pillar, vuelvo a estirar el cuello para ver qué hace Alistair. No sé qué me pasa con él. Es como si se hubiese convertido en una pequeña obsesión. Como la gente que prueba el tabaco por primera vez y, a pesar de que al principio no le gusta nada, sigue fumando.

Ahora mismo ese chico parece ser el centro de atención. Todos sus amigos, incluida su novia, lo están mirando fijamente.

Sacudo la cabeza, un poco decepcionado después de recordar el beso que se ha dado con ella.

Pero ¿qué esperaba?

Por supuesto que tiene novia. No era un farol. Y quizá tampoco era su salvavidas. Puede que el chico ni siquiera sea gay o bisexual y que antes solo se haya acercado porque se estaba aburriendo en el evento y tenía ganas de liarla porque sí. Estoy tan acostumbrado a que la gente me pida el Instagram y a que me pregunten si estoy soltero que he dado por hecho que yo a él también le interesaba de esa forma.

Pero supongo que me he equivocado.

De todas formas, me la suda. No me gustan los hombres. A mí lo que me gusta es *gustar*, y estaba convencido de que yo, al pijo, le gustaba. Darme cuenta de que no es así, de que él no iba con esa intención, ha herido mi orgullo. Tampoco es que necesite la validación de un rubio repeinado al que no conozco, pero la idea de tener a un niño bien dentro del armario obsesionado con un chaval de extrarradio me pone.

Cuando la barra se vacía de clientes y nos quedamos un momento solos, Arthur, mucho más relajado que la última vez, me pregunta:

—¿Me vas a contar ya qué te pasa esta noche?

—¿Yo?

—No, mi abuela que está en silla de ruedas. Pues claro que *tú*, Cody. Estás rarísimo.

No tengo ganas de hablar con nadie, y eso incluye a mi mejor amigo.

—¿Qué me va a pasar? —respondo—. Que tengo ganas de que termine el evento para irme a mi puta casa.

Porque decirle que no soy capaz de dejar de buscar a Alastair con la mirada le haría creer dos cosas: la primera, que quiero pelea. La segunda, que me siento atraído por él. Pero, como ninguna de las dos es cierta, y tampoco sé qué cojones es, mejor me lo guardo para mí.

No vaya a ser que Arthur llegue a la conclusión de que el repeinado me gusta y crea que me está guardando un secreto.

Además, si algo he aprendido a mis veinte años es que, cuando compartes una confidencia, una parte de ella siempre encuentra la forma de salir.

Si quieres que algo no se sepa (como esa pequeña obsesión que empiezas a tener por alguien al que has decidido odiar), no lo compartas en voz alta. Ni siquiera con tu mejor amigo. No lo hará

con mala intención, pero es probable que se le escape una media sonrisa o una mirada cómplice cuando estéis en una reunión con amigos y habléis sobre algo que guarda relación con lo que tú le contaste. Y si lleva un par de cervezas encima o es una persona muy expresiva, se vuelve aún más evidente.

Así se destapan la mayoría de los secretos. La gente no es tonta y sabe atar cabos.

Pero si decides no contárselo a nadie..., entonces solo depende de ti. Tu secreto se queda a salvo, porque el pensamiento es la única puerta que puedes cerrar bajo llave sin que nadie consiga abrirla.

Aunque, como ya he dicho, Alastair no me interesa en absoluto.

Así que en realidad no tengo secretos.

Y no estoy intentando convencerme a mí mismo de nada.

—El tío te está mirando —dice Arthur—. Bueno, te mira él y todo su grupo. Espero que estés contento. Es evidente que están hablando de ti. Como hablen también con nuestro jefe, la hemos cagado.

Se me vuelve a caer otra copa al suelo.

—¡Hostia, tío! —se queja mi amigo—. ¿Otra vez? ¡No me jodas!

—¡Perdón!

Arthur se pellizca el puente de la nariz con una mano, con la otra me vuelve a tender la escoba.

—Haz el favor de hacerme caso de una puta vez y deja de mirar en su dirección. Te he dicho que no quiero problemas.

—Tranquilo, Arthur.

—No, tranquilo no. Nos están mirando todos, joder.

—Pues que miren.

—No lo entiendes —dice—. Esos tíos no me dan buena espina. Por favor, ni una mirada.

—Vale.

—Lo digo muy en serio, Cody. Ni. Se. Te. Ocurra. Mirarlos.

Agacho la cabeza y recojo los cristales.

—¿De qué tienes miedo? —pregunto, restándole importancia—. Ese pringado no nos va a hacer nada.

—Alguien que está forrado siempre es peligroso. Con dinero puedes hacer casi cualquier cosa.

—Que lo intente.

11

CODY
Fuera

Arthur y yo salimos del evento después de cerrar. Por fin somos libres.

De camino al parquin, mi amigo me pregunta:

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, como siempre.

Lo que significa que, al llegar a casa, me la encontraré dormida en el sofá a oscuras salvo por una única débil fuente de luz. La que proyecte la televisión, que se habrá dejado encendida, y que se imprimirá sobre su camisón naranja y su rostro cansado y delgado. Me imagino el brazo extendido, y las uñas mordisqueadas que le rozan el suelo, lleno de migas de galletas. En la mesa de centro, los antidepresivos que debería haberse tomado para tratar su enfermedad. Los restos de la cena que le he dejado preparada, secos y pegados al plato. La llevaré en brazos hasta su habitación y la arroparé, igual que cada noche.

—Seguro que cuando os mudéis volverá a ser ella —dice Arthur. Siempre ha sido más optimista que yo.

Hago una profunda inhalación con la que lleno mis pulmones; después expulso todo el aire de golpe.

—Ojalá.

Estoy pensando en mi madre cuando me parece escuchar algo en el parquin. Algo parecido al chirrido de una puerta que se abre despacio.

Me pongo alerta.

Seguramente nadie que viva en el Upper East Side se habría puesto nervioso. Pero yo no soy de aquí y, de donde provengo, se aprende lo peligrosa que es la gente y lo poco que cuesta asaltar a alguien. Así que mi alarma interna se enciende de forma automática.

Creo que a Arthur le pasa lo mismo y por eso se queda tan callado.

Antes hemos pasado delante de una puerta roja. No me he fijado en si estaba cerrada o no. Puede que una corriente de aire la haya empujado.

O puede que lo haya hecho una persona.

Seguimos caminando, apretando el paso, pero entonces volvemos a escuchar el mismo ruido.

La puerta se abre y se cierra con un golpe.

Esta vez estoy seguro de que no ha sido el aire.

Ha sido una persona.

No estamos solos.

El parquin está prácticamente a oscuras. La iluminación es mínima, permite ver los coches aparcados, pero siento que el techo y las paredes de cemento se ciernen sobre mí como sombras que intentan alcanzarme. Es el escenario perfecto para cometer un crimen. Podrían dispararnos ahora y meter los cuerpos en un maletero. Noto el mismo malestar que cuando me toca volver a casa caminando de noche y paso por delante de un grupo de sombras que se mueven. La mayoría de las veces son indigentes que me preguntan si tengo algo para darles. También me encuentro a grupos que trapichean con droga, bandas peligrosas. Pero allí, por lo

menos, conozco las calles, los sitios, la gente. Este territorio es nuevo y no sabemos a quién nos vamos a encontrar. Podría ser una señora buscando las llaves del coche en el bolso o alguien con un arma que viene a atacarnos.

Después de que la puerta se cierre, escucho otro sonido. Este es constante y empieza siendo débil, pero después se vuelve más fuerte y rápido.

Son pisadas.

Y cada vez parecen más.

Detrás de nosotros no hay una persona. Hay un grupo entero.

Giro la cabeza lentamente hacia atrás, a pesar de que Arthur me coge de la muñeca para evitar que lo haga, y descubro quiénes son.

Es el grupo de Alastair. Los reconozco a todos de vista. Son sus amigos, estaban con él en el evento.

Yo no sabía que enfrentarme a él me causaría problemas. Antes de que él se cruzase en mi camino, creía que solo tendría que preocuparme por el monstruo.

Jamás imaginé sumar otro nombre a esa lista.

Pero está claro que me he metido con la persona equivocada. Me he pasado de la raya con el pijo. No solo hemos discutido, también he buscado sus heridas para meter el dedo en la llaga, y eso ha hecho que me gane un nuevo enemigo al que no debería haber subestimado.

Entonces veo también a Alastair. Tiene el rostro desencajado.

Y una voz en mi interior me grita que corramos al coche.

12

Alastair

Uno de los dos

No debería haberme prestado a participar en ese juego de miradas con el chico de la cicatriz. Y mucho menos hacerlo mientras estaba rodeado de mis amigos y Blair.

¿En qué demonios estaba pensando?

Tendría que haber sido más precavido. O, como mínimo, ser consciente de que era una idea pésima jugármela de esa forma. Normal que mis amigos crean que han descubierto el pastel. Y ahora les tengo que demostrar que están equivocados. Que no soy maricón. Y para eso tengo que hacer lo que ellos me digan.

Y... Dios mío.

No estoy orgulloso de lo que está a punto de pasar.

Y sé que no voy a tener el valor de volver a mirar a los ojos a ese chico cuando todo termine.

No después de que mis amigos me obliguen a hacerle daño.

—Alastair —me llama Blair, bajando mucho la voz.

Está a mi derecha. Tiene el rostro igual de desencajado que yo.

—Alastair, por favor —me susurra—, para todo esto.

—No puedo.

—Sí que puedes. Habla con Bradford. Haz que entre en razón.

«Habla tú con él», pienso. Pero sé que encararme ahora con ella no va a servir de nada. Así que niego con un movimiento leve de cabeza.

—Es demasiado tarde, Blair.

Lo es. Ya estamos aquí, en el parquin. El chico de la cicatriz y su amigo están a tan solo unos metros de nosotros, mirándonos a todos.

Ese chico, Cody, barre el rostro de mis amigos con una mirada nerviosa. Sus ojos pasan de uno a otro, imagino que está contando contra cuántos se enfrenta para calcular si tienen alguna posibilidad de tumbarnos a todos. Y no, no tienen ninguna posibilidad. Somos demasiados. Estos pobres chicos se encuentran en un callejón sin salida.

De pronto repara en mí y las pupilas se le dilatan.

He oído decir que eso puede pasar cuando ves a alguien que te gusta o por el que te sientes atraído. Que tu sistema nervioso se activa y libera la hormona de la oxitocina. Pero no me había dado cuenta hasta ahora de que esa respuesta puede estar motivada por una emoción que se aleja del romanticismo y que es mucho, *muchísimo*, más oscura. Algo que puede llegar a ser igual de fuerte que el amor, pero que se encuentra en el sentimiento opuesto.

El odio.

El odio y el amor son las dos caras de una misma moneda.

Y creo que ese chico, ahora mismo, me odia. No puedo culparle por ello. Yo también me odio por lo que voy a hacerle.

En cuanto me reconoce, sus ojos verdes y marrones se quedan clavados en los míos. Me mira con tanta furia que la atmósfera parece volverse venenosa. Toda esa rabia a punto de rebasarle, mezclada también con el miedo que late en su interior, llega hasta mí con una fuerza brutal, como si pudiera empujarme desde la

distancia. Quizá por eso doy un paso atrás. O quizá lo hago porque cuanto más cerca estoy de él, más culpable me siento.

—¿Qué cojones haces *tú* aquí?

Me habla a mí.

Mis cinco amigos, incluida Blair, se vuelven para mirarme. Si a mi grupo le sumamos los dos camareros, ahora mismo tengo ocho pares de ojos clavados sobre mí. Mi cabeza es el centro de una diana.

El parquin se queda sumido por un profundo silencio en el que la tensión lo llena todo. Pasan cinco segundos (probablemente los cinco segundos más largos de mi vida) hasta que Michael, viendo que me he quedado sin habla, pregunta con malicia:

—¿Alastair...? ¿No vas a responder a tu «amigo»?

—Eso. —Se une Cyril—. Tu «amigo» te ha hecho una pregunta. —Su comisura derecha repta hacia arriba. Está encantado con la situación. Y yo estoy tan nervioso que creo que podría vomitar.

Respiro hondo y me esfuerzo en controlar la respiración. A pesar de las náuseas, consigo devolver a mi estómago los restos de *gin-tonic* que me han subido por la garganta y me han dejado un gusto amargo en la boca. Y, tras esa primera arcada, decido que lo siguiente que tengo que hacer es poner de mi parte para que no me tiemble la voz. Mis amigos y mi novia me están mirando, y no puedo fallarles. Necesito aparentar seguridad. Si ven que estoy nervioso, dudarán de mí. Y si estoy aquí es precisamente para acabar con todas las dudas que tienen sobre mi persona.

Tengo que convencerles de que soy alguien que no soy.

Tengo que mentirles a todos para sobrevivir.

Llevo la camisa tan empapada de sudor que la tela blanca se ha vuelto de un gris oscuro. La humedad hace que el algodón se me adhiera tanto que es como si una modista me la hubiera cosido

directamente sobre la piel. Solo me faltaba eso, vomitarme encima y cargarme un traje que cuesta un ojo de la cara.

—Estoy aquí porque...

Me interrumpo a mí mismo y desvío la mirada hacia Bradford. Él me mira y asiente; me da su aprobación y me anima a terminar la frase. Confía en que cumpliré con el trato que hemos hecho. No porque él me considere una persona valiente, sino porque no me queda otra opción. Sabe que estoy desesperado.

—Porque... Bueno, creo que ya sabes por qué. Me debes una disculpa.

El chico de la cicatriz levanta las cejas.

—¿Una disculpa?

—Sí, *una disculpa*. Por lo de antes.

Cambia el peso de una pierna a otra y se cruza de brazos.

—No sé de qué me hablas, chaval.

—¡Eh! —dice Anthony—. Vigila cómo le hablas a un Everscourt.

Odio que mencione mi apellido como si yo fuera alguien importante para él. Como si me tuviera algún respeto. Como si yo pudiera escoger mi propio destino y no tuviera que hacer algo terrible para proteger aquello que me pertenece.

Cody se encoge de hombros y hace una mueca con los labios.

—El apellido Everscourt no me suena de nada.

Su compañero le pega un codazo para que cierre el pico. Es el camarero junto al que estaba sirviendo copas detrás de la barra. Él parece más sensato. Y Cody parece respetarlo mucho, porque obedece sin rechistar. Sella los labios y contiene su impulsividad. También cierra los puños con fuerza y tensa la mandíbula.

El chico tiene miedo, pero también está enfadado. Parece alguien que, en lugar de huir, se enfrenta a cualquier cosa que le pongan por delante. Y eso es algo que puede salirle muy caro. Por eso me

alegro de que tenga al lado a alguien que lo frene cuando las cosas pintan mal.

—¿No te suena Everscourt? —pregunta Anthony—. No importa. Creo que después de esta noche nunca se te olvidará ese apellido.

Es una amenaza con todas las letras. Pero, frente a ella, en lugar de dar un paso atrás, los nudillos del camarero se tornan blancos. Su expresión se torna más oscura y salvaje, como un animal a punto de enseñar los colmillos.

Y entonces vuelve a clavar esos ojos verdes y marrones sobre mí. Las pestañas larguísimas que enmarcan su mirada subrayan esa mezcla de colores vibrantes. Sus labios finos parecen tan afilados como dos navajas superpuestas entre sí.

Si el chico tiene la intención de pelear, no hay duda de a por quién va a ir primero.

Quiere mi cabeza.

Me mira como si fuera a arrancármela.

Él es el que está en una clara desventaja y, sin embargo, transmite una seguridad que me deja pasmado. Ni siquiera el miedo que veo en sus ojos, como una sombra que acompaña a su coraje, le resta un ápice de apariencia amenazadora.

No quiero ni imaginar la de insultos que me estará gritando dentro de su cabeza. Sabe que esto es por mi culpa. Y yo sé que si, en lugar de ponerme a jugar al ratón y al gato con él, me hubiese limitado a seguir interpretando mi papel de novio y amigo perfecto, ahora no me encontraría en esta situación. No estaría aquí. Estaría en casa, cepillándome los dientes con el pijama puesto, dispuesto a meterme en la cama pronto porque mañana madrugo.

Los sábados por la mañana debo practicar con el piano y odio tocar sin haber descansado bien. Me gusta tener la mente despejada y despierta antes de sentarme frente a la partitura. Así, las horas

perdidas tocando un instrumento que dejó de gustarme cuando era pequeño no se me hacen eternas. El tiempo pasa de otra forma cuando no estás cansado.

Y no, no puedo escaquearme de esa actividad porque, además del profesor, mi madre también suele estar presente. Se sienta con los brazos cruzados sobre el pecho y los párpados entrecerrados. Me recuerda a un vigilante de seguridad. Ella también estudió en el conservatorio, y le daba miedo que yo abandonase completamente la música después de terminar el grado superior de piano, por eso me obliga a seguir practicándolo cada sábado y está atenta a cualquier fallo que pueda cometer. Si me equivoco en una nota, me señala el error y me hace comenzar desde el principio.

Pero en lugar de en mi casa, ¿dónde estoy? En el parquin del edificio en el que se ha realizado un evento. A nada de convertirme en un hijo de puta.

Se suponía que lo más difícil de la noche era fingir que estoy ciego y que no me doy cuenta de lo que hay entre mi novia y Bradford.

Pero no.

Lo más difícil, y la razón de que me haya metido en esta encrucijada, ha sido conocer a una persona con el poder de coger los mandos que marcan la dirección y el sentido de tu vida y hacerte descarrilar.

No es la primera vez que me siento atraído por un chico. Antes de él, ha habido otros. Con una posición social y una familia parecidas a la mía, y que tampoco se permiten ser quienes son por miedo al rechazo. Cuando compartía una mirada llena de intención con alguno de ellos, después solo tenía que asegurarme de no mostrarme interesado en él en público y esperar el momento adecuado para conseguir su número de teléfono sin que nadie de mi entorno se diese cuenta. Eso es lo que debería haber hecho con el

chico de la cicatriz. Fingir indiferencia. Pero no he sido capaz de aguantarme las ganas. Por mucho que intentase no mirarlo, mis ojos siempre terminaban encontrando el camino hasta él.

Así que lo he fastidiado todo.

Y Blair me lo recuerda cuando se inclina hacia mí para decirme al oído.

—Soluciónalo, Alastair. —Me habla entre susurros, no quiere que la escuche nadie más para que tampoco se pongan en su contra—. Diles que lo has pensado mejor y que no vas a pegar al chico. Él no se merece nada de esto.

Me llevo una mano a la boca cuando sufro una segunda arcada.

—Tío, ¿estás bien? —pregunta Michael, y luego se aparta hacia un lado para guardar una distancia de seguridad. Le preocupa más que pueda vomitarle encima que cómo me encuentre yo.

—Estoy bien.

Anthony niega con la cabeza.

—Tiene la cara blanca. ¿No lo veis?

Tiro del nudo de mi corbata.

—Estoy perfectamente.

Es mentira. Estaría bien si tuviera una máquina del tiempo, porque tendría la oportunidad de hacer las cosas de otra forma. Retrocedería hasta el momento en el que decidí que era una buena idea (no lo ha sido) quedarme en la barra pidiendo un *gin-tonic* más tiempo del estrictamente necesario y discutir con el chico de la cicatriz. Suprimiría la parte en la que no dejé de mirar en su dirección cuando me reuní con mis amigos. Lo cambiaría todo para así no tener que pagar ahora las consecuencias de haberme dejado guiar por un instinto primitivo que debería haber reprimido desde el minuto cero.

Ser un Everscourt implica llevar una vida perfectamente diseñada y milimetrada por mis padres. Yo nunca he tenido voz ni voto. Pero en las últimas horas me he salido del guion que controla mi vida, y eso ha causado un efecto mariposa que nos ha llevado hasta aquí.

Mis amigos no deben dudar de mí. Porque si el rumor de que soy gay llegara a mis padres, no solo no aceptarían mi orientación, sino que, además, renegarían de su propio hijo.

Mi padre entraría en cólera. Mi madre no me dirigiría la palabra. Me echarían de casa de una patada como a un perro y me convertiría en la vergüenza de mi familia.

Todo podría derrumbarse después de esta noche.

Y solo porque necesitaba saber si un camarero sentía ese interés que él también había despertado en mí. Necesitaba contar todas las veces que tenían tiempo de encontrarse nuestros ojos antes de que mis amigos me llamasen la atención y tuviese que parar.

Pero eso ha hecho que me meta en problemas. He jugado con fuego y he terminado quemándome. Mi reputación pende de un hilo.

Solo me queda hacer una cosa.

Tomar una decisión.

Puedo desenterrar mi secreto y joderme la vida.

O puedo volver a enterrarlo y hacer que todos lo olviden.

Pero, si quiero que lo olviden, debo mancharme las manos de sangre.

13

Alastair

La cacería

Bradford despliega una sonrisa inquietante que me pone los pelos de punta.

No entiendo cómo el chico de la cicatriz y su compañero aún no han huido de nosotros. La advertencia de Anthony, «Creo que después de esta noche nunca se te olvidará ese apellido», debería haber sido más que suficiente.

—Perdonad a los maleducados de mis amigos por no haberse presentado. Mi nombre es Bradford, ¿vosotros cómo os llamáis?

Es como ver a un depredador jugando con la comida, estirando el momento por diversión.

El miedo y la furia que envuelven a Cody dan paso a la desconfianza. Esas tres emociones revolotean sobre sus ojos como un enjambre de avispas.

—¿Por qué nos habéis seguido? —Lanza la pregunta de sopetón. Quiere ir al grano.

Bradford finge no tener ni idea de lo que le habla.

—¿Seguido? ¿A vosotros? Esto es un parquin. Tenemos el coche aquí.

—¿Dónde?

Bradford se rasca la cabeza.

—No lo recuerdo bien.

El chico sabe que les está mintiendo.

—¿Qué queréis? —pregunta impaciente.

—Hablar. Queremos hablar —responde mi amigo con una tranquilidad que da escalofríos—. Solo eso.

El otro aprieta más los puños.

—Sobre qué.

Y entonces Bradford levanta las manos.

—Tranquilos, no os vamos a hacer nada.

Cody sabe que corre peligro desde el instante en el que su mirada ha chocado con la mía y me ha reconocido. Yo también estaría muerto de miedo si viera que el *mismo* tío con el que he discutido en el evento me ha seguido hasta el parquin acompañado de sus amigos. No hay duda de que sabe lo que va a pasar. Y que su compañero también pagará las consecuencias de estar en el lugar y momento equivocados. Lo que no sé si sabe, aunque tampoco cambiaría nada, es que yo en realidad no quiero hacerlo.

Bradford suelta una larga exhalación.

—Lo que no entiendo es por qué eres tan... orgulloso. Deberías pedirle perdón a Alastair. Reconoce tus errores como un hombre.

—Seguís sin explicarme por qué debería pedirle perdón.

Las comisuras de Bradford se estiran hacia arriba. Una sonrisa torcida que no me gusta nada.

El sudor me perla la frente. Debería decir algo ahora, cualquier cosa que ayude a reconducir la situación y evitar el final que mis amigos esperan. Pero ¿qué hago en vez de eso? Mantenerme detrás de Bradford, en un segundo plano, y ser cómplice de todo. Porque soy así de cobarde.

El miedo me paraliza. Siento que aquello que decida tendrá un fuerte impacto en mi vida personal, tanto si pego a un chico

inocente como si decido no hacerlo y aceptar las consecuencias.

Bradford se pasa una mano por el mentón.

—¿Quieres que te lo explique? —le pregunta al camarero.

—Tú no. Quiero que me lo explique *él*.

Cody me apunta con el dedo índice. Mis ojos vuelven a chocar con los suyos y se funden con esa mezcla de verdes y marrones.

Todos se quedan en silencio. Un silencio cargado por esa tensión que se respira en la semioscuridad del parquin. Ahora esperan que diga algo, lo que sea.

—Eh... Me estabas mirando. En el evento. Y... me has hecho sentir incómodo.

El chico parece no saber si reír o no.

—¿Se trata de eso?

—Mmm... Sí.

—Dime que estás de coña.

—No.

Bradford lo interrumpe:

—¿Te parece *poco*? Acosar a una persona es un delito muy grave.

—Lo que me parece es que no sabéis qué hacer para entreteneros. Si buscáis pelea, id a buscarla a otra parte. O descargaos el *Mortal Kombat*. Nosotros no queremos movidas, hemos venido a trabajar y ahora nos piramos a casa. Tranqui, no os guardaremos rencor por habernos seguido hasta aquí. Buenas noches y todo eso.

Bradford suelta una carcajada que resuena por las paredes de cemento.

—Me parece que eso no lo decidís vosotros.

El chico de la cicatriz mira rápidamente a su amigo para decidir qué hacer. No quieren problemas, pero los problemas somos nosotros, y vamos detrás de ellos. Por eso me mira a mí después de

mirar a su compañero. Y ya no encuentro ningún resquicio de chulería en él. Se la ha quitado como quien se quita un abrigo, ahora solo es alguien que quiere irse a casa.

Nervioso, me pide:

—Diles la verdad.

Trago saliva.

—¿Qué verdad?

—Diles que tú también me mirabas. Y que no te estaba molestando que yo lo hiciera.

Mis amigos giran el cuello hacia mí.

Niego con brusquedad.

—Está mintiendo.

A pesar de que la iluminación no es muy buena y que muchos de los coches parecen engullidos por las sombras, Cody está lo suficientemente cerca de nosotros como para que yo pueda seguir apreciando, por debajo del color de sus ojos, las emociones que ya he visto antes en él.

Miedo. Furia. Desconfianza.

Después de mi respuesta, ese miedo se extiende por encima de la furia y la desconfianza como si estuviera cubriéndolas con una manta. Esa emoción lo llena todo desde el momento en el que comprende que algo terrible está a punto de pasarles.

Ahora sus pupilas no me atraviesan, sino que piden ayuda.

Me piden ayuda a mí.

Necesita que diga la verdad.

Aquella súplica silenciosa hace que me sienta la peor persona del mundo.

—Me mirabas —insiste.

Dios mío..., yo no quería nada de esto. Tener que pegarle una paliza para que todo vuelva a ser como antes.

Todo salvo el cargo de conciencia que voy a tener de por vida.
Sé que no es justo, pero se trata de él o de mí.
Y yo ya he tomado mi decisión.
—Me has estado acosando. Ahora te toca pagar por ello.

14

Alastair

Déjalos en paz

«Ahora te toca pagar por ello».

Se me hiela la sangre al escucharme decirlo en voz alta.

Como si mi frase hubiese dado un pistoletazo de salida, Bradford comienza a andar en su dirección.

El chico de la cicatriz extiende las manos hacia él.

—¡Eh, eh! Ni se te ocurra acercarte a nosotros.

Sus pisadas hacen eco en las paredes del parquin.

—¡He dicho que no te acerques!

Bradford nos hace un gesto para que sigamos sus pasos.

—Vamos.

Pero luego, les promete a los camareros:

—Si dices la verdad, no os pasará absolutamente nada. Pero necesito que me digas la verdad. No me gustan los mentirosos. Y tener que enseñarte lo que les pasa cuando me mienten en la cara me gusta menos.

Los dos camareros están a unos metros de distancia. Haciendo de barrera de seguridad, se interponen dos filas de coches entre ellos y nuestro grupo.

Cody se mantiene alerta. Parece que no quiere reconocer que está asustado. Como yo. Una gota de sudor brota del nacimiento de mi

pelo y se desliza sobre mi frente.

—Ya te he dicho toda la verdad. Lo siento, pero creo que pasamos de todo este rollo —dice, como si estuviera rechazando la oferta de pelear en ese parquin un viernes por la noche.

—Vaya, ¿tanta prisa tenéis? —dice Bradford.

Sus comisuras se le estiran hacia las orejas como un acordeón que se abre lentamente.

—Déjalos en paz —le pide Blair.

—Ya les he dicho que no les pasará nada. Pero, claro, para que no les pase nada, el chico tiene que decirme la verdad. —Después se vuelve hacia los dos camareros—. Tú —dice, señalando a Cody—, empieza a explicarme de una vez por qué no dejabas de acosar a mi amigo.

—No lo estaba acosando. En todo caso, ha sido *él* quien ha venido a tocarme los huevos.

—¡Ja! ¿Oyes eso, Alastair? Dice que le has tocado los huevos. —Y luego, más despacio, pronuncia—: ¿Se los has tocado? Qué pasa, ¿tanto te estabas aburriendo con nosotros?

—¡Bradford! —lo llama Blair—. Es suficiente.

Cody hace un gesto a su amigo y los dos reanudan la marcha, dándonos la espalda y dejando a Bradford con la cara roja.

—¡Eh! —les grita—. Todavía no he terminado con vosotros.

No se detienen.

Bradford se quita la chaqueta de Armani y se la tiende a Michael para que se la guarde; después se remanga la camisa hasta los codos, dejando a la vista su Rolex.

Empieza a caminar más rápido detrás de ellos.

—Ninguno se va a ir a ninguna parte.

—El problema lo tienes conmigo, no con él —dice Cody, girando la cabeza hacia él y tratando de dejar fuera de peligro a su amigo.

Pero Bradford prefiere dos víctimas en lugar de una.

—¿Él lo sabe? —Señala a Arthur.

—Si sabe el qué.

—¿Sabe que eres un puto maricón y que has estado acosando a mi amigo? Porque si resulta que lo sabe y no ha hecho nada para impedírtelo, es igual de culpable que tú.

Arthur lo encara.

—Mi amigo no ha acosado *a nadie*. Y me la suda si es gay o no. ¡Que sea lo que le dé la gana, joder! ¿A vosotros qué coño os importa?

Cody tira de él para que no deje de caminar hacia el coche, Bradford se cruje los nudillos y la tensión en el aire es casi palpable.

—Nos importa *mucho*. Tu amigo es un puto enfermo. —Vuelve a mirar al chico de la cicatriz—. ¿Lo haces cada vez que te mola un tío, mirarlo fijamente de manera obsesiva?

Bradford le habla a su espalda, porque Cody no se da la vuelta.

—¿Qué pasa, que no sabes que eso está mal? ¿No sabes que, si eso se lo hicieras a una chica, la chica podría sentir mucho miedo? Ah, pero si fuera una tía en lugar de un tío... Seguro que entonces alguien ya te habría dado una lección para enseñarte que esas cosas *no* se hacen. Y da la casualidad de que nosotros creemos en la igualdad entre hombres y mujeres. Por eso no nos ha quedado más remedio que venir a buscarte. *Tú* nos has obligado.

Blair aprieta el paso, sus tacones resuenan por todo el parquin. Alcanza a Bradford y no duda en tirarle del brazo.

—Ya basta. Te lo pido por favor. Déjalos en paz.

—No.

Ella parece una estrella de cine con su vestido dorado.

—Por favor, Bradford. Hazlo por mí.

Eso lo detiene. Unos segundos.

Entonces se gira hacia ella y recompone la cara, la mira como si no fuera importante para él.

—¿Por ti? —Parece a punto de reír, y Blair de pronto se siente ridícula y humillada—. No. Ni hablar. Estos chicos tienen que aprender la lección.

Alza la vista y me mira un instante fijamente antes de dejar atrás a Blair y abrirse paso entre dos coches estacionados. Sus ojos se clavan en las espaldas de los dos camareros que caminan con paso rápido. El resto desaparece para él.

—No des un paso más —le advierte Cody girando el cuello hacia Bradford y extendiendo el brazo.

—«No des un paso más» —lo imita, burlándose de él—. Y luego qué, ¿eh? ¿«Un paso más y disparo»? —Vuelve la cabeza hacia atrás para mirarnos y deja escapar una risa que me da escalofríos—. Me parece que este tío ha visto muchas pelis.

El resto del grupo, salvo Blair y yo, que nos quedamos callados, le ríen la gracia.

Cody aprieta más los puños.

—Te estoy hablando, imbécil. Responde ahora si no quieres que te saque las palabras a puñetazos.

Entonces el chico da un paso en su dirección, pero su compañero lo detiene poniéndole una mano sobre el hombro.

—Cody..., pasa de él. Vámonos a casa.

—Sí, vámonos.

—Así que Cody —dice Bradford, masticando el nombre—. Imagino que ahora, cuando llegues a casa, tu plan es meterte una polla de goma por el culo y cerrar los ojos pensando en mi amigo Alastair. La gente como tú está enferma. —Después nos mira, buscando nuestro apoyo—. ¿Son o no son unos putos enfermos?

Michael, Anthony, Cyril y Francis responden al unísono:

—Lo son.

Todos ríen.

Y Cody aprovecha ese segundo en el que Bradford está distraído para gritarle a su compañero:

—¡Ahora! ¡Corre!

Ambos huyen.

Entonces mi amigo, con la fuerza de un grito de guerra, brama:

—¡¡¡Que no escapen!!!

Su orden resuena entre las paredes y las columnas de cemento.

Empieza a perseguirlos. Y nosotros, detrás de él.

—¡Vamos! —se suma Cyril.

—¡Sí, a por ellos! —grita Anthony.

Veo al chico de la cicatriz y a su amigo corriendo a lo lejos, metiéndose entre los coches y chocando con la carrocería. Nosotros, los siete, los perseguimos como si fuéramos una manada de lobos.

—¡Cómo corren los cabrones! —protesta Michael, que lleva la chaqueta de Bradford en la mano.

—¡Vamos, hostia! ¡Más rápido! —nos exige.

En primera fila, sin dejar de correr, escucho que el chico de la cicatriz le grita a su amigo:

—¿Te acuerdas de dónde habíamos dejado el coche?

—No.

—¡No me jodas!

—Piensa en positivo.

—¿Que piense en positivo? —protesta Cody, con la respiración entrecortada por estar hablando y corriendo a la vez—. ¡Unos putos pijos quieren darnos de hostias!

—En realidad creo que solo quieren pegarte a ti.

—Macho, tú sí que sabes cómo animar a un amigo.

—De nada —responde el otro, ahogado—. Sigo sin tener ni puta idea de dónde hemos dejado el coche.

—Pues no dejes de correr.

Blair, que también corre, ella la última, sigue empeñada en detenernos. Pero sus súplicas no le sirven de nada. Bradford no la escucha. Y si él no le hace caso, los demás no podemos hacer otra cosa que seguirlo y obedecer sus órdenes como si fuera nuestro líder.

Doy zancadas largas. Intento ser lo más rápido posible. Sorteo un coche y logro adelantar a Michael y a Francis. Tengo el corazón desbocado. La única persona que está delante de mí, sin contar a los camareros que huyen de nosotros, es el propio Bradford. Me esfuerzo en alcanzarlo, como si correr a su lado fuera a darme la oportunidad de cambiar en el último segundo de opinión y, qué sé yo, empujarlo cuando estuviera a punto de enganchar a Cody para que este pudiera escapar. Aunque estoy al noventa y nueve por ciento seguro de que no va a suceder.

—¡Allí, Arthur! ¡Tu coche está allí!

—¡Sí, lo veo!

—¡Saca las llaves!

La distancia se reduce a la mitad.

Bradford está a punto de alcanzarlos.

Todo ocurre muy deprisa.

Los camareros nos han hecho dar una vuelta entera al parquin, pero ahora toman un desvío que los acerca al coche. Uno de ellos acaba de señalar el Seat rojo que está seis filas por delante.

Están muy cerca.

Pero Bradford está todavía más cerca de ellos.

Necesitan un milagro para que les dé tiempo a meterse en el Seat, cerrar y echar el seguro sin que mi amigo los alcance. Y él corre

como un demonio.

Está empeñado en pagar su frustración con esos chicos; dice que quiere darles una lección, pero todos sabemos que le da igual si ese camarero resulta ser un acosador o no. En el fondo, hasta él mismo sabe que Cody no le ha hecho daño a nadie.

Pero hay un problema.

Bradford necesita descargar toda la ira y la frustración antes de que sus propios fantasmas lo consuman por dentro, igual que quienes no controlan la violencia necesitan pegarle puñetazos a la puerta de su habitación cuando se enfadan hasta terminar haciendo un boquete.

Es lo que le han enseñado en casa desde pequeño, la herramienta que le han dado para enfrentarse a sus emociones. La violencia como única vía para sacar los sentimientos de rabia, frustración y dolor que le oprimen el pecho por no poder tener una relación con la chica de la que está enamorado, y para sentirse mejor durante las próximas horas. Mañana, en cambio, volverá a sentirse igual de mal.

—¡Se escapan! ¡Joder!

Y a la vez, un nuevo grito del chico de la cicatriz:

—¡Las llaves, Arthur! ¡Dame las llaves!

Su amigo mete las manos en los bolsillos del pantalón sin dejar de correr, buscándolas con desesperación y nervios.

—¡Sí! ¡Toma, cógelas!

Extiende el brazo con demasiada fuerza. Un error fatal que provoca que se le escurran de los dedos y salgan disparadas hacia delante.

—¡Nooo!

Las llaves caen con un sonido metálico y se deslizan por el suelo unos cuantos metros más hasta detenerse debajo de una rueda.

15

CODY
En apuros

Vienen a por nosotros.

Siete personas nos persiguen en lo que ha terminado convirtiéndose en una puta cacería.

Si no somos más rápidos que ellos, nos reventarán vivos.

Toda esta situación no deja de sorprenderme y me da rabia al mismo tiempo. No me gusta tener que huir, pero mi experiencia personal me ha enseñado que a veces es la única opción.

Por eso acepto el primer trabajo que me llega. Por eso estoy tan desesperado por salir de mi casa y mudarnos a otro barrio más tranquilo.

Y ahora no me queda más remedio que hacer lo mismo. Tengo que salir de este puto parquin antes de que estos pijos nos maten de una paliza.

Huir. Siempre huir.

Estoy harto.

Pero enfrentarnos a ellos no es la opción más inteligente. Tenemos las de perder. Nosotros solo somos dos. Aunque es cierto que la chica no tiene intención de hacernos daño, es la única que parece tener cabeza del grupo, la única que le ha pedido varias veces al

líder que nos deje en paz. Así que en realidad somos seis contra dos. Pero eso no cambia nada. Seguimos sin tener ninguna posibilidad.

La única opción es ser más rápidos que ellos.

El que más me preocupa de todos es ese tal Bradford. Es un tío enorme con la fuerza y complexión física de un gorila. No sé de dónde saca ese orangután que yo estoy enfermo y que soy un puto acosador. No pretendo psicoanalizarlo, pero tampoco hace falta ser muy listo para llegar a la conclusión de que el tío tiene serios problemas personales y que ha decidido convertirme en su saco de boxeo para evadirse de aquello a lo que no se enfrenta.

Todos tenemos problemas. Algunos más que otros. Pero la gente con dinero parece no tenerle tanto miedo a las consecuencias de sus actos. Como si, después de cagarla, pudieran salirse de rositas a golpe de talonario. Por eso me aterroriza que estos pijos nos den caza.

Tengo que impedirlo. No puedo dejar que nos peguen una paliza. No a Arthur.

Miro brevemente a mi amigo sin dejar de correr a su lado.

Él adivina lo que pasa por mi cabeza y me dice:

—Ni se te ocurra.

Pero yo sé lo que tengo que hacer.

—Sin las llaves no hacemos nada.

Miro hacia atrás con el corazón desbocado. Tengo a un gorila vestido de Armani pisándome los talones. La cara roja y arrugada por el odio.

Es solo un segundo, un segundo que paso sin mirar al frente, suficiente para que no me dé tiempo a esquivar el maletero contra el que me termino chocando.

El golpe activa la alarma del coche.

Arthur, que hasta hace un instante huía conmigo, se detiene en seco.

—¡Cody!

Bajo la vista al suelo. A pesar del dolor que siento en el pecho y en las espinillas, cuando veo que las llaves de mi amigo brillan debajo de la rueda siento que se me abre una puerta en el cielo. Me tiro de rodillas para cogerlas y se las lanzo a Arthur. Mi amigo las coge al vuelo.

Esa pequeñísima sensación de victoria se borra tan pronto como llega, porque en ese momento la persona de la que huía me alcanza.

Ya no puedo escapar.

No puedo correr al coche.

No puedo hacerlo, porque Bradford está aquí.

Lo tengo justo detrás.

—Solo las nenazas como tú salen corriendo.

Su voz suena tan cerca que se me erizan los vellos de la nuca.

—Levántate —me ordena.

Empiezo a levantarme con dificultad. Noto una palpitación molesta en las rodillas y en las espinillas, un dolor constante que se reparte a lo largo de mis piernas. La camisa se me pega en la espalda por culpa del sudor. Me había peinado con una raya en el medio, pero ahora tengo el pelo revuelto. Me doy cuenta de que he perdido la corbata de mi hermano. Se me ha debido de caer mientras corríamos.

Arthur vuelve a gritar mi nombre:

—¡Cody!

Solo me da tiempo a mirarlo un instante. Después, el tío que tengo detrás estampa sus enormes manos en mis hombros y me empuja contra el coche contra el que acabo de chocar. Consigo frenar el golpe poniendo las manos sobre el maletero, pero luego él

me da la vuelta y me empuja de nuevo, y yo choco de espaldas con tanta fuerza que, durante un segundo, me quedo sin aire.

Bradford me sujeta por el cuello de la camisa, rasgándola. Sus nudillos se me clavan en la nuez. El aire entra despacio y en pocas cantidades a mis pulmones. Sus dedos me aprietan cada vez más la garganta, lo que hace que me cueste mucho trabajo respirar.

Todos sabemos lo que viene después. Lo que me espera.

Arthur lo sabe, por eso, en lugar de seguir corriendo, sigue gritando desde una distancia prudente que me suelte y que me dejen en paz, asegurándoles a todos que no he hecho nada. Lo sabe la novia de Alastair, la misma que lleva intentando pararles los pies desde el principio y que ahora está a la derecha de Bradford. Y lo sabe también el resto del grupo, que son algo así como sus secuaces, pero en una versión que se aleja bastante al perfil que vemos en las películas, porque estos de aquí van con traje y apestan a perfume caro.

Entre ellos se encuentra el chico con el que he discutido en el evento. Él es el verdadero culpable de todo. Ha pasado de despertarme curiosidad a provocarme odio. Y ahora evita mirarme a los ojos porque no tiene cojones.

Así que, como él no me mira, decido mirar al gorila que me está agarrando por el cuello de la camisa. Lo hago con furia. Y, sin dejar de mirar a mi agresor a los ojos, le grito a Arthur:

—¡Vete!

Él puede escapar. Si consigue llegar al coche, podrá irse. No voy a dejar que nadie le ponga un dedo encima. Ahora mismo lo importante es su seguridad, que Arthur esté bien. Yo lo he metido en este lío. Si le hubiese hecho caso desde el principio y no hubiera discutido con el pijo, y si no me hubiese quedado mirándolo luego

desde la barra preguntándome por sus heridas y su historia, no habrían venido a por nosotros.

Si le pasa algo a Arthur, no me lo perdonaré jamás.

—¡Vete, joder! ¡Vete!

Eso es lo único que me importa. Que no le hagan nada.

—No. Ni hablar. —Escucho su voz detrás de mí—. No voy a dejarte.

Bradford sonríe de lado al ver la preocupación de mi amigo.

—Precioso —dice—. De verdad, precioso. Una escena conmovedora.

La alarma del coche sigue sonando por todo el parquin.

—¡Métete en el puto coche, imbécil! —le grito a Arthur.

Consigo hacerle entrar en razón y que me haga caso. Cuando escucho sus pasos alejándose, me siento un poco más ligero, un poco más tranquilo.

Entonces el matón dirige una mirada oscura a su grupo.

—Vosotros cuatro, id a por el otro. —Y luego señala al rubio—. Tú no. Tú te quedas aquí conmigo.

La novia de Alastair apoya una mano en el antebrazo del gorila que me tiene agarrado del cuello de la camisa.

—Por favor —susurra—, suéltalo.

Se está esforzando en calmarlo y que afloje la presión que sus dedos ejercen sobre mi garganta, algo que agradecería enormemente para poder llenar los pulmones de oxígeno. Siento que la cantidad de aire que entra cada vez es menor.

Pero Bradford pasa de ella, el único que le importa es Alastair.

Espera a que se acerque antes de decirle:

—Bueno, llegó tu momento. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Giro la cabeza hacia atrás y, por el lateral del vehículo, veo a Arthur. Ha llegado al coche. Presiona el mando y se mete dentro. Ya

no pueden hacerle daño.

Ahora sí, el pijo repeinado me mira a los ojos de cerca. Su mirada azul está llena de una mezcla de emociones. Veo la angustia, el miedo y las dudas.

—Esto..., no sé, Bradford —titubea—. Igual es mejor si..., bueno. Tampoco creo que el chico...

Su amigo lo presiona:

—Teníamos un trato, Alastair.

Traga saliva.

—Creo que nos hemos pasado con él —dice—. No me estaba acosando de verdad. De hecho, creo que solo me ha mirado un par de veces.

El tío que me sujeta con fuerza contra el coche sacude la cabeza y abre mucho los ojos, sin dar crédito a lo que oye.

—Espera, espera. ¿Va en serio? ¿Te estás echando atrás?

El pijo asiente despacio.

—Creo..., creo que sí. Lo siento, pero esto no está bien.

—Hay muchas cosas que no están bien y tenemos que aceptarlas tal y como vienen.

—Pero esta es una de esas cosas que podemos evitar. No tenemos por qué pegar a nadie esta noche. No hace falta que lo hagamos.

La expresión de Bradford se oscurece.

—¡Claro que hace falta! Es la única forma que tienes de demostrar que eres uno de los nuestros.

—Bradford... —lo llama la chica desde atrás.

El otro la ignora por completo.

—A no ser, claro está, que seas uno *de los suyos* —le dice al rubio.

Todavía tiene los puños cerrados sobre el cuello de mi camisa. Apenas puedo moverme, tampoco puedo hablar y me cuesta trabajo respirar.

Vamos, que estoy jodido.

Unos ojos azules se mueven nerviosos de derecha a izquierda. Alastair mira a ambos lados como si estuviera buscando una salida. Después, detiene la mirada en el rostro de su amigo, que cada vez está más cabreado con él.

—¿Quieres que le cuente a todos que eres un puto maricón?

—No.

—Pues si no le das una paliza, eso es justo lo que haré.

—Me estás obligando.

—No te estoy obligando a nada. Tú eres libre de elegir tu propio destino.

El rubio me mira brevemente, como si volviera a dudar.

—Pero es que no me estás dejando ninguna otra opción.

—Ni siquiera conoces a este chico.

—Lo sé...

—Pues ya está, Alastair —dice, ejerciendo sobre él más y más presión para convencerlo—. No me vengas ahora con el cuento de que te importa más salvarlo a él que a ti.

—Joder.

El rubio repeinado se mordisquea la uña del pulgar mientras parece reconsiderarlo.

—Te dejo tres segundos para que tomes una decisión. Es la última oportunidad que te doy. Tú decides si prefieres joderte la vida antes de pegarle a un desconocido que no vas a volver a ver.

Al final, el rubio inspira profundamente.

—Está bien.

—¿Eso es que sí?

Asiente con la cabeza.

—Sí.

El amigo que me sujeta sonríe enseñando todos los dientes.

—Has tomado la decisión correcta, te lo aseguro. Porque, en su caso, no iba a cambiar nada.

—Entonces...

—Aunque tú hubieras decidido no pegarle, el tío ya estaba condenado desde el principio —le explica—. ¿O es que pensabas que iba a soltarlo sin más?

—Entiendo.

—Todo tuyo, Alastair. Cuando quieras.

El otro cierra el puño y levanta el brazo por encima de su pelo dorado y repeinado con gomina.

—Lo siento —susurra.

Y creo que me lo dice a mí.

Está temblando. Ha cerrado los ojos y se muerde el labio inferior, supongo que odiándose a sí mismo por estar a punto de caer tan bajo. Aun así, arrepentirse no le eximirá de la culpa. No me da ninguna pena. Él podría haber dicho que no. Podría haberle plantado cara a la persona que ahora me retiene contra el maletero de un coche y que apenas me deja respirar.

Pero ha tomado su decisión.

No se va a enfrentar a su amigo.

En lugar de eso, prefiere pegarme. Le cuesta menos hacerme daño que echarle huevos a la vida. Por eso no es capaz de mirarme a los ojos.

Puto cobarde.

No puedo dejar que este pringado me pegue una paliza. No voy a permitir que una panda de pijos se divierta dándome caza como si fuera un cerdo. Creen que el respaldo de la fortuna de su familia les permite hacer lo que les dé la gana. Seguro que están convencidos de que, si los denuncio, sus padres contratarán a un buen abogado

y saldrán impunes. Ellos son intocables y se piensan que pueden pisotear a las personas sin recursos como yo.

Es cierto que he subestimado al pijo. No sabía que iba a convertirse en alguien que me daría tantos problemas. Pero lo que Alastair tampoco sabe es que él también me ha subestimado a mí.

Pienso hacer lo que haga falta para escapar. Todavía no es demasiado tarde. Puedo intentar echarme hacia un lado con todas mis fuerzas ahora que el matón que me agarra está más pendiente de su amigo que de mí. Quizá podría llegar a zafarme de él. Y después..., después debería pegarle un puñetazo a ese matón que apenas me deja respirar.

¿Será suficiente con pegarle un puñetazo? Tampoco me puedo olvidar del otro. Aunque mi contrataque los pillase por sorpresa, debería atacarles a los dos. Siendo realista, lo tengo muy difícil. Las probabilidades de éxito son bajas, pero es la única oportunidad que tengo.

Cuando estoy preparado para atacar, sucede algo completamente inesperado que rompe todos mis esquemas.

El arco que dibuja el puño del rubio se desvía hasta los codos del matón, y la fuerza con la que los golpea hace que los brazos de Bradford se doblen hacia abajo. Me suelta y profiere un grito de dolor; abre más los ojos cuando mira a Alastair.

Esto le ha pillado completamente por sorpresa.

El rubio me acaba de brindar una oportunidad que no puedo desaprovechar.

Antes de que Bradford intente estrangularme de nuevo, estampo el puño en el centro de su mandíbula. Su cabeza se gira bruscamente hacia un lado y su cuerpo cae hacia atrás como un gigante que se desploma.

16

CODY
Estás sangrando

—¡Agh! —Dejo los dedos muertos y me sacudo la mano.

Los nudillos me palpitan de dolor. Pero ese dolor es precisamente lo que me ayuda a hacerme una idea de la fuerza con la que mi puño ha impactado en la cara del cabrón que me estaba estrangulando.

Bien. Se lo merece.

—¡Bradford!

La chica se pone de cuclillas al lado del matón. Al agacharse, el vestido dorado en el que va enfundada se estira para que ella pueda doblar las piernas, y la tela alrededor de las rodillas parece a punto de estallar. El vestido parece igual de caro que brillante. Me sorprendo preguntándome cómo se lo monta para mantenerse en equilibrio sobre esos tacones. Tienen pinta de ser incomodísimos. Aunque, si es lista, en caso de necesidad se los quitará y los empuñará como un arma. Esas puntas deben cortar lo mismo que un cuchillo. Solo espero que no intente apuñalarme con ellos después de haberle pegado un puñetazo a su amigo en la mandíbula. Ha sido en defensa propia.

La alarma del coche en el que sigo apoyado se ha apagado. Con el gorila en el suelo y los otros cuatro pijos del grupo distraídos (están

unas filas más atrás, intentando que Arthur salga del coche), solo quedamos el rubio repeinado, su novia y yo.

Echo un vistazo rápido en dirección a mi amigo y me encuentro a cuatro chicos en traje empujando el Seat rojo de un lado a otro. ¿En serio creen que son capaces de volcarlo?

—Bradford, por Dios. ¿Estás bien?

La novia de Alastair llora al ver que su amigo sangra y tiene el labio partido.

—Estoy bien.

Ella le acuna el rostro con las manos.

—Deja que te vea.

—Quita.

El matón la aparta con el brazo y se incorpora lentamente. Apoya los codos para levantar la cabeza, pero permanece tirado en el suelo. Escupe una bola de saliva y sangre y luego alza la mirada hasta nosotros. Nos mira simultáneamente.

—Hijos de puta...

Tiene la camisa blanca y remangada hasta los codos llena de salpicaduras rojas.

Y he de reconocer que yo estoy tan sorprendido como él. Daba por hecho que el rubio me pegaría un puñetazo, pero, en lugar de eso, lo tengo de mi parte.

—Vete —me dice este.

Aunque el chico me siga cayendo fatal, que haya decidido ayudarme hace que, inevitablemente, me ponga en su piel.

—¿Y qué..., qué pasa contigo?

—No te preocupes por mí. Yo estaré bien.

No es verdad. Su mirada azul está llena de miedo.

—Me has ayudado. Ahora también va a ir a por ti.

—Vete —me pide—. Vete antes de que Bradford se levante.

Pero su amigo no parece suponer ninguna amenaza.

—¿Te duele mucho? —La chica se inclina para inspeccionarle el rostro.

Esta vez, Bradford se deja hacer.

—Un poco.

El dolor le obliga a apretar los dientes cuando ella le toca en un punto de la mandíbula, donde la piel ya empieza a hincharse.

—Espera, ven, apoya la cabeza aquí.

Señala su regazo. Obediente, él apoya la cabeza donde ella le indica. La chica le acaricia el rostro con las uñas.

—Te dije que pararas.

Y entonces él mira hacia arriba para encontrarse con los ojos de ella. Algo en su expresión cambia. Parece enfadado.

—Esto también es, en parte, por tu culpa. Empiezo a estar cansado de tus juegos. —La chica no responde, eso lo enfurece más —. ¿Sabes qué? A la mierda todo. Se acabó. ¿Me oyes? Esto se acaba aquí y ahora.

—Cállate —solloza ella—. Lo estás fastidiando todo.

—Me he cansado de esperar. De mí no te vuelves a reír.

—¿Quieres callarte, por favor? Yo nunca me he reído de ti.

—Nos engañas a todos. Pero el karma es sabio. Por eso tu novio también te engaña a ti con otros hombres. Menudo giro de los acontecimientos, ¿no crees? El bueno de Alastair. Cómo nos la ha colado a todos.

No hay dudas de que esos dos están liados. La chica mira rápidamente a su novio, que está de pie a mi derecha, a un escaso metro de distancia. Yo también observo a Alastair, y estoy tan pendiente de su reacción que hasta olvido lo peligroso que es que siga aquí con ellos.

Él no da señales de estar sorprendido en absoluto. Aunque es evidente que los otros dos desconocen que él está ya al corriente de su infidelidad, porque ella baja la voz, nerviosa.

—Bradford, no es el mejor momento para hablar de esto.

—Nunca es el mejor momento.

—Creo que el champán te ha subido más de la cuenta.

Quizá eso explica por qué lo he tirado al suelo con un solo puñetazo. Si estuviera en plenas facultades, creo que se habría mantenido de pie. Y seguramente me habría devuelto un golpe el doble de fuerte que el mío.

—Deberías pensar dos veces las cosas antes de decirlas —añade ella.

—¿Antes de que diga algo que te haga parecer una zorra?

Un silencio incómodo, y después:

—Eres un capullo.

El otro sonríe. Un finísimo hilo rojo escapa de una de sus comisuras y le mancha aún más la camisa.

—Pero eso tú lo sabías desde el principio —responde—. Nunca he fingido ser alguien que no soy. ¿Puedes decir eso tú, Blair? ¿Puede decirlo tu novio? No. Ninguno puede. Entonces, ¿quién de los tres es realmente un capullo?

La chica del vestido parece debatirse entre seguir cuidando a Bradford o plantarle una mano en la boca para hacerlo callar.

—Acaban de pegarte un puñetazo. Estás sangrando.

—Me da igual. Me importa una mierda, te lo juro.

Pero luego mira a su amigo. Sus ojos se clavan en él con tanta furia que, de no ser porque tengo un coche detrás, retrocedería un paso.

—Eres un traidor.

—Te dije que no quería hacerlo.

—Y yo lo que iba a pasar si no hacías lo que te pedía —dice con firmeza—. ¿Tanto te gusta ese chico como para echar a perder todo lo que tienes en la vida?

El rubio no responde, pero aprieta los dientes. En sus ojos encuentro miedo, rabia y desesperación.

Bradford se frota la mandíbula y luego aleja la mano para observar el líquido pegajoso que se ha adherido a sus dedos. Entrecierra los párpados y hace una mueca de dolor.

Después de observar cómo la sangre se desliza desde la punta de sus dedos hasta la palma, alza la vista hasta mí. Me mira con odio. Hace un momento me tenía agarrado del cuello de la camisa. Ahora, esa misma mano con la que me agarraba está cubierta de rojo. Y el plan inicial era que el que sangrase *fuera yo*, no él.

Aunque yo habría terminado mucho peor. Ese primer puñetazo tan solo habría sido el principio de una lluvia de golpes. Estoy convencido de que, después de Alastair, se habrían ido sumando todos para propinarme una buena paliza por turnos. Un puñetazo en la mandíbula, otro en las costillas, otro en el estómago. Y vuelta a empezar. Me habrían pegado hasta hacerme vomitar mi propia sangre. Habría vuelto a casa con la cara hinchada y amoratada, los ojos como dos pelotas de tenis, un par de costillas rotas y el traje de mi hermano manchado.

Aparto la mirada de Bradford y la dirijo hasta la persona que tengo a un escaso metro de distancia. Quien ha permanecido a mi lado mientras su novia y su amigo tenían una conversación íntima.

—Hubiese preferido ahorrarme toda la parte en la que tus amigos y tú nos perseguís por el parquin y ese puto matón me estrangula. Eso hubiese estado mucho mejor a que te esperases hasta el último segundo para hacer algo. Aun así, gracias.

—De nada.

Cuando estoy a punto de irme, me llega la voz de Bradford:

—¿Crees que te has librado? No. Lo único que has hecho ha sido empeorar las cosas.

Esta vez, su tono es tan oscuro y está tan lleno de odio que me pone los pelos de punta. Como no le ha salido bien el plan A, pasa directo al plan B.

—Pienso terminar el trabajo que otro empezó —añade, haciendo alusión a mi cicatriz.

La cosa no termina ahí. De pronto veo que hurga en el bolsillo del pantalón de traje. Saca un objeto envuelto en una servilleta de papel. Cuando lo desenvuelve, la chica ahoga un grito.

Es un cuchillo de sierra. Los dientes de la afilada hoja resplandecen bajo la débil luz del parquin.

—Te vas a arrepentir de haberme pegado, maricón. Ese puñetazo te va a salir caro de cojones. Ahora voy a abrirte la cabeza como si fueras una puta sandía.

17

CODY
Rojo sobre blanco

El miedo me paraliza. Algo en mi interior me dice que no está de broma. Aun así, todo esto me sigue pareciendo una locura. ¿De verdad piensa apuñalarme?

Hostia puta. Tengo que salir de aquí como sea. A ese tío se le ha ido la cabeza y la cosa pinta muy mal. Ya no estamos hablando de una paliza, sino de matar a alguien. Esto se pone cada vez más chungo.

Por si la situación no fuera ya complicada, los amigos de quien planea mi muerte se dan cuenta de que sucede algo, y la voz de uno de ellos nos llega desde unas filas de coches más atrás.

—¡Eh! ¿Va todo bien?

—¡Es Bradford! —grita la chica del vestido—. ¡El camarero le ha pegado!

Si quería ponerle fin a esta situación, el efecto que ha conseguido es el contrario. Pero ¿no ve que el tío tiene un cuchillo? ¿Es que no ha pillado que piensa abrirme en canal? Me cago en la puta. Tengo que salir de aquí ya.

—¡No jodas! —grita otro del grupo.

—¡A por él!

—¡Te vas a enterar, maricón!

—¡Estás muerto!

Alastair me mira con urgencia y susurra:

—Corre.

Con la imagen de Bradford en el suelo empuñando el cuchillo con la boca llena de sangre, sorteo los coches estacionados lo más rápido que me permiten las piernas. Intento atajar y abrir otros caminos para que a ellos les resulte más difícil atraparme.

No puedo volver a cometer el mismo error. Cuatro miembros del grupo me siguen por detrás, y yo tengo el corazón martilleándome el pecho por la adrenalina. Si me atrapan, ya no podré escapar. Me tirarán al suelo, me cogerán de piernas y brazos y luego me pegarán hasta que escupa todos y cada uno de mis dientes.

He tenido mucha suerte de librarme la primera vez, pero no habrá una segunda, porque ahora Bradford sabe que no puede contar con Alastair, y el efecto sorpresa ya no entrará en juego.

Bradford está cabreadísimo conmigo. Y los demás también están deseando enseñarme lo que pasa cuando toco a uno de los suyos. Seguro que después de dejarme sin dientes me ofrecen al líder del grupo, como si estuvieran haciéndole una ofrenda a su propio Dios. Él se entretendrá girando el cuchillo sobre la palma, alargando esos segundos de tortura mientras se pasea de un lado a otro, sin perderme de vista. Y cuando se aburra de oírme gritar, alzará el brazo con el que empuña el arma y me apuñalará hasta que dé mi último aliento. Mi cuerpo quedará completamente agujereado, cubierto por un mar rojo de sangre. La imagen me produce tanto horror que estoy a punto de vomitar. Pero consigo retener el impulso y seguir corriendo.

En ese momento en el que la desesperación y el miedo se entrelazan, escucho el motor de un coche.

¡Arthur! ¡Sabía que no me iba a dejar tirado!

Al ruido del motor le siguen unas luces que me iluminan por detrás. Me giro un segundo y veo dibujadas sobre el suelo las sombras alargadas que me persiguen: formas oscuras que dan paso a unos hombros y brazos pintados de negro. Las personas que intentan darme caza se están acercando peligrosamente.

Uno de ellos, dice:

—¡Te tenemos!

Pero no son solo cuatro. Hay una quinta persona. Alguien más que también viene a por mí.

—¡AAAH! ¡TE VOY A MATAAAR!

Reconozco su voz, por eso un escalofrío me recorre la espina dorsal.

Ese grito de odio hace que gire la cabeza rápidamente en su dirección. No sé cómo cojones es tan rápido, pero el tío consigue abrirse paso a codazos entre los otros. Está tan furioso que tiene los ojos desorbitados. La camisa manchada de sangre, los primeros botones desabrochados, una vena enorme que le surca la frente y parece a punto de reventar, el cuchillo balanceándose en su mano derecha.

Y viene directo a por mí.

Lo que más miedo me da, aparte del cuchillo de sierra, son sus ojos. Bradford tiene la mirada de un loco. Sé reconocer cuando alguien se transforma en un monstruo porque ya he visto esos ojos antes.

Fue hace cuatro años. Esa persona portaba una navaja y fue quien me rajó la mitad de la cara y me dejó una cicatriz horrible.

Por eso no tengo ninguna duda de que decía la verdad cuando ha prometido terminar el trabajo que otro empezó.

Este chico me va a matar esta noche.

—¡MARICÓN DE MIERDA!

Corro ahogándome con cada paso. ¿Cuántos segundos más puedo mantener el ritmo?

Entonces, la luz que imprime sus cuerpos en el suelo se intensifica y las sombras se acortan conforme Arthur se acerca a mí. Lo oigo tocar el claxon una y otra vez, dando aviso de que, si no se apartan, los atropellará. Y cada vez que lo toca siento que está más cerca, que vamos a conseguirlo.

—¡Cuidado! —grita uno de ellos.

—¡Ah! ¡Puto loco! ¡Casi me atropellas!

Me los imagino a todos echándose a un lado de la vía. Es satisfactorio.

Pero hay alguien que no parece dispuesto a apartarse y que sigue corriendo hacia mí.

—¡Tendrás que pasarme por encima, cabrón!

Giro nuevamente la cabeza sin dejar de correr. Veo a Bradford, y detrás de él distingo a Arthur con las manos apretadas sobre el volante. Los faros del coche están a punto de rozarle los zapatos al pijo. Por eso mi amigo no va más rápido, porque lo atropellaría. Y sé que no quiere hacerlo.

—¡Te digo que no me voy a apartar! —grita Bradford, aún corriendo tras de mí.

Arthur sigue tocando el claxon una y otra vez.

Si Bradford se tropieza ahora mismo, podría matarlo.

Estoy a punto de gritarle a Arthur que guarde más distancia de seguridad con él. Un fallo mínimo y mi amigo podría acabar entre rejas. Hay que parar esta locura. Pero no sé cómo hacerlo sin que eso implique que me maten a mí.

Con mil dudas agolpándose en mi cabeza, decido hacer aquello que protegería a Arthur. Pero cuando voy a gritarle que detenga el vehículo, Bradford, al ver que el coche le pisa los talones, y a pesar

de las amenazas que ha lanzado, termina haciéndose a un lado. Y luego veo a mi amigo soltar todo el aire retenido de un bufido desde el interior del vehículo.

Me aparto a mi derecha para dejar que me adelante a mí también. Arthur detiene su Seat con un chirrido. Se inclina sobre el asiento del copiloto para abrir la puerta y me hace señas exageradas para que suba.

—¡Venga!

Solo queda un último esfuerzo.

Cuando suba a ese coche rojo, toda esta pesadilla acabará.

—¡Cody! ¡Está justo detrás de ti!

La expresión de Arthur es de auténtico terror.

De pronto, un objeto metálico me pasa rozando la oreja izquierda. Es el cuchillo, Bradford me lo ha lanzado y ha fallado por muy poco.

—¡Corre, corre, corre!

Me dirijo al Seat a toda prisa, con el corazón en la garganta. Tengo a mi nuevo enemigo corriendo justo detrás de mí. Está tan cerca que me da la sensación de que su aliento choca contra mi nuca. Muerto de miedo, consigo subir al coche y cerrar rápidamente la puerta del copiloto dando un portazo.

Doy un respingo, porque no pasa ni un solo segundo y ya tenemos a ese loco dando golpes al parabrisas. También intenta abrir la puerta, pero Arthur la ha bloqueado en cuanto la he cerrado. Menos mal que no golpea mi ventanilla, porque habría reventado el cristal.

—Arranca el puto coche —le pido sin aire.

Mi amigo enciende el motor y gira el volante completamente hacia la izquierda, de manera que nos quitamos a Bradford de encima sin arrollarlo. Arthur conduce hasta la salida, baja la ventanilla y presenta el tique del parquin.

Pero hay otro problema. Uno con el que no contábamos.

—¡No me jodas, hombre! —Arthur parece que va a tirarse de los pelos.

Cuando se suponía que ya estábamos fuera de peligro, resulta que el lector de código de barras no reconoce el tique. Los cinco tíos que creíamos haber dejado atrás ahora nos vuelven a perseguir. Mi amigo suelta otra palabrota, alisa el papel con manos temblorosas y vuelve a sacar el brazo por la ventanilla para hacer un segundo intento.

Esta vez, el dispositivo emite una lucecita roja y la enorme barra metálica que nos corta el paso comienza a levantarse.

Escucho los gritos de esos tíos.

—¡Vamos, joder! ¡Más rápido! —le grita a la barra.

Veo por el rabillo del ojo que Arthur mira nervioso a través del espejo retrovisor.

Yo no quiero mirar. No quiero tener que calcular los segundos que nos quedan antes de volver a tenerlos encima. Lo único que quiero es salir de este maldito parquin de una vez por todas. Así que miro al frente con las uñas clavadas en el asiento y aguanto la respiración hasta que la barra de metal termine de elevarse del todo.

Ni siquiera me molesto en ponerme el cinturón de seguridad. Estoy mirando la rampa que tenemos frente a nosotros, como si mirarla fijamente fuera a empujar el Seat hacia delante. En tiempo real habrá tardado cinco segundos en subir, pero esos cinco segundos se me han hecho eternos.

—¡Maricones!

El grito suena demasiado cerca. Sin poder evitarlo, esta vez miro por el espejo retrovisor. Cinco tíos vestidos de traje, los cinco cabreados y pidiendo nuestras cabezas, nos ven alejarnos.

—¡Te voy a matar! ¿Me oyes? ¡Estás muerto! —oigo, antes de que desaparezcan de nuestra vista.

18

Alastair

No confíes en nadie

No consigo dormir. Doy vueltas en la cama empapado en sudor y sin dejar de pensar en el chico de la cicatriz. Me pregunto cómo estará, si habrá llegado bien a casa. Tiene agallas, aunque sus ojos transmitieran el miedo que sentía por dentro. Yo también me he temido lo peor cuando he visto a Bradford sacar el cuchillo. ¡Un cuchillo!

En serio. No sé qué ha pasado en ese parquin, pero Bradford parecía otro. Nunca lo había visto así. Lo conozco desde hace muchísimos años. Tampoco voy a decir ahora que es un buen tío, porque no lo es. Es un capullo, lo sabemos todos. Lo sabe incluso la propia Blair.

Pero lo de esta noche... Bradford estaba fuera de sí. Miraba a Cody con los ojos inyectados en sangre. Solo de recordarlo me recorre un escalofrío. Aquello parecía sacado de una película de terror. Era como si estuviese poseído.

No creo en fantasmas. Lo que creo es que el alcohol saca lo peor de cada uno, y que Bradford se ha pasado con la bebida y por eso ha terminado discutiendo con Blair. Decía cosas sin pensar. Igual que cuando amenazó a Cody con matarlo. Fue fruto de un momento de rabia incontrolable, pero no podía pensar en serio aquello de «Ahora

voy a abrirte la cabeza como si fueras una puta sandía». Solo pretendía asustarlo.

Y nos ha asustado un poco a todos.

Bradford es un cabrón, pero no es un asesino.

Estoy convencido de que no le habría clavado el cuchillo.

Aun así, se me encoge el estómago al pensar que quien perseguía a Cody con un cuchillo es *el mismo* chico que se acuesta con mi novia.

Nunca me ha importado que Blair me ponga los cuernos hasta ahora. Ella, aunque no lo hayamos hablado, es libre de hacer lo que quiera. Los dos estamos juntos por obligación expresa de nuestros padres, pero no tenemos ningún otro sentimiento más allá de la amistad. Para mí, Blair es y será siempre una amiga. Y me alegro de que hayamos dejado de tener relaciones sexuales desde que ella tiene una aventura con otro.

Pero, después de lo que he visto esta noche, me preocupa que ese otro sea Bradford. Y me preocupa lo que le pueda pasar a Blair si un día se queda a solas con él y a él se le vuelve a ir la cabeza.

Además, hay algo que sigo sin comprender. ¿Por qué demonios llevaba ese cuchillo en el bolsillo del pantalón? En algún momento pensó que necesitaría ir armado. Y lo peor que puede hacer una persona que no controla su ira es tener un cuchillo cerca.

Es lo último en lo que pienso antes de que se me cierren los ojos.

Cuando me levanto de la cama, son casi las ocho. Me tomo un café doble y paso toda la mañana tocando el piano de cola en el salón.

Mi profesor y mi madre están sentados a dos metros de distancia, de espaldas al ventanal por el que entra la luz del exterior que recorta sus figuras. Los primeros rayos de sol iluminan los bordes del

cabello rubio teñido de mi madre como si estuviera perfilado por una delgada llama ardiente.

Cierro los ojos en varias ocasiones mientras toco. Francamente, no puedo estar más cansado. Y no solo estoy cansado, sigo pensando en el camarero que conocí ayer. Cuando miro la partitura que tengo delante, mi cabeza imagina sobre esas notas de música un ojo de color miel y verde al que le atraviesa una enorme cicatriz.

Mi madre me mira con un gesto de desaprobación.

—Otra vez.

Iba por la mitad de la sonata, pero tengo que volver a empezar desde el principio porque he fallado una nota. Me sudan las palmas y, aunque lo más sencillo sería secármelas en el pantalón, mi madre no lo vería con buenos ojos. Y cuando digo que no lo vería con buenos ojos, me refiero a que se enfadaría conmigo.

Tras una profunda exhalación, me pongo a tocar de nuevo *Claro de luna*, de Beethoven. No es una pieza especialmente complicada. No debería equivocarme. No...

—Otra vez.

Pero no estoy concentrado. Sigo pensando en él.

En ese chico.

Cody.

Y a eso se le suma que solo he dormido un par de horas.

Abro y cierro los dedos varias veces antes de volver a posar las yemas sobre las teclas con delicadeza.

Cuando estoy llegando al final de la sonata, mi madre arruga los labios y dice con firmeza:

—Otra vez.

Tres intentos más tarde, consigo tocar la pieza a la perfección. Mis dedos se mantienen inertes encima de las teclas. La última nota sigue impregnando el salón de mi casa. Mi profesor hace un gesto

de aprobación con la cabeza. Siento muchísimo alivio al ser consciente de que mi madre, esta vez, no puede reprocharme nada.

Los dos se levantan del diván, pero solo ella se acerca a mí.

Y luego me mira las manos como si hubiera escrito en ellas las respuestas de un examen y estuviera corrigiéndolas una por una.

Algo en su expresión cambia de repente. Sus ojos se abren, se le arruga la frente, está profundamente enfadada conmigo.

No sé qué he hecho mal ahora, pero el nudo en el estómago me impide respirar.

—¿Desde cuándo te muerdes las uñas?

Así que se trata de eso.

Parpadeo despacio.

—No me las muerdo.

—Tu pulgar derecho —señala—. Te lo has mordido.

Es cierto, me lo mordí anoche. Se me había olvidado. Estaba sometido a tanta presión que me llevé el pulgar a la boca sin darme cuenta, no pensé en lo que hacía cuando me destrocé la uña, ni en los problemas que eso me generaría al día siguiente en casa.

—Asegúrate de que no lo vea tu padre.

Cualquier otra persona pensaría que mi madre es una exagerada.

Lo que esa persona no sabe, claro está, es que me lo dice para protegerme.

Si mi padre se entera de que me he mordido una uña, se sacará el cinturón.

Después de comer voy directo a mi habitación. Me dejo caer de espaldas en la cama y, sin esperarlo, mis ojos se empañan y al segundo noto las mejillas húmedas y calientes. Estoy llorando. Y yo no soy una persona acostumbrada a exteriorizar sus emociones.

Siempre lo guardo todo bien adentro, bajo llave. Tiene que ser por todo el estrés que viví anoche. Me ha sobrepasado. Ahora mi cabeza está empezando a asimilar lo ocurrido y necesita liberar la ansiedad de alguna forma.

Llevo desde el evento de Armani en un estado de alerta permanente. Es agotador temer que tu vida dé un giro de ciento ochenta grados si tus amigos te sacan del armario. Aunque se supone que ya no tengo que preocuparme por eso. Bradford habló con el resto del grupo:

—Esto... —Anthony se rascó la cabeza. No sabía si su amigo hablaba en serio o no—. Entonces ¿Alastair no es maricón?

—Pareces decepcionado. ¿Qué pasa, pensabas pedirle una cita?

De pronto tengo a Bradford de mi parte. Me ayudó a salir del hoyo en el que él mismo me había metido, incluso después de que yo lo hubiera traicionado.

Pero ¿por qué?

—Se suponía que era Alastair quien tenía que ajustar cuentas con el camarero —objetó Cyril, cruzándose de brazos—, pero yo no lo he visto correr para alcanzarlo. No es de los nuestros.

Bradford se acercó un paso a él. Todos vimos cómo Cyril se echaba ligeramente hacia atrás. No es ningún secreto que la influencia de Bradford sobre nosotros está motivada por el miedo que nos produce. Es mejor tenerlo de tu parte. Nadie lo quiere de enemigo.

—¿Ahora tú eres el que va a decir si alguien es de los nuestros o no?

Cyril abrió y cerró la boca varias veces. Después tragó saliva y negó con la cabeza.

—No.

Pero hubo alguien que sí continuó por él. Francis cogió aire y sacó pecho, intentando llenar el traje para parecer más grande.

—El trato era que Alastair demostrara que era un hombre. Y a mí lo único que me ha demostrado es que es un puto cobarde.

—Lo ha dejado escapar —intervino Michael.

—¡Sí! Ni siquiera lo ha perseguido —añadió Anthony.

Los cuatro se volvieron para mirarme.

Decidí que lo mejor era seguir callado. Estaba tan nervioso que me daba miedo abrir la boca y que me temblara la voz. Además, sabía que, aunque intentara sonar convincente, no serviría de nada. La única manera de que me dejaran en paz era que Bradford se impusiera.

Aquello me pareció surrealista.

¿Qué hacía él dando la cara por mí? ¿Por qué insistía tanto en ayudarme?

Él está enamorado de Blair y yo no. Y sé que me odia porque le gustaría que fuera su novia. Por eso no le encontraba una explicación razonable a que me defendiera cuando estaba tan cerca de acabar conmigo. Es más, me acababa de decir que me arruinaría la vida por haberlo traicionado. Yo no solo no había pegado al chico, sino que además le había dado un buen golpe para que Cody pudiera escapar.

Blair me miró en silencio, ninguno de los dos entendía nada.

—Os habéis olvidado de que yo estaba con él —les informó Bradford—. Vi cómo Alastair levantaba el puño para pegar a ese chico. Tenía toda la intención de hacerlo. Pero el camarero se soltó y...

Dejó la frase sin terminar, y todos nos fijamos en lo roja e hinchada que se le había quedado la mandíbula. Debía de sentir un dolor punzante.

—No sé a vosotros —continuó—, pero a mí me basta con saber que Alastair iba a pegarle un puñetazo. Y ¿no era eso lo que queríamos? ¿Saber si nuestro amigo era un hombre o no? Pues creo que ya lo ha demostrado. —Después me guiñó un ojo y sentí un escalofrío.

Zanjamos el asunto con un apretón de manos, como dos personas adultas que cierran un trato.

Los demás se miraron un momento entre ellos y luego me miraron a mí. Esta vez, su mirada era de aprobación. Volvía a ser uno de ellos.

Incluso ahora, casi veinticuatro horas más tarde, sigo pensando que nada de lo que pasó después de que los dos camareros huyeran tiene sentido.

Sé que no estoy a salvo, que no me puedo relajar.

Si algo me ha quedado claro de anoche, es que Bradford no es una persona de la que te puedas fiar.

Es demasiado peligroso.

Y es evidente que trama algo.

Estoy tumbado bocarriba en la cama, meditándolo, cuando llaman a la puerta con unos golpes suaves.

—¿Sí?

La asistenta abre la puerta y la deja entornada.

—Tiene visita.

Me incorporo y me siento en el borde de la cama.

—¿Visita?

—Sí, de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Bradford. Está en la puerta esperándole.

19

Alastair

Abre

Se me encoge el estómago al oír su nombre. Tengo un mal presentimiento. ¿Por qué se ha presentado en mi casa? No recuerdo la última vez que me visitó. De hecho, creo que nunca ha llegado a entrar a mi habitación. No es propio de él. Si está aquí, es porque quiere algo.

—Ah —respondo.

—Dice que habían quedado en que se pasaría el sábado a esta hora.

Es mentira, no he quedado con él. Aun así, por si acaso, reviso los mensajes. Nada. La última vez que hablamos fue antes del evento de Armani, y ayer no bebí tanto como para olvidar que nos veríamos esta tarde. Si se ha presentado por sorpresa es por una buena razón. Bradford no viene simplemente a hablar, no vamos a tener una conversación entre amigos.

Viene a hacerme chantaje.

—¿Le puedes decir que no me encuentro muy bien?

—De acuerdo, yo se lo digo.

—Gracias.

La asistencia cierra la puerta antes de dirigirse a la entrada. Medio minuto después, mi móvil emite una vibración. Desbloqueo la

pantalla y veo un mensaje suyo:

Estoy en la puerta de tu casa.

Me encuentro fatal. Creo que ha sido por el alcohol.

Dile a tu asistenta que me deje pasar.

De verdad que no me encuentro muy bien.

Me da igual. Tenemos que hablar.
Es importante.

Y si lo hablamos otro día?

Por supuesto.
Es más, si lo prefieres, puedo hablar con tus padres.

El efecto que su mensaje tiene en mi estomago es similar al de darle una patada a un balón. La comida me sube hasta la garganta con una facilidad asombrosa. Por suerte, no llego a vomitar, pero como tampoco llego a contestarle el mensaje, Bradford se impaciencia y vuelve a escribirme.

Bueno, decide qué vas a hacer. Tienes dos opciones: o hablo contigo o hablo con tus padres.

Ahora entiendo por qué le interesaba tanto que ninguno de nuestros amigos me delatara. Quería ser el único en usar esa información en mi contra.

La asistenta vuelve a llamar a la puerta con los nudillos.

—Su amigo insiste en verle.

Me pongo de pie.

—Que pase.

Se dirige a la entrada de la casa y, a los pocos segundos, reconozco las pisadas de Bradford. Camina con la seguridad de quien tiene la sartén cogida por el mango. Me quedo contemplando la puerta cerrada mientras sus pisadas se escuchan cada vez más cerca y luego se detienen en seco. Después clavo los ojos en la manija, veo como gira despacio hasta que cede con un clic y la puerta se abre.

Hasta hoy, mi habitación siempre ha sido un espacio seguro. Pero ahora, con Bradford dentro, me invade una profunda sensación de malestar e inseguridad. Mi amigo cierra la puerta tras él y barre el espacio con la mirada.

Me fijo en su mejilla izquierda. Está azulada y amoratada, y mucho más hinchada que ayer.

Él se pasea por el espacio.

—Hola, Alastair. Bonita habitación.

Me cruzo de brazos.

—¿Qué quieres? —le pregunto a bocajarro.

Mi amigo deja de caminar y gira la cabeza en mi dirección. Me mira directamente a los ojos. Hay algo que vuelve a ser distinto en él, tiene la mirada ensombrecida. Parece mi amigo y, al mismo tiempo, parece otra persona.

—Estás muy pálido —dice—. No irás a vomitar, ¿no?

Curva los labios en una sonrisa torcida que me da muy mal rollo. De pronto vuelvo a ver al psicópata que se sacó anoche un cuchillo del bolsillo y amenazó a Cody con matarlo.

Dios santo. Es la misma mirada de loco que tenía en el parquin.

—Ya te he dicho que no me encuentro bien.

Me gustaría guardar más distancia con él, pero tengo la cama justo detrás.

—Así que es cierto. Y yo que pensaba que estabas mintiéndome porque no querías verme... —comenta—. En cualquier caso, supongo que comprenderás que a partir de ahora no me fíe de ti. Al fin y al cabo, eres un traidor.

—Me estabas presionando para que pegase a ese chico.

—Te estaba dando a elegir.

—Pero ibas a pegarle igualmente.

Bradford asiente.

—Y me encargaré de él —responde hosco—. Esto no va a quedar así.

Bajo la mirada instintivamente a sus bolsillos. Quiero asegurarme de que no lleva nada con lo que pueda hacerme daño.

No disimulo bien, porque él se da cuenta enseguida de que me preocupa que tenga algún arma escondida. Aquello parece divertirle.

—Ah, no te preocupes. —Las comisuras se le estiran hacia las orejas—. De ti también me voy a encargar, pero no..., no de esa forma.

Trago saliva.

—No llevo nada. ¿Ves? —Se saca el interior de los bolsillos—. ¿Por eso se te ha quedado esa cara de susto? ¿Pensabas que iba a apuñalarte?

No respondo.

Bradford arruga la expresión como si lo hubiera ofendido.

—Guau. ¿De verdad piensas que podría apuñalar a uno de los míos?

Me aclaro la garganta.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy aquí porque tú y yo tenemos que hablar. Supongo que querrás saber por qué no te delaté anoche y qué te voy a pedir que hagas a cambio.

20

CODY
¿Lo vas a olvidar?

Son las ocho de la tarde cuando Arthur entra en el bar en el que trabajo. Todos los viernes viene a hacerme compañía, se ha convertido en una tradición. Durante las próximas dos horas, mi amigo toma asiento en la esquina de la barra que queda enfrente de la puerta de entrada y yo me ocupo de rellenar su jarra de medio litro con cerveza fría.

—Supongo que eres el nuevo camarero. —Le encanta soltar alguna broma a modo de saludo—. Yo me llamo Arthur y, lo creas o no, a partir de ahora voy a ser tu mejor amigo.

—Buenas noches, Arthur. —Me aguanto la risa y decido seguirle el juego—. Yo soy Cody, un placer.

Ver a Arthur en ese taburete, saber que ha venido para amenizarme un poco la noche, hace que sonría de inmediato y relaje los hombros. Me siento muy afortunado de tener un amigo como él.

Además, sus bromas tienen el superpoder de hacer que borre de la mente todas las experiencias desagradables que he tenido que soportar a lo largo del día y me olvide de ellas. Como por ejemplo, un señor que me ha insultado al decirle que no nos quedan cacahuetes. Y luego otro, borracho, que ha intentado morderme la mano cuando le he ofrecido un vaso de agua.

Cuando miro a mi mejor amigo, todo eso va directo a la papelera. Igual que cuando no te queda espacio en el móvil y recibes una notificación para eliminar los archivos con más peso. Arthur es mi papelera automática, elimina toda la basura que hay a mi alrededor. También es una fuente de energía inagotable. Mi amigo habla por los codos y no para quieto.

—Por cierto —añado mientras recojo un par de vasos usados—, me gustan mucho tus uñas.

Se las ha vuelto a pintar de negro.

—Gracias, *bro*.

—Hummm. —Me rasco el mentón y lo miro con aire pensativo—. Tienes cara de tomar cerveza.

—¿Acabas de insinuar que tengo la cara redonda?

—Qué tonto eres.

—Encima con insultos. —Finge dar un golpe sobre la barra—. ¡Exijo una hoja de reclamaciones y una cerveza bien fría!

Mi compañero de trabajo se descojona de nosotros mientras le cobra a un cliente.

—Parecéis hermanos.

—A Cody le tocó ser el guapo —dice Arthur—, así que yo me vi obligado a desarrollar una personalidad magnética.

—Repites mucho lo de que tienes una personalidad que es la hostia —apostilla mi compañero—. ¿No es un poco sobrado por tu parte?

—Sobrado no. —Menea la cabeza—. Una vez vi la entrevista de un actor que decía más o menos esto: le preguntaban cómo conseguía ser tan encantador y respondía que, a base de repetírselo, se lo acabó creyendo. Desde entonces procuro decirme a mí mismo que soy el mejor. Así, cuando se me presenta un problema y creo que no

voy a ser capaz, inmediatamente me corrijo y me digo: ¿cómo no voy a poder? ¡Si soy increíble!

Mientras mi amigo habla con mi compañero de trabajo, yo cojo un trapo y limpio la barra.

Arthur, al ver que mi compañero sigue con una ceja arqueada y no parece convencido con su argumento, agrega:

—Sé que no es la fórmula secreta de la felicidad, pero aquí cada uno se las ingenia como puede para sobrevivir.

—Entiendo.

—Por eso es tan importante ser compasivo con uno mismo. Cada vez que te dices que no puedes hacer algo, tu mente se lo cree. Eso hace que muchas veces ni siquiera lo intentemos y que nos perdamos un montón de oportunidades.

—Somos nuestro peor enemigo.

—Exacto. —Asiente—. Y yo he decidido ser mi mejor amigo.

—Tu mejor amigo soy yo —me meto en la conversación.

—Uy..., vas muy rápido, ¿no? —Arthur se lleva una mano al pecho de forma teatral—. Nos acabamos de conocer...

Cada vez que me quedo un segundo libre, aprovecho para acercarme a la esquina en la que está sentado para seguir hablando con él. Por supuesto, no le cobro las cervezas durante el tiempo que se queda a hacerme compañía. Cuando me pide la cuenta, mi amigo saca un billete y yo le devuelvo el mismo importe en monedas.

El día que me pillen, me largarán del bar. Aunque mi jefe me necesita. No creo que a nadie más le interese trabajar en este establecimiento de mala muerte donde las peleas y los borrachos son el pan nuestro de cada día. Ser camarero en el East Harlem a veces se convierte en un deporte de riesgo: una vez, un señor no quería pagar, y al decirle que llamaríamos a la policía, cogió un

botellín vacío, reventó la parte inferior contra la barra y nos amenazó con clavárnoslo. Todo un espectáculo por tres cervezas.

Arthur bebe un trago de la suya mientras me escucha. Desde el viernes pasado, mi tema favorito es comentar con él todo lo que pasó en el parquin con ese grupo de pijos.

Los primeros días, mi amigo participaba activamente en la conversación. Coincidía conmigo en que nos habíamos librado por los pelos y que el momento en que me abrió la puerta del copiloto mientras un loco me perseguía parecía sacado de una película. Pero ahora, una semana después, empieza a hartarse de mí.

Lo noto por cómo me mira después de darle otro trago a la cerveza.

—Cody...

Reconozco ese tono.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—Llevas toda la semana hablándome de ese chico.

Arthur no lo hace con mala intención, pero me fastidia que me hable como si él supiera algo que yo todavía no he descubierto.

—No llevo una semana hablándote de *ese chico*. —Arrugo el entrecejo. Ya estoy a la defensiva otra vez—. De quien *sí* te hablo es de su amigo, el que me persiguió con un machete.

—Era un cuchillo de sierra.

—¡Me lo lanzó a la cabeza!

—Falló.

—Sí, menos mal. Te habrías quedado sin mejor amigo.

—Y sin cerveza gratis. —Levanta la jarra y bebe otro sorbo.

Se le queda un bigote de espuma blanca que parece hacerle cosquillas. Tarda dos segundos en limpiárselo con el dorso de la mano.

—Oye..., Cody —añade distraído—. No sé cómo lo haces, pero siempre aparece alguien que intenta matarte.

Se da cuenta de que me he quedado muy callado.

—Mierda —dice, abriendo mucho los ojos—. Joder, soy imbécil. Perdona. Eso no ha tenido ninguna gracia. —Se golpea la frente con la palma.

Hemos tenido tantos momentos incómodos como este que le hago un gesto para quitarle importancia.

Un cliente nos interrumpe, así que dejo a mi amigo bebiendo en la esquina mientras yo sirvo un par de copas.

Mientras preparo dos vodkas con limón, intento no prestar atención a las imágenes de ese pasado que me persigue y que ahora desfilan por mi mente, proyectándose sin que pueda pararlas.

Veo al monstruo que entra en mi habitación con una navaja en la mano. Siento el dolor punzante y caliente en la cara. Y luego la sangre que me cubre el rostro y me hace creer, durante unos segundos de auténtico terror, que voy a perder el ojo izquierdo..., hasta que me doy cuenta de que he tenido una suerte increíble, porque, a pesar de que me han rajado media cara, mis ojos están a salvo y no voy a quedarme ciego. Y tampoco me van a matar, porque alguien está sujetando al monstruo con todas sus fuerzas para que yo pueda salvarme.

Pasan unos veinte minutos hasta que puedo volver a hablar con Arthur. Todavía noto el regusto metálico de la sangre en el paladar.

—Espero que no sigas mal por lo de antes... —comenta al ver mi expresión.

—Es por el curro. Me muero de ganas de salir de aquí y pirarme a casa.

Mi amigo coge el asa de cristal, se termina la cerveza en el siguiente trago (ya debe de estar caliente) y devuelve la jarra vacía.

—¿Sabes que busqué a ese chico en internet? Al pijo repeinado. Su familia es de las más ricas de Manhattan. Y sí, vale, lo admito, el tío es bastante atractivo, la verdad. —Se frota la barbilla—. Alto, rubio y ojos azules..., qué típico, ¿no? Ese seguro que tiene un castillo y monta a caballo, te lo digo yo.

Arthur sabe cómo hacer que me olvide del monstruo y del miedo con el que vivimos mi madre y yo desde entonces.

—¿Te pongo otra cerveza?

—Por favor. —Sonríe tímidamente.

—Vale, con una condición. —Pongo el dedo índice frente a él—. No me hables de él como si tuvieras un mapa del tesoro.

—¿A qué viene lo del mapa del tesoro?

—A que crees que has descubierto algo, pero te equivocas. Aquí no hay nada que desenterrar, por mucho que pienses lo contrario. Alastair Everscourt no me interesa nada.

Arthur reprime una sonrisita que se le escapa por las comisuras.

—Así que te acuerdas de su nombre completo —dice—. Hummm. Qué curioso, ¿no?

—No tiene nada de curioso. Me acuerdo y ya está.

—Tú eres malísimo con los nombres.

—¿Lo ves? Estás convencido de que me interesa ese tío y aprovechas cualquier ocasión para dejármelo caer.

Además, parece que Arthur se ha olvidado de que, en el evento, lo único que hicimos fue discutir. Es cierto que cuando se alejó de la barra con su *gin-tonic* me quedé con las ganas y la curiosidad de saber cuál era su historia, pero luego... Digamos que, después de que uno de sus amigos intentara apuñalarme y todo su grupo se pusiera a perseguirme, se me quitaron las ganas y la curiosidad por él. Desde ese momento, decidí que ya no quería saber nada más de Alastair Everscourt.

Pero Arthur opina diferente. Estira los brazos y entrelaza las manos por detrás de la nuca.

—De todas formas, me parece bien que no quieras reconocer que el tío te mola. Está bien que prefieras ir más despacio. Yo te apoyo.

—No me hace falta. Sé muy bien quién soy.

—Cody..., todos estamos un poco perdidos, un poco rotos. Es normal que no sepamos todavía quiénes somos. Además, la vida da muchas vueltas y el amor tiene que ir siempre suave; si lo fuerzas, es fácil que se rompa.

Pongo los ojos en blanco.

—El alcohol te hace decir gilipolleces.

Arthur echa una ojeada a la gente que hay en el bar. De pronto, alza las cejas hasta el nacimiento del pelo y se vuelve hacia mí. Me mira con urgencia, como si acabara de ver un fantasma.

—Eh..., ¿te pasa algo?

Echa el taburete hacia delante y me responde con otra pregunta:

—Oye, sobre lo que pasó el viernes anterior... ¿Lo vas a olvidar?

—¿Lo del machete?

—Cuchillo de sierra —me corrige—. Y no. Me refiero a si vas a olvidar lo que te hizo *ese chico*.

—Alastair.

—¿Lo vas a perdonar solo porque se arrepintió en el último momento y te echó un cable? Sé que te he estado picando con el tema, pero en el fondo me preocupa un poco.

—Pues deja de preocuparte.

—Lo que quiero decir es que... no quiero que pase lo mismo que con Zion.

—Arthur, mejor no saquemos el tema de Zion. Siempre discutimos cuando hablamos de él.

—Necesito saber qué harías si volvieras a ver a ese tío pijo.

—¿Qué más da? No lo voy a volver a ver.

Él no parece tan seguro.

—No has respondido a mi pregunta.

Arqueo las cejas, extrañado.

—Porque da igual.

—A mí no me da igual. —Se retuerce las manos, impaciente—. Es más, necesito que me prometas que lo echarás de aquí sin pensártelo dos veces. Por su culpa casi nos matan el viernes pasado.

—Pero ¿echar a quién?

No estoy entendiendo nada.

Entonces Arthur señala la entrada del bar con la jarra de cerveza. Giro el cuello en esa dirección.

Y... no puede ser.

Pero sí. Es él.

Es Alastair.

Lo veo barrer con la mirada la multitud que bebe y se emborracha en las mesas.

Cuando localiza la barra en la que estamos mi amigo y yo, su mirada azul me atraviesa como una daga. Me mira con tanta intensidad que noto una pulsión que me encoge el estómago.

No sé cómo se las ha arreglado ese chico para descubrir que trabajo en este bar, ni qué intenciones tiene para haberse tomado las molestias de venir al East Harlem y presentarse aquí en persona.

Lo único que parece evidente es que me estaba buscando.

Y me acaba de encontrar.

Por eso, en cuanto me ve, no duda en acercarse a mí.

21

CODY
Forastero

—No me lo puedo creer —murmuro.

De hecho, al principio pienso que se trata de una ilusión óptica o de alguien que se parece mucho a Alastair.

Pero no hay duda de que la persona que acaba de entrar por la puerta es de carne y hueso. Es imposible que mi amigo se haya equivocado de chico. Ese pelo dorado, que brilla como si un hada madrina hubiera espolvoreado polvo de estrellas sobre su cabeza, es inconfundible. Lo lleva perfectamente peinado hacia atrás, igual que en el evento de Armani.

Arthur apoya los codos en la barra.

—Sí, pues..., créetelo —dice—. Porque hay muchos pijos, pero pocos tienen el pelo tan rubio y la cara tan simétrica como ese de ahí. Joder, parece que lo han dibujado. El cabrón es guapo de cojones.

—¿Qué coño hace aquí?

—Mira que a mí no me van los chicos, pero no me importaría que este me...

—Arthur —le corto—. Céntrate. Se está acercando a nosotros.

Parpadea y asiente.

—La puta cerveza, que te sube igual que te hincha —se excusa, y luego añade de forma atropellada—: Vale, pensemos. Hay dos opciones muy claras: o viene a pedirte perdón o a terminar el trabajo sucio.

—Sí.

—En cualquier caso, confío en que tendrás cuidado y sabrás cómo actuar.

Inclina la cabeza y me mira con intención, esperando que le dé la respuesta correcta.

—No te preocupes —le aseguro—, voy a pedirle a ese pijo que se vuelva a su barrio y que nos deje en paz.

Sonríe.

—Ese es mi chico.

Me espero a que Alastair avance los últimos pasos con la idea de pedirle que se vaya inmediatamente.

Pero, con una sincronización perfecta, justo cuando voy a soltarle la frase que le acabo de decir a Arthur, entra otra persona en el bar.

Mi jefe.

—Mierda —siseo.

Mi amigo echa un vistazo a la entrada al ver que mi expresión pierde un tono de color.

—Vamos, no me jodas —dice, y hace una mueca de disgusto.

Alastair se aclara la voz.

—Entiendo que no os haga mucha ilusión verme de nuevo.

—Me parece flipante que tengas tanta cara como para presentarte aquí.

Respira hondo.

—Os quiero pedir perdón. A los dos —dice, y levanta las manos con las palmas hacia nosotros—. Vengo en son de paz.

—Ah, me alegra saber que esta vez no vais a darnos una paliza. ¿Seguro que tu amigo no me está esperando afuera?

—No —dice—. He venido solo.

Parece un forastero así vestido.

La vez pasada era yo el que se sentía fuera de lugar allí, en uno de los barrios más ricos de Manhattan, donde se codea la gente de la alta sociedad. El barrio del que viene Alastair no tiene nada que ver con el mío. En este, cualquiera que le eche un vistazo rápido deducirá que el chico se ha perdido y que ha acabado aquí por error. Es como encontrar un conejito blanco y esponjoso en mitad de una charca plagada de ranas.

Se ha presentado en mi bar con unos pantalones de vestir, una camiseta de un blanco nuclear y un cárdigan que, sin ser yo un experto en moda, tiene toda la pinta de ser carísimo.

Y... espera. ¿Eso que brilla en su muñeca es un Rolex?

Ah, por supuesto, también lleva un medallón de oro. El cárdigan tiene cuello de pico, así que se ve perfectamente. Entre eso y el reloj, el tío lleva un cartel escrito en la frente que grita: «¡Róbame, soy gilipollas!».

Podría avisarlo de que no es una buena idea que se pasee por el barrio dejando a la vista un medallón de oro o un Rolex que no es de imitación, pero, en lugar de eso, le escupo de mala gana:

—¿Cómo has descubierto que trabajo aquí?

—Hablé con el organizador del evento de Armani.

—¿Y te dio nuestra dirección así sin más?

—En realidad solo le pedí la tuya. Conoce a mi padre y... —Se encoge de hombros—. Bueno, digamos que ser un Everscourt ejerce una gran influencia sobre las personas.

Está claro que tener dinero es pasarse la vida en modo fácil.

En fin... Cuanto antes lo pierda de vista, mejor. Ha dicho que viene en son de paz, pero yo tengo la corazonada de que es mentira. Además, si ha conseguido la dirección del bar en el que trabajo, seguro que también le han dado mi número de teléfono, lo que significa que podría haberme enviado un mensaje si lo que quería era disculparse. Pero, en lugar de eso, se ha presentado aquí.

¿No es un poco raro?

¿Quién se toma tantas molestias para encontrar a un desconocido solo para pedirle perdón?

Te lo digo yo: nadie.

Por eso sé que está mintiendo.

O, si no está mintiendo, no está diciendo toda la verdad.

—Voy a pedirte que te vayas —digo con firmeza.

—No voy a irme sin antes hablar contigo.

Cruzo los brazos por encima del pecho.

—No pienso hablar contigo, *Alastair.*

—Pero tampoco me puedes echar, así que, te guste o no, me voy a sentar aquí hasta que decidas cambiar de opinión.

Arrastra el taburete con un chirrido y se sienta al lado de Arthur.

Miro a mi colega en busca de una solución. Le pregunto con los ojos qué puedo hacer. Él señala con un gesto rápido a mi jefe y se encoge de hombros. Casi puedo escuchar lo que piensa: «Macho..., ahora sí que no puedes hacer nada. Tu jefe te vigila».

Coincido con Arthur. No puedo echar a nadie del bar, y menos aún delante de mi jefe y sin tener un buen motivo. A él le daría igual que le dijera que este pijo me dio problemas la semana pasada. Lo único que le importa es que el cliente consuma y se gaste su dinero en alcohol.

De hecho, tan pronto como ve a Alastair, en sus ojos aparece el simbolito del dólar. Las apariencias abren puertas invisibles y, para

mi jefe, este chico es uno de esos clientes VIP a los que hay que tratar con mucho mimo. Salta a la vista que el rubio no es de los que se acercan a la barra para pedir cerveza. No, este es de los que piden copas, y las copas se cobran mucho más caras, es de donde el bar saca mayor rentabilidad.

—Si te quedas, tienes que consumir —le recuerdo a Alastair.

—Pues ponme lo de siempre.

Preparo un *gin-tonic* de mala gana.

—Son treinta dólares.

—¿Treinta dólares?

—Diez por la copa y veinte de propina.

Después de cobrarle, bajo la vista y me pongo a recoger tres vasos sucios que han dejado desperdigados por la barra.

—No me voy a mover de este taburete hasta que hablemos —me asegura.

Ni siquiera me voy a molestar en mirarlo.

Alastair se da cuenta de que le estoy haciendo el vacío. Se recoloca en el taburete, incómodo. Después de darle un largo trago a la copa, sus dedos repiquetean sobre la barra.

Ya empieza a ponerse nervioso.

—Te estoy hablando, ¿eh? —insiste, y noto un deje de irritación en su voz.

Arthur levanta la jarra para disimular una sonrisa.

Y ¿qué hago yo? Le doy la espalda y sigo apilando vasos en una torre hasta que tengo siete. Pero luego me giro con brusquedad y choco con la mano de Alastair, porque el tío ha extendido el brazo con la intención de tocarme la espalda y en lugar de eso ha golpeado los siete vasos que mantengo en equilibrio.

—¡La madre que me...!

La torre se tambalea peligrosamente y está a punto de derrumbarse sobre él. El rubio cierra los ojos con fuerza, echa el cuerpo hacia atrás y se tapa la cara con los brazos mientras el taburete se mantiene sobre las dos patas traseras.

Menos mal que tengo buenos reflejos y consigo sujetar la pila de vasos con la mano libre. No se ha caído ninguno de milagro. Si se le llegan a caer encima, se me cae el pelo.

Arthur, que también tiene buenos reflejos, ha alargado el brazo en el momento preciso y ha sujetado a Alastair por la zona baja de la espalda, evitando así que este se caiga al suelo.

El pijo suspira de alivio.

—Gracias.

Los dos se miran a los ojos.

Arthur pone voz de protagonista de telenovela:

—Tranquila, princesa. —Le guiña un ojo—. Estás en buenas manos.

El pijo vuelve a colocarse y endereza la espalda.

Mi jefe me echa la bronca por haber estado a punto de tirarle los vasos encima. Le pido perdón y, cuando se aleja hecho una furia conmigo después de llamarme torpe cuarenta veces, miro a Alastair y entrecierro los párpados.

Estoy cabreado y quiero que se vaya. Ya le he dicho que no voy a hablar con él, pero el tío no acepta un no por respuesta, y yo no estoy dispuesto a aguantar sus tonterías una segunda vez.

—Espero que estés contento —le digo—. Me acabo de llevar una bronca por tu culpa. Casi provocas un accidente. ¿Por qué no te vas y me dejas hacer mi trabajo?

Él carraspea y se aprovecha de su situación.

—Bueno, pero es que trabajas como camarero, ¿no? —comenta mientras se alisa el cárdigan con las manos—. Pues bien, quiero otro

gin-tonic.

—Tú flipas.

—Espero que no me hagas pedírtelo veinte veces como la semana pasada.

Arthur me conoce desde pequeño, por eso, cuando ve que mi cara cambia de color, me susurra:

—Recuerda lo que te digo siempre, Cody. No hagas ninguna tontería. No merece la pena.

Suelto un bufido.

—Todo controlado.

Pero cuando me fijo en la sonrisa que le baila al pijo en la comisura, me doy cuenta de que el odio que despierta en mí es más fuerte que mi sentido común.

Nadie había tenido nunca tanto poder sobre mí.

Por suerte, Arthur está conmigo en el bar. Creo que, si no llegara a tenerlo sentado en la esquina, habría perdido la poca paciencia que me queda y lo habría echado a patadas de aquí. Y luego yo habría ido detrás, porque mi jefe me habría despedido.

Dejo los vasos en el fregadero y apoyo las manos en la barra con fuerza. Cuento mentalmente hasta tres antes de ponerme a prepararle el segundo *gin-tonic*. Cuando está listo, lo deslizo por la barra hasta él clavándole la mirada. La idea era cabrearlo yo, pero el plan ha salido al revés. Y encima va a seguir bebiendo en mis narices mientras yo limpio.

—Ya lo tienes.

Moja los labios y arruga la frente.

—Demasiado fuerte. Hazme otro.

—No me da la gana.

—El cliente siempre tiene la razón —dice con una media sonrisa ladeada. Luego mira a mi jefe, ajeno a nuestra conversación, y

añade—. ¿O no?

—¿Te crees mejor que yo por estar al otro lado de la barra?

—Creo que nadie debería olvidar cuál es su sitio.

Aprieto los puños, aunque lo que dice es cierto. Su mundo no tiene nada que ver con el mío. En el suyo, él se puede permitir estar sin trabajar porque tiene una situación económica que no le obliga a levantarse pronto todos los días como a la mayoría de las personas. En cambio, mi situación económica es delicada. No puedo permitirme perder este trabajo. Y, mientras curre aquí, yo solo seré el chico que está detrás de la barra, y él un cliente al que tengo que servirle lo que me pida.

Cojo una nueva copa de balón y vuelvo a echarle tres hielos. Termino su *gin-tonic* y me quedo esperando a que lo pruebe con los brazos cruzados.

—¿Y bien?

—Le falta... algo.

Enarco una ceja.

—¿Qué le falta? —siseo.

Como respuesta, los ojos de Alastair se deslizan lentamente hasta mi boca.

22

CODY
Vacío

Espera.

Pero... ¿qué está haciendo?

Aquello me descoloca. No es que me mire la boca un segundo, es que se queda mirándola el tiempo suficiente para que mi amigo y yo nos demos cuenta de que aquello es una declaración de intenciones.

Doy un paso atrás.

—*Bro*, ¿qué coño haces?

Entonces Alastair parpadea como si hubiera despertado de un sueño. Nervioso, se levanta del taburete y da un traspié.

—La cuenta, por favor.

Después de pagar, el rubio se marcha a toda prisa. Deja la copa de *gin-tonic* llena sobre la barra, con los hielos aún sin derretir.

—Qué tío más raro —murmura Arthur.

—Sí...

Mi amigo me pide otra cerveza, pero yo levanto la mano y le digo que ni hablar. Mi jefe está aquí y es hora de que él también vaya tirando. Pero él no se da por aludido, porque no se va. Retiro la copa de balón antes de que se apropie de ella. Arthur pone mala cara.

—Qué heavy que Alastair se haya presentado aquí, ¿no?

—Ha dicho que solo quería pedirnos perdón, pero..., no sé. Tengo la sensación de que... quería algo más.

—Sí, sí, eso te iba decir yo también —coincide conmigo—. Que, a todo esto..., el rubio ha aprovechado para pedirme perdón a mí también porque ha coincidido que estaba en el bar..., pero, en realidad, te buscaba a ti. Ese no se ha tomado la molestia de conseguir la información de dónde trabajas y hacerse el viaje solo para decirte: «Eh, siento lo del viernes pasado». No. ¿Crees que quería volver a verte?

—Eso no tiene ningún sentido.

Sus uñas negras repiquetean sobre la barra.

—Lo tiene si al chico le gustas —dice—. Y ha quedado claro que así es. ¡Ojo! Que no creo que haya sido buena idea que viniera, y vaya por delante que creo que ese tío tiene pinta de que te va a complicar mucho la vida... Pero me pica la curiosidad saber lo que realmente ha venido a decirte. ¿A ti no?

—Bueno, seguramente quería soltarme un montón de excusas para justificar por qué fue un mierdas y así sentirse mejor consigo mismo.

—Puede ser —se conforma, encogiéndose de hombros.

—Yo creo que tiene cargo de conciencia y mucho tiempo libre.

—También es otra opción.

Después de comentar lo mucho que desentona un pijo como él en este bar de mala muerte, Arthur me pone al día sobre cómo le van las cosas con la chica a la que está conociendo esta semana.

Intento seguir el hilo de la conversación y asiento cuando creo que toca hacerlo, pero en realidad no le presto demasiada atención. Mi cabeza se ha quedado pensando en Alastair Everscourt. Y ahí sigue mientras atiendo a otros clientes. Entro y salgo de la barra, y

la mayoría de esos viajes a las mesas los hago cargado de jarras de cerveza, pero trabajo con la mente en otra parte.

Inconscientemente, vigilo la puerta de la entrada. Desde que Alastair se ha marchado siento que el bar está mucho más vacío, que su ausencia ha dejado un agujero, a pesar de que, como es viernes por la noche, el bar está bastante lleno.

Arthur sacude la mano delante de mi cara.

—Tierra llamando a Cody.

—Eh..., perdón. ¿Qué me decías?

—Da igual —dice—. ¿Por qué miras todo el rato a la puerta?

«Por si se abre de golpe y Alastair vuelve a entrar».

—¿No echarás de menos a alguien...?

Meneo la cabeza enérgicamente.

—No.

—Ya... —Le da unas palmaditas al taburete que tiene a su izquierda, el mismo que hace una hora estaba ocupado por el pijo.

A pesar de que se ha ido, sigo con los músculos agarrotados. No consigo liberar la tensión que me invade desde que ha irrumpido en el bar con su casi metro noventa, su pelito perfectamente peinado y su *outfit* de chico bien.

Mientras hago cualquier cosa, como abrir el grifo y rellenar una jarra enorme de cerveza hasta que la espuma se derrama por un lateral, estoy en una tensión constante. Mis dedos se aferran al tirador con fuerza, y soy incapaz de relajarme pensando en si Alastair regresará. Y la idea de que eso ocurra, que el pijo vuelva al bar y ocupe el taburete en el que se había sentado para hablar conmigo, es algo que me gusta y detesto a partes iguales. Por eso estoy tan nervioso.

Las pocas veces que lo he tenido delante, se me ha activado un odio irreversible hacia él. Intentar mantener una conversación

pacífica con ese chico es como intentar hacer las paces con alguien que te ha hecho mucho daño en otra vida.

Sé que esto que acabo de decir no tendrá mucho sentido para la mayoría. Pero la facilidad con la que ese rubio me saca de mis casillas hace que tenga ganas de partirle la cara o pegarle un guantazo y, al mismo tiempo, que me apetezca contemplarlo en silencio, igual que cuando él ha dejado los ojos fijos en mi boca y se ha quedado callado. Joder. Eso sí que no tiene ningún sentido. Es como intentar recomponer algo que viene roto de fábrica.

En definitiva, todo lo que tiene que ver con Alastair Everscourt termina convirtiéndose en una contradicción constante que me está volviendo loco.

Una parte de mí quiere que entre por la puerta del bar y volver a verlo. Otra, en cambio, espera no tener que encontrárselo nunca más y que, con el tiempo, me olvide de su nombre.

Atiendo a nuevos clientes, salgo a tomar nota en las mesas, llevo bandejas con bebidas, regreso con el datáfono, controlo que a nadie le falte nada. Mientras tanto, y ahora que mi jefe se ha marchado, Arthur, paciente, me espera en la esquina. Hoy se está quedando muchísimo más tiempo que otros viernes. Le sirvo una Coca-Cola Light.

Al acercarle el vaso de tubo, la puerta se abre.

Noto una pulsión en la boca del estómago.

¿Y si...?

Pero no, no es él. Ninguno es él. Y no sé por qué me empeño en seguir vigilando la entrada del bar. Mirar la puerta desde la distancia no va a hacer que ese chico se materialice ahí. Alastair no va a volver, se ha ido para siempre.

Es lo que quería ¿no?

Perfecto.

Entonces... ¿por qué me siento vacío?

Mi cerebro se ha equivocado de emoción: debería estar contento y aliviado, pero lo cierto es que una parte de mí sigue queriendo que el pijo cambie de opinión y regrese al bar.

Arthur me devuelve a la realidad:

—¿Sigues esperando que vuelva tu novio?

Inspiro con brusquedad y lo miro ceñudo.

—Recuérdame por qué soy tu amigo.

Él no responde inmediatamente. Primero bebe un sorbo largo de su Coca-Cola Light aspirando la pajita.

No me gusta que me vacile con el tema. Las cosas que no entendemos son las que hacen que nos sintamos en peligro. Por eso, cada vez que Arthur hace alusión a mis sentimientos por Alastair, me pongo a la defensiva.

Encima mi amigo se está riendo. Supongo que es porque tengo cara de que el comentario no me ha hecho ni puta gracia.

—Soy tu amigo porque no te queda nadie más —dice, pero luego algo en su expresión cambia y se vuelve más oscura, un cambio tan rápido que me pilla desprevenido—. Bueno, te queda el hijo de puta de...

—No lo llames así —lo corto.

Su rostro se ha endurecido de golpe. Arthur deja caer los brazos sobre la barra.

—No sé por qué lo perdonaste cuando esa rata nos... Miento. *Sí* lo sé. Te sentiste culpable por lo que le hizo tu hermano. Pero tú no eres responsable de lo que haga Holt. A tu hermano se le fue la cabeza, es verdad. Pero Zion ya sabía que meterse en esa banda era peligroso. Sabía qué le pasaría si cometía algún error.

De repente, sin venir a cuento, la conversación se ha vuelto punzante. Pero yo no quiero discutir con mi amigo. La culpa es de

las cosas que dejamos sin resolver; es mejor tener una conversación incómoda a tiempo que convertirla en un tema tabú, pero con el tema de Zion nunca conseguimos ponernos de acuerdo. Es algo que nos duele a ambos. Por eso, cada vez que uno de los dos dice su nombre en voz alta se genera una atmósfera muy incómoda, como la de ahora.

—Se arrepiente muchísimo de eso. Y ya han pasado muchos años...

—Me da igual —dice Arthur—. Dejó de existir para mí desde el mismo instante en el que nos la jugó.

—Lo hizo porque estaba asustado. Creyó que no le quedaba otra alternativa.

Coincido con Arthur en que Zion no se portó nada bien con nosotros, pero... Joder. Hizo lo posible para sobrevivir. Pero aquello nos puso en peligro a nosotros, sus amigos, y por eso Arthur no se lo perdona.

—Zion perdió un puto kilo de droga —dice—, normal que estuviera asustado. ¡Yo en su lugar me habría cagado de miedo! Pero nunca, y escúchame bien, *jamás*, *en mi puta vida*, le habría cargado el muerto a mis amigos.

—Lo sé.

—Pues por eso mismo, Cody —dice.

Zion les contó a todos que la droga la teníamos nosotros. Y, si no llega a ser por Devon, el hermano de Arthur, nos habrían cosido a navajazos. Cuando se supo la verdad, mi hermano Holt, que también forma parte de la banda, fue directo a por él.

—Zion es el puto Judas —sentencia Arthur.

—Arthur...

—No. No empieces otra vez. Siempre lo defiendes.

Absorbe lo que le queda de Coca-Cola haciendo un ruidito exagerado con la pajita.

—Lo defiendo porque está muy jodido y... porque me da pena recordar cómo acabó. Por si lo has olvidado, mi hermano casi lo mata de una paliza.

—Pues yo creo que recibió su merecido —dice mi amigo, pero luego se detiene al ver mi expresión—. ¿Qué pasa? ¡Él nos intentó joder a nosotros! ¿Crees que le importó? ¡No!

—Baja la voz —le pido—. Se van a pensar que hay movida y me vas a espantar a los clientes.

—Bueno, en una hora habréis cerrado. Para lo que os queda...

En unos minutos darán las once. Lo normal es que cerremos el bar a medianoche, aunque a veces se alarga hasta las doce y media.

Echo un vistazo rápido a mi compañero. Él nos mira con el ceño fruncido. Como Arthur no se calme, me va a pedir que lo eche.

—Mejor dejamos de hablar de Zion, ¿sí? —propongo.

Arthur apoya los codos en la barra y hunde los dedos en su pelo.

—Está bien, no vamos a seguir hablando de él —concede—, pero...

—Sabía que ahora venía un «pero».

—Aléjate de él —dice Arthur, con los ojos fijos en mí—. Era nuestro amigo, pero ahora es alguien que solo nos va a meter en más problemas.

—Tu hermano no dejará que nos pase nada.

El hermano de Arthur conoce a los tipos más chungos del East Harlem, tiene un grupo con el que mueve bastante droga. Es el mismo grupo en el que está metido Zion y mi hermano. Arthur le aconsejó a Zion desde el principio que no se metiera ahí. Él debió de pensar que ser el mejor amigo de Arthur, el hermano pequeño de

Devon, le daría algún tipo de ventaja. Pero, cuando se trata de mercancía y dinero, no hay amigos. Tan solo gente a la que no te interesa enfadar.

—Devon no puede estar siempre ahí para salvarnos el culo. Ni siquiera a mí. Él también tiene sus propias movidas.

Al ser uno de los líderes, la responsabilidad que recae sobre los hombros de Devon es proporcionalmente mayor.

—Pues, en ese caso, no te preocupes. Aunque lo haya perdonado, no me voy a olvidar de lo que nos hizo.

Arthur menea la cabeza y suspira. No le hace ninguna gracia que, de vez en cuando, siga quedando con Zion. Cada vez con menos frecuencia, pero, aun así... Le molesta que todavía mantenga la amistad con él. Y, ojo, lo entiendo perfectamente. Sé que a Arthur le pone nervioso porque ya no confía en él y se preocupa por mí. Está convencido de que él volverá a jugármela en cuanto las cosas se pongan feas. Pero yo le digo siempre que todos merecemos una segunda oportunidad.

Ojalá no se hubiera metido nunca en esa banda. Ojalá poder echar el tiempo atrás para volver a ser tres en lugar de dos. Ahora mismo Zion ocuparía el taburete que Alastair ha dejado libre.

Me prometió que nunca más me fallaría, que había aprendido la lección y que se arrepentía profundamente. He trabajado mucho para restaurar mi confianza en él, y estoy al noventa y nueve por ciento seguro de que no volverá a echarme a los lobos.

Pero hay un uno por ciento que me preocupa.

—Ten mucho cuidado con los cobardes, Cody. La gente cobarde es la más peligrosa.

—Tendré cuidado.

Arthur mueve lo que queda de los hielos con la pajita. El sonido que se produce al hacerlos chocar en el interior del vaso parece

relajarlo lo suficiente como para que sus marcas de expresión se desvanezcan.

—¿Cambiamos de tema?

—Mientras no hablemos de Alastair...

—Entonces no se me ocurre nada más.

Sonrío y me pongo a recoger algunos vasos.

—Ahora eres tú el que no para de hablar de él.

—Quiero tener un mejor amigo gay —anuncia de pronto.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me he dado cuenta de que necesitamos que haya muchos más gays si queremos que el mundo sea un lugar mejor.

Continúo trabajando. Arthur, aburrido, apoya las manos en la barra e inclina el taburete ligeramente hacia atrás para observar si ha entrado alguna chica guapa en el bar. Nunca desaprovecha una oportunidad para ligar. La mayoría de las veces no encuentra a nadie que le guste. La mitad de los que frecuentan el local son hombres borrachos y la otra mitad son chicos de nuestra edad igual de perdidos que nosotros. Hoy tampoco es su día de suerte. Así que, después de barrer con la mirada todas las mesas, se pone de pie y se despide de mí.

—Dime cuánto es.

Hacemos el paripé en el que él finge pagarme. Después me lanza un beso y desaparece por la puerta de la entrada.

Ahora los dos taburetes se han quedado vacíos, y, desde que Arthur no está, la hora restante se me pasa tan despacio que parecen tres.

Por fin el reloj marca las doce, la hora de cerrar. Estoy terminando de recoger las sillas, pero saco el móvil del bolsillo y veo que tengo tres mensajes de mi amigo:

Adivina quién está haciendo guardia en la puerta
del bar
Tu novio!!
;)))

El estómago me da un vuelco.

Si no fuera porque ha adjuntado una foto, no me lo habría creído. Pero la imagen no miente: en ella se ve al pijo apoyado en la pared del bar con los brazos cruzados, mirando el móvil. El pelo rubio perfectamente peinado hacia atrás, la boca entreabierta y relajada. No parece haberse dado cuenta de que Arthur le espiaba.

Madre mía. ¿En serio lleva esperándome desde que ha salido por la puerta?

Me fijo en cuándo me ha enviado la foto y los mensajes. Ha sido justo después de despedirse de mí, hace más de una hora. ¿Seguirá el pijo ahí? Supongo que sí. No tendría ningún sentido que hubiera esperado tanto para luego irse a casa sin más.

Aunque, si está detrás de la puerta, yo debería pensarme muy bien qué le voy a decir, y, sobre todo, a qué parte de mí le haré caso esta vez: a la que quiere a ese chico lejos de mi vida o la que se muere de curiosidad por descubrir por qué me genera una emoción tan fuerte, aunque no sea precisamente positiva.

Pero hay otro detalle. Uno que no puedo pasar por alto. Antes me ha parecido extraño que Alastair se tomase tantas molestias en descubrir dónde trabajo y presentarse en persona. Y si ya es raro que se haya desplazado hasta aquí, saber que el tío se ha pasado las últimas horas en la entrada del bar, esperando a que salga, como un depredador que espera pacientemente a que su víctima esté distraída antes de atacar, es algo que debería ponerme, al menos, en alerta.

Esto no lo hace una persona normal. Una persona normal habría desistido y se habría ido a casa. Pero me está dejando claro que con él las cosas no funcionan igual que con los demás. Ha dicho que iba a hablar conmigo, y me da la impresión de que no va a parar hasta conseguirlo, cueste lo que cueste. Así que no debe de ser alguien que acepte un no por respuesta.

Y sea lo que sea lo que me quiere decir, yo estoy a punto de descubrirlo.

—Ya termino yo de cerrar, no te preocupes —dice mi compañero.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. Vete a casa. Pero mañana quiero que curres el doble. Me parece genial que Arthur venga a visitarte, pero necesito que hables menos y trabajes más.

Mi compañero tiene razón, hoy no he trabajado como de costumbre. A entretenerme más de la cuenta hablando con Arthur se suma que, desde hace un par de semanas, me noto mucho más cansado. Estoy durmiendo poco y mal.

—Ah, y..., Cody, una cosa más.

—Dime.

—Si no vas a cobrarle las cervezas a tu amigo, intenta no ponerle más de tres. —Levanta una mano al ver que voy a justificarme—. Antes de que me digas nada, me sé tu truco, así que no me mientas.

—No iba a mentirte. —Era justo lo que iba a hacer.

—Un día de estos el jefe te va a pillar y me va a caer la bronca a mí también. O por no haberme dado cuenta o por no haberle informado. Y ninguno de los dos quiere meterse en problemas, ¿verdad que no?

Mi compañero no es un tío chungo hasta que le tocan los huevos. Cuando un cliente se pone muy pesado o se pasa de listo, es el

primero que endereza la espalda y se transforma en otra persona para echarlo del establecimiento.

Cuando salgo del bar, veo el cielo nocturno cubierto de estrellas. Apenas se escucha ningún ruido. Da la sensación de que el barrio entero está durmiendo, y que, en lugar de viernes, es lunes. Esto no es propio del East Harlem. Los viernes y los sábados siempre hay grupos de jóvenes haciendo botellón por la zona. Pero esta noche es como si todos se hubieran ido.

Giro la cabeza a mi derecha y observo la fachada del bar con sus ventanales, completamente vacía. Nada. Alastair no está.

Antes de girar la cabeza a mi izquierda, me llega su voz:

—Hola, Cody.

Hay algo distinto en ella. Es mucho más débil, como si me hablase mientras alguien o algo lo estrangula.

Giro el cuello en su dirección. En lugar de encontrarme con unos ojos azules, vuelvo a dar con una pared. Si quiero ver a Alastair tengo que bajar la mirada.

Y entonces veo que su cara está cubierta de sangre.

23

Alastair

Lo que perdemos en un robo

Cody me mira boquiabierto.

Estoy en el suelo y estoy sangrando.

Preferiría saltarme toda la parte en la que el chico de la cicatriz, que hace unas horas me miraba con una mezcla de irritación, odio y curiosidad, se olvida de que he sido un cabrón con él solo porque ahora me reconoce como una víctima, lo que hace que se ablande y empiece a sentir lástima por mí.

No me gusta darle pena a nadie. Menos aún, darle pena a una persona con la que, desde el principio, no me he llevado bien. No es ningún secreto que Cody y yo no hemos empezado con buen pie. Y no quiero que el estado lamentable en el que me encuentro ahora haga que él cambie la opinión que tenga sobre mí.

Tengo la cara manchada de sangre, pero sigo siendo la misma persona que entró en el bar con un objetivo.

Lo que me duele de verdad no es el cuerpo. Es pasarme las manos por el cuello y no encontrar el medallón de oro. Era de mi abuela. Me lo regaló antes de morir. Quería que yo lo tuviera.

Ese es el verdadero dolor. Que te quiten algo de un valor sentimental incalculable.

Me da igual que me hayan robado también el Rolex. Eso solo es dinero. Pero ese medallón era una forma de sentir a mi abuela cerca. Cuando quería hablar con ella, lo acariciaba con los dedos y sentía que estaba conmigo.

Es como si me hubiesen agujereado el alma y se hubiesen llevado un trozo.

Me esfuerzo por retener las lágrimas en los ojos mientras Cody se pone a mi lado de cuclillas.

—¿Quién te ha hecho esto?

Intento no volver a pensar en el medallón. Y, para eso, me concentro en él. En Cody. En la forma en la que su aliento me ha rozado el cuello al lanzar la pregunta.

Es la primera vez que su rostro está tan cerca del mío. Si giro la cabeza para mirarlo, su boca y la mía quedarán a un palmo de distancia.

Sí, la misma boca que me he quedado mirando embobado dentro del bar antes de salir corriendo de ahí. No he tenido más remedio que alejarme de él cuando he sentido la necesidad de besarlo de repente, sin venir a cuento. Porque entre ese chico y yo no se estaba tejiendo nada que precediera el beso que yo tenía tantas ganas de darle. No estamos ligando, ni siquiera estábamos teniendo una conversación cordial. Lo cierto es que todo con Cody ha sido difícil desde el principio.

Y, sin embargo, la necesidad de presionar mis labios contra los suyos estaba ahí. Y empezaba a cobrar tanta fuerza que, si no me alejaba inmediatamente de él, habría terminado apoyando las manos en la barra e inclinando mi cuerpo hacia delante para robarle un beso.

Estoy convencido de cuál habría sido la respuesta de Cody. Si hubiese intentado besarlo, él habría sido la primera persona en

partirme el labio de un puñetazo. Y, seguramente, los golpes que vendrían después del suyo habrían dolido un poco menos.

Por eso ahora evito girar la cabeza en su dirección. Me da miedo hacerlo, ver que su boca está muy cerca de la mía y volver a entrar en esa espiral en la que me olvido de todo.

Pero también es justo lo que necesito. Olvidarme. Dejar de pensar en el medallón y pensar solo en cómo sería lamer los labios de Cody, y en si besará igual de intenso como discute.

Cody se impacienta al ver que no le respondo.

—Alastair, joder. ¿Qué coño ha pasado?

Sin mirarlo, le pido:

—¿Te puedes apartar? Me estás agobiando.

Soy un borde, pero tengo un buen motivo. Si no se aparta ya, creo que acabaré besándolo, pero lo haré buscando en él una salida de emergencia. Lo besaré para no pensar en nada más. Y sé que no puedo hacerlo porque no estaría bien.

—Claro. —Cody se aparta dos palmos de mí.

Entonces sí, me giro hacia él. Y él me devuelve la mirada.

Está horrorizado.

A pesar de que sigue estando cerca de mi rostro, desde esta distancia tardaría un segundo más en llegar a su boca. Ese segundo es el freno que necesito para contestar sin hacer ninguna tontería.

—No me mires así —le pido.

—¿Así cómo?

—Con pena.

Si mis padres me vieran ahora mismo, les preocuparía más la imagen que estoy dando a cualquier persona que pueda verme por la calle que el simple hecho de que esté como estoy. Porque ¿qué van a pensar los demás si se encuentran a un chico tirado en el suelo?

Me pedirían que me pusiera de pie y que intentara peinarme. Antes de inspeccionarme el rostro y valorar la gravedad de la situación, escudriñarían el estado de mi ropa. Para mis padres, el estilo va antes que la salud, y ahora mismo mi cárdigan, además de los dos botones que le faltan, está destrozado, la camiseta blanca tiene el cuello roto y dado de sí y llevo el pantalón manchado de tierra. Así que no tengo ninguna duda de que pondrían el grito en el cielo al verlo.

Y es exactamente lo que va a pasar cuando entre por la puerta de casa si no consigo llegar a la habitación sin que me vean. Tengo que ingeniármelas para que no me pillen. De mi ropa, lo que más me preocupa es el cárdigan de cachemira; le preguntaré a la asistenta a ver si puede hacer algo para arreglarlo. La camiseta blanca es de Polo, esa tendré que tirarla nada más llegar. En cuanto al pantalón, puedo llevarlo a una tintorería.

Pero hay dos cosas que no puedo recuperar: el Rolex y el medallón de oro. Es la razón por la que me han pegado una paliza. Esos tíos querían robarme. Y yo me he resistido en lugar de darles lo que me pedían para que me dejasen en paz.

Si solo hubiese sido el reloj, no habría luchado. Pero también querían el medallón. Y he llevado esa joya casi siempre desde que me lo regaló mi abuela. Fue su forma de despedirse de mí.

Ahora, lo único que me queda del medallón de mi abuela es la marca roja que me ha dejado la cadena en el cuello cuando me lo han arrancado de un fuerte tirón.

—Estaba esperando a que salieras de trabajar y de la nada me han abordado tres tíos. Parecían de nuestra edad. Los tres iban con capucha, pero recuerdo sus caras. Aunque de poco me sirve si no me sé sus nombres.

—Joder...

—La culpa es mía. No debería haber opuesto resistencia. —Me cuesta pronunciar cada palabra, me duele el cuerpo entero—. Estaba claro que tenía las de perder.

—Pero esto ¿cuándo ha sido?

—Hará unos quince minutos o así.

—Desde el bar no se ha escuchado nada.

—Ha sido cuestión de segundos. Tampoco es que esos tres tuvieran nada que negociar conmigo. Querían robarme, y yo solo tenía dos opciones: dejar que lo hicieran por las buenas o por las malas. Como puedes ver, no he elegido la opción más inteligente. Pero el colgante me lo regaló mi abuela y no quería perderlo. Es lo que más rabia me da.

Digo rabia porque decir que estoy destrozado me haría parecer más vulnerable aún. Y no quiero mostrarle tanto de mí.

Cody alarga los dedos con la intención de tocarme el labio inferior.

En lugar de dejar que me toque, aparto la cara con brusquedad. Lo hago al sentir que ese nuevo acercamiento vuelve a provocarme una pulsión en la base del estómago.

—¿Qué haces? —bramo, inclinando mi cuerpo hacia el lado contrario al suyo.

Al apartarme de esa forma busco espantar, a su vez, aquello que Cody genera en mí.

—Te han partido el labio.

—Lo sé —digo—. La boca me sabe a cobre.

—Y te ha salido un chichón en la frente.

—También lo sé. Me duele un montón la cabeza.

—Te sangra, pero la brecha parece pequeña.

—Ah, entonces soy un chico con suerte —respondo, irónico.

Cody me estudia la cara y frunce el ceño. Me pone nervioso que me analice con ojo crítico. Sobre todo, me pone nervioso que lo

haga estando tan callado y, a su vez, que su expresión facial tenga subtítulos. Aunque siga en silencio, puedo imaginar lo que está pensando mientras me mira.

—¿Y ahora qué? —le espeto.

—Nada, nada.

—Suéltalo, Cody.

—Macho, que estás horrible.

Eso me roba una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿El rojo no es mi color?

Percibo lo que parece el comienzo de una sonrisa. Pero luego, antes de que sus comisuras trepen hacia arriba para que la sonrisa se materialice, se quedan sin fuerzas y descienden hasta crear una línea recta.

—Lo siento muchísimo, Alastair. Joder, ahora me siento fatal.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué? Esto ha sido culpa mía, no tuya.

El camarero se retuerce las manos.

—Si te hubiera escuchado en el bar, no te habrías quedado esperándome fuera para volver a intentar hablar conmigo. Claro que ha sido culpa mía.

Es curioso la facilidad con la que una sola imagen puede cambiar la forma en la que vemos a otra persona. Antes de cruzar por esa puerta, cuando Cody me miraba a los ojos, lo hacía con odio, aunque ese odio, en ocasiones, estuviese mezclado con la curiosidad. Pero ahora que me ha encontrado en el suelo y ve que me han pegado una paliza, me mira con lástima. Está preocupado por mí y se siente culpable. Y eso es justo lo que quería evitar que pasara.

Además, siempre he creído que el color de la sangre es demasiado exagerado. El rojo no solo lo mancha todo, también subraya las heridas, como si el objetivo fuera que todo el mundo se diera cuenta

de que están ahí. Si cada color fuera una persona, me imagino al rojo como alguien que busca ser el centro de atención. Es como: «Mírame, estoy sangrando, me encuentro más cerca de la muerte que tú». No me gusta nada.

—Claro que no ha sido culpa tuya.

—Pero...

—Cody —lo corto.

Él habla por encima de mi voz:

—Yo también tengo parte de responsabilidad.

Lo miro con fijeza.

—Si yo no hubiera sido un cobarde el viernes pasado, probablemente tú no me habrías puesto ningún impedimento en que yo quisiera hablar contigo esta noche.

—Aun así, se me habría hecho igual de raro verte en mi bar.

—Pero en lugar de: «¿Qué hace aquí el tío que me persiguió con sus amigos y casi me pega una paliza?», habrías pensado: «¿Ese no es el tío con el que discutí y al que llamé imbécil?». Creo que la cosa cambia bastante.

Me mira a los ojos y luego me dice:

—Me sigues pareciendo un imbécil. Eso, por ejemplo, no ha cambiado.

Compartimos una sonrisa a medias.

Se me hace raro sonreír con él en esta situación. Cody de cuclillas y yo tirado en el suelo y con la cara salpicada de sangre. Pero me parece que tiene algo de especial.

Lo miro a los ojos y buceo en ese mar de dudas, de verdes y marrones. Ignoro el pinchazo de dolor que me produce curvar los labios. Me gusta que los dos nos quedemos callados. Me gusta sonreír porque es con él. Aquel gesto tan sencillo es la primera cosa

buena de verdad que comparto con el chico de la cicatriz desde que nos conocemos.

Y no hay nada que me fastidie más que verme obligado a cortar este momento de raíz. Pero debería hablarle a Cody sobre lo que ocurrió el viernes pasado cuando él y su amigo huyeron del parquin. Lo que Bradford me ha pedido que haga. Sobre todo, no puedo marcharme sin decirle la verdadera razón por la que me he presentado en su trabajo.

Es importante que hable con él.

Necesito avisarle de que corre un gran peligro.

24

Alastair

Un final que ya se ha escrito

El compañero de trabajo de Cody sale y cierra desde fuera la puerta del bar. Baja la persiana, se guarda las llaves en el bolsillo y se despide haciendo un gesto con la cabeza. Después Cody se queda un momento callado. Tiene la misma cara que tendría alguien al que pillan haciendo algo a escondidas. Como si estar conmigo a solas fuera distinto a estar con otra persona. O igual me estoy haciendo una idea equivocada y para él solo es incómodo porque no me conoce y no quiere que su compañero piense cosas que no son.

Cuando miro detrás de él, no veo a nadie en la extensión de la calle. Estamos rodeados de tanto silencio que es como si nos hubiéramos quedado solos en la ciudad.

Hace apenas media hora me estaban pegando tres tíos; una vecina gritó al vernos, pero se marchó sin intervenir o amenazar con llamar a la policía.

Ahora, en cambio, no se escucha ningún ruido. Todo parece en calma, como si la ciudad durmiese. Eso me lleva a pensar que, en ocasiones, a un episodio violento le sigue otro pacífico. Quizá por eso Cody y yo, por primera vez desde que nos conocemos, no sentimos la necesidad de enfrentarnos.

Ordeno en la cabeza lo que quiero decirle. En lugar de ser directo y soltarle a bocajarro que corre peligro, tomo un desvío para preparar el terreno. O quizá lo hago porque sé que, cuando le cuente la verdad, Cody volverá a verme como un enemigo, y quiero disfrutar de este momento de tranquilidad con él.

—Es completamente normal que no quisieras verme —le digo, poniéndome en su lugar—. Soy el malo de la película.

Cody niega con la cabeza.

—No tienes pinta de villano.

¿Seguirá pensando igual de mí cuando sepa toda la verdad?

Arrugo los labios para protestar, pero esta vez los relajo de inmediato al recibir un latigazo de dolor. El corte que tengo en el labio inferior me escuece muchísimo. La boca me sabe a metal y, cuando escupo en el suelo, veo una mezcla de sangre y saliva.

—Quizá sí soy el malo en esta historia —me reafirmo—. Y quizá ya es demasiado tarde para intentar cambiarlo.

—Qué va —replica. Y parece muy seguro. Como si hubiera decidido de pronto darme un voto de confianza. Esto me rompe un poco por dentro.

—Cody, no me conoces de nada.

—Me gusta psicoanalizar a la gente.

—Ya —digo—. No se te da bien.

—Pareces alguien que se siente perdido y que tiene mucho miedo a mostrarse tal y como es. Pero seguro que eres buena persona, Alastair.

—Esa descripción encaja con el noventa por ciento de la población mundial.

Creo que mi comentario le hace sonreír, aunque no puedo saberlo porque no lo miro a los ojos. Que Cody hable bien de mí mientras yo

le oculto algo que podría hacerle cambiar de opinión me hace sentir incómodo. Es como ganar haciendo trampas. No me gusta.

—Estoy hablando a rasgos generales —se defiende—, pero tú quédate con que sé reconocer a alguien que no está a gusto con su vida cuando lo tengo delante.

Aquello despierta mi curiosidad.

—¿Por qué? ¿A ti también te pasa?

No responde, así que lo interpreto como un sí.

Me froto la muñeca donde antes llevaba el Rolex.

—Debí enfrentarme a Bradford desde el principio en lugar de esperar al último segundo para actuar —comparto en voz alta con él —. No tendría que haberos hecho pasar por nada de lo que pasasteis esa noche tu amigo y tú. Supongo que acabo de pagar mi karma. Esto es por lo del viernes pasado. Me lo merecía.

—Claro, porque pasearte con un Rolex y un collar de oro por un barrio chungo no influye en nada.

Lo miro a los ojos.

—Ahora estás siendo irónico.

—¿A quién se le ocurre llevar cosas de valor a la vista aquí? Estabas pidiendo a gritos que te robasen.

Por supuesto, el chico de la cicatriz tiene toda la razón.

—Quiero pedirte perdón otra vez por lo del viernes —le digo entonces—. Te prometo que cuando vi que tu amigo y tú echabais a correr, recé para que os diese tiempo a llegar al coche. Quería que los dos consiguierais escapar. Cuando vi que te chocabas... se me cayó el alma a los pies.

Se acaba el buen rollo. Cody se tensa de golpe.

—Pero porque de esa forma no te habrías visto obligado a pegarme una paliza. No lo estabas haciendo por mí, lo estabas haciendo por ti.

No tiene sentido mentirle. Si he venido a pedirle perdón, debo reconocérselo todo.

—Es verdad, no quería que me obligasen a hacerlo. Solo quería volver a casa sin haberme convertido en una mierda de persona. Pero eso habría implicado también no convertirme en hombre. Por lo menos, *no* en el tipo de hombre que mis amigos esperan de mí. Y eso los habría llevado a decir que soy maricón. En cualquiera de los dos escenarios, uno de los dos salía perdiendo. Se trataba de ti o de mí.

—Y te elegiste a ti —dice él—. Por eso los llevaste al parquin y nos perseguisteis.

—¿Qué habrías elegido tú?

—Habría elegido no ser un cobarde.

Esbozo una sonrisa triste que se apaga con el primer pinchazo de dolor. La raja que tengo en el labio se humedece y de ella brota un nuevo hilo de sangre.

—Pero luego elegí hacer lo correcto. —Me paso el dorso de la mano por el labio y sacudo la cabeza, rindiéndome—. En fin, puedes pensar lo que quieras de mí, no te culpo. Es cierto que al principio estaba dispuesto a mancharme las manos para salvar mi reputación, pero quiero que entiendas que tampoco era una situación fácil para mí. Y con esto no intento justificarme, sé que...

—No lo hagas —me interrumpe Cody—. Odio a la gente que intenta justificarse. Prefiero mil veces a un villano que reconoce que lo es a la gente que va de buena y te la clava por la espalda.

—Acabas de decir que no te parecía un villano —le recuerdo—. ¿Tan pronto cambias de opinión sobre mí?

—Creo que por fin vuelvo a verte como eres en realidad.

—Sabía que nada más ver que me habían pegado una paliza te ibas a ablandar, pero no imaginaba que fueras a endurecerte de

nuevo tan rápido. ¿Eso significa que ya vuelves a odiarme?

—O que ya no me apetece seguir hablando contigo —dice, y después sus ojos verdes y miel me escanean el rostro—. Tienes el labio partido y tu frente parece una pelota de tenis, pero, aparte de eso, no parece que tengas nada más. Podría ser mucho peor. ¿Crees que puedes caminar por tu propia cuenta?

Me levanto apoyando las manos en la fachada del bar.

—Sí. Puedo solo.

—Genial —dice—. En ese caso, yo me voy a casa.

No voy a dejar que se vaya sin advertirle del peligro que corre.

—Cody, espera.

Lo agarro de la muñeca. Nada más tocarlo, noto una pulsión en el pecho que me eriza la piel. Al principio me gusta la sensación, pero luego, como si una parte de mi interior se rebelase contra lo que ese chico me provoca, me siento tan incómodo que lo suelto antes de que intente zafarse de mí.

—¿Qué quieres? —escupe él.

Es el momento.

—Hay una razón por la que he estado esperando a que salieras de trabajar. Pero antes necesito que te pongas en mi lugar y que entiendas que...

El chico resopla.

—Me pongo en tu lugar —me interrumpe—. Te preocupaba que tus amigos te sacaran del armario. Por eso necesitabas demostrarles tu hombría: para evitar que lo hicieran.

—Pero la única solución que me daban implicaba hacerte daño..., y yo no quería hacerte daño.

—Supongo que debiste de pasarlo fatal —responde sarcástico—. Una decisión difícil.

—Pues... sí. Te prometo que hasta el último segundo, no sabía qué hacer.

—Ya.

—Lo digo en serio, Cody.

—Lo que dices es que no sabías si ibas a pegarme o no.

—Pero no lo hice.

—Estuviste a punto de hacerlo.

—Pero, al final, lo que hice fue ayudarte —me defiendo.

—Entonces, ¿qué? ¿Te doy las gracias por traicionar a tu amigo?

—No, claro que no...

Necesito que la conversación con Cody vuelva a ser pacífica, sin que ninguno se deje llevar por esa corriente que nos obliga a odiarnos sin razón. ¿Cómo puedo hacer para llevarme bien con él? ¿Y por qué me parece importante conseguir un equilibrio con este chico?

Me froto las sienes con dos dedos, pensando. Los movimientos circulares despegan la sangre que se ha secado y ennegrecido, y esta me cae sobre el regazo como virutas de madera.

—¿Por qué hablar contigo me resulta tan difícil? —le pregunto entonces—. Te juro que ya no sé si discutimos porque lo haces a propósito o no.

—Está bien —dice Cody—. Me voy a quedar callado y a escuchar lo que me tengas que decir. Pero te aviso de que, cuando termines de hablar, me iré a casa.

Acepto y se lo cuento todo desde el principio. Que después de que Bradford se lanzase contra el parabrisas del Seat rojo de su amigo y de ver cómo lograban subir la rampa y escapar, volvió a donde estábamos Blair y yo con el resto del grupo. Que mi amigo seguía hecho una furia, pero que también se le notaba agotado. Que llevaba la camisa arrugada y salpicada de sangre, el pelo despeinado

por la carrera, y me dedicó una mirada con la que llegué al entendimiento silencioso de que todo lo que había pasado esa noche sería un secreto entre los tres: Blair, él y yo.

—Eso incluye las dudas acerca de mi orientación sexual, por su parte, y, por la mía, la conversación que él tuvo con mi novia.

—Recuerdo la conversación —dice, haciendo memoria—. Pero ¿por qué no quiere que la gente sepa lo suyo con Blair?

—Porque la realidad es que mi familia tiene mucho más poder que la suya, y lo que no quiere es que esa información le llegue a su padre. Trabaja para nosotros, y lleva un tiempo intentando hacer todo lo posible para ascender en la empresa, por eso no deja de chuparle el culo al mío. Si se entera de que su hijo tiene una aventura con Blair...

—Vale, entonces..., ¿me estás diciendo que, como a Bradford no le interesa que le cuentes a la gente que tu novia te ha puesto los cuernos con él..., les dijo a todos que no eres gay?

Asiento.

Cody se rasca la cabeza.

—Guau —dice, abriendo mucho los ojos—. Como se entere de que Bradford se está follando a la futura nuera del pez gordo al que le quiere pedir un ascenso, se lo carga.

—Por eso al final dio la cara por mí. No es porque se arrepintiese de presionarme para que te pegase una paliza. No me estaba haciendo ningún favor. Lo que quería hacer conmigo era un intercambio. Él también necesita que yo guarde su secreto. Su padre es la única persona a la que Bradford teme de verdad. Es el único que tiene poder sobre él.

—Y vuestros amigos, ¿le creyeron sin más?

—Él les dijo que yo iba a pegarte justo antes de que tú le pegases un puñetazo a él, y que eso basta para demostrar que sigo siendo

uno de los suyos. Los demás lo aceptaron y ya. Si Bradford dice que soy uno de los suyos, soy uno de los suyos. Él lo decide todo.

—Entiendo.

Ahora solo falta que le cuente la otra parte:

—Pero eso no es todo: el sábado pasado, vino a visitarme a casa. —Hago una pausa para mirar a Cody a los ojos. Él guarda silencio y me escucha con atención—. Yo pensaba que el trato estaba claro, pero me ha pedido que haga otra cosa por él. Quiere que hable con mi padre y lo convenza para que asciendan al suyo. Me ha amenazado con decirles a todos que soy maricón si no lo consigo.

—Te está haciendo chantaje.

—Sí y... hay una cosa más.

Cody arruga el entrecejo.

—¿Qué cosa?

Trago saliva y hago una fuerte exhalación.

—Me ha dicho que va a ir a por ti.

—¿Bradford?

—Sí. Dice que si no fuera gay, no me importaría. Además, desde que le pegaste el puñetazo esa noche, está hecho una furia. Creo que él también sabe dónde trabajas. Y si no lo sabe aún, no tardará en descubrirlo. Necesitaba decírtelo para que no te pillase por sorpresa.

Cody se cruza de brazos, profundamente molesto conmigo.

—¿Y ya está? —escupe.

—¿Qué?

—Como me has avisado de que viene a por mí, ¿ya has cumplido tu parte? ¿Te sientes mejor ahora? Porque, sinceramente, esto es una putada.

—Solo quería advertirte de que tuvieras mucho cuidado.

—¿Cuidado? ¡¿Cuidado?! Qué huevos tienes. Vienes aquí con la excusa de pedirme perdón, haces que empatice contigo y luego... ¡luego me sueltas esta mierda!

—Lo siento.

—No quiero que lo sientas —responde Cody, frío—. Cuando alguien lo siente, no arregla nada. Las cosas no se solucionan por arte de magia. Quiero que me des una solución de verdad. Que me digas qué se supone que debo hacer ahora.

Me quedo callado.

—Venga, ¡dímelo! —insiste—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Ir con una navaja en el bolsillo por si acaso me encuentro a tu amigo en la puerta del bar o de mi casa?

—No... no lo sé.

Tiene la cara roja de rabia.

—Esto es por tu culpa, Alastair. Si le hubieras parado los pies desde el principio, yo no habría tenido que pegar a Bradford para defenderme de él. Y un puto loco con un cuchillo no habría amenazado con ir a por mí.

—Joder, tienes razón. De verdad que lo siento.

—¡No! —me grita—. ¡Estoy hasta la polla de que me pidas perdón cada vez que me metes en un nuevo problema! Yo también tenía los míos antes de conocerte, ¿sabes? Pero desde que has aparecido, no dejas de meterme en nuevos líos. Así que te voy a pedir que te marches a casa y que no vuelvas nunca más por aquí. No quiero volver a verte.

Inspiro profundamente. Me siento fatal por Cody. No sé cómo puedo arreglarlo. Me encantaría decirle que estoy dispuesto a quedarme cerca de él para protegerlo, aunque sé que eso es lo último que quiere ahora mismo. Me acaba de pedir que haga justo lo contrario.

—Esperaba que esta conversación terminara de otra forma. Que, al final, tú y yo pudiéramos...

Dejo la frase sin terminar porque ahora me parece una estupidez.

—Pudiéramos ¿qué?

Meneo la cabeza.

—Nada.

Él pone los ojos en blanco. Y luego, esta vez sin gritar, aunque con la voz llena de rencor, dice:

—¿Pensabas que tú y yo seríamos amigos?

Es lo último que me esperaba que dijera. Por eso, y porque estoy nervioso, se me escapa una especie de risa amarga. Los labios me tiemblan y escuecen, es la única zona que todavía me sangra.

—Te aseguro que yo no quiero ser tu amigo, Cody —respondo, y lo hago mientras tiro de un hilo suelto de mi cárdigan.

Ya no me atrevo a hablarle mirándolo a los ojos.

Pero en ese momento, él dice:

—De todas formas, esta es la última vez que nos vamos a ver.

Y, entonces sí, levanto la mirada.

—Pareces muy seguro de ello.

Veo cómo su pecho se expande y luego se vacía. Cómo le brillan los ojos al sostenerme la mirada. Y cómo después, contra todo pronóstico, su mirada baja lentamente hasta mi boca antes de volver a subir.

—Me has pedido perdón y me has avisado de que corro peligro —dice—, ya no te quedan razones para volver.

Me gustaría responderle que se me ocurren un montón de razones. Que todas ellas tienen que ver con las dudas. Con el miedo. Con encontrar la explicación de por qué en ocasiones nos sale odiar al otro y, aun así, nos sentimos atraídos.

Por lo menos, él a mí *sí* me atrae.

Y creo que yo también le atraigo a él.

Que los dos sentimos las dudas, el miedo y la curiosidad.

Que esas contradicciones se mezclan en nuestro interior y por eso parece que todo podría saltar por los aires.

Ahora mismo Cody desea perderme de vista, pero no sé si seguirá pensando igual cuando las cosas se calmen y se asienten en él. Si me echará de menos o preferirá no volver a verme nunca más. ¿Qué emoción despertaré en el chico de la cicatriz cuando deje de odiarme por la venganza que quiere cobrarse mi amigo?

—Te aseguro que voy a hablar las veces que hagan falta con Bradford para que te deje en paz.

—Ya.

—Le diré que solo hablaré con mi padre si no te toca ni un pelo. Como intente hacerte daño, me aseguraré de que lo despidan. Y luego que Bradford cuente de mí lo que le dé la gana.

Me doy cuenta de que hablo muy en serio. Es lo que voy a hacer. Está decidido. Lo haré como que me llamo Alastair Everscourt.

Cody, sin embargo, cree que le estoy mintiendo.

—No hagas como si yo fuera más importante que proteger tu reputación.

—Lo fuiste cuando decidí traicionar a Bradford para que tú pudieras escapar.

Mi respuesta hace que se quede unos segundos callado, pensando en si puede volver a confiar en mí o no. No sé qué pasa por su cabeza, pero su respiración se vuelve más pausada. Hunde los hombros, y luego, como si se hubiera quedado sin fuerzas para discutir, dice:

—Te lo agradezco.

Y entonces, con delicadeza, le pregunto yo:

—¿Sigues pensando que no nos vamos a volver a ver?

—Vives en el Upper East Side y yo en el East Harlem —dice—, así que, sí. Estoy bastante seguro de que tú y yo no nos vamos a volver a ver.

Es una despedida. Está a punto de irse. Y entonces se me escapa:

—Pues qué pena.

Con una mezcla de sorpresa y desconfianza, alza las cejas.

—Pena por qué.

Ahora soy yo el que baja los ojos hasta su boca. Él también lo vuelve a hacer. Baja la mirada hasta mis labios con la misma facilidad con la que se contagia un bostezo.

Cody los tiene más finos que yo. Parecen suaves. Con el grosor perfecto para que resbalen contra los míos.

Los dos nos miramos como si, más tarde, cuando cada uno esté en su casa, fuéramos a sacar un lápiz y un papel para intentar dibujar la boca del otro de memoria.

Después, cuando empiezo a pensar que si espero un poco más acabaré lanzándome sobre él, alzo la mirada.

Y dudo si decírselo o no.

Si doy un paso en la dirección opuesta a la que me marca el miedo..., si decido seguir saciando mi curiosidad de conocer a Cody..., podría joderme la vida. Mis padres nunca aceptarán que sea gay. Y tampoco me dejarían estar con una persona de un estrato inferior. Si me descubren perderé todo lo que tengo, aquello por lo que llevo esforzándome tantos años.

—Porque...

Dejo la frase sin acabar.

Él me mantiene la mirada. Exhalo hasta vaciar por completo los pulmones.

A veces, cuando miras a alguien a los ojos, sabes que quedarte te proporcionará más dolor que felicidad.

A veces, cuando conoces a alguien nuevo, el final que tendrás con él aparece escrito frente a ti. Como si hubieras leído la última página del libro que acaba de caer en tus manos.

Es lo que me pasa con Cody.

Por eso no sé qué hacer.

Si decírselo o dejar que se marche.

Espero un segundo.

Dos.

Tres.

—Porque creo que a mí me gustaría. Verte otra vez.

25

CODY
Besar al villano

Mentiría si dijera que no quiero besarlo.

No solo me apetece, me muero de ganas.

Y me odio por ello.

«Porque creo que a mí me gustaría. Verte otra vez».

La frase de Alastair ha tenido un efecto directo en la base de mi estómago. Ha empezado como un chispazo y, luego, esa primera chispa se ha convertido en algo más grande e incontrolable que ha subido con fuerza hasta mi pecho.

Pero eso no quita lo que ya le he dicho anteriormente: desde que ha irrumpido en mi vida, siento que todo es más complicado. No hace más que meterme en problemas, y yo ya tengo bastante con lo mío, muchas gracias.

Ahora, además del monstruo que quiere matarme, resulta que el amigo del pijo *también* viene a por mí. Bradford no se va a conformar con haberme dado un susto de muerte, agarrado del cuello y perseguido por un parquin con un puto cuchillo. Planea hacerme pagar muy caro el puñetazo que le pegué.

Por eso ignoro su confesión de que le gustaría verme de nuevo y me centro en lo importante. Mantenerme a salvo.

—Espero que cumplas tu palabra y hables con tu amigo. Que intentes convencerlo de que no venga a por mí. Y también espero que seas tan listo como pareces y juegues bien tus cartas. Tienes que saber qué decirle en cada momento para darle vuelta a la situación y que el chantaje que te hizo a ti se vuelva en su contra. Esa es la única forma real que tienes de protegerme.

Alastair asiente.

—Lo haré, te lo juro.

Lo miro a los ojos. Parece sincero.

—Más te vale. Si no, seré yo quien vaya luego a por ti.

Él reprime una pequeña sonrisa, como si la idea no le desagradase del todo.

Me quedo pensando. Quizá podría funcionar. Si Alastair consigue que Bradford me deje en paz, no solo tendré un problema menos, sino que, además, ya no me quedarán razones para seguir odiándolo.

Puede que eso sea justo lo que necesito para que, la próxima vez que mire su boca, no me sienta mal por tener tantas ganas de besarlo.

O puede que no cambie nada y que el odio provenga de algo mucho más profundo.

—Has dicho que podías andar solo —le recuerdo.

Alastair se sacude el pantalón.

—No me han partido las piernas, gracias a Dios. Supongo que al final no es tan horrible como parece.

—No, pero... Bueno, tu cara...

—La sangre se limpia con agua.

Es un comentario que podría haberle hecho yo a mi madre.

—Sí, es verdad. —Asiento—. El agua lo borra todo. Pero ese chichón te va a acompañar por lo menos unos días.

—Espero que me baje rápido la hinchazón. Aunque no voy a poder evitar que lo vean mis padres.

—Ya.

—Joder... Y mira cómo estoy. Me han reventado el cárdigan, el cuello de la camiseta y... y mi pantalón está sucio. Estoy hecho un desastre. Así que no te cortes, puedes decirlo sin sentirte mal. Una pena que no sea Halloween. Iría perfecto para la ocasión.

—Bueno, creo que nadie destrozaría una ropa tan cara.

—¿Nunca has visto un zombi pijo?

—No —reconozco—. Es la primera vez.

Ambos reímos inesperadamente. Entonces Alastair extiende los brazos y los mueve, y la tela de su cárdigan beige se balancea adelante y atrás. Se le cae un botón que pendía de un hilo. Me agacho para recogerlo del suelo y encuentro otro dos más cerca de su zapato. De los cuatro botones, solo le queda uno que no se ha descosido.

—Creo que esto es tuyo.

Alastair pone la palma bocarriba y yo deposito sobre ella los tres botones, pero no retiro la mano.

—Gracias, Cody.

Su voz cambia cuando pronuncia mi nombre. Lo hace en un tono más grave, despacio, como si saboreara cada letra. También me mira a los ojos.

Sus dedos se enroscan para coger los botones y se encuentran con mi mano, que sigue ahí. Nos quedamos un segundo así, quietos, él con los dedos cerrados sobre mi mano y yo recibiendo el agradable calor que la suya desprende sobre la mía, lo protegido que eso me hace sentir, como si Alastair hubiese creado un refugio entre sus dedos y yo ya no tuviera que huir a ninguna parte.

No es la primera vez que nos tocamos. Cuando hace un momento él me ha agarrado de la muñeca porque pretendía marcharme, lo que he sentido era diferente a lo que siento ahora. Lo anterior se ha parecido más a un pequeño sobresalto que te pone en alerta, como cuando un animal escucha un ruido extraño en el bosque y todo su cuerpo se prepara para correr.

Las personas siempre mostramos cierta resistencia al cambio, somos animales de costumbres. Y todo lo que me pasa con Alastair, aunque sea algo tan pequeño como tocarnos, se convierte en una experiencia nueva y distinta. Creo que por eso mi cuerpo se resiste a él. Desconfía de lo que no conoce, de todas esas partes que estaban dormidas dentro de mí y que él despierta con un roce.

Antes, cuando me ha agarrado de la muñeca, quería que me soltara. Me agobia que otra persona me sujete.

Ahora, sin embargo, siento otra cosa.

Un punto de calor.

Ese punto de calor precede, a su vez, el comienzo de algo. Y ese «algo» no tiene por qué ser una historia. Puede ser simplemente el comienzo de una frase. O la continuación de la suya:

«Porque creo que a mí me gustaría. Verte otra vez».

Decido soltar la que se escribe en la punta de mi lengua antes de que mi cabeza la procese y me avise de que no es una buena idea.

—Si quieres, puedes subir a mi casa.

—¿Cómo?

Alastair parpadea. Incluso creo que se sonroja. No estoy seguro, porque la sangre ennegrecida que tiene pegada a la cara le hace de máscara. Pero diría que se ha puesto nervioso.

—Para limpiarte la cara con agua —le explico—. También te puedo dejar ropa limpia.

—Ah. La verdad es que no esperaba que fueras a ofrecérmelo.

Finjo despreocupación, aunque por dentro estoy igual o más nervioso que él.

—Hombre, no pensarás volver a tu casa así, ¿no? —Lo miro de arriba abajo—. Estás hecho un asco. Y la sangre siempre asusta a la gente.

—A ti no parece asustarte.

Me encojo de hombros.

—Será que me he acostumbrado a ver mucha.

—Espero que eso no sea tan malo como suena.

Lo es, pero no tengo la confianza para contarle la pesadilla que viví hace cuatro años. Además, tampoco puedo ir diciendo por ahí que hay un hombre en prisión que quiere matarme. Y que ese hombre me juró que lo primero que haría cuando lo pusieran en libertad sería volver a por mí para así terminar lo que empezó. No puedo decírselo porque, ¿quién querría estar cerca de una persona a la que han amenazado de muerte?

El monstruo no tardará en volver a pasearse libre por las calles del East Harlem.

Vendrá a mi casa.

Llamará a mi puerta.

O esperará a que alguien la abra.

El mal acecha en las sombras, y, cuando llegue hasta mí, cualquiera que intente protegerme o que tenga la mala suerte de estar conmigo en el momento y lugar equivocados estará poniendo su vida en peligro.

Por eso no puedo contárselo. Si lo hago, no le parecerá tan buena idea verme otra vez. Y lo cierto es que a mí, en el fondo, también me apetece volver a verlo.

—Tranquilo, no te voy a hacer nada —le aseguro—. Ya has perdido suficiente sangre por hoy.

Alastair ríe con la cabeza apuntando al cielo negro.

—Si mis padres vieran cómo estoy ahora mismo, me matarían.

—¿Y eso por qué? Se supone que tú eres la víctima. Deberían..., no sé, preocuparse por ti. Yo te preguntaría si estás bien y, luego, sí, qué cojones te ha pasado. Pero creo que mi madre se echaría a llorar.

—Para mis padres, la imagen lo es todo. Es algo que mi abuelo le inculcó a mi padre, y mi padre a mi madre. Estar siempre perfectos. Y desde que mi padre fundó junto a su socio la empresa Everscourt Capital Holdings, ha llevado el tema de la perfección a un extremo que resulta asfixiante. Tengo un despacho increíble, desde allí se ve puede ver todo Manhattan, pero me siento como si estuviera metido en una jaula de cristal.

—Tu padre ¿es tu jefe?

Asiente.

—Me contrató en cuanto terminé Derecho en Yale.

—¿Y te gusta tu trabajo?

Alastair parpadea.

—¿Si me gusta? Pues... creo que sí. No lo sé. Desde pequeño sabía que trabajaría en la empresa familiar, así que nunca me he llegado a preguntar qué otra cosa me hubiese gustado hacer, porque siempre me han marcado el camino.

Me parece un poco triste. Yo, por ejemplo, sé que me gustaría ser pianista, aunque lo vea un sueño imposible. Pero Alastair ni siquiera se ha cuestionado si hace lo que verdaderamente quiere.

—Bueno —dice, poniéndose en pie—, entonces... ¿vamos tu casa?

—Vamos.

Echamos a andar. Sobre nuestras cabezas, la noche fría, el cielo cubierto por un manto negro y espolvoreado de estrellas, las farolas que iluminan las calles pintando círculos blancos en el suelo. Vigilo

que nadie nos siga por detrás. Hay que desconfiar del silencio. Una calle demasiado tranquila y oscura puede ser un escenario perfecto para delinquir. Aunque poco van a poder sacarnos si nos atracan. Al pobre Alastair le han vaciado los bolsillos.

—Si me estás llevando a tu casa —dice mientras camina a mi derecha—, supongo que eso significa que vuelves a confiar en mí.

—Significa que no me pareces un mal tío. No serás la mejor persona del mundo, pero has venido hasta aquí para avisarme de que tenga cuidado con Bradford. La mayoría no se habría molestado en venir. Lo más fácil era que lo dejases pasar. Y..., bueno, si te soy sincero, creo que es lo que habría hecho yo. Pasar del tema y seguir con mi vida.

—Qué va —dice—, seguro que tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Mmm.

No quiero sacarlo de su error por si eso le crea una opinión negativa sobre mí, pero yo no estoy tan seguro de que hubiese hecho lo mismo. Siempre digo que cada uno debe hacerse cargo de sus problemas.

—Es lo mínimo después de haberte metido en todo esto —prosigue—, avisarte de lo que te puede pasar. Y también, por supuesto, buscar la forma de evitar que te hagan daño. No creas que luego voy a pasar de ti. Pienso hablar con Bradford y enfrentarme a él. Te juro que no voy a dejar que ese imbécil te toque.

Hundo las manos en los bolsillos, resguardándome del frío de la noche. Dentro de poco llegaremos a mi portal.

—¿Ves? No eres un mal tío. De hecho, creo que eres mucho mejor persona que yo.

—Me estoy haciendo un lío con tantos cambios de papel. ¿Ahora, de repente, he pasado a ser el bueno de la historia?

—A lo que voy es a que tú has decidido venir y avisarme, y eso que sabías que a mí no me iba a hacer ni puta gracia. Joder, es que ni siquiera te has ido cuando han venido tres tíos a pegarte y te han robado. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Que soy idiota?

Le sonrío mientras niego con la cabeza.

—Significa que, a pesar de que otros intenten obligarte a hacer cosas que tú no quieres, al final demuestras que eres una persona con principios. Porque, cuando te toca decidir, decides hacer lo correcto.

Alastair me devuelve la sonrisa.

—Gracias por decir que tengo principios.

Saco mi juego de llaves del bolsillo para abrir el portal.

—El ascensor no funciona. Hay que subir andando.

26

CODY
Abrirle la puerta al enemigo

No me siento muy cómodo con que Alastair Everscourt suba a mi casa. Es cierto que la sugerencia ha sido mía, pero también que, si no fuera porque le han pegado una paliza y no tiene a nadie más a quién acudir, ni loco se lo habría ofrecido.

Bueno, tampoco es que tenga mucho que ofrecer. El principito estará acostumbrado a vivir en un piso de lujo en una de las mejores zonas de Manhattan. Cuando abra la puerta y se encuentre con algo que simula ser una casa pero que tiene más cosas en común con una caja de cerillas, lo mismo piensa que le estoy gastando una broma. O se niega a poner un pie dentro al ver lo sucia que está.

Pero lo que más me preocupa es mi madre. Que se la encuentre durmiendo en el sofá como una sintecho. Debería hablarle de ella y de la enfermedad que padece antes de que se la encuentre ahí tirada, durmiendo de cualquier forma y rodeada de botes de pastillas.

Empezamos a subir las escaleras.

—Te aviso de que el piso es muy pequeño.

—Tranquilo.

—De verdad, es minúsculo. Apenas entramos mi madre y yo. Y..., bueno, espero que no te asustes.

—¿Asustarme por qué?

Hundo los hombros.

—Suelo tener la casa limpia, pero hoy no me ha dado tiempo. Iba como un pollo sin cabeza. Si llego a saberlo, me habría organizado mejor para limpiar antes de irme a trabajar.

—Era imposible que ninguno de los dos supiera que íbamos a terminar la noche así.

Se apoya en el pasamanos. Me fijo en que hace un gesto de dolor cada vez que pisa con la pierna izquierda.

—¿Necesitas que...?

—No, no. Estoy bien.

Subimos otra planta.

—¿Sabes? Se me hace rarísimo que estés aquí. El East Harlem no es un barrio para los pijos como tú. Pero sobre todo se me hace raro que estés aquí conmigo. Pensaba que ya no te volvería a ver.

—Y supongo que estabas encantado con la idea de no volver a verme. ¿No?

—Es algo en lo que no había pensado.

Lo que acabo de decir es una mentira tan grande que, si Arthur estuviera aquí con nosotros, el cabrón me habría delatado con su risa.

Subimos el último escalón y nos detenemos delante de la puerta de mi casa.

—Bueno, pues..., hemos llegado —digo—. No estoy muy seguro de lo que nos vamos a encontrar.

Mueve la mano para quitarle importancia.

—Mientras no salga un loco intentando matarnos...

Alastair ríe.

Pero entonces yo veo al monstruo en mi cabeza. Lo veo hundiendo la hoja de la navaja sobre mi cara, la sangre salpicándolo

todo, la piel me arde de dolor.

El recuerdo es tan nítido que me corta la respiración.

Esa es la parte que no le puedo contar a Alastair.

Por eso tengo que fingir que me rio con él. Así que emito una risa nerviosa a pesar de que por dentro se me ha instalado el miedo. Luego, inspiro profundamente para ahuyentar todos los fantasmas de mi pasado. Busco la llave y me aclaro la garganta.

—Ah, y... una cosa más. Mi madre tiene depresión.

—¿Y tu padre?

Encajo la llave en la cerradura.

—Mi padre está muerto.

Giro la llave despacio, procurando no hacer ningún ruido. Sé exactamente lo que me voy a encontrar en el interior, por eso vacilo un instante antes de decidirme a empujar la puerta del todo. Al final lo hago, termino de abrir y, con ello, permito que Alastair entre en una parcela de mi vida que muy pocos conocen.

Lo primero que veo son las imágenes de la televisión que mi madre se ha dejado encendida proyectándose sobre su camisón naranja roído. El pelo enmarañado, la cabeza apoyada en el brazo del sofá, los ojos cerrados.

—Pasa —le pido a Alastair en un susurro—, el baño está justo ahí.

Avanzamos a hurtadillas para no despertar a mi madre. No encendemos ninguna luz, la que emite la televisión es suficiente para sortear la estancia sin chocar con los muebles. En la pantalla, un primer plano de unas manos arrugadas de mujer, las uñas largas pintadas de negro, los dedos llenos de anillos enormes y con piedras de distintos colores. La mujer está barajando las cartas de tarot mientras habla por teléfono con una telespectadora que le pregunta por la salud de su madre. Las manos colocan tres cartas bocabajo sobre la mesa. La primera a la que le da la vuelta es el ahorcado.

Miro a mi madre cuando pasamos junto al sofá. Me da pena pensar en la mujer que fue y encontrármela ahora de esa forma. El brazo le cuelga y tiene la mano dentro de una bolsa de Cheetos. Sobre la mesa de centro hay tres latas de cerveza aplastadas, un vaso lleno hasta la mitad con agua amarilla y cinco colillas y, en un túper, secos y pegados, los restos de la cena que le he dejado preparada. Sacudo la cabeza y agradezco que Alastair sea tan educado como para no hacer ninguna pregunta.

A pesar de su discreción, cuando los dos nos encerramos en el cuarto de baño, siento la necesidad de darle una explicación:

—Mi madre a veces tiene días chungos y lo deja todo hecho un desastre. O sea, no es que se vuelva loca, pero lo ensucia todo. No siempre se toma la medicación y..., bueno, a veces eso le genera mucha inestabilidad. Por eso está todo patas arriba.

En lugar de contarle hasta ahí, sigo compartiendo con él más cosas sobre ella. Cosas que ni siquiera he compartido con Arthur. Supongo que hablar sobre aquello que duele con una persona que no pertenece a tu vida es más fácil que hacerlo con quienes están dentro de la ecuación.

—Un día no paraba de llorar porque echaba de menos a mi padre —prosigo—. Recuerdo que intenté abrazarla y que ella me pegó un empujón. Como no tiene mucha fuerza, solo hizo que diese un paso atrás. Me quedé mirándola mientras lloraba a moco tendido y decía cosas horribles. Cosas como que ya no tenía sentido seguir viva si él no estaba. Le dije que yo también echaba de menos a mi padre.

—¿Y qué te dijo ella?

—Nada. Se puso a abrir los cajones y a tirar las cosas al suelo, pero no me dijo nada.

Alastair permanece un instante callado, como debatiéndose entre preguntarme algo más o dejarlo ahí. Me mira con sus preciosos ojos

azules y parece decirme con ellos que lo siente.

Al final decide preguntar:

—¿Todo eso es por la depresión?

—Y porque mi madre odia esta casa. Yo también la odio. En esta casa... —Cierro los ojos un instante para ahuyentar al monstruo—. En esta casa nunca pasan cosas buenas.

Alastair pensará que soy un exagerado o un pesimista.

Pero eso es porque no conoce la verdad.

Si él hubiera visto lo que yo, también tendría pesadillas con la casa y las cosas terribles que han sucedido en ella.

27

CODY
El camino de los ojos

Sacudo la cabeza y abro el botiquín.

—Bueno... —le digo—, creo que deberías limpiarte la sangre.

Alastair abre el grifo y hace un cuenco con las manos para recoger el agua y echársela por la cara. Repite el proceso tres o cuatro veces. El agua ablanda la sangre seca que se le ha adherido a la piel y la resquebraja. Cuando cierra el grifo, tiene la cara limpia y brillante. Tan solo se ven dos marcas rojas, una en la frente y otra en el labio. Le paso una toalla de manos limpia que he cogido del armario y espero a que se seque. Después saco un par de gasas y un espray de clorhexidina del botiquín.

—Ahora desinféctate con esto.

—Gracias, *bro* —dice, imitándome.

Alastair humedece la gasa y le da suaves toquecitos a la brecha que tiene en la línea del cuero cabelludo, que sobresale como si tuviera una pelota cosida bajo la piel. Se crea una finísima capa de espuma blanca en cuanto la herida hace contacto con el antiséptico. Después de atender el chichón, se desinfecta el labio. Me quedo mirando mientras él presiona. La gasa se tiñe de un rojo difuminado, como si el color hubiera perdido pigmentación.

Parece que ya ha dejado de sangrar. Aunque me preocupaba la brecha que tiene en la frente, creo que no va a necesitar que le den puntos. Aun así, saco un par de tiritas del botiquín y le recomiendo que vaya al médico.

—¿Te importa ponérmelas tú? —dice.

Inclina la cabeza hacia mí y se las pongo, en forma de equis, sobre el chichón. Después, levanta la barbilla hasta que su mirada azul encuentra mis ojos. Me mira con tanta intensidad que parece hacerlo sin secretos.

Nos quedamos varios segundos más así.

Los dos callados, los dos muy cerca, su rostro y el mío a un palmo de distancia.

Y... joder. No sé cómo lo hace, pero con solo un segundo el principito ha conseguido ponerme nervioso.

—Esto..., mmm..., voy... —Ya no puedo ni soltar una frase completa—. Eh..., voy a traerte ropa limpia.

Él inspira profundamente, su pecho se hincha y me entran ganas de tocarlo.

—¿Te acompaño a tu cuarto o prefieres que te espere aquí?

Cuando viene Arthur me gusta que estemos en la habitación, me parece mucho más cómodo. Ahora, en cambio, la idea de entrar allí con Alastair me produce una sensación completamente opuesta. Este tío saca mi lado más adulto, ese en el que el deseo se dispara y la inocencia se borra. Meterlo en mi habitación sería como meter a una chica. Aunque no hagamos nada, la cama se va a convertir en el centro de todo. Porque no dejaría de pensar en las cosas que *sí* podría hacer con él si los dos terminásemos quitándonos la ropa.

—Mejor quédate aquí.

—Tú mandas —dice, obediente.

Un minuto después regreso al cuarto de baño con una camiseta y un pantalón. Supongo que él ya se imagina que la ropa que le voy a prestar no va a ser para nada su rollo. El único traje que tengo es el de mi hermano, el resto son camisetas anchas, sudaderas con capucha y pantalones vaqueros. Vamos, que mi estilo y el suyo no tienen nada que ver, son mundos completamente opuestos, igual que la clase social de la que provenimos. No he visto su armario, pero sí lo he visto con un traje de Armani y ahora con un cárdigan (bueno, lo que queda de él), así que me puedo hacer una idea de cómo será. Estará repleto de camisas ordenadas por colores, pantalones de vestir, relojes por un tubo, joyas, prendas de marcas importantes y también, por supuesto, llevará lujo silencioso. El estilo de Alastair es *old money*. Si cierro los ojos y pienso en él, me lo imagino jugando al golf. Un estilo que colisiona con el mío, completamente desenfadado.

Aun así, me apetece verlo con una camiseta negra de The Beatles y unos pantalones holgados. Por eso se me escapa una sonrisa cuando le paso mi ropa metiendo el brazo por la puerta entornada.

Pero la sonrisa se me borra enseguida. Porque entonces veo algo que no tendría que haber visto.

Por el hueco de la puerta se ve parte del espejo del baño. Y, sin querer, también lo veo a él. Con el pecho desnudo y en calzoncillos. Y entonces (esto ya no es sin querer) me quedo completamente quieto, sin apartar la mirada, con el brazo extendido, esperando a que él coja la ropa.

La agarra, pero mi mano no se mueve. Lo único que muevo son los ojos, de arriba abajo. Recorro su pecho fuerte y trabajado, cada centímetro de su piel blanca y desnuda, los dos hematomas que le han hecho quienes lo han asaltado (uno en el costado derecho y

otro en el hombro izquierdo) y que ahora son de un color violáceo oscuro.

Después, muy despacio, como si temiese hacer ruido mirándolo, mis ojos bajan por esa fina línea de vello rubio que encuentro pintada sobre su apretado abdomen. Se le marca la uve y alguna que otra vena.

Es evidente que Alastair hace bastante deporte, a pesar de que sigue siendo un chico delgado. Pero tiene suficiente masa muscular como para llenar un traje sin que le quede vulgar. Es como si hubieran esculpido su cuerpo a medida.

Mis ojos llegan a la tira blanca de su ropa interior. En lugar de seguir bajando, deshago el camino. Creo que ya he visto demasiado. Y creo que mirarle el paquete sería algo excesivo. Aunque no puedo negar que me quedo con la curiosidad de saber qué me iba a encontrar. Nunca antes había mirado el cuerpo de otro hombre con tanta atención. Siento que con él estoy descubriendo una parte de mí que no sabía que existía.

Tengo a Alastair Everscourt prácticamente desnudo en el baño de mi casa. Hace unas horas pensaba que no volvería a saber nada de él y ahora me está mirando a los ojos.

Espera. Me está mirando a los ojos a través del espejo.

Sabe lo que acabo de hacer. Que me he entretenido observando su cuerpo. Que me he quedado muy callado. Igual hasta sabe que estoy aguantando la respiración porque estoy tan nervioso que ni siquiera puedo coger aire.

Alastair esboza una sonrisa preciosa mientras se pone mi pantalón.

—Para ser alguien que no quiere volver a verme..., me miras mucho.

Entonces sí, inspiro con brusquedad.

—Miraba los hematomas.

Alastair se abrocha la cremallera y el botón, la tira blanca de su calzoncillo desaparece.

—Claro, claro —ríe—. Los hematomas.

Se pone mi camiseta de The Beatles y observa su imagen en el reflejo.

—Oye —comenta satisfecho—, pues al final no me queda tan mal como pensaba. Gracias, Cody. Sobra decir que te la devolveré en cuanto pueda.

Sale del baño, compruebo que llevo las llaves encima y lo acompaño al portal. Alastair pide un taxi por teléfono, lleva su ropa dentro de una bolsa de plástico. Me dice que no hace falta que me quede esperando con él, que vuelva a subir y descanse, y yo le respondo que no, que me quedo más tranquilo si me aseguro de que se sube al taxi y lo veo desaparecer de mi vista.

Mi comentario le hace sonreír.

A mí me hace sonreír mirarlo.

Y eso, a su vez, me hace sentir incómodo.

Hay tantas contradicciones en las cosas que este chico despierta en mí y me provoca que no sé cómo controlar el foco de atención. Voy de una emoción a otra, como en un partido de tenis. Por eso quiero que se vaya y a la vez no.

—En serio, Cody, gracias por todo.

No esperaba que Alastair fuera a darme un abrazo. Pero es justo lo que ha hecho. Y no es un abrazo de los que se dan a medias. No. Cuando Alastair me rodea con sus largos brazos, me atrae hacia él para que su cuerpo quede perfectamente acoplado al mío, sin dejar ni un solo resquicio por el que corra el aire. Soy tan consciente de que mi cuerpo y el suyo están pegados, de que Alastair me está tocando con las piernas, su apretado abdomen y el pecho..., de que

me está transmitiendo su calor y que está respirando contra mi cuello... que se me tensan todos y cada uno de los músculos en respuesta.

Es la forma que tengo de levantar un muro invisible con el que trato de protegerme de la pulsión que noto dentro de mí. Una pulsión que me pone el estómago del revés, me enciende las alarmas del corazón y me hace querer apartarlo de mí, rechazarlo por puro instinto de supervivencia.

Pero Alastair no permite que rompa el abrazo que acaba de empezar.

No solo no me suelta, sino que, además, me aprieta aún más fuerte contra su pecho.

—¿Qué cojones haces? —bramo, con media cara aplastada sobre mi camiseta de The Beatles.

—Solo es un abrazo, capullo —responde él en mi oreja.

Mi cuerpo permanece tenso como una cuerda, rígido entre sus brazos. No soy una persona a la que le guste el contacto físico. Pero con él, nuevamente, mi interior se llena de contradicciones. Quiero que me suelte y a la vez no quiero que me suelte. Lo apartaría de un empujón y me quedaría abrazándolo toda la noche.

—No me gustan los abrazos —acabo por decirle, muy tenso.

—Haré que los míos te gusten.

No solo cumple su promesa, sino que mi cambio de parecer es casi instantáneo. Porque entonces su aliento choca contra mi nuca y se me eriza la piel, y, como si él hubiera pulsado un botón que ni yo mismo sabía que tenía, los músculos de la espalda que tenía en tensión se me relajan.

Dejo caer los hombros hacia atrás y cierro los párpados.

Un minuto después, separa su cuerpo del mío y me pregunta:

—¿Mejor?

—No.

Él sonríe, aunque luego hace una mueca de dolor porque se le ha vuelto a abrir la herida del labio.

—Mentiroso —dice.

Pero no es mentira del todo. Porque ahora, por culpa de ese abrazo, del calor que me ha transmitido con él y de enseñarme qué se siente cuando su cuerpo se aprieta contra el mío..., por culpa de eso, a mí me arden las mejillas y... y...

No me jodas.

Me acabo de empalmar.

Estoy en el portal con un chico, son las dos de la madrugada y tengo la polla tan dura que me empieza a doler. Llevo las manos disimuladamente a la entrepierna. Espero que él no se dé cuenta de que las he puesto ahí para tapar el bulto.

—¿Le queda mucho al taxi?

Mira su móvil.

—Pone que llega en tres minutos.

Necesito bajar la erección. Lleno el silencio para hacer tiempo.

—Oye, de nuevo, perdón por tener la casa hecha un desastre. No sabía que esta noche tendría visita.

—Disculpas aceptadas. Yo tampoco sabía que acabarías invitándome a tu casa.

—Esto se me hace raro de cojones —le confieso.

—Pues sí... —dice—. Igual estás yendo muy rápido conmigo, ¿no?

Su comentario me pilla tan de sorpresa que me sonrojo. Por suerte para mí, hace rato que la luz del portal se ha apagado y nadie ha vuelto a presionar el interruptor, así que solo nos vemos las caras por la luz que nos llega de las farolas que hay fuera del portal.

—¿Acabas de hacer una broma?

Lo miro y él dibuja una sonrisa ladeada.

—¿Tan estirado te creías que era?

—Tenía otra imagen de la gente pija y con dinero.

—Ah, ya..., las series de televisión han hecho mucho daño —ríe—. Encima de que me haces un favor, no me iba a poner quisquilloso.

—Pues yo pensaba que lo mismo te asustabas y salías corriendo.

—Necesito un motivo de verdad para salir corriendo. Y tiene que ser más fuerte que el que hace que quiera quedarme cada vez un poco más, a pesar de que me tenga que ir. —Vuelve a echar un vistazo rápido a su móvil—. Se supone que llega en un minuto.

Salimos del portal. El aire de la calle me revuelve el pelo. El barrio sigue sumido en un extraño silencio, las calles están vacías, sin coches circulando por ellas.

—Y... ¿qué hace que quieras quedarte cada vez un poco más?

Alastair no duda ni un segundo.

—La curiosidad —responde con firmeza.

—«La curiosidad mató al gato» —le digo yo.

—Así que ya sabemos que, al final, la curiosidad es más fuerte que el odio.

Tiene una sonrisa pegada en los labios, una muy pequeña, de esas que esconden más de lo que dicen.

Me quedo dándole vueltas a lo que ha dicho, y luego clavo la mirada en esos ojos azules y fríos, decidido a salir de dudas.

—Espera, espera. ¿Tú me odias?

—Qué pasa, ¿tan raro sería?

—Hombre, no tendría mucho sentido que me odiaras y que hubieras venido a disculparte.

—Ah, ¿por qué no?

—Porque sería contradictorio.

—Las personas somos contradictorias por naturaleza.

—Alastair —le corto—, ¿me odias? Sí o no.

Esta vez, se toma su tiempo en responder. No parece que lo haga a propósito, más bien parece que quiere ser completamente sincero conmigo. Veo las dudas en sus ojos mientras me estudia y hunde las manos en los bolsillos del pantalón. Pero se despejan a la par que su mirada se afila, y entonces Alastair termina con las cejas arqueadas, me mira con la misma intensidad con la que lo miro yo a él. Si se trata de una competición en la que tenemos que intimidar al otro, me acaba de ganar por goleada.

—Solo te odia una parte de mí —termina confesándome.

Ahora el que siente curiosidad soy yo.

—¿Por qué?

En lugar de responder, se despide de mí con un leve gesto de cabeza antes de subirse al coche amarillo que acaba de parar frente al portal. Lo veo saludar al taxista y cerrar la puerta.

No me puede dejar así.

Ni siquiera sé si al final nos vamos a volver a ver o no.

Por eso me doy prisa y me planto delante de la puerta trasera del taxi.

—Alastair.

Lo observo en el interior del vehículo. Se acaba de abrochar el cinturón y, al ver que lo llamo, se vuelve hacia el taxista y le dice algo que no llego a escuchar. Después baja la ventanilla. El taxista, un hombre calvo con gafas y al que le quedan pocos años para jubilarse, carraspea.

Alastair me mira desde su asiento, y yo me inclino sobre la ventanilla para estar más cerca de él.

—¿Por qué crees que una parte de ti me odia?

Si insisto tanto en querer saberlo es porque a mí me pasa lo mismo con él. Me lleva pasando desde el principio. Incluso aunque me haya esperado durante horas fuera del bar en el que trabajo.

Aunque le hayan pegado una paliza y robado por mi culpa. Aunque, a pesar de la paliza, no se haya vuelto a casa hasta pedirme perdón y advertirme de que corro peligro. Aunque me haya prometido que chantajeará a Bradford para que me deje en paz. Aunque haya sido tan comprensivo con el tema de mi madre cuando lo he invitado a subir a mi casa. O aunque me haya abrazado dentro del portal y se me haya puesto dura.

Incluso después de todo lo que ha pasado y he sentido con Alastair esta noche, una parte de mí lo sigue odiando.

Y resulta que una parte de él también me odia a mí.

Y creo que, si me dice la razón, estaré más cerca de encontrar la mía.

—No estoy seguro —responde en cambio—. Es algo que sigo intentando descubrir.

Parece sincero. Por eso, a pesar de mi interés por conocer la respuesta, no vuelvo a insistir y dejo que se vaya a casa.

—Cuando lo descubras, ¿me lo dirás?

Alastair sonríe.

—Seguramente no.

28

CODY
La misma pesadilla

Al cogerla en brazos, mi madre arruga los párpados y emite un pequeño quejido de protesta. Adormilada y con los labios pegados a mi camiseta, me pregunta qué hora es.

—Sssh. Tarde, mamá, muy tarde. Tú sigue durmiendo.

La llevo hasta su habitación y la dejo con cuidado sobre la cama. Tiro de la manta para cubrirla hasta el cuello. Después acerco la mano a su rostro y le coloco un mechón detrás de la oreja. Antes de irme, le doy un beso en la sien. Ella mueve los ojos, pero no los abre. Salgo y cierro la puerta detrás de mí para dejarla descansar. Antes de meterme yo también en la cama, limpio el salón y la cocina.

Inhalo y exhalo. Cuando mis párpados se cierran, mi último pensamiento va dirigido a Alastair Everscourt. Lo veo en el asiento de atrás del taxi, con el cinturón abrochado y el labio partido, conteniendo una pequeña sonrisa de despedida después de haberme confesado que existe una parte de él que me odia y darme cuenta de que, a pesar de nuestras diferencias, los dos experimentamos un sentimiento igual de oscuro hacia el otro que no sabemos de dónde nace ni qué lo provoca.

«Cuando lo descubras, ¿me lo dirás?».

«Seguramente no».

Nada más quedarme dormido, vuelvo a ver al monstruo.

Esta vez viene acompañado de otra persona, una especie de secuaz que camina a su derecha con un cuchillo. Se trata de Bradford. Tiene los ojos inyectados en sangre y una vena en el cuello muy marcada que parece a punto de reventar. El arma blanca que porta en la mano resplandece bajo la luz del parquin.

Los dos vienen a por mí, así que yo corro lo más rápido que puedo. Pero lo hago a cámara lenta, como si intentase correr debajo del agua. Parece que no voy a conseguir huir de mi pasado. Aun así, me esfuerzo por alejarme de ellos. Debo llegar como sea a la puerta que tengo delante de mí, es la única salida.

Escucho los pasos del monstruo y su secuaz a mis espaldas. Escucho sus gritos. También los míos. Estoy muerto de miedo. Cuando llego a la puerta, la empujo con todas mis fuerzas para abrirla y caigo de rodillas hacia delante. Me sorprende ver que, en lugar de unas escaleras, la puerta que acabo de abrir conecta directamente con mi habitación.

Vuelvo a estar en casa.

De rodillas, giro la cabeza en dirección a la puerta que he dejado sin cerrar, una especie de portal por el que se ve el parquin lleno de coches y dos carriles por los que el monstruo y Bradford corren y se acercan cada vez más y más.

Tengo que cerrarla antes de que lleguen.

Pero luego cierro los ojos una milésima de segundo y, cuando los vuelvo a abrir, la luz del parquin se ha extinguido y solo se ve un fondo negro.

Parece que ya no hay nadie, que me he quedado solo. Permanezco unos segundos con los ojos fijos en la oscuridad, esperando a oír algo que no sea mi propia respiración.

Nada.

Nada.

Nada.

—*Cody*...

La voz llega desde dentro del agujero negro.

También escucho unos pasos.

Algo o alguien viene a por mí.

Y antes de que pueda despegar las rodillas del suelo, las placas de luz blanca que cuelgan del techo parpadean e iluminan momentáneamente el parquin, dándome tan solo un par de segundos para volver a ver todos los coches estacionados en batería, las columnas de cemento y... Espera. Bradford ya no está, ha desaparecido.

Pero el monstruo no. El monstruo sigue en el centro de los dos carriles y camina en mi dirección.

Ahora se mueve despacio, como si supiera que ya no necesita correr porque no tengo escapatoria. Quizá por eso su sonrisa se estira y veo sus dientes afilados. Es lo último que veo antes de que las luces se apaguen y su cuerpo quede oculto en la oscuridad.

—*Cody*...

Me pongo en pie.

—Déjame en paz.

Las luces del parquin parpadean otro segundo y revelan cuánto se ha acercado el monstruo a la puerta antes de que todo vuelva a fundirse en un fondo negro.

Vuelvo a no ver nada.

Me quedo quieto, mirando la oscuridad, intentando distinguir alguna sombra.

Durante el siguiente minuto, no escucho su voz llamándome, tampoco pasos que se acercan. ¿Y si...? ¿Y si el monstruo se ha ido?

Como no me fío, tampoco aparto la vista de la puerta, de ese rectángulo negro que parece un pozo sin fondo pegado a la pared.

Todo sigue demasiado tranquilo.

Pero entonces, su voz me llama:

—*Cody*...

Y el corazón se me sale por la boca.

Porque su voz no viene de la oscuridad.

Ha sonado dentro de la habitación.

El monstruo está aquí.

Lo tengo detrás.

—*Vas a morir esta noche, Cody*.

Su aliento choca en mi oreja.

Después de eso, dejo de respirar. Ya no puedo llevar oxígeno a mis pulmones porque sus manos me están estrangulando.

—*Vuelvo a estar en casa, Cody.* —Su voz me recuerda a la de una serpiente—. *Cuatro años en prisión. Dime, ¿me has echado de menos? Porque yo no he dejado de pensar en la promesa que te hice.*

No puedo responder, mi garganta solo emite aullidos de dolor.

—*Siempre has sido el más débil de los dos* —prosigue mientras yo lucho con todas mis fuerzas para zafarme de él, aunque no sirve de nada. Sus dedos se clavan en mi garganta con tanta fuerza que apenas consigo respirar—. *¿Cómo le va a la vieja con la medicación? ¿Crees que se suicidará cuando abra la puerta y encuentre tu cuerpo?*

Los ojos se me llenan de lágrimas y el miedo se apodera de mí.

Entonces el monstruo me da la vuelta con brusquedad, sin soltarme del cuello. Veo que hurga en su bolsillo y saca una navaja.

—*Cuando te mate, no le quedará nada* —dice—. *Solo... yo*.

Sin dejar de sonreír, me clava la punta de la navaja en la frente y empieza a repasar la cicatriz que me cruza el ojo izquierdo. La misma cicatriz que él me hizo cuatro años atrás.

—¡¡¡AAAAAH!!!

El dolor es más grande de lo que puedo soportar, pero al monstruo no lo detienen mis gritos. Desliza la navaja hacia abajo, me corta la piel como si mi cara fuera de mantequilla, y la sangre vuelve a brotar sobre esa herida que nunca cicatrizó del todo.

—¡¡¡PARA, POR FAVOR, PARA!!!

La sonrisa ahora le llega a las orejas; disfruta viéndome sufrir.

La cara me arde y me palpita de dolor. Noto la sangre deslizándose sobre mi piel y manchándome el cuello de la camisa y la mano con la que el monstruo me estrangula.

Ahora mismo, el miedo ya no me sirve de nada. Esa emoción es útil como mecanismo de defensa: nos alerta del peligro para que tengamos cuidado, favorece nuestra supervivencia. Pero cuando llega tu hora, te das cuenta de que no lo necesitas, de que puedes desprenderte de él, dejarlo en la Tierra para que tu alma vaya libre de peso al cielo, donde le espera algo más grande.

Así que cierro los ojos y acepto mi propio destino.

La gente habla de que cuando vas a morir ves tu vida pasar. No es lo que sucede conmigo, yo no veo ningún resumen con los momentos más importantes. Pero sí que queda algo. Un último pensamiento. Y me sorprende que, en lugar de pensar en mi madre o en Arthur, mi mente proyecte la imagen del chico de los ojos azules junto a todas esas preguntas sobre el amor que quedan sin resolver.

Mi último pensamiento es para Alastair Everscourt.

Después, el monstruo alza la navaja por encima del hombro y me la clava con fuerza en las costillas. Una, dos, tres veces. Su rostro se

llena de salpicaduras de sangre.

Antes de que se me cierren los párpados y de que todo se vuelva negro, lo miro a los ojos, que son verdes y marrones a la vez, igual que los míos.

El monstruo se despide de mí:

—*Adiós, hermanito.*

29

CODY
La sangre no es mía

Me despierto sobresaltado y bañado en sudor. Miro la hora del móvil: apenas son las cuatro de la mañana. Entonces oigo gritar a mi madre, que entra como un remolino en mi cuarto y tira de la sábana, destapándome.

—Pero ¿qué cojones...? —protesto.

—¡¿Dónde te has cortado?!

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Entonces me doy cuenta de que los ojos de mi madre se humedecen. Está a punto de echarse a llorar.

—Sé que estás muy agobiado por conseguir más dinero y...

—Mamá —la interrumpo—, necesito que me digas qué está pasando.

—... y que estamos en apuros —su voz es un grito tembloroso—, pero tirar la toalla no es la solución, Cody. No nos podemos permitir una psicóloga, está claro, pero tengo una amiga que igual te puede ayudar. No me mires así. Voy a darte su número, le diré que la llamarás hoy mismo. Seguro que ella sabe qué hacer.

—Pero ¿a qué viene lo de la psicóloga ahora?

Inspira y luego, con gravedad, me dice:

—Hay sangre en el lavabo.

Así que solo se trata de eso. Me froto los ojos con los nudillos, quitándome las legañas. Cuando los abro y miro a mi madre, los suyos están recorriendo mi cuerpo, buscando la herida que cree que me he autoinfligido.

—Puedo explicártelo.

Ella levanta una ceja y se cruza de brazos, escéptica.

—Deja que lo adivine. Se te ha vuelto a resbalar la cuchilla, ¿no? ¿En serio crees que te va a servir la misma excusa dos veces?

Sacudo la cabeza.

—La sangre no es mía.

—¿De quién si no?

—De... un amigo.

Me pregunto cómo estará Alastair y si anoche, cuando volvió a casa, descansó mejor que yo.

—Cody, basta ya —resopla mi madre, agotada—. Deja de mentirme. Si necesitas ayuda, puedes contármelo. Soy tu madre y... y yo... también he pasado por eso. Sé cómo te sientes. Esto es por Holt, ¿verdad? Tienes miedo de que vuelva cuando salga de prisión.

Me recorre un escalofrío al escuchar su nombre. Acabo de tener la misma pesadilla con él y todavía me persigue el eco de esa voz de mi sueño.

—Pues claro que tengo miedo. ¿Tú no estás asustada?

—Sí —responde, abrazándose con sus finos brazos—, estoy asustada. Por eso es importante que sigamos juntos, como un equipo.

Me cuesta vernos como un equipo después de lo que me obligó a hacer.

Mi madre decidió proteger a Holt.

La policía se lo llevó esposado el mismo día que intentó matarme. Pero no lo metieron en prisión por intento de asesinato. Lo metieron

por tráfico de drogas y robo.

Por culpa de mi madre, mi hermano saldrá antes de la prisión de Sing Sing.

Es algo en lo que intento no pensar para que el rencor no me haga odiarla. Prefiero fingir que nunca sucedió. Que no me obligó a guardar silencio y a no denunciar a mi hermano a la policía.

—La llamaré —prosigue ella—. Sé que no te gusta hablar de tus sentimientos, pero te vendrá bien desahogarte con una profesional.

Pongo un pie fuera de la cama y la miro. Lleva el mismo camisón de siempre, naranja con topos morados. Hace años los colores eran vivos y alegres, ahora la tela está completamente desteñida, incluso agujereada, y apenas queda una débil sombra que te deja adivinar su estampado.

—No necesito hablar con nadie porque *no me pasa nada*. Estoy perfectamente.

—No, no estás bien. —Mi madre alza la voz. Solo lo hace cuando le entran ganas de llorar—. La cajera del supermercado de la esquina está amargada, el del banco está amargado, la limpiadora está amargada, *yo estoy amargada*. Es imposible no estarlo si tu vida es una mierda. Así que no me vengas ahora con que tú *estás bien*. Nadie está bien, Cody. Pero tenemos que ser fuertes. Tenemos que ser fuertes si queremos salir de aquí, de esta mierda de casa, porque entonces nuestros problemas se habrán resuelto y los dos seremos muy felices. Pero para eso tenemos que aguantar la tormenta, ¿entiendes? Tú tranquilo. Todo se va a solucionar.

Siempre hace lo mismo. Deambula por la casa como alma en pena, deja que los días se solapen sin mover un dedo, sin echarme una mano para pagar las facturas. Pero cuando algo se tuerce y cree que yo voy a tirar la toalla, que no voy a poder soportar todas las responsabilidades que tengo encima, se le enciende una alarma

interna que le hace despertar de golpe y llenarse de una energía nerviosa.

Esa energía hace que, durante unos minutos, mi madre sienta la urgencia de querer ayudar y buscar soluciones. Pero luego se agota enseguida y vuelve a dejarse caer en el sofá, abrazada por la miseria, delegando toda la responsabilidad de nuestro futuro sobre mí.

Me dirijo al cuarto de baño y limpio la sangre de Alastair.

Ella se queda en la puerta, observándome. Sigue cada uno de mis movimientos en silencio, niega con la cabeza cuando escurro el trapo sobre el lavabo para limpiarlo, convencida de que la sangre es mía.

—Anoche unos tipos pegaron a Arthur —miento—. Lo traje a casa para que se aseara antes de volver a la suya.

No responde, tan solo se despeja de la frente la larga y estropeada melena y me mira con el ceño fruncido. Hace tiempo que mi madre dejó de teñirse y cuidarse el pelo. Antes lo tenía negro brillante, ahora ese negro es cada vez más débil y más gris. Con la piel de su cara ha pasado lo mismo, ya no se pone cremas, ni siquiera protector solar los días de verano en los que el sol no da tregua, y no recuerdo la última vez que la vi maquillada.

—Me vuelvo a la cama —dice al final.

Y se marcha.

Unas horas más tarde, mientras el café me calienta las manos, le doy vueltas a la situación que tenemos en casa. Si mi madre consiguiera algún trabajo todo sería mucho más fácil.

Soy consciente de la enfermedad que padece y de que ella se siente culpable por no poder trabajar. Además, también se fastidió la

espalda en los años que estuvo ejerciendo de mujer de la limpieza, así que su condición física le impide agacharse sin sufrir un latigazo de dolor.

Pero no puedo evitar sentir pena al ver cómo está echando a perder su vida. La mayor parte del tiempo me la encuentro tirada en el sofá viendo programas del corazón. Se pasa de lunes a domingo así, dejando que los días se escurran y el tiempo la hunda cada vez más y más en ese pozo de tristeza del que no logra salir.

Me pregunto si algún día volveré a ver en los ojos de mi madre un eco de la mujer que fue. De lo que no tengo ninguna duda es de que tiene las mismas ganas que yo de marcharse de East Harlem y mudarnos a un lugar seguro en el que podamos vivir tranquilos, donde no haya tanta delincuencia. Aquí es normal ver a la gente caminando con los ojos muy abiertos y el bolso o la mochila apretados contra el abdomen para evitar que alguien intente robárselo, sorteando a los yonquis, a los sintecho que ya forman parte del escenario. Por eso, toda precaución es poca, incluso a plena luz del día. No sabes si la persona con la que te vas a cruzar lleva algún tipo de arma a mano.

Es increíble que East Harlem colinde con una zona como el Upper East Side, donde vive Alastair. Aunque roce con mi barrio, parece inalcanzable.

Igual de inalcanzable que el día que logremos huir de aquí. Un día que debería llegar pronto, porque no podemos seguir aquí cuando liberen a Holt. Porque sé lo primero que va a hacer cuando salga de prisión.

Vendrá aquí. Volverá a casa.

Y entonces me matará.

Por eso a mi madre y a mí el miedo nos acompaña siempre a todas partes. Nos sentimos inseguros en la calle y en nuestra propia

casa.

Si de noche salgo de mi habitación para ir a la cocina a beber agua y escucho un ruido, inmediatamente me pongo en alerta. Imagino que Holt está aquí, que ha conseguido abrir la puerta y que lo tengo justo detrás.

Sé que mi hermano volverá para terminar lo que empezó.

La cicatriz que enmarca mi ojo izquierdo me lo recuerda todos los días.

—Bueno... —le digo a mi madre mientras me levanto y apuro lo que me queda de café—, me voy a trabajar. Me espera un sábado intenso.

Mi madre me mira desde su silla, con el café enfriándose en la mesa.

—No es justo que cargues siempre con todo.

—No pasa nada. Tú harías lo mismo por mí.

—Pero no hago nada. No aporto nada a esta casa. ¡Soy una parásita!

—No digas eso. No eres ninguna parásita. —Intento animarla. Sé que se siente mal porque la responsabilidad de un futuro mejor recae sobre mí—. Quítate esas ideas de la cabeza, ¿vale?

—Has vuelto a tener la misma pesadilla, ¿verdad? Sobre Holt.

Me tenso de golpe.

—Sí, la misma pesadilla —reconozco.

—Te he escuchado decir su nombre.

Aprieto los dientes.

—Voy a llegar tarde al trabajo.

—Se nos acaba el tiempo, hijo. ¿Qué vamos a hacer?

Me hierve la sangre.

Es el problema de guardárselo todo. Que llega el día en el que no puedes más.

Y estallas.

—¿Que qué vamos a hacer? —pregunto furioso—. Tú me obligaste a *no* denunciarlo. Me dijiste que si yo iba a la policía, alargarían su condena. Y que tú no podrías soportar el dolor de ver a uno de tus hijos tantos años en prisión. Y me dio miedo que hicieras alguna tontería. Por eso no lo denuncié. Lo hice *por ti*, a pesar de que sé que tú le tienes el mismo miedo que yo.

Mi madre no responde, y yo la miro y añado en mi cabeza: «En lugar de preguntarme qué vamos a hacer, pregúntate a ti misma cómo fuiste capaz de obligarme a callar».

Si no lo digo en voz alta es porque está enferma y no quiero ser tan duro con ella. Pero necesito que entienda la situación. De momento, sigue callada, mirándome con los ojos abiertos de par en par. Yo inspiro profundamente, pero siento que el oxígeno no me llega a los pulmones.

—Nunca llegarás a entender el amor de una madre —dice de pronto—. Y sé que lo que te pedí fue muy difícil para ti, pero Holt también es mi hijo. Y aún guardo la esperanza de que cambie y vuelva a ser la persona que era.

—Las personas no cambian, mamá.

—Holt cambió. Él antes no era así. Y si cambió una vez, puede volver a hacerlo. Creo que en el fondo de su corazón todavía se encuentra el niño que fue.

—Si lo creyeras de verdad, no le tendrías tanto miedo.

Los ojos de mi madre ahora se llenan de lágrimas.

—Lo siento, Cody. Por todo.

Después se retuerce las manos y agacha la cabeza como si fuera una niña, haciéndose pequeña.

Me toca ser fuerte. No podemos venirnos abajo los dos.

Intento ahuyentar el miedo que me produce hablar de mi hermano por todo lo que encierra su nombre. No es solo durante las pesadillas: a veces tengo la sensación de que en esta casa somos tres personas. De que mi madre y yo nunca estamos solos.

Sé que es imposible. Que solo es el miedo jugándole a mi mente una mala pasada. Aun así, la sensación de que tenemos compañía no desaparece.

Ni siquiera ahora.

Las paredes de esta casa están cargadas de algo oscuro y maligno.

Vuelvo a mirar a mi madre. Entiendo que nada de esto es fácil para ella. Que siempre va a tener la esperanza de que volvamos a ser una familia feliz. Pero necesito que entienda que es imposible.

Lo que no es del todo imposible, aunque sí complicado, es que busquemos otro sitio al que ir antes de que Holt regrese a casa. Por eso apoyo una mano en su brazo y le digo:

—Saldremos adelante, mamá.

Mi madre levanta la cabeza, y las lágrimas ruedan por ambas mejillas.

—¿Y cómo lo hacemos, hijo? ¿Cómo vamos a salir adelante? Apenas tenemos para sobrevivir.

—Juntos. Saldremos adelante juntos.

Mi madre se sorbe la nariz.

—Siento haberte obligado a no denunciarlo —dice con la cara húmeda y roja—. Y entiendo que me odies por ello.

—No te odio.

—Cody..., lo siento mucho.

Beso su frente.

—Tranquila, mamá, todo saldrá bien.

30

Alastair

La imagen lo es todo

El taxi me llevó de vuelta a casa. Giré la llave en la cerradura; lo hice despacio, con el corazón latiéndome muy fuerte en el pecho mientras avanzaba a hurtadillas por el largo pasillo.

Todas las habitaciones estaban cerradas. Me dirigí a la mía sin encender ninguna luz, guiándome solo por la que emitía la pantalla de mi móvil. Si despertaba a mis padres, me harían preguntas para las que no tenía una respuesta preparada.

¿Cómo iba a explicarles que fuera vestido así?

Ellos no iban a creer que esa ropa me la hubiese comprado yo. La camiseta de The Beatles tiene las letras desgastadas. Y decir que la había conseguido en una tienda de segunda mano sería como decir que había viajado al País de Nunca Jamás. Los Everscourt *nunca* compramos en tiendas de segunda mano. Tampoco compramos camisetas con estampados en la parte delantera. Así que verme vestido de este modo levantaría sus sospechas... No me extrañaría que contratasen un detective privado. Mi abuelo lo contrató en su día cuando mi madre y mi padre se conocieron. Quería cerciorarse de que mi madre era una buena elección para mi padre. Y para eso necesitaba saber qué hacía cuando creía que nadie la estaba mirando.

En mi caso, la investigación los llevaría a Cody.

Por eso, cuando vi que las luces del pasillo se encendían y escuché una respiración a mi espalda, la mía se cortó de golpe.

Volví a inspirar cuando vi que se trataba de la asistenta.

Ella tenía los ojos abiertos de par en par. Se llevó una mano a la boca y me preguntó:

—¿Qué le han hecho, señorito Alastair?

Me daba miedo responderle y que mis padres se despertaran. Así que me puse un dedo sobre los labios y le pedí que me guardase el secreto. Ese gesto es un código que uso con ella desde que era pequeño, cuando hacía algo que sabía que a mi padre le enfadaría y le haría sacar el cinturón y ella me guardaba el secreto.

Nunca me ha traicionado, por eso sé que no tengo que preocuparme.

—No tendrás maquillaje, ¿no? Me vendría bien disimular esto mañana —susurré, señalándome la brecha.

—Deme un segundo. —Se metió en el pequeño cuarto en el que duerme y regresó con un kit de maquillaje. Sacó de él una base con mi tono de piel—. Esto hará un apaño. Aunque ese chichón se va a seguir viendo de todas formas.

—Gracias.

Me miró a los ojos.

—¿Debería preocuparme? ¿Está metido en algún lío?

—No, no. Solo he tenido mala suerte. No soy el primero ni el último al que roban por la calle. —Levanté la muñeca desnuda—. Me han quitado el Rolex y el medallón de mi abuela.

—¡Qué horror! ¿Dónde ha sido esto?

—Aquí mismo, al lado de casa.

—Y esa ropa que lleva... ¿de quién es?

—Mía.

—No me mienta, sabe que le lavo y plancho la ropa desde que nació. Además... esa camiseta para un Everscourt es como la luz del sol para un vampiro. Me extraña que no le hayan salido sarpullidos por todo el cuerpo.

Reí en silencio. La asistenta era la única que conseguía hacerme sonreír con sus comentarios. Comentarios que, por supuesto, no podían llegar a oídos de mis padres. Si ellos se llegan a enterar de lo poco que le cuesta reírse de mi familia y de sus tradiciones absurdas, la pondrían de patitas en la calle. Así que yo guardo sus secretos y ella guarda los míos.

—Por favor, ningún comentario de esto a mis padres.

—Ya sabe que soy una tumba.

Lo primero que hice al cerrar la puerta de mi habitación fue meter la ropa de Cody en una bolsa y esconderla debajo de la cama.

Lo que más me preocupa es el silencio de mis padres. Los dos están de pie frente a mí. Mi padre ha dejado la taza de café intacta sobre la repisa de la chimenea. Lleva un pantalón de traje y una camisa blanca con tirantes por encima. Mi madre, un vestido blanco nuclear completamente liso y sin ninguna arruga.

A veces me pregunto cómo se las arreglan para estar siempre impecables y perfectos. ¿De dónde sacan el tiempo? Aspirar a llegar a ser como ellos es agotador. Cualquier esfuerzo que haga parece que nunca es suficiente. El nivel de perfección de mis padres resulta inalcanzable para una persona normal. Pero ellos insisten en que no soy como los demás. Y confían en que no los decepcionaré. Por eso son tan duros conmigo.

El salón principal huele a productos de limpieza y a la colonia cara de mi madre. Estoy sentado en el diván en el que se sienta ella

cuando se queda conmigo para escucharme tocar el piano. Los primeros rayos de sol atraviesan los ventanales e inciden sobre las paredes blancas y el mármol del suelo, haciendo que el salón parezca un lugar más frío e impersonal. Arriba, en el centro del techo, cuelga una enorme lámpara de araña de Baccarat.

Cualquier otro sábado, a esta misma hora, el aire del salón principal estaría cargado de música clásica en lugar de este silencio incómodo. Pero desde que mis padres han visto la herida que tengo en el labio y el chichón en la frente, se ha interrumpido mi clase. Temo lo que me van a decir y, a la vez, quiero que alguno diga algo ya. El silencio se está prolongando demasiado.

Por fin, mi padre dice:

—Explícanos ahora mismo por qué tienes esas heridas.

Se lo explico haciendo malabares con la verdad y la mentira. No puedo hablarles de Cody, pero sí puedo contarles que me pegaron tres chicos, tan solo tengo que cambiar dónde ocurrieron los hechos.

Cuando termino de hablar, los Manolo Blahnik de mi madre repiquetean contra el suelo de mármol al acercarse a mí. Toma mi barbilla sin cuidado; sus uñas se clavan superficialmente en mi piel cuando me hace bajar la cabeza e inspecciona la gravedad de mis heridas.

—Te has maquillado. —Mi madre entrecierra los párpados—. ¿Creías que así no nos daríamos cuenta?

—Os lo iba a contar.

Me suelta la barbilla.

—Yo creo que no.

Antes de desayunar, me he aplicado la base de maquillaje que me dejó la asistenta anoche para tapar el azul violáceo de la frente. Ha quedado mucho mejor de lo que estaba, pero con la hinchazón no tenía nada que hacer. Tardará unos días en bajar.

Mi padre coge su taza y bebe un sorbo de café.

—Seguro que estabas rezando para que no nos diéramos cuenta. Pero tu madre y yo siempre terminamos enterándonos de todo lo que pasa en nuestra familia. Que no se te olvide nunca.

—No.

—Y por eso es mejor que nos digas la verdad. ¿Dónde dices que pasó?

Le mantengo la mirada para que no piense que voy a soltar una mentira tras otra.

—Al lado de casa. Unas dos calles más abajo.

—¿Y qué hacías tú a esas horas fuera de casa?

—Era viernes. Estaba dando una vuelta.

—¿Con quién? —pregunta mi madre—. ¿Blair? ¿Bradford? ¿Algún amigo tuyo?

—Iba yo solo.

—Hace mucho que no te vemos con Blair.

—¿Y por qué ibas solo? —pregunta mi padre.

—Necesitaba... respirar.

Mi padre apoya la taza sobre la repisa de la chimenea con un golpe seco.

—¡Respirar! ¿Y para eso tienes que salir de casa? ¿No te basta con abrir una ventana y sacar la cabeza?

La mitad del café se ha derramado.

—Ya no soy un crío.

—No, no eres un crío, pero, según parece, tampoco eres un hombre.

—¿Cómo?

—Has dejado que esos tres tíos te roben y te dejen en ridículo.

—No pensé que me fuera a pasar nada por salir a dar una vuelta un viernes por la noche.

—Exacto. No lo pensaste.

—Hasta ahora, estaba convencido de que el Upper East Side era un barrio seguro.

—Y es un barrio seguro. El mejor de Manhattan —dice mi padre—. Además, un Everscourt no permite que nadie le ponga una mano encima.

Mi madre hace una larga exhalación.

—¿Ni siquiera te diste cuenta de que esos tres chicos iban a por ti?

—No. No me di cuenta.

—Pues entonces es tu culpa —agrega mi padre—. Si te han pegado ha sido porque les has parecido alguien débil. Y yo no he criado un hijo débil. Te he educado como lo hizo mi padre conmigo para que te conviertas en un hombre fuerte. Y cuando eres fuerte, la gente te respeta porque te teme.

Parpadeo despacio. Estoy acostumbrado a que mis padres sean exigentes conmigo y a que dirijan mi vida, a quedarme callado y aceptar las consecuencias, pero todos tenemos un límite. Y creo que esta mañana he sobrepasado el mío.

Por eso, por primera vez, me pongo de pie y le levanto la voz a mi padre, enfrentándome a él.

No pienso en las consecuencias. Me olvido de lo que me hará si se enfada conmigo. Además, ya está enfadado conmigo, así que ¿qué puede cambiar? Nada.

Me enderezo y le hablo sin que me tiemble la voz.

—¿Culpa mía? Os digo que me han pegado tres personas ¿y tú dices que ha sido mi culpa?

—No hay situación que no se pueda resolver. Y tú no supiste resolverla —responde él, cortante—. Tienes todas las herramientas necesarias para hacerlo, Alastair. Tienes dinero, tienes un teléfono,

eres un chico fuerte y estabas cerca de casa. Por supuesto que es tu culpa que unos don nadie hayan hecho lo que les haya dado la gana contigo.

Doy un paso hacia él mientras lleno los pulmones de aire.

—Pues igual tengo empezar ya a cambiar eso, ¿no? Dejar de permitir que la gente siga haciendo lo que le dé la gana conmigo. Y eso os incluye a vosotros.

Mi padre sacude la cabeza con fuerza, pero lleva tanta gomina que su pelo es inmune a cualquier movimiento brusco que haga, así que ni un solo mechón rubio se mueve de su sitio.

—¡No te atrevas a hablarme así!

—¿No querías convertirme en un hombre fuerte?

Como única respuesta, mi padre arroja la taza de café al suelo.

La porcelana estalla al impactar contra el mármol y el líquido marrón mancha los Manolo Blahnik y la parte baja del vestido blanco de mi madre.

—¡Ah! ¡Mi vestido!

Mi madre da un salto hacia atrás y mira también sus zapatos, horrorizada, tanto que es como si en lugar de una mancha de café estuviera viendo un cadáver.

—Te compraré otro nuevo y mejor —dice mi padre.

Después, sin despegar sus ojos de mí, se lleva la mano a la cintura. Aún no ha terminado conmigo. Pero sus dedos no encuentran el cinturón que acostumbra a llevar siempre. Si no, ya se lo habría quitado, y yo habría recibido un latigazo como castigo por levantarle la voz.

—¿Ya ibas a pegarme otra vez?

—Cállate.

Me fulmina con la mirada, pero mi madre, que teme que haya llegado ese día en el que me rebelo contra mi padre, se olvida de las

manchas de café y abandona momentáneamente esa frialdad que la caracteriza, porque se da cuenta de que tiene que mediar entre los dos.

—Tampoco seas tan duro con él, querido. Seguro que nuestro hijo se llevó un gran susto.

Mi padre no deja de clavar su mirada azul en mis ojos.

—Cuando te estaban pegando, ¿te vio alguien más? —termina escupiendo.

—No. Nadie.

Se vuelve hacia mi madre.

—Asegúrate de que lo que dice es cierto y de que nadie lo ha visto.

Mi madre asiente y avisa a la asistenta para que le entregue su bolso. Saca de él el móvil, se mete en la agenda de contactos y llama a un número.

—Estoy llamando a Fred para que revise las redes sociales. Si alguien ha sacado alguna foto, él se encargará de que la eliminen antes de que llegue a la prensa.

Fred trabaja para mis padres, y es lo más parecido que tienen a un espía. Se encarga de hacer de cortafuegos, de buscar lo que dicen sobre nosotros y ponerse en contacto con la prensa para evitar que publiquen o conseguir que retiren artículos en los que salimos desfavorecidos. A veces deja su ordenador y hace de chófer. Es la persona a la que recurren para pedirle cualquier favor.

Es innegable que Fred es un profesional, pero creo que hay algo oscuro en él. Su cara me recuerda a una calavera. Mide cerca de un metro ochenta, tiene la cabeza rapada y es extremadamente delgado. Sus gafas de sol negras son como una extensión de sí mismo.

Recuerdo la vez que se quitó las gafas y pude verle los ojos.

Recuerdo que sentí que miraba a una máquina.

Recuerdo que pensé en Fred como esa persona a la que recurrirías si necesitaras un sicario. Que, con una sola llamada de mi madre y una generosa cantidad de dinero, él no dudaría en cambiar su portátil por una pistola.

—Bien —responde mi padre, más calmado—. Dile a Fred que esté muy atento. Es importante que, si hay alguna foto, no se difunda.

Miro alternativamente a uno y otro.

—Vale, así que eso es lo que más os preocupa, ¿no? No os preocupa vuestro hijo, no. Lo más importante para vosotros es que nadie vea cómo me daban una paliza y me robaban en plena calle.

Mi padre inspira profundamente e intenta controlar la ira. Despacio, pronuncia con voz grave:

—Podrían reconocerte, Alastair.

—No soy famoso.

—Pero eres un Everscourt.

—¿Fred? —Mi madre le habla al auricular—. Te llamo porque tenemos un problema.

Mientras ella habla con Fred y le expone la situación, mi padre me vuelve a preguntar:

—¿Estás seguro que no te vio nadie?

—Segurísimo.

—¿Y mientras volvías a casa?

—Tampoco.

Mi padre exhala con brusquedad.

—La imagen lo es todo, Alastair. Eres mi hijo. Tú representas el futuro de Everscourt Capital Holdings.

—Lo sé.

—No, no tienes ni idea de lo grave que es que te haya pasado esto. Si mis clientes se enteran de que no puedo proteger a mi

propio hijo, ¿crees que confiarán en que protegeré sus inversiones?

Mi madre finaliza la llamada y apoya una mano en el hombro de mi padre.

—Lo que tu padre quiere decir es que deberías tener más cuidado, Alastair. Tú te puedes curar. Pero nuestro apellido... nuestro apellido no puede permitirse ninguna herida.

Después, mira a mi padre y le informa:

—Fred me ha prometido que no se va a despegar del ordenador en todo el fin de semana. Ahora... solo nos queda un problema. —Y entonces vuelve a girar la cabeza hacia mí—. Alastair, tú te quedarás en casa hasta que te cures por completo.

Mi padre asiente.

—Desde luego, nuestro hijo no puede salir así a la calle. La imagen de la empresa debe seguir siendo impecable. Si otros trabajadores o clientes ven que te han pegado una paliza, eso nos debilitará a todos. Llamaré a un médico privado para que venga a verte. No quiero que quede ningún registro.

—Entonces ¿qué? ¿Me vais a encerrar?

—Tampoco lo digas de esa forma —me pide mi madre—. Tómatelo como... como un descanso. Seguirás trabajando desde casa, así que estarás entretenido porque tendrás muchas cosas que hacer.

—Dos semanas —zanja mi padre—. No sales de casa, no vas a la oficina, y, por supuesto, no quedas con nadie.

—¿Y qué pasa con mis amigos y mi novia?

—Les dices que no te encuentras bien. Que tienes fiebre.

—Querrán venir a visitarme.

—Pues te inventas que has pillado un virus contagioso.

Necesito hablar con Bradford para proteger a Cody. Por eso, les digo a los dos:

—Vale, a Blair y al resto puedo mentirles, pero..., pero a Bradford no. Él ya lo sabe todo. Lo llamé anoche cuando pasó y se lo conté.

Mi madre se echa las manos a la cabeza.

—¡¿Se lo has contado?! ¡¿Y tú por qué le cuentas nada a Bradford?!

—Se lo conté porque..., bueno, a él también le pegaron hace poco. Y creí que sabría cómo me siento ahora.

Mi padre me mira con un brillo peligroso en los ojos.

—Sabes perfectamente que el padre de Bradford trabaja para mí.

—No va a decir nada.

—Más te vale, Alastair. Más te vale. Si él se lo cuenta a su padre, podría terminar sabiéndolo toda la oficina. Tienes que pensar que la gente, cuando te ve, no solo te ve a ti, también ve un apellido y la empresa que hay detrás.

—Entonces, ¿significa eso que Bradford puede venir? Os prometo que no saldré de casa en dos semanas.

Mis padres comparten una mirada y asienten en silencio.

—Puede venir —dice mi padre—. Pero solo él.

—Gracias.

Me despido con un gesto y avanzo hacia la puerta, dándoles la espalda.

Mi madre se aclara la garganta y me pregunta:

—¿Adónde crees que vas? Tienes clase de piano. Y ya empiezas diez minutos tarde.

—Al servicio. Vuelvo en un segundo.

Noto los ojos de mis padres clavados en mi nuca mientras atravieso el salón principal. Antes de dirigirme al baño, dejo de caminar y me escondo detrás de la puerta que da al salón.

Y entonces, en voz baja, escucho que mi padre le dice a mi madre:

—Nuestro hijo todavía tiene que aprender a ser un Everscourt.

—Lo hará, querido. Todos los Everscourt aprenden...

o desaparecen.

31

CODY
La teoría del odio

Los sábados por la tarde Arthur no suele pasarse por el bar, por eso me sorprende cuando lo veo entrar por la puerta y sentarse en el taburete que hace esquina en la barra.

—¿A qué se debe el placer?

—A la cerveza gratis, y, por supuesto, a que quiero que me lo cuentes todo. —Apoya los codos en la barra e inclina el cuerpo hacia delante—. ¿Qué pasó con el pijo?

—Que cuando salí me lo encontré hecho un cromo.

—Perdona, ¿qué?

Se lo cuento todo, incluso que no debo preocuparme ya de Bradford. Aunque evito contarle la parte en la que me quedé mirándolo a través del espejo cuando se quedó en ropa interior. O cuando me dio un abrazo en el portal antes de irse y se me puso dura.

—Entonces, solucionado. ¿No?

Lo cierto es que me preocupa que la amenaza de Alastair no sea suficiente para pararle los pies a su amigo. Las mentes pequeñas son las más peligrosas, y Bradford, además de retrógrado, me pareció un chico con pocas luces. Aunque si hay algo unido a la ignorancia, es el miedo. Quizá, cuando le diga que si me hace algo

hablará con su padre para que despida al suyo, se lo piense dos veces antes de cobrarse su venganza. Según me comentó Alastair, el padre de Bradford es el único punto débil que tiene su amigo.

También le cuento a Arthur lo que me dijo Alastair antes de subirse al taxi: que una parte de él me odia.

—A mí me pasa lo mismo con él —le confieso mientras relleno una jarra de cerveza fría.

—¿Vas a volver a verlo?

—No lo sé. Él dijo que quería verme.

—¿Y tú?

—Pues yo... no respondí.

Arthur se golpea la cara con la mano abierta.

—Macho, no me jodas.

—No sé qué cojones me pasa con ese tío.

Porque ya no tiene sentido seguir ocultándolo, es evidente que me pasa algo con él y que Arthur lo sabe desde el principio.

—Lo que te pasa es que estamos en la edad del autodescubrimiento —me explica—. Y, bueno, ya sabes que las cosas se ven más fáciles desde fuera; pues bien, yo he visto cómo te brillan los ojos cuando lo tienes delante.

—Qué dices, *bro*.

—Lo vi ayer, sentado en este mismo taburete. Hay algo en tu mirada que cambia cuando lo miras. Tus ojos se llenan de curiosidad, tus pupilas se dilatan... No sé. Es un cambio casi imperceptible, pero es algo que no veo, por ejemplo, cuando miras a otra gente.

—Es odio, Arthur —replico—. Creo que por eso me brillan los ojos: porque una parte de mí lo sigue odiando por lo mal que nos lo hizo pasar.

Arthur le da un trago a la cerveza y se limpia los labios con el dorso de la mano.

—¿Sabes cuál es la teoría del odio?

—¿Cuál?

—Te la cuento si me invitas a otra.

—Acabo de ponerte una.

Se termina la cerveza de un trago.

—Pero ahora está vacía.

Pongo los ojos en blanco mientras se me escapa la risa, y, por supuesto, le sirvo otra.

—Aquí tienes.

Arthur coge el asa y le da un nuevo sorbo.

—Lo contaron en la tele, flipé. Las personas tendemos a juntarnos con gente que se parece a nosotros. ¿Sabes por qué sucede eso? Porque nos sentimos más seguros si la persona que tenemos al lado nos recuerda a lo que somos, y por eso mismo desconfiamos de aquellos que son distintos a nosotros. Y nuestro sistema inmunitario también funciona así: reconoce lo que pertenece al organismo y ataca lo que es extraño. ¿Lo ves? Es que es muy fuerte: el sistema inmunitario hace exactamente lo mismo que hacemos tú y yo en nuestro día a día, o Alastair y sus colegas: desconfiamos de la gente que no es como nosotros, ya sea por su color de piel, religión, forma de vestir, clase social o por su físico. —Después, dejándome alucinado, cita—: «El hombre es un lobo para el hombre cuando desconoce quién es el otro». Esa es la teoría del odio, de ahí tu... *aminadversión* hacia él.

Me rasco el brazo.

—Ya, y... ¿no será que también lo odio por cómo me trató en la barra y lo que nos hizo en el parquin?

—Tú no lo odias. Además, sin ánimo de defenderlo..., al final el chico te ayudó. Eligió traicionar a su amigo para darte una oportunidad, a pesar de que eso lo metería en problemas.

—Espera, espera... ¿Ahora te pones de su parte?

—Sí.

—¡Si ayer me pediste lo echase del bar!

—Lo sé.

—¡Y que no me olvidase de lo que nos hizo!

Arthur tuerce el gesto.

—Mmm, lo he pensado mejor. No sé, igual es que me ha dado pena que me digas que lo machacaron por esperarte. Encima de que vino para avisarte de que corres peligro.

—Bueno, pero corro peligro por su culpa.

—Aun así, Cody. Me parece un buen tío. No digo que sea un ser de luz, pero... dale una oportunidad. Si se la das a él, te la estarás dando también a ti. Es la única forma que tienes de salir de dudas, porque está claro que ese pijo, por lo que sea, te llama la atención.

Entrecierro los párpados y apoyo las manos en la barra.

—Eres un veleta.

—No, lo que soy es un romántico. A mí una historia de amor me pierde, qué le vamos a hacer.

—¡Pero si siempre me dices que no tienes corazón!

Arthur desvía la mirada y luego se acerca la jarra a los labios.

—No sé de qué me hablas, Cody.

—¡Yo sí que no sé de qué me estás hablando tú!

—Pues esto es muy fácil —comenta mientras deja la jarra en la barra—: ese chico, Alastair, ayer se quedó embobado mirándote la boca. El tío se puso tan nervioso que se tuvo que ir corriendo. Es evidente que solo alguien que se da cuenta de lo que siente hacia ti te mira de esa forma.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—Has visto demasiadas películas, Arthur.

—Pues sí, he visto muchas pelis, y sé reconocer cuándo estoy delante de una que pinta muy bien. Así que no seas tan tonto como para perderte la que podrías estar a punto de vivir.

—A ver..., bien, lo que se dice bien, no ha empezado.

—¿A quién no le gusta un poquito de drama al principio?

—Eso es tóxico.

—¡Que me arresten por ello! —Junta las muñecas—. No me jodas, Cody. Hay que ver la vida como si fuera una puta película. Piénsalo así: te acaban de dar un guion con una historia que no sabes a dónde te va a llevar. ¿No te parece emocionante?

—No.

Se frota las sienes con dos dedos, como si mi falta de entusiasmo le provocase dolor de cabeza.

—Mira..., si eres tan gilipollas como para rechazar el guion que el destino te ha puesto en las manos, ese tío terminará encontrando a otro.

Cuando le escucho decir aquello, «Terminará encontrando a otro», es como si sus palabras me asestaran un golpe. La idea no me entusiasma en absoluto.

—¡Ajá! ¡Ahí lo tienes! —prosigue, apuntándome con un dedo.

—No sé de qué me hablas.

Sonríe.

—Ya..., tú di lo que quieras, pero, por cómo te ha cambiado la cara, me parece que los dos estamos de acuerdo en que no queremos que ese tío conozca a otro, ¿no? —Sube y baja las cejas.

—*Ese tío* se llama Alastair y puede conocer a quien le dé la gana.

—¡Vamos, machote! —me anima, y luego me pega un puñetazo amistoso en el hombro izquierdo—. Escríbele para quedar y...

¡recupera tu guion!

Me parece una idea malísima, pero, a su vez, cobra fuerza en mi cabeza y empieza a apetecerme. Es igual a cuando probé el café. El primer sorbo no me gustó, el segundo me pareció que estaba algo mejor, en el tercero me acostumbré a su sabor amargo.

Creo que hablar de Alastair con mi amigo está haciendo que esa curiosidad que sentí cuando lo conocí vuelva a florecer. Quizá no es tan mala idea como pensaba y me termina gustando.

Y es innegable que, cuando me abrazó, se me puso durísima. Y una erección no se puede fingir.

—¿Cómo lo hago?

—Solo tienes que volver a hablar con él.

—Ni siquiera tengo su número de teléfono.

—Te sabes su nombre completo, ¿no? —dice—. ¿Has probado a buscarlo en Instagram? Te digo yo que en menos de cinco segundos, lo tienes.

—¿Y luego?

—Luego le dices de quedar con la excusa de que te devuelva la ropa y ya irás viendo qué pasa. Lo mismo descubres que te gustan los chicos o... O no. Eso todavía no lo sabes, *bro*. Pero si tienes dudas o hay algo dentro de ti incompleto que todavía te falta por conocer..., espero que, en lugar de huir, te enfrentes a ello. Y enfrentarse a ello significa quedarse el tiempo suficiente como para descubrir quién eres.

Inspiro y miro a Arthur con orgullo.

—Serías un buen psicólogo.

—Gracias, Cody, es por...

—¿Tu increíble personalidad?

Sonríe.

—Iba a decir que es por mezclar traumas con alcohol, pero también me vale.

Mi amigo se despide de mí y yo me paso el resto del día en el bar pensando en Alastair Everscourt. No sé cuándo volveré a verlo. Ni siquiera sé si eso llegará a pasar. Pero es la primera vez que me preocupa que nuestros caminos no vuelvan a coincidir.

Alastair sabe la dirección de mi casa y de mi trabajo, pero ¿qué es lo que sé yo de él? Solo que vive en el Upper East Side, que su familia tiene mucho poder en Manhattan y que su padre fundó, junto a un socio, la empresa Everscourt Capital Holdings, donde también trabaja él.

Aparte de eso, no sé nada más de ese chico. Ni los lugares que frecuenta, ni qué cosas le gusta hacer en su tiempo libre. Tampoco puedo acercarme a su trabajo como hizo él. Algún empleado podría vernos juntos. Y esa información no tardaría en llegar a oídos de su padre, lo que le complicaría bastante la vida.

La otra opción es encontrármelo por casualidad en otra zona más segura para él, como un parque, fuera del alcance de sus compañeros de trabajo y de su propia familia. Pero que esa situación se dé es algo remotamente difícil. O el destino se pone a tejer la historia para juntarnos de nuevo o le escribo un mensaje para decirle que yo también quiero verlo a él.

Así que sigo el consejo de Arthur y, en cuanto salgo de trabajar, introduzco su nombre en la lupa. Al segundo encuentro un perfil con su foto. Lo pulso para meterme en sus publicaciones.

La mitad de las fotos son con Blair, su novia. Las otras, montando a caballo, jugando al tenis o subido en un barco. Cada publicación que veo de Alastair parece sacada de una revista de moda. También aparece una imagen en la que posa junto a un hombre algo mayor, pero igual de rubio y repeinado que él. Deduzco que es su padre y

que el imponente rascacielos de cristal que se ve detrás de ellos es el edificio de Everscourt Capital Holdings.

Le escribo:

Ey, soy Cody :)

¿Por qué me tiemblan los dedos? Solo es un chico. Además, es un chico del que, hasta ayer, estaba convencido que no volvería a saber nada.

Creo que la carita sonriente sobraba, pero en lugar de borrar el mensaje, añado:

Has descubierto ya por qué me odias?

El móvil emite una vibración un cuarto de hora más tarde, cuando ya he bajado la persiana del bar y estoy entrando por la puerta de mi casa.

Sí.

A ver, dime

Espero su respuesta. No sé por qué me pongo tan nervioso, pero me sudan las manos y el corazón me late muy deprisa. Durante varios minutos, clavo la mirada en esos tres puntos suspensivos que se mueven haciendo olas en la parte inferior del chat. Alastair debe de estar escribiendo un mensaje bastante largo; eso o lo está borrando y empezando de cero una y otra vez.

Por fin, los puntos suspensivos desaparecen. Ha dejado de escribir.

Pero el mensaje no llega.

No entiendo qué sucede.

Alastair?

Me quedo mirando la pantalla durante varios minutos.

Nada.

Intento distraerme recogiendo la cocina y preparándome algo de cenar. Mi madre está durmiendo en su cuarto. Enciendo la televisión por llenar la estancia con algo, pero, cuando fijo la vista en la pantalla, la miro sin verla, porque no estoy atento a lo que sucede fuera, sino a las preguntas que me hago por dentro. ¿Qué era lo que me había escrito Alastair y por qué lo ha eliminado?

Media hora más tarde, cuando ya he terminado de cenar y me encuentro en mi habitación, la impaciencia puede conmigo y vuelvo a escribirle:

Oye, solo para saberlo. Te sigue apeteciendo verme?

Pasa una hora. Dos. Tres.

Él sigue sin responder a mis mensajes y yo no dejo de dar vueltas en la cama. Me pongo bocarriba, con la vista clavada en el techo. ¿Estará en línea? Me incorporo y vuelvo a comprobar el móvil. Sí está en línea, joder. Entonces, si está usando el móvil, ¿por qué pasa de mí? Odio la sensación que se me crea alrededor del pecho, es como si dos manos me empujaran hacia abajo, hundiéndome en los muelles del colchón.

Tengo un mal presentimiento.

Te pasa algo?

Lo mismo piensa que soy un pesado, pero mi intuición me dice que algo no va bien.

Ayer parecía muy decidido a volver a verme, por eso no me cuadra que ahora pase de mí. Le ha tenido que pasar algo.

Pero, por si acaso no le ha pasado nada y solo ha cambiado de opinión, añado:

A mí me apetece verte

Me siento imbécil. Creo que lo estoy empeorando. Quizá le agobia la idea de quedar y yo no dejo de presionarle, pero la ansiedad me está jugando una mala pasada. No sé manejarme en esta situación. Es la primera vez que siento que pierdo el orgullo y me arrastro por alguien. Y no esperaba que fuera por un tío. Me lo llegan a decir hace un par de semanas y me habría reído.

Dejo el móvil en la mesita de noche y repaso mentalmente lo último que viví con él, nuestra despedida en el taxi. Intento acordarme de si dije o hice algo que lo fastidiara todo, pero no recuerdo nada que justifique este cambio de opinión. Nada salvo que haya resuelto la pregunta que le he repetido por mensaje, por qué me odia.

Es lo único a lo que ha respondido. Y ha dicho que ya sabe por qué.

Podría ser el motivo de su silencio. O puede que, anoche, sus padres lo pillasen al volver de esa guisa, con el labio partido. «¿Quién te ha dejado esa ropa? ¿De dónde vienes? ¿Qué te ha pasado?». Y que a él no le quedase más remedio que contárselo todo, o, por lo menos, contar hasta donde podía para seguir protegiendo su secreto. Igual por eso ya no quiere nada conmigo, porque le parece demasiado arriesgado.

Vuelvo a coger el móvil, a meterme en la conversación. Estoy a punto de preguntárselo otra vez. Me prometo a mí mismo que esta será la última. Si no obtengo respuesta, lo dejaré ir.

Pero entonces veo que ya no puedo enviarle más mensajes porque Alastair me ha bloqueado.

32

Alastair

La caída de Goliat

Reconozco que no esperaba que Cody fuera a escribirme.

Han pasado dos semanas desde que lo bloqueé, cuando yo acababa de despedirme de Bradford, con quien quedé esa misma tarde de sábado. Lo recibí en mi habitación con gorra y gafas de sol e intenté no levantar mucho la cabeza. Él no sabía que me habían pegado una paliza, y prefería que eso siguiera así. Cuanto más secretos conoce uno del otro, más ventaja obtiene.

Era consciente de que me estaba arriesgando quedando con él, y que lo más inteligente habría sido esperar un día o dos a que se me bajase la hinchazón. Pero necesitaba asegurarme de que Cody estaría a salvo. No quería que corriese ningún peligro por mi culpa; priorizarlo a él era más importante que meterme en otro problema. Además, confiaba en que mi conversación con Bradford dejase a este atado de pies y manos.

Así que le propuse pasar al salón, nos sentamos frente a la mesa y le pedimos a la asistenta algo de beber. Él se pidió una cerveza, yo una Coca-Cola Zero. Me miraba con una mezcla de curiosidad e impaciencia. Se moría por saber por qué lo había hecho venir.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante de lo que me quieres hablar? ¿Tiene algo que ver con las gafas de sol y esa gorra?

—No.

—¿Y por qué parece que vas de incógnito en tu propia casa? Joder, Alastair, ¿eso que tienes ahí es un chichón?

Bajé aún más la cabeza, intentando ocultarme. No tenía que darle explicaciones a Bradford sobre eso, así que fui directo al grano: lo amenacé con conseguir que despidieran a su padre si él le tocaba un pelo a Cody.

A Bradford se le desencajó la cara por completo.

—Es coña, ¿no?

Negué sin levantar la vista de mi Coca-Cola.

—No, no lo es. Lo digo en serio. No vas a ponerle una mano encima a ese chico. Necesito que me prometas que lo dejarás en paz.

Bradford pegó un golpe en la mesa.

—Pero ¿quién te crees que eres para darme órdenes a mí?

Quería que la conversación fuera lo más pacífica posible, pero hubo varios momentos mientras hablaba en los que creí que, incapaz de controlar su ira, acabaría abalanzándose sobre mí.

Pero entonces, en lugar de pensar que estaba delante de alguien que me imponía cuando se enfadaba, me convencí a mí mismo de que la persona que tenía delante era un cliente con el que estaba cerrando un trato en mi despacho.

Eso se me da bien. Entrar en la oficina me transforma en un tiburón de los negocios. Si puedo representar a la firma en negociaciones de alto nivel, esa negociación con Bradford era pan comido.

Además, jugaba en casa. Me sentía más protegido en mi terreno. Así que levanté la vista del vaso y clavé los ojos en él.

—Me voy a encargar personalmente de conseguirle a tu padre un puesto mejor en la empresa. Yo solo te estoy pidiendo que, a

cambio, dejes en paz a ese chico. Creo que lo tienes bastante fácil. Si no haces nada, todo irá bien.

—Pero es que me pides demasiado. ¡Ese maricón me pegó un puto puñetazo en la mandíbula! ¿No ves cómo me la ha dejado?

La zona en la que había recibido el golpe estaba de un color amarillento y marrón claro.

—En una semana se te habrá curado del todo.

—También te ha pegado a ti. ¿No? ¿Por eso no quieres que vaya a por él? ¿Te ha amenazado y le tienes miedo?

Negué moviendo la cabeza.

—Pues entonces no entiendo nada. ¿Por qué cojones lo proteges, Alastair?

Sonreí mientras le daba un sorbo a mi refresco. Y vi que Bradford se ponía cada vez más nervioso. Que miraba a un lado y otro del salón como si no supiera cómo hablarme ahora que yo parecía haber cambiado.

Me pareció interesante darme cuenta en ese momento de cómo funciona la seguridad. No es algo que puedas ponerte encima como una chaqueta. Y, aun así, cuando te muestras confiado, la gente lo capta al momento.

Bradford también estaba viendo esa convicción en mí. Por eso bajó los hombros y me pareció que se encogía en la silla. Eso, a su vez, hizo que yo me viese a mí mismo como una persona más fuerte que él.

—No te lo voy a repetir más veces. Si le haces algo o le cuentas a alguien cualquier cosa que pueda perjudicarme...

—Mi padre pierde el trabajo.

Asentí.

—Bien. Veo que por fin entiendes de qué va esto.

Bradford tenía la cara roja y los nudillos blancos de tanto apretar las manos. Reconozco que una parte de mí disfrutó viéndolo así de cabreado. Él no estaba acostumbrado a que nadie le plantara cara. Y de pronto se encontraba con un enemigo nuevo al que había subestimado porque creía que podía controlarlo, igual que controlaba al resto de los integrantes del grupo.

Creo que, hasta ese día, Bradford nunca se imaginó que yo iba a darle tantos problemas. Ya lo traicioné una vez para salvar a Cody. Pero en ese momento lo estaba amenazando para que tampoco pudiera ponerle una mano encima. Estaba jugando la única carta que tenía contra él. Aunque sabía que era la carta ganadora. Por eso notaba una confianza que no era propia de mí.

—¿Qué pasa, Alastair? No me jodas que le has cogido cariño a ese desgraciado.

—Baja la voz. Recuerda que si alguien más te escucha...

—Lo sé, imbécil —me cortó, harto de sentir que estaba atado por todas partes. Aun así, Bradford me hizo caso y bajó la voz—: ¿Y qué, ya te lo has follado? ¿O es él el que te folla a ti? ¿Tanto te gusta como para seguir protegiéndolo?

Mis manos se convirtieron en puños.

—Que te olvides de él, hostia. Es lo único que te pido. Y ni una puta palabra a nadie sobre esto. —Me señalé la cara, que seguía medio tapada con la gorra y las gafas de sol—. ¿Entendido?

Bradford echó el cuerpo hacia atrás.

—Me pides demasiado. ¿Sabes qué creo? Que debería hablar ahora mismo con tus padres. Seguro que se ponen muy contentos cuando les diga que su hijo come pollas.

La rabia subió con tanta velocidad a mi rostro que este se volvió rojo.

—Si me hundes, te arrastraré conmigo —le dije, mirándolo a los ojos—. Yo estaré muy jodido, pero tu padre también, porque te juro que haré que lo echen y no pararé hasta asegurarme de que no lo contraten en ninguna otra puta empresa de Manhattan.

—Tú no tienes tanto poder.

Se me escapó una sonrisa de suficiencia.

—Nunca subestimes a un Everscourt. Puede que yo pierda el legado familiar, pero seguiré teniendo todos los contactos de esta ciudad. Conozco a gente que no me dará la espalda. Así que controla lo que dices y no te pases de listo.

Bradford parpadeó. Sus ojos estaban muy abiertos; me miraba con incredulidad, como si no reconociese a la persona con la que se estaba enfrentando y aquel giro lo hubiese pillado por sorpresa.

—¿Qué te pasa? Tú antes... tú antes no eras así. Desde que has conocido a ese camarero, has cambiado.

—Que estoy hasta los huevos de ti y de todo el que intenta controlarme. Eso me pasa. Así que toma una decisión. O ganamos... o perdemos los dos. Tú decides.

Me crucé de brazos. Y Bradford, viendo que no le dejaba otra alternativa, escupió:

—Puto maricón de mierda. ¡Me estás haciendo chantaje!

—Perfecto. Ahora estamos en tablas.

Bradford tenía ganas de pegarme, pero terminó aceptando mis condiciones. No le tocaría ni un pelo a Cody, lo dejaría pasar y se olvidaría del puñetazo que este le había propinado. A cambio, yo no hablaría con mi padre para malmeter sobre el suyo, sino todo lo contrario: le conseguiría un ascenso. Y no le contaría a nadie la relación de Bradford con mi novia.

Respecto a Blair, mi amigo me confesó que quería ir en serio con ella.

—Déjala, Alastair —me pidió—. Ella no te deja a ti por su padre.

—Y yo no puedo dejarla a ella por lo mismo. No es una decisión que dependa de mí. Depende de lo que quieran mis padres. Ellos lo deciden todo.

—¿Y no se puede hacer nada?

—Puedes seguir quedando con ella, pero... espero que la cuides como se merece. Blair es una gran mujer.

—Lo haré.

Pensé en ella, en esa relación que nunca había dejado de ser una amistad, porque el amor no llegó a florecer en ninguno de los dos. En que si juntas a la fuerza dos almas que no están destinadas a permanecer unidas, son como dos piezas de puzles diferentes que no tienen forma de encajar. Y una pieza me llevó a otra y terminé pensando en él. En Cody. En que, en ese momento, mientras hablaba con Bradford en el salón de mi casa, habían pasado dieciséis horas desde que nos habíamos visto, él de pie y yo desde la ventanilla del taxi.

Entonces seguía convencido de que volvería a encontrármelo muy pronto.

Pero no sabía lo que sucedería después. Que, cuando Bradford se fuera de mi casa, recibiría un mensaje de Cody que me haría cambiar de opinión.

Fue algo drástico.

Pero lo bloqueé porque, de repente, descubrí la respuesta a la pregunta que él me había hecho la noche anterior. La razón por la que una parte de mí lo odia.

Ojalá no haberlo descubierto tan rápido.

Primero llegó esa sensación: me gustó que él me escribiera. De no ser así, no me habría quedado sonriéndole a la pantalla con cara de

bobo. El chico de la cicatriz me había enviado un mensaje, y era el pretexto perfecto para seguir hablando con él.

Luego me asaltaron las dudas: sabía que, si le seguía el rollo, Cody no tardaría en preguntarme cuándo íbamos a quedar para que le devolviese la ropa. Pero, a pesar de que había sido yo quien había confesado que me gustaría volver a verlo, de pronto ya no me parecía tan buena idea. Era demasiado arriesgado. Ya lo arriesgué todo por él una vez, el día que lo conocí, cuando me tocó elegir entre él o yo. Y no quería volver a jugármela una segunda.

Se me borró la sonrisa con la que miraba la pantalla del móvil. Comencé a escribir y a eliminar el mismo mensaje sin saber muy bien qué responderle. Había estado con él dos veces en persona, las dos igual de intensas, y en las dos Cody había despertado en mí un interés que no había sentido antes por nadie.

Si seguía respondiéndole los mensajes, al final habría quedado con él. Habría vuelto a mirarlo a los ojos, a ponerme nervioso, a tener ganas de abrazarlo, de besarlo, de querer mandarlo todo a la mierda. En definitiva, si volvía a verlo, cualquier plan que hiciera con él, desde dar un paseo hasta ir al cine o llevármelo a montar a caballo, nos haría conocer más cosas el uno del otro. Y después seguiríamos quedando. Y luego, con el tiempo, llegaríamos a cogernos confianza, a tenernos cariño.

Y entonces llegó la revelación.

Eso era lo que más me aterraba.

Empezar a hacer todos esos planes con el chico del que podría enamorarme.

33

Alastair

¿Qué me has hecho, Cody?

Han pasado casi tres semanas desde que tomé la decisión de bloquearlo. Lo único que permanece de esa noche es una pequeña cicatriz en la frente que me remite inevitablemente a él.

Mis padres ya me permiten salir de casa. Ya no tengo que esconderme. Soy libre.

El lunes regresé a la oficina. Me pasé la mañana revisando contratos; después, por la tarde, tuve una reunión con un cliente que venía en representación de un banco extranjero. Conseguí mantener esa fachada de hombre de negocios perfecta. La imagen que mi padre está construyendo para que un día sea como él y continúe su legado.

Pero lo que no pude y sigo sin poder hacer es dejar de pensar en la misma persona. Lo recuerdo cuando estoy en mitad de una reunión, cuando me encuentro en el descanso con mis compañeros, cuando vuelvo a casa en taxi y miro los rascacielos de la ciudad a través de la ventanilla. Siempre es él. Cody, Cody, Cody. Como una canción de la que no te despegas y la repites en bucle.

En el tiempo que llevo sin hablar con el camarero, no he dejado de darle vueltas a los mensajes que me envió y decidí cortar de raíz.

Hoy es jueves por la tarde, acabo de llegar de trabajar y lo primero que he hecho nada más encerrarme en mi habitación ha sido meterme en el chat. Lo hago todos los días. No importa lo que ocurra, siempre termino metiéndome en el chat para releer sus mensajes. Y luego utilizo mi cuenta secundaria para poder ver las fotos que tiene subidas al perfil. En algunas sale con su amigo Arthur. En otra, está apoyado en una pared infestada de grafitis, vestido con un pantalón ancho que tiene cinco bolsillos en cada pierna y una camiseta de tirantes blanca que, aunque no puede ser más hortera, le resalta mucho los hombros. Es como si su intención fuera esa: contarle a los demás que, debajo de esa camiseta interior, hay una espalda poderosa y bonita.

He de confesar que su estilo me horroriza. Cody no puede ser más diferente a mí en ese sentido. En realidad, él y yo somos diametralmente distintos. Por lo que pude ver, vive en unas condiciones precarias. Su casa es pequeña, está en un barrio poco recomendable, debe cuidar de su madre enferma y tiene un trabajo con el que dudo que consiga ahorrar.

Lo único que nos ata al chico de la cicatriz y a mí, lo que nos mantiene unidos como si cada uno sujetase el extremo de una cuerda y tirase en la dirección opuesta, es el odio.

Pero también hay una parte de mí que no lo odia. Y, cuando atiendo esa parte e ignoro la otra, fantaseo con estar con él. Con volver a verlo. Con besarlo y quitarle esa camiseta de tirantes.

Cierro los ojos y me imagino cómo se vería Cody con un traje cruzado azul marino. Pero enseguida vuelvo a reemplazar ese traje por la maldita camiseta de tirantes blanca. Porque el chico de la cicatriz es eso, un chico de barrio que tiene su propio estilo. Y, aunque es algo que yo no me pondría ni loco, me doy cuenta de que cada vez me gusta más cómo se ve en él.

—Dios mío.

Sí: Dios mío. Porque, con tanta foto de Cody, algunas de ellas sin camiseta frente al espejo del baño, he acabado con una erección que parece imposible de bajar. Estoy tumbado en la cama bocarriba y la tengo como una piedra.

—Y ahora ¿qué hago con esto?

Instintivamente, regreso una vez más a los mensajes que Cody me envió. Me los sé de memoria y, aun así, los vuelvo a releer mientras bajo la mano que tengo libre hasta la tira del pantalón y la deslizo por debajo para tener acceso a mi polla. Empiezo a acariciarla arriba y abajo con suavidad, pero la tela del pantalón me incomoda, así que termino bajándomelo hasta las rodillas junto con los calzoncillos. Después, vuelvo a mirar sus fotos. Me detengo en todas en las que sale sin camiseta. Y luego me acerco la pantalla del móvil a la cara en un intento un poco inútil de sentirlo todo un poco más real.

Me masturbo con fuerza y rabia, sin dejar de mirar su cuerpo. Su ombligo. Su estómago. Su cuello. Subo hasta llegar a su boca, a esos labios finos que me muero por probar. Miro sus ojos, esa batalla del verde contra el marrón en el que nunca terminas de saber cuál de los dos colores gana. Y, al final, acabo en la cicatriz que tiene en el ojo izquierdo. La que sigo sin saber cómo se hizo y parece encerrar un secreto.

—¿Qué me has hecho, Cody?

Le susurro a su foto. Lo hago sin dejar de masturbarme. Escupo en mi mano para que los dedos me resbalen por la polla con mayor facilidad.

Y luego se me pasa por la cabeza hablarle. Enviarle un mensaje después de este tiempo de silencio. Ahora es cuando más ganas tengo de desbloquearlo. Pero como no quiero que la razón de que

volvamos a hablar sea esa, escribirle porque estoy cachondo y me vuelvo loco si pienso en cómo sería estar dentro de él, contengo el impulso y sigo pajeándome.

No quiero hacer las cosas por un calentón. Quiero hacerlo cuando tenga la mente fría.

El problema es que, cuando termino y me corro, me siento sucio. Y entonces me invade la sensación de que he hecho algo terrible. De que hay algo en mí que no está bien. Que está defectuoso.

Pienso en mis padres. En la decepción y el odio que vería reflejados en sus ojos si supieran que su hijo, ese que pretenden que sea perfecto, es en realidad una mentira.

Sobra decir que se me han quitado las ganas de escribirle.

Me reclino sobre el cabecero, sin salir de la cama. Estiro el brazo para coger un Kleenex de la mesita de noche y me limpio el abdomen. Hago una pelota con el papel y dejo el móvil bocabajo.

No me gusta sentirme así.

Vuelvo a estirarme sobre la cama, dejo caer los brazos pesadamente a cada lado y, con los ojos fijos en el techo de mi habitación, pienso:

De todas formas, este tío lleva semanas sin tener noticias de mí. Seguro que está enfadado conmigo. Y seguro que si le hablo ahora... Pfff. Si le hablo, este tío me manda a tomar por culo.

Mi conciencia me responde:

«Y estaría en todo su derecho. El chico te dio la oportunidad de conocerlo. ¿Y qué hiciste tú? Bloquearlo».

Me asusté.

«Recibir sus mensajes te hizo muy feliz. Y esa felicidad te asustó. Que Cody empezase a tener algún tipo de poder sobre ti, la posibilidad de que terminase convirtiéndose en alguien importante, te hizo dar un paso atrás».

Puede ser.

«Te da miedo llegar a sentir algo fuerte por él porque sabes que ese amor es un lujo que no te puedes permitir».

Lleno los pulmones con brusquedad y cierro los párpados con fuerza. Después, acepto la realidad. Es mejor hacerlo cuando todavía estás a tiempo de que no duela.

Si sabes que algo va a acabar, ¿para qué empezarlo?

34

Alastair

¿Crees que podrás perdonarme?

No sé si al final me arrepentiré de lo que estoy a punto de hacer. Pero necesito ver a Cody. Cuando lo bloqueé, pensé que nos estaba protegiendo a los dos. Pero en realidad solo me estaba protegiendo a mí mismo. Porque es más cómodo seguir en la jaula en la que te han enseñado a permanecer desde pequeño que reunir el valor para salir de ella y empezar a descubrir las cosas que te estabas perdiendo.

Cojo papel y boli. No sé cómo empezar. «Hola, Cody. ¿Crees que podrías perdonarme?». No. Demasiado sencillo. «Te echo de menos y siento haberte bloqueado. ¿Por qué no empezamos de cero?».

Al final, le escribo:

> Podría ponerte alguna excusa, pero prefiero decirte la verdad. Estoy acojonado, Cody.
>
> Me da miedo haberte conocido porque siento que yo soy orden y que tú lo desordenas todo. Cuando te veo, me siento como ese niño que está aprendiendo a caminar. No tengo ni idea sobre el amor, pero sé que no puedo dejar de pensar en ti.
>
> ¿Me estoy pasando de intenso? Perdona, no sé hacer esto mejor. Pero si tú también sigues pensando en mí y sigues queriendo verme (aunque sea para decirme que soy un cobarde), estaré esperándote el domingo a las siete de la tarde en el MET, en la sala de Pintura Europea.
>
> Tampoco confío en que aparezcas. Yo no sé si lo haría.

Pero prefiero intentarlo a quedarme con la duda.

Dejo la nota sobre su camiseta de The Beatles, aprovechando que voy a devolverle a Cody la ropa que me prestó. Está limpia y desprende olor a lavanda, lo que aporta una sensación de frescura agradable. Sobra decir que está planchada y doblada a la perfección. Es lo que me han enseñado siempre. Cada detalle cuenta.

Pongo la dirección de su casa y envío el paquete. Lo he desbloqueado de Instagram, y me paso lo que queda de día atento al móvil, por si me escribe.

Nada.

Cody no me responde ese día. Ni al siguiente. Ni al siguiente.

Por eso, cuando llega el domingo, estoy al noventa y nueve por ciento seguro de que no va a aparecer. Y, aun así, estoy nervioso por ese uno por ciento. Porque existe la posibilidad de que decida acudir.

El taxi me deja frente al Museo Metropolitano de Arte. Subo las escaleras que conducen al vestíbulo con un nudo en la garganta y, tras pagar la entrada, me dirijo a la galería de Pintura Europea. Mientras recorro el largo pasillo de mármol, siento que una mano invisible se mete en mi pecho y lo desordena todo. Paseo junto a las obras con el corazón a mil. Cada vez que veo a un chico de espaldas en la sala, cruzo los dedos para que, cuando se dé la vuelta, encuentre una cicatriz en su ojo izquierdo.

Pero ninguno es Cody.

Y, en realidad, da igual la cantidad de chicos que pasen por delante de mí, con el pelo negro y despeinado y un cuerpo parecido al suyo. Antes de que se giren, por mucho que desee estar equivocado y verlo a él, sé que no lo son.

Creo que todos desprendemos algo que nos identifica. Y creo que eso nos pasa porque el alma no llega a ser del todo invisible a los

ojos. Que la tenemos cosida a la piel, como un barniz que nos aporta un brillo único y especial que nos distingue del resto.

Saco el móvil del bolsillo y miro la hora. Las siete y cuarto. No me he movido de la sala de Pintura Europea. En la nota le dije que lo esperaría aquí, me da miedo cambiar de sala y que luego no me encuentre.

Eso... si decide venir, claro. De momento, sigue sin aparecer.

¿Y si no llegó a recibir el paquete?

¿Y si lo recibió pero ya era demasiado tarde?

Resignado, me siento en el banco que hay frente a la obra *Retrato de un joven*, de Antonello da Messina. A Blair no le gusta este cuadro, pero a mí me encanta. Creo que lo que más me gusta es esa sonrisa contenida con la que observa al espectador. Casi todo el mundo habla de la sonrisa de *La Gioconda* de Leonardo da Vinci, pero yo encuentro más interesante la del cuadro que está frente a mí.

Después de mirarlo durante un rato, me parece ver a alguien entrando en la galería. El corazón vuelve a martillearme el pecho. Giro la cabeza a mi derecha y entonces lo veo. Está de pie, al fondo de la sala, mirándome con intensidad. Lleva una sudadera gris, pantalones anchos con efecto lavado y las manos dentro de los bolsillos como si no supiera qué hacer con ellas.

Avanza hacia mí sorteando un par de turistas que están contemplando otra obra y comentándola en voz baja. Sus zancadas son largas y torpes, sin medida. Esa torpeza que veo en él es la causante de que no pueda dejar de sonreír.

—Has venido.

—Sí, he venido. Y he llegado veinte minutos tarde porque hasta el último momento no sabía si hacerlo.

—Me alegro de que al final lo hayas hecho.

—Es porque me encanta tomar malas decisiones.

Ahora sonreímos los dos.

Después me hago a un lado para que se siente conmigo. Nos quedamos un momento en silencio, contemplando la obra.

—Este cuadro es uno de mis favoritos —comento en voz baja.

—¿Por qué te gusta tanto?

—Por cómo trabaja la sutileza —digo, sin dejar de mirar la pintura —. El pintor consiguió recrear la luz con el óleo con una precisión quirúrgica. La pose del joven, la sutileza con la que la luz incide en su rostro, la mirada directa al espectador, esa sonrisa contenida... Cada cosa está donde tiene que estar. Todo sigue un orden.

—¿Como tú? —suelta Cody.

Me vuelvo hacia él, sorprendido por su comentario.

Cody, sin despegar los ojos de *Retrato de un joven*, inclina su cabeza hacia mi hombro y extiende un dedo para señalar el cuadro.

—Mira bien la sonrisa que tiene —dice—. A ver, que yo mucha idea de arte no tengo, pero sé reconocer cuando alguien no parece feliz. Y este tío que nos está mirando no es feliz. Vamos, eso te lo puedo asegurar.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Ah, ¿por eso te recuerda a mí?

—Pues... sí.

—Vaya, muchas gracias, Cody. Es de las cosas más bonitas que me han dicho.

—Imbécil. —Ríe—. Me recuerda a ti porque tiene esa sonrisa que pone la gente cuando está obligada a sonreír por educación, aunque por dentro esté hecha una mierda. Es la sonrisa con la que intentas decirle al mundo que estás bien. Pero fíjate en sus ojos. ¿Lo ves?

Me inclino hacia delante y miro el cuadro que he visto tantas veces, en busca algo nuevo que debería encontrar en el punto que

él me señala.

—Solo son unos ojos, Cody. ¿Qué más se supone que tendría que ver?

—Que tiene la mirada cansada. Es como... como si quisiera ser otra persona.

Entonces sí, Cody deja de mirar la obra y se gira hacia mí. En voz baja, me dice:

—Cuando te miro a los ojos, tengo la misma sensación que cuando miro al hombre del cuadro. Te miro... y me parece ver a alguien a quien le gustaría ser otra persona.

Sus palabras hacen que, cuando alzo la vista al cuadro, lo observe desde un prisma distinto. Siempre me había gustado la obra de Antonello porque para mí reflejaba la elegancia y el control. Pero ahora no solo veo la técnica, también veo a ese joven que parece esconder tristeza en su interior. Y que esa tristeza de la que Cody me habla se encuentra justo detrás de esa sonrisa contenida con la que el chico del cuadro se presenta al mundo.

—No sé cómo lo haces —digo al final.

—¿El qué?

—Ver cosas en los demás que no se ven a simple vista.

Cody sonríe.

—Quizá es porque el mundo cambia tan deprisa que nos han enseñado a ir igual de rápido con todo. Y al final nos perdemos las cosas más importantes. Porque, aunque tengamos la verdad delante de nosotros, cada vez somos más impacientes, lo queremos todo ya, vivimos sobreestimulados. Y por eso nos cuesta tanto parar y tomarnos un segundo para observar con atención el mundo que nos rodea.

No esperaba que Cody fuera a compartir conmigo una reflexión así. Tampoco que fuera a enseñarme que *Retrato de un joven*

esconde más de lo que se ve a simple vista. Como suele suceder también en la vida.

Engañar a los demás sobre lo que tú eres es fácil. La mayoría de la gente se queda solo en la superficie. Aunque engañarte a ti mismo termina siendo agotador.

Pero está claro que hay una persona a la que no puedo engañar porque consigue verme por dentro.

Nos quedamos un rato callados. Algunos turistas se acercan a contemplar la obra. Luego, cuando volvemos a quedarnos solos en la galería, le digo:

—Perdón por haberte bloqueado, Cody. Sé que no debería haberlo hecho. Y sé que, si iba a dejar de hablarte, por lo menos tendría que haberte dado una explicación. Pero me dio miedo.

Cody asiente por toda respuesta. Permanece en silencio, sentado conmigo en el banco. Su hombro está tan cerca del mío que a veces se rozan sin querer. Cuando eso ocurre, noto que me sudan más las manos, que mi cuerpo se enciende.

Me aclaro la garganta.

—Es la primera vez que yo...

—¿Mmm?

No sé cómo terminar la frase sin que parezca que me he obsesionado con él.

Solo sé que, cuando lo miro a los ojos, siento que algo dentro de mí que estaba perfectamente medido y calculado se suelta y luego sube con fuerza a mi pecho. Que Cody lo desordena todo.

—Es la primera vez que siento que alguien me importa —consigo decir.

Me mira.

—¿Y por eso desapareces?

Me retuerzo las manos, nervioso.

—Para mí es difícil, ¿sabes? Estar con alguien que me recuerda quién soy por dentro. Cuando estoy contigo pienso en mil cosas que me encantaría hacer. Pienso en todos esos planes que podríamos hacer juntos, en todas las cosas buenas que me voy a perder porque... porque me da miedo dejar de ser el hijo perfecto que mis padres esperan que sea. Me da miedo eso, su reacción, lo que diga mi círculo, la prensa... y me da miedo llegar a perder todo por lo que he luchado solo por haberme fijado en ti.

—Así que por eso me odias —dice.

—Sí. Pero solo te odio... un poco.

—Entiendo.

Agacho la cabeza y clavo los ojos en mis rodillas.

—Tú no has hecho nada mal, Cody.

—¿Pero?

—Pero despiertas una parte de mí que yo no me he permitido sacar a la luz.

Él inspira pesadamente.

—Entonces ¿por qué me has enviado esa nota? ¿Por qué has querido verme?

Levanto la vista hasta él y lo miro a los ojos, a esa enredadera de tonos verdes y marrones. Y entonces, bajando mucho la voz, le confieso:

—Porque necesitaba vivir algo que fuera real.

Cody se queda un momento callado.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dice por fin.

—No lo sé. Pero creo... creo que podríamos empezar siendo amigos. Si a ti te parece bien.

Él sonríe con tristeza.

—Amigos.

—Sí, Cody. Amigos.

Vuelve a quedarse callado. Está meditando mis palabras. Parece decepcionado, como si él esperase otra cosa de mí. Me encantaría colarme en su mente para oír el diálogo interno que sé que mantiene mientras yo no aparto los ojos de él.

Los dos estamos tan cerca que su respiración choca con la mía. Pero sigue existiendo una barrera invisible entre ambos. El miedo es el muro que más cuesta atravesar. Pero el corazón va por libre, y el mío late tan fuerte que siento que se escucha por toda la sala. Que cada latido es un salto que doy entre un cuadro y otro hasta volver al que tenemos frente a nosotros.

Cuando miro a Cody, me recuerda a una pintura en movimiento. Podría quedarme mirándolo durante horas, hasta aprenderme cada trazo de pincel, cada capa de pintura, el significado entero de lo que es él, lo que quiere mostrar a los demás y lo que se guarda dentro y no se ve a simple vista.

Quiero mirarlo con los ojos con los que él me ha enseñado a ver *Retrato de un joven*, con una mirada nueva y profunda.

Todo en él parece un acertijo que esconde otro enigma en su interior. Da la sensación de que no será muy complicado acceder a él, pero luego, cuando lo conoces, te das cuenta de que tiene muchísimas más cosas dentro. Que solo te permite ver una parte de sí mismo, pero que todavía queda un mundo por descubrir. Quizá eso, junto a lo distintos que somos, hace que me resulte tan interesante.

De tanto mirarlo, mis ojos encuentran el camino que conduce a su boca.

Trago saliva.

Es solo un segundo.

Después aparto la mirada con brusquedad, aunque no me alejo de él.

Sé que es consciente de lo que acabo de hacer y de lo nervioso que estoy.

Cierro las manos en puños, busco mi voz y rompo el silencio.

—¿Crees que podrás perdonarme?

Cody asiente.

—¿Y tú, Alastair? ¿Me perdonas a mí?

Frunzo el ceño.

—¿Yo a ti por qué?

—Por esto.

Y entonces me besa.

35

CODY
El mundo del revés

Los labios de Alastair, en vez de relajarse y separarse, se cierran bajo llave y se tensan sobre los míos. Esa tensión se reparte a lo largo de todo su cuerpo. Lo noto en su mandíbula, en la forma en la que aprieta los dientes. Lo noto en sus hombros, que se vuelven rígidos, y luego la tensión se propaga como un veneno sobre la espalda y los brazos.

No me cuesta mucho imaginar todo lo que se le estará pasando por la cabeza en este momento. Que está besando a otro hombre en público. Que alguien podría entrar en la sala y ver que su boca está pegada a la mía.

Pero a pesar de esa tensión que noto en él y que termina contagiándome..., a pesar de que nada más aplastar mi boca contra la suya se me ha cerrado la garganta porque a mí también me da miedo haberme lanzado al vacío y experimentar el vértigo..., a pesar de ello, y contra todo pronóstico, Alastair Everscourt me permite besarlo.

No se separa de mí. Mantiene los labios pegados a los míos, completamente cerrados. Y yo no intento reclamar su lengua. Sé que es demasiado pronto, que lo que estamos haciendo es tan frágil que es fácil que se rompa.

Por eso contengo la respiración.

Durante los tres segundos que dura el beso, se me encoge el estómago y se me acelera el corazón. También escucho el suyo, como un tambor que golpea su pecho. Alastair está igual de nervioso que yo. Su boca tiembla ligeramente sobre la mía.

Me gusta pensar que, en este beso, él encuentra una rendija de libertad.

Y que por eso cierra los ojos.

El aire que suelta por la nariz me produce un cosquilleo agradable. Hunde los hombros, la tensión desaparece, eso hace que yo por fin me permita dejar de pensar.

Cuando se aparta de mí, abre los ojos muy despacio. Permanece callado. Después desvía la mirada hasta el cuadro.

Creo que debería decir algo, y, a la vez, no se me ocurre nada. Sinceramente, pensaba que al inclinarme para besarlo, Alastair me rechazaría.

No esperaba que, durante tres segundos enteros, su boca aceptara la mía. Tampoco que apenas un beso fuera a gustarme tanto.

Sin dejar de mirar el cuadro, murmura:

—¿Por qué lo has hecho?

Lo miro aunque él no me mire a mí.

Cuando conocí a Alastair en el evento de Armani, me pareció divertido jugar a psicoanalizarlo desde la barra. No me llevó mucho adivinar que era un chico dentro del armario al que le había llamado la atención. A ver, no hace falta tener un doctorado en Psicología para adivinar aquello que él se esfuerza tanto en ocultar al resto del mundo. Cuando tienes miedo de que la gente descubra algo de ti, contrariamente a lo que se cree, tanto ese miedo, como las

precauciones que el miedo te lleva a tomar se encargan de dar pistas sobre tu secreto.

Pero quizá debería haber puesto el foco en mí, no en él. Entender qué me pasaba.

De haberlo hecho, quizá no me habría obstinado en que no me gustan los hombres. No habría necesitado una conversación con Arthur sobre la teoría del odio. Y habría aceptado que Alastair Everscourt podría ser esa persona que llega a tu vida para ponerla patas arriba.

—¿Por qué me has besado? —insiste.

—Porque necesitaba comprobar una cosa.

Se gira y clava sus ojos azules en mí.

—¿El qué?

—Lo que en el fondo ya sabía.

Es cierto que, antes de conocer a Alastair, yo ya me había cuestionado mi orientación sexual. Pero también que estaba convencido de que si algún día llegaba a fijarme en un hombre, no sería alguien como él. Creía que la persona que me generaría ese tirón en el pecho, esas ganas de permanecer cerca de ella, respondería a otro prototipo.

Siempre me he fijado en mujeres de baja estatura con un estilo desenfadado, tirando a *hippie*. ¿Qué tiene eso en común con Alastair? Absolutamente nada. No había ningún indicio de que pudiera llegar a fijarme en él.

Pero es lo que pasó: me fijé en él de inmediato y, en nuestro segundo encuentro, volví a sentir ese tirón inconfundible que me avisaba de todo lo que me hacía sentir.

Y por eso he venido. Y por eso no podía regresar hoy a casa sin haberlo besado.

Alastair entorna los ojos.

—Esa respuesta es demasiado ambigua —protesta—. Sé más preciso.

—Bueno, creo que me has entendido perfectamente.

—Y yo creo que puedes decirlo.

Lo miro con profundidad. Estamos tan cerca que no me costaría nada volver a besarlo.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

Él asiente.

—Después de la nota que te he escrito yo...

—Está bien —acepto—. Te he besado porque quería descubrir si hay algo más fuerte que el odio. Y lo hay. Son las ganas de querer saber qué se siente cuando estás delante de alguien que te gusta y te atreves a saltar al vacío.

Alastair se queda callado, mirándome.

—Supongo que al final tú y yo no somos tan distintos como creíamos —agrego—. En parte, yo también me veo reflejado en el cuadro.

Él levanta una ceja.

—¿Tú también estás cansado?

Suspiro.

—Sí, joder. Estoy cansado de huir, de tener siempre la misma pesadilla, de no poder soltar el pasado. Estoy cansado de que el dinero nunca sea suficiente, de pasarme los días en un bar sirviendo cerveza, de vivir todos los días con miedo...

—Pero tú no sonríes para agradar a los demás. O, por lo menos, tus sonrisas no parecen controladas.

—No, pero sí que me gustaría...

—¿Ser otra persona?

Me lo pienso.

—Bueno —digo al final—, más que otra persona..., me gustaría dejar de luchar contra lo que soy. Por eso te he besado.

—Porque estás cansado de luchar —dice con cuidado.

Asiento.

—Sí. Y creo que a ti te pasa lo mismo y que por eso... has dejado que te bese.

Alastair sonríe.

—Te he dejado porque cuando lo has hecho he sentido que me encontraba.

Si no respondo es porque me gusta pensar que el aire se empapa de lo último que decimos.

Así que me quedo mirando a Alastair Everscourt en silencio, a él y a su preciosa sonrisa. Y luego miro por última vez el cuadro mientras me pongo de pie. El joven retratado parece devolvernos la mirada, atento a todo lo que ocurre en la sala en la que está expuesto. Esta vez, cuando miro su sonrisa controlada, no se parece en nada a la que Alastair me acaba de regalar.

Quizá eso sea una señal de que no estamos tan lejos de dejar de parecernos a esa pintura.

Quizá solo teníamos que sentir el vértigo.

Soltar el odio.

Y saltar a la vez.

36

Alastair

El símbolo del poder

Ayer Cody me besó en la galería de Pintura Europea. Ahora, mientras subo en el ascensor de cristal hasta la planta en la que se encuentra mi despacho, sigo recordando la forma en la que su boca encajó sobre la mía. La suavidad con la que sus labios se acoplaron, como si pidieran permiso para estar ahí.

Me muerdo el labio inferior en un intento estúpido de rescatar algún rastro de ese beso.

Si ya pensaba en Cody antes..., ahora es algo constante. Su nombre aparece escrito en mi mente siempre. Cuando estoy en la habitación y fantaseo con poder enseñársela. Cuando desayuno y me imagino cómo sería despertar con él, que los dos saliéramos a la mesa del jardín y tomar café y tostadas de mantequilla con mermelada de fresa, y preguntarle cómo ha dormido y si le apetece volver a verme por la noche, porque me va a resultar difícil pasar todo el día sin él.

Su nombre me persigue también ahora, cuando salgo del ascensor enfundado en mi traje y entro en el despacho. Enciendo el ordenador, recoloco un taco de papeles que tengo sobre la mesa y... entonces veo la silla que tengo frente a mí y me lo imagino sentado en ella. Me gustaría poder compartir ese espacio con él, que viese

dónde trabajo, hacerle una presentación con el proyector, explicarle los gráficos de estadísticas...

Por primera vez, me hace ilusión que alguien entre en mi mundo y mostrárselo todo.

Y me pasa con él. Con Cody.

El problema es que no sé cómo conseguiré hacer que el chico de la cicatriz encaje en mi vida (si es que hay alguna forma de conseguirlo).

Porque también es cierto que si me gusta tanto Cody es porque, cuando estoy con él, siento que no tengo que seguir esforzándome para ser Alastair Everscourt. Que durante un momento puedo relajarme y olvidar que soy el heredero, y que mi nombre y apellido me convierten en un símbolo de poder que no puedo dejar de representar.

Después de pasarme toda la mañana preparando la próxima reunión frente al ordenador, me dirijo al despacho de mi padre. La habitación huele a cuero y es exageradamente grande. En ella podría trabajar un equipo de treinta personas. Él está sentado frente al escritorio, enfrascado en la lectura de unos papeles que tienen toda la pinta de ser un contrato. Arruga ligeramente el ceño, como si hubiera leído algo que le contrariase. Subraya varias frases con su pluma de tinta negra, dibuja una flecha y escribe en un lateral.

No levanta la vista del papel cuando me pregunta:

—¿Qué ocurre, Alastair? Estoy bastante ocupado.

—Necesito... pedirte un favor.

Entonces sí, mi padre deja la pluma y levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Un favor? Eso no es propio de ti. ¿Qué tipo de favor?

Abro y cierro los dedos, nervioso. No me gusta tener que pedirle nada a mi padre porque sé que él impondrá sus propias condiciones,

pero he hecho un trato con Bradford y tengo que cumplir mi parte. Si no lo hago, no podré controlarlo. Es importante que esto salga bien.

—Es por West. Lleva mucho tiempo liderando el departamento de Gestión de Patrimonios y... me preguntaba si... Bueno, creo que West merece un reconocimiento.

Él levanta una ceja y se reclina sobre la silla de cuero; los ojos le brillan de curiosidad.

—¿Un reconocimiento? ¿A santo de qué?

Procuro que mi voz se mantenga firme.

—Lleva años dejándose la piel por esta empresa.

—Pero ¿por qué te interesa que lo ascienda? ¿Te lo ha pedido tu amigo?

Trago saliva.

—No, no me lo ha pedido él. Esto sale de mí. Lo he pensado y creo que West se lo merece.

Mi padre entrecierra los ojos hasta convertirlos en una línea finísima.

—Ajá.

—Entonces, ¿te parece bien?

Él dibuja una sonrisa de tiburón.

—Lo que me parece es que hay algo que no me estás contando, Alastair. Tú nunca pides favores, así que dime, ¿qué está pasando realmente? ¿Por qué tanto interés de repente en el padre de Bradford?

Me esfuerzo por mantenerle la mirada, a pesar de que la suya corta tanto que podría desmenuzar mi mentira como una manzana. Tengo que aparentar seguridad y tranquilidad, no desesperación.

—Porque West se lo ha ganado a pulso —le digo, apretando mis puños para que mis manos dejen de temblar—. Ha demostrado ser

una pieza fundamental para nosotros.

Mi padre echa el cuerpo hacia delante y apoya los codos sobre su escritorio.

—Está bien. Veré la forma de recompensarle.

Parpadeo sin creérmelo del todo.

—¿De verdad?

Entonces vuelve a sonreír.

—Lo haré si tú te casas con Blair.

Abro los ojos de par en par.

—¿Casarme? Tengo veintitrés años. No voy a casarme tan joven.

—Cumplirás con tu deber. Y tu deber es asegurarte de unir ambas familias. Ya lo he hablado con su padre. Está decidido.

Inspiro bruscamente.

—Blair y yo...

Mi padre está a punto de reír.

—¿Me vas a decir que no la quieres?

Asiento y digo con cuidado:

—La veo como una amiga, pero no como la madre de mis hijos.

Mi padre entrelaza los dedos.

—¿Crees que yo me casé con tu madre por amor? No. Elegí a tu madre porque necesitaba una mujer que supiera responder a lo que se esperaba de ella.

—Pero en mi caso es distinto.

Sin pensar, como si hubiera lanzado un cuchillo, mi padre espeta:

—En tu caso es un negocio.

Me quedo mirándolo a los ojos.

—Así que eso es lo que soy para ti. Una inversión.

Mi padre sacude la cabeza y, más relajado, aunque empleando un tono igual de frío, dice:

—No soy tu enemigo, soy tu padre. Mi labor es asegurarme de que hagas lo que es mejor para ti y tu futuro.

—Esto lo haces por el futuro de la empresa, no por el mío.

—Tú también eres la empresa, Alastair.

Desvío la mirada y pienso en Cody. En la libertad que saboreé cuando él besó mi boca y en lo enjaulado que me siento ahora.

Pensar en Cody me provoca un impulso de valentía que no suelo mostrar con mi padre. Esa valentía es una chispa que nació tres semanas atrás, cuando me enfrenté a mi familia, y que vuelve a encenderse ahora.

La chispa coge tanta fuerza que, si no la dejo salir, me quemará por dentro.

Por eso vuelvo a mirarlo y le digo:

—Pues empiezo a estar cansado de ser un Everscourt.

El despacho se llena de tensión.

El silencio dura demasiado.

Después, mi padre retira los codos de la mesa y me fulmina con la mirada.

—Si quieres que ascienda a West, harás lo que se espera de ti. Me da igual lo que haya entre Blair y tú.

Por dentro siento rabia e impotencia, por fuera dibujo una sonrisa que no me llega a los ojos.

—Está bien.

—¿Le confirmo a Charles que lo harás?

Me aclaro la voz y asiento con calma, aceptando que no me quedan más opciones.

—Sí. Me casaré con ella.

37

Alastair

Uno de tres

Cuando salgo del edificio de cristal lleno los pulmones de aire, pero el oxígeno no parece suficiente. Todo a mi alrededor es ruido. Los coches en la carretera, la gente caminando con prisa en todas las direcciones, las palomas revoloteando, el viento moviendo los árboles, los semáforos cambiando de color. Aunque donde más ruido hay es dentro de mi cabeza. El legado Everscourt, cumplir con las expectativas, ser el hijo perfecto, conseguirle una mejor posición a West, el trato con Bradford, casarme con Blair... y luego todo lo demás es Cody, Cody y Cody.

Así que cierro los ojos un segundo y regreso a lo que viví el día anterior. Me veo a mí mismo subiendo las escaleras del MET, esperándolo en ese banco de mármol en el que luego dejé que él me besara. Y entonces todo lo que me rodea se sume en un silencio absoluto, el mundo exterior deja de existir y durante el tiempo en que dura el beso solo hay silencio y paz.

Después abro los ojos y el ruido del Upper East Side regresa.

Las cosas no han salido como esperaba.

Paro un taxi en marcha y subo con mi maletín negro, enfundado en mi traje.

—Buenas tardes. ¿Adónde le llevo?

—A Park Avenue con 80th Street.

Pillamos un semáforo en rojo, así que me da tiempo a contemplar desde la ventanilla el imponente rascacielos que lleva mi apellido. En comparación, me siento una hormiga. Ni siquiera alcanzo a ver las tres últimas plantas del edificio. Lo que estoy viendo es mi futuro y aquello por lo que debo sacrificarme tanto. La sensación que eso me deja es de un vacío que no sé cómo llenar.

Supongo que si termino escribiéndole a Cody es porque ninguno de mis amigos es realmente mi amigo. O porque con él siento que no tengo que fingir, que me ve con los mismos ojos con los que supo ver *Retrato de un joven*.

A qué hora sales hoy del bar?

Dudo un segundo antes de enviarle otro mensaje.

Si quieres me puedo pasar a verte.

No esperaba que Cody respondiera tan rápido.

Supongo que eso significa que el beso te gustó

Tampoco te flipes.

Me imagino su risa.

Salgo a las ocho. Si vienes un poco antes te
invito a una cerveza (pero tiene que ser de grifo,
los botellines los tienen contados)

Vale. Paso por casa a cambiarme y voy para allá.

Genial
Pd: a mí me encantó

Sonrío a la pantalla.

Y, durante el intercambio de esos mensajes, me doy cuenta de que he vuelto a olvidarme de todo. Pensar o hablar con Cody es como empujar todas las nubes y despejar el cielo. Cuando me concentro en él, me olvido de mi apellido y de la boda con Blair. Dejo mis preocupaciones a un lado y me permito ser solo un chico que ha conocido a otro con el que le resulta muy fácil sonreír.

Desde que el taxi sortea las calles del East Harlem siento que estoy entrando en territorio enemigo. Aquí la gente va con un *look* completamente informal. La mayoría de los chicos de mi edad llevan los pantalones caídos, como si no supieran de la existencia de los cinturones. Nunca entenderé la necesidad que tienen algunas personas de ir enseñándole a todo el mundo su ropa interior. Y luego están esas camisetas anchas llenas de frases y dibujos, parecen grafitis andantes.

Es normal que hace un mes me robaran. Pero he aprendido la lección. Por eso he cambiado mi traje y mi corbata por una camiseta negra de Polo y un pantalón vaquero. Tampoco llevo relojes, anillos o collares. Solo el móvil y la cartera.

Empujo la puerta del bar.

Y, cuando entro, me paro en seco y abro mucho los ojos.

Cody, que se encuentra trabajando detrás de la barra, me dedica una sonrisa al verme.

Pero luego esta se borra de un plumazo.

Ha visto la expresión de mi rostro. Sabe que algo no va bien.

Y no se equivoca. Algo no va bien.

La persona que está a su lado, sentada en un taburete, con la que también estaba hablando hasta hace un segundo, tiene una

sudadera que ya he visto antes.

No es Arthur. Es otro tío.

El hombre de la sudadera se da la vuelta para mirar en la misma dirección que Cody.

Y entonces confirmo que mi intuición no me estaba fallando.

Es él. Lo reconozco al instante.

No sé su nombre.

Pero recuerdo perfectamente su cara.

Antes de ser consciente de lo que hago, estoy en la barra y lo agarro por el cuello de la sudadera.

—¡Tú! —grito, mirándolo a los ojos—, maldito hijo de puta.

Cody se inclina desde el otro lado de la barra, intentando que lo suelte.

—¡Eh! ¿Qué cojones haces? Suéltalo.

Los clientes del bar interrumpen sus conversaciones, dejan de beber, giran la cabeza hacia nosotros.

El hombre al que tengo enganchado de la sudadera me mira con los ojos inyectados de miedo. Él tampoco sabe mi nombre, pero me ha reconocido. Por eso levanta los brazos.

—Qué pasa, ¿eh? —escupo en su cara—. Ahora que estás solo, ¿ya no eres tan valiente?

—¡Alastair! —me grita Cody—. Para. Suelta a mi amigo.

Me giro hacia él, sin soltar al hombre de la sudadera.

—¿Tu amigo?

Cody me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Sí, joder. Haz el favor de soltarlo. ¿Qué te pasa?

Dejo de mirarlo y miro a su amigo.

—Cuéntaselo tú.

El hombre abre y cierra la boca, pero solo balbucea.

—¡Que se lo cuentes!

Cody me pone una mano en el brazo.

—Suéltalo, Alastair.

Lo suelto. Después me quedo observándolo varios segundos mientras respiro con fuerza por la boca. Algunos clientes vuelven a beber cerveza y reanudan sus conversaciones. El hombre de la sudadera se pasa las manos por el cuello, aunque sigue sin soltar prenda. Así que me vuelvo hacia Cody y se lo cuento yo:

—Tu amigo es uno de los que me pegaron y robaron.

Los ojos de Cody se abren como platos.

—¿Zion?

Pero el tal Zion no llega a escuchar su propio nombre porque ha salido corriendo del bar. Tan solo vemos que la puerta por la que acaba de salir termina de abrirse del todo y después se cierra con un portazo.

38

CODY
Nadie cambia

Antes de que nadie pueda detenerme, apoyo las manos en la barra, la salto impulsándome hacia arriba y corro hacia la puerta que se acaba de cerrar.

Escucho gritos a mis espaldas.

Primero el de Alastair.

—¡Cody!

Después el de mi compañero de trabajo.

—¡¿Adónde te crees que vas?!

El odio me hace correr tras Zion.

—¡A por ese cabrón! —grito sin volverme.

Entonces sí, empujo la puerta del bar con el hombro y salgo. Miro a izquierda y derecha, buscándolo. El aire me revuelve el pelo y noto el pulso acelerado. ¿Dónde se ha metido? Tengo que encontrarlo como sea.

Sé que si mi jefe descubre que he abandonado mi puesto de trabajo me puedo meter en un lío. Y no me lo puedo permitir. Necesito el dinero.

Pero no puedo dejar que Zion se salga con la suya.

Si no doy con él ahora, se esconderá de mí como una rata.

Así que me dejo guiar por mi intuición y echo a correr hacia mi derecha. Cruzo la calle, doblo una esquina y busco a Zion con los ojos bien abiertos.

El siguiente grito es de una señora.

—¡Ten más cuidado!

No me lo dice a mí.

Lo sé porque, cuando miro en su dirección, veo que detrás de ella alguien huye a toda prisa.

—Zion —escupo entre dientes.

Cierro las manos en puños y corro lo más rápido que puedo. Ahora que lo tengo localizado, no puedo perderlo de vista. Él se da cuenta enseguida de que lo estoy siguiendo. El cabrón corre como un demonio. Se ha puesto la capucha, pero esta se le cae hacia atrás en cuanto gira la cabeza y me mira a los ojos.

En su mirada hay sorpresa y miedo.

En la mía odio y decepción.

Hace un momento charlábamos tranquilos en el bar.

Ahora él huye de mí y yo corro tras él con todas mis fuerzas.

La vida cambia en un segundo.

—¡Zion! —le grito para que se detenga.

Pero él no se detiene. No deja de correr.

Y yo no puedo permitir que escape.

Necesito atraparlo para que le devuelva a Alastair lo que es suyo.

No solo lo hago por él. También lo hago por mí, porque me siento estúpido. Decidí darle una segunda oportunidad.

—¡Zion! ¡Para!

Como era de esperar, no me hace caso. Corre lo más rápido que puede, pero yo siento tanta rabia por dentro que mis zapatillas apenas tocan el suelo. Cuando estoy a punto de alcanzarlo, gira la

cabeza una vez más y sus ojos se abren sorprendidos al descubrir que le piso los talones.

Después me tiro sobre él.

Lo engancho de la cintura.

Zion tropieza al recibir mi peso.

Y los dos caemos hacia delante.

Su cuerpo me protege del impacto de la caída. Pero él tiene que usar los brazos para no golpearse la cabeza contra el suelo.

—Te tengo.

Antes de que intente levantarse, me subo encima de él, le hago una llave con las piernas y le pongo los brazos detrás de la espalda.

Zion se revuelve en el suelo como un gusano.

—¡Suéltame!

—Le pegaste una paliza a un tío que no te había hecho nada.

—¡No fue idea mía!

—Pero lo hiciste. Y también le robasteis un Rolex y un medallón de oro.

—¡Suéltame, joder!

—No hasta que le devuelvas sus cosas.

—¡Yo no tengo el collar ni el reloj!

—Pero sí sabes quién los tiene.

—¡Me vas a partir los brazos!

—Vas a recuperarlo todo y se los vas a devolver.

—¡Que me sueltes, capullo!

—Prométemelo.

Zion me mira con la mitad de la cara contra el suelo.

—Me estás pidiendo algo imposible —dice.

Me inclino sobre su oreja y, sin soltarlo, pronuncio con frialdad:

—Entonces no hay trato.

Él se revuelve nuevamente, intentando zafarse de mí.

—¡Agh! ¡Cabrón!

—¿Por qué lo hiciste, Zion?

—¡No sabía que ese chico era tu amigo!

—Aun así. ¿Por qué?

—¡Porque no me dejaron otra opción!

Le aprieto las muñecas contra la espalda.

—Siempre tenemos elección. Y tú elegiste ser un hijo de puta.

—¡Para! ¡Me haces daño!

—Pero no te importó hacerle daño a otra persona, ¿verdad que no?

—¡Yo no quería hacerle nada a ese chico! ¡Me obligaron ellos!

—¿Quiénes?

—No... ¡Ah! —se queja—. ¡Sabes que no te lo puedo decir!

Mantengo sus muñecas unidas agarrándolo con una sola mano, la otra la necesito para cogerle del pelo y aplastarle la cabeza contra la acera.

—¿Quiénes eran los que iban contigo?

—¡Devon y Alex! No fue cosa mía. ¿Vale? ¡Fueron ellos! Yo no quería hacerle daño a nadie.

Me paro en seco. Devon es el hermano de Arthur, y Alex es otro de los cabecillas del grupo. Si ellos están implicados, lo tengo bien jodido. Su grupo mueve demasiada droga y dinero, y cuando hay droga y dinero, también hay violencia.

Tenía la ligera esperanza de que Zion dijese otros nombres, pero contra esos dos no me puedo enfrentar si no quiero meterme en serios problemas.

Por eso dejo escapar un grito de frustración:

—¡No me jodas, Zion!

—Lo siento —dice, porque sabe que no se puede hacer nada. Que esa gente es demasiado peligrosa.

Lo suelto y me pongo de pie.

Él se levanta del suelo, se pone bien la sudadera y luego se frota las muñecas.

—Eres más fuerte de lo que recordaba —comenta.

—Pues tú no has cambiado nada.

Arthur tenía razón cuando me decía: «Aléjate de él. Era nuestro amigo, pero ahora es alguien que solo nos va a meter en más problemas». Debí haberle hecho caso desde el principio. Zion no es de fiar. Si alguien te traiciona una vez, volverá a hacerlo.

Lo miro a los ojos y le pregunto:

—¿Por qué has venido hoy al bar?

—¿Qué pasa, no puedo hacerle una visita a un viejo amigo?

Entrecierro los párpados. Ya no sé qué es verdad y qué es mentira.

Cuando ha entrado por la puerta, reconozco que me ha extrañado bastante. Es la primera vez que lo hace desde que se enemistó con Arthur. Antes los dos venían juntos al bar para hacerme compañía. Pero cuando Arthur y él dejaron de ser amigos, Zion dejó de venir. Arthur no quería verlo ni en pintura, y al otro le daba miedo pasarse a saludar y coincidir con él.

Por eso se me ha hecho tan raro que viniese hoy.

Al final le he quitado importancia al asunto, le he invitado a una cerveza y nos hemos puesto a hablar.

Pero ahora me pregunto si hay alguna razón detrás de su visita.

—Tú nunca vienes al bar.

—Pues por eso mismo. Ya tocaba.

Está mintiendo.

Lo engancho de la sudadera y lo empujo contra la pared.

—Dime la verdad —pronuncio con la frente pegada a la suya—. ¿Querías verme o querías pedirme un favor?

—Estoy metido en un buen lío, Cody.

Lo suelto y doy un paso atrás. Después lo miro a los ojos mientras sonrío con tristeza y suspiro.

—Así que era por eso.

—No sabía a quién más acudir —reconoce—. Necesito que me ayudes.

—¿Perdón? ¿De verdad me estás pidiendo que te ayude?

—Estoy en peligro.

Me retiro el pelo de la frente y me quedo con las manos apoyadas en la cabeza.

—Yo flipo contigo. ¿Es que se te ha olvidado lo que hiciste? ¡Casi nos matan por tu culpa!

—Y me arrepiento todos los días.

—Pero entonces te dimos igual. Como también te ha dado igual pegar y robar a ese chico.

—¡No! Ya te he dicho que no sabía que era tu amigo.

—¿Y qué habría cambiado que lo supieras? Nada. Arthur y yo éramos tus amigos y no dudaste en echarnos a los lobos.

Zion no responde.

—Tus errores siempre los pagan otros y tú te salvas el culo —agrego, y él desvía la mirada—. No puedo pedirte que recuperes lo de mi amigo porque nos pondrías en peligro a los dos, pero no me pidas tú a mí que te ayude porque no quiero tener nada que ver contigo.

—Lo entiendo.

—Se acabó, Zion. Estoy harto.

Entonces me mira y dice:

—Pero, Cody... Somos colegas desde pequeños.

Y yo también lo miro a él, con lágrimas en los ojos. Pero son lágrimas de rabia.

—No puedo seguir con alguien que no duda en traicionar a los suyos cuando las cosas se complican. Me da miedo la persona en la que te has convertido.

Me marcho sin mirar atrás.

Cuando regreso al bar, mi turno ha terminado hace exactamente tres minutos. Me siento mal por haber dejado a mi compañero solo y también me sabe mal por Alastair, que, durante ese tiempo, parece que no se ha movido de su sitio.

Me mira desde el taburete mientras yo avanzo hacia él. En sus ojos veo preocupación y algo más que no consigo descifrar.

—Hola. Perdón por irme así —le digo—. Creo que te debo una cerveza.

Pero entonces una mano enorme me agarra del hombro.

Cuando me giro, me encuentro con la cara de mi jefe, que echa humo por las orejas.

—No, Cody. Tú no vas a invitar a una cerveza a nadie porque ya no trabajas aquí. Estás despedido. Recoge tus cosas y vete.

39

Alastair

El sabor de la vida

No es la primera vez que siento que Cody me importa, pero ahora he descubierto hasta qué punto ese chico es importante para mí. Lo sé en el momento en el que se gira en mi dirección y me mira a los ojos. Los suyos están empañados, como si estuviera a punto de llorar. Se sorbe la nariz, en un intento de evitar las lágrimas antes de que estas rueden por sus mejillas, y me dice con tono ausente:

—Parece que ya no trabajo aquí.

Después dibuja una sonrisa que no le llega a los ojos, una sonrisa carente de emoción.

Es, probablemente, la sonrisa más triste que he visto nunca.

Inmediatamente siento el impulso de abrazarlo, de envolverlo en mi pecho y decirle que todo va a salir bien, que puede contar conmigo para lo que necesite. Quiero protegerlo, pero sé que él no me va a dejar que lo haga. Por eso me quedo donde estoy.

—Bueno, voy a recoger mis cosas —me dice.

—Vamos, hombre, no irás a echarlo en serio —le dice el compañero de Cody al jefe.

Este lo mira con el ceño fruncido.

—¿Me ves con cara de estar bromeando? Aquí se contrata a gente que viene con ganas de trabajar, no a tomarme por tonto. Cody

invitaba a sus amigos a cervezas como si fuera el dueño del local. ¿Y encima esto?

Parece que el camarero quiere replicar, pero el jefe da la conversación por terminada y le pide que se dé prisa.

—Hasta que contrate a otro, necesito que des el doble de ti. ¿Cuento contigo o no?

Cody regresa con una bolsa de plástico llena de ropa, le entrega un juego de llaves a su exjefe y se despide de su compañero con un apretón de manos.

Cuando salimos a la calle, siento que acabamos de atravesar una puerta que no volveremos a cruzar.

Los dos permanecemos callados, con la fachada del bar a nuestras espaldas. Quiero encontrar las palabras correctas porque siento que debo ser yo quien diga algo, pero no se me ocurre nada que no sea la típica frase motivacional tipo «Todo saldrá bien» o «El sol siempre vuelve a salir», con la que Cody me mandará a paseo. Soltar una frase de esas es como decirle a alguien que está nervioso que se tranquilice. Solo lo empeoras más.

Así que me quedo en silencio y caminamos por inercia hasta que él se detiene a tres calles del bar y se sienta en el bordillo.

Me siento a su lado. Mi hombro roza el suyo, y el contacto con su cuerpo me produce una sensación electrizante con la que podría haber cerrado los ojos. Es agradable estar tan cerca de Cody. Espero que a él mi cercanía también lo reconforte un poco, a pesar de que, ahora mismo, su mente esté probablemente llena de pensamientos negativos.

Cody apoya los codos sobre sus rodillas. Sigue sin hablar, sin mirarme. Sé que no está enfadado conmigo, pero, también, que es un momento complicado para él, por lo que es fácil que meta la pata diciendo algo que no debo. El silencio me hace ser precavido.

Los coches pasan cerca de nosotros y el ruido del tráfico nos envuelve como si nos metiera dentro de una burbuja de contaminación y gravilla.

De pronto, y a pesar de que soy alguien al que le gusta tenerlo todo controlado y medido, improviso y digo sin pensar:

—Ese jefe tuyo tenía pinta de pagarte una mierda.

No sé qué me sorprende más: la risa de Cody o que mi comentario funcione.

—Pagaba una mierda —reconoce—, pero me pillaba cerca de casa y era lo único seguro que tenía.

Volvemos a quedarnos medio minuto sin pronunciar una sola palabra, viendo los coches pasar.

Después, le pregunto con cuidado:

—¿Tienes un plan B?

Me mira.

—Lo tengo, y mi plan B es igual que el A y el C. Voy a buscarme la vida como he hecho siempre.

—Yo te puedo ayudar a buscar trabajo, si quieres. Y si necesitas dinero...

Ahora su mirada se vuelve cansada.

—No.

—¿Por qué no? A mi familia le sobra.

—No quiero convertirme en tu obra de caridad.

—No te vas a convertir en... —Sacudo la cabeza—. Joder, Cody. Te quiero ayudar. Y el caso es que puedo hacerlo. Tengo dinero y contactos y me gustaría...

—Alastair —me corta.

—¿Por qué no quieres?

Él suspira pesadamente.

—Porque no necesito que nadie venga a salvarme.

—Pues menuda tontería. Si lo prefieres porque así te sientes más cómodo, podemos plantearlo como un préstamo. Te presto dinero y luego... luego ya me lo devolverás cuando encuentres algo.

—No insistas —me pide.

Levanto las manos, dándome por vencido.

—Está bien. Pero, por lo menos, deja que te invite a una hamburguesa.

—¿Una hamburguesa?

—Llevo queriendo ir al McDonald's desde que soy pequeño.

—¿Me estás diciendo que nunca has probado una hamburguesa del McDonald's?

Asiento, algo cohibido.

—Mis padres detestan los restaurantes de comida rápida, así que tengo prohibido pisar uno. Solo he probado las hamburguesas de ternera en restaurantes de alta cocina.

Cody me mira como si fuera un bicho raro.

—Guau. Vale, esto hay que solucionarlo cuanto antes. Pero ¿estás seguro de que quieres desobedecerlos? Estás a punto de hacer una locura. Esto para ti tiene que ser como atracar un banco.

No me importa que sea irónico ni que se esté riendo de mí, porque, de hecho, para mí *sí* que es una locura.

Sé que nunca lo entenderá porque a él no se le exige que sea el chico perfecto. Pero la sangre y el apellido Everscourt implican muchas cosas. Cosas como, por ejemplo, no pisar ciertos lugares por si alguien me ve y decide sacarme una foto. Pero supongo que tampoco se espera que ande en un barrio como el East Harlem, y aquí estoy. Así que no puede ser un atrevimiento tan diferente a nada de lo que ya he empezado a hacer desde que conozco a Cody.

Por eso le sonrío y me pongo de pie.

—Vas a hacer de mí todo un rebelde.

Le tiendo la mano y él la acepta sin dudar. Se pone de pie sin soltarme. Y entonces descubro que no sé qué me gusta más: si la calidez de su piel al estar en contacto con la mía o la risa que se le escapa al pensar en lo que estamos a punto de hacer.

—Sé que te había dicho que te llevaría a un McDonald's, pero te prometo que las hamburguesas de aquí están igual de buenas —me dice nada más sentarnos y coger el menú.

Sus ojos desaparecen bajo la carta que sostiene en las manos. Ahora solo veo su pelo negro y alborotado que sobresale y, detrás de él, un asiento acolchado con líneas blancas y rojas y algo roído por las esquinas.

No quiero ponerme quisquilloso, pero nunca había entrado en un restaurante en el que el suelo estuviera así de pegajoso. La mesa tiene manchas de kétchup, los ventanales marcas de manos de niños y por todo el ambiente flota un olor a queso y patatas fritas.

—¿Ya sabes lo que te vas a pedir? —me pregunta.

—Me pediré lo mismo que tú.

—¿Seguro?

—Confío en ti.

Cody baja la carta.

—Pues no lo hagas. Mira lo que me pasó a mí por confiar en Zion.

Me lo cuenta todo.

—Yo habría hecho como Arthur, tampoco le habría dado otra oportunidad —resuelvo en cuanto finaliza.

Cody retira los codos de la mesa.

—Y yo acabo de aprender la lección —me dice—. Lo mejor es que no confíes en la gente. Confiar en los demás solo nos vuelve más vulnerables de lo que ya somos.

Ladeo la cabeza, estudiándolo.

—No te pega nada.

—¿El qué?

—Tener más miedo que yo.

Y, por cómo me mira, sé que ha entendido que me refiero a nosotros; ya no estoy hablando de Zion.

—El miedo es útil cuando no se usa en exceso —dice.

Me encojo de hombros.

—Bueno, es solo una hamburguesa. Creo que me arriesgaré.

Asiente y pide dos menús iguales. Poco después, tenemos la cena frente a nosotros y Cody se lanza a desmontar su hamburguesa por partes. Retira las rodajas de tomate, los pepinillos y la lechuga.

—Está más buena si le metes patatas fritas y kétchup —me explica mientras coloca cinco patatas en fila sobre la carne. Lo sigue haciendo conforme devuelve los ingredientes para montar el plato—. Así. ¿Lo ves?

La coge y la aplasta. El kétchup se escurre por los bordes como si la hamburguesa estuviera sangrando.

—Vas a ponerte perdido.

—En la vida, Alastair, es necesario mancharse las manos.

Cody abre la boca como si fuera un dibujito animado y da un mordisco a la hamburguesa. Ahora no son solo las manos: su boca también está llena de grasa y tiene restos de salsa blanca y roja.

Pero se le ve feliz.

Su mirada no tiene nada que ver con la que he visto cuando hemos salido del bar. Se ha relajado, como si ya no tuviera que seguir a la defensiva conmigo.

Ha perdido el trabajo y necesita el dinero para sobrevivir, pero, en lugar de fustigarse e intentar volver a tenerlo todo bajo control

(como haría yo), es feliz cenando en un restaurante de mala muerte conmigo.

Creo que a Cody le funciona responder al caos con más caos. Verlo desmontar y montar su cena con esa tranquilidad parece una declaración de intenciones, como si le dijera al mundo: «Mi vida es como esta hamburguesa, hace un segundo estaba todo en su sitio, ahora está patas arriba, pero al final cada cosa vuelve a su lugar».

—¿Por qué sonríes? —me pregunta, con la boca llena.

Me quedo mirándolo un poco más.

—Por nada.

Después desmonto mi hamburguesa igual que ha hecho él. Mis dedos se llenan de grasa. Es la primera vez que como una hamburguesa con las manos y que no utilizo servilleta.

Y, cuando le doy un mordisco y una gota de kétchup cae sobre mi camiseta de Polo, descubro que la vida me sabe un poco mejor.

40

CODY
El inicio de un imperio

El rascacielos de acero y vidrio tapa el sol del mediodía y proyecta una sombra enorme sobre mí. Me siento insignificante en comparación. Las puertas automáticas de Everscourt Capital Holdings se abren y cierran sin descanso. Todos los empleados van con trajes iguales y corbata, la mayoría con un maletín negro y el móvil pegado a la oreja. Busco entre esa multitud uniformada al chico repeinado y rubio al que estoy esperando para comer.

La siguiente vez que las puertas automáticas se abren, Alastair Everscourt sale del rascacielos con la mirada fría y la corbata perfectamente anudada. El resto de los trabajadores con los que se cruza mientras atraviesa la calle se apartan de él como si fuera intocable. Todos parecen observarlo, pero, por el miedo y el respeto con el que lo hacen, queda claro que no ven a un compañero, sino al futuro hombre que heredará la empresa.

Cuando los ojos de Alastair chocan con los míos, sus piernas, que hasta ese momento avanzaban con la seguridad de quien tiene el mundo a sus pies, tropiezan y se detiene en seco.

Entonces me doy cuenta de que él habría preferido que yo lo esperase en un sitio más apartado. Le hago un gesto discreto para

indicarle que no hay problema y empiezo a caminar, confiando en que él me seguirá.

Algunos minutos y calles después, el móvil me vibra en el bolsillo. Acepto la llamada cuando va por el segundo tono.

—Detrás de ti.

Me doy la vuelta y veo que está a diez metros de distancia, con el maletín en una mano y el móvil en la otra.

—¿Ya es seguro? —respondo al auricular.

—Eso creo.

Colgamos. Alastair sonríe y guarda el móvil en el bolsillo.

—Hola —le digo, mirando al chico trajeado que tengo delante.

—Hola —responde él, acercándose a mí.

Cuando la distancia que nos separa queda reducida a medio metro, los dos nos miramos a los ojos, sin saber muy bien qué hacer después. Al final, me aclaro la garganta y suelto la pregunta que lleva un rato dando vueltas en mi cabeza:

—Igual soy demasiado directo, pero ¿cómo consiguió tu padre el dinero para fundar la empresa? Porque debió de costarle un pastizal.

—Te lo cuento por el camino —dice—. Vamos.

—¿Adónde?

—A comer, por supuesto. Hoy elijo yo.

Alastair para un taxi con la mano, nos sentamos en los asientos de atrás y después de dejar el maletín entre los dos se afloja el nudo de la corbata, que parece asfixiarlo.

—Mi abuelo puso el dinero que mi padre necesitaba para la empresa —me empieza a contar— con la condición de que llevase su apellido. El socio de mi padre al principio se opuso en rotundo. Él también viene de una familia con dinero, pero no es comparable con la fortuna de los Everscourt.

—Así que al final al socio de tu padre no le quedó más remedio que aguantarse.

Los ojos del taxista nos observan brevemente desde el espejo retrovisor interior.

—La gente con dinero es la más testaruda, Cody. Están acostumbrados a salirse con la suya a base de extender un cheque. Pero hasta él sabía que la oferta que le estaba haciendo mi abuelo era demasiado generosa como para rechazarla por una cuestión de ego.

—Por eso la empresa tiene tu apellido y el suyo no aparece.

Alastair asiente.

—Sin el préstamo de mi abuelo, aunque hubiesen sumado el dinero que tenían por aquel entonces, no les habría dado para empezar.

—Pero ahora, esa empresa...

—Los ha hecho millonarios. Imagínate cuando mi padre reciba, además, la herencia de mis abuelos. Será imparable.

—Joder.

Entonces me interrumpe para decirle al taxista:

—Puede dejarnos aquí, gracias. Con tarjeta.

Salimos del taxi y entramos en un restaurante que no tiene nada que ver con la hamburguesería a la que lo llevé anoche. El contraste es tan evidente que me siento abochornado. El suelo de madera oscura brilla bajo los pasos de los camareros uniformados y con pajarita. Lo observo todo: la luz cálida de las lámparas de cristal con forma de tubo que cuelgan sobre cada mesa de mármol, las paredes decoradas con dibujos de caballos, los espejos enormes con marcos cubiertos de pan de oro... La edad de la mayoría de los que comen aquí es avanzada, entre cincuenta y ochenta. Las conversaciones discretas y el sonido de los cubiertos y de las copas al brindar parece

ensayado, como si fueran parte de una canción. La gente degusta la comida sin prisa y la acompaña de un buen vino. Los veo y me siento fuera de lugar. Yo jamás podría permitirme comer en un sitio como este.

—Oye, Alastair, ¿no hay otro sitio más...? —no quiero decir «barato», así que lo cambio por— ¿... para gente como yo?

—Tú no te preocupes.

—Vale.

Nos acompañan a un reservado privado, al fondo de la sala.

—¿Qué te estaba contando?

—Que en vuestra familia la imagen lo es todo.

—Ah, sí. Nuestra imagen representa la de la empresa —dice—. Te pongo un ejemplo: si un día tengo ojeras, mis compañeros podrían llegar a pensar que no he dormido bien porque estoy preocupado. Y, si estoy preocupado, deducirán que algo va mal. Por eso mi padre me prohíbe acudir a la oficina si mi aspecto no es impecable.

—Es broma, ¿no?

Niega con la cabeza.

—No, Cody, no es broma —Y cambia de tema—: ¿Quieres algo para compartir?

—Anoche elegí yo, hoy te toca a ti.

Cuando llega el camarero, Alastair le pide una Coca-Cola Zero y yo una cerveza.

—¿Ya saben lo que van a comer?

—De entrante, una burrata trufada con tomate confitado y el tartar de atún. De primero, el risotto de setas silvestres, y de segundo un solomillo de ternera con salsa de vino tinto. —Me mira para confirmar que todo me gusta.

El camarero recoge los dos menús y se retira.

—Por cierto —me dice Alastair—, la noche del robo..., cuando me metí en el taxi y me vi en el cristal de la ventanilla..., no sé. Vas a pensar que soy raro, pero me entró la risa nerviosa. Y creo que fue porque solo tenía dos opciones: reír o llorar. Así que pensé en la cara que pondrían mis padres si me vieran con esas pintas y empecé a reírme.

—Por lo menos mi ropa no estaba manchada de sangre, ni rota.

El camarero nos trae la Coca-Cola y la cerveza.

—Ah, eso, tu camiseta de The Beatles: creo que no hay cosa en el mundo que mi madre odie más que las camisetas con estampados impresos en la parte delantera.

—Vaya, muchas gracias. Es una de mis camisetas favoritas.

—Te compraré otra igual pero que lleve el estampado en la espalda.

—No hace falta.

—Créeme, sí hace falta. Necesitas venir urgentemente conmigo de compras un día de estos.

—Bueno, ahora tengo bastante disponibilidad...

—¿Has empezado a buscar trabajo?

Asiento.

—Esta mañana he estado echando currículums, pero de momento nada.

—Es tu primer día de libertad. Tranquilo. Seguro que sale algo.

Si Alastair supiera hasta qué punto necesito el dinero, no sería tan positivo.

—Oye, siento muchísimo que mi amigo Zion te hiciera eso. —Aunque ayer ya me disculpara, es un modo de cambiar de tema.

Él dibuja una sonrisa ladeada.

—Ahora somos compañeros de cicatriz.

—La mía es más grande.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Y la cicatriz?

Se me encienden las mejillas con su pregunta de doble sentido. Eso, sumado a lo mucho que nos hemos acercado, me la pone durísima. Y entonces se me pasa por la cabeza la posibilidad de darle un beso rápido. De terminar de estirar el cuello, agarrar el suyo con una mano para atraerlo hacia mí y aplastar mis labios contra los suyos.

No beso a Alastair desde el museo, y, ahora que sé cómo se siente tener su boca presionando la mía, me muero de ganas de repetirlo. Pero cuando estoy a punto de inclinarme para llegar a su boca, Alastair echa el cuerpo completamente hacia atrás porque el camarero regresa con los dos entrantes.

Aprieto los puños por debajo de la mesa, conteniendo el impulso.

—Cuidado con las bromas que haces —le advierto cuando volvemos a quedarnos a solas.

Alastair me mira con diversión.

—¿O si no...?

—Te haré improvisar.

—¿Improvisar, yo? —Suelta una carcajada—. ¿Sabes con quién estás hablando?

Sonrío y lo miro a los ojos.

—Pues por eso mismo. Ten cuidado.

Subo una pierna a la vez que bajo la otra para recolocarme la erección que empuja contra la tela de mi vaquero. Después me concentro en la comida que tenemos frente a nosotros.

—Eeeh... Qué puta locura —digo, alucinando con la presentación de los entrantes y el aroma tan delicioso que me llega—. Creo que podría acostumbrarme a este estilo de vida.

Alastair se queda pensativo.

—¿Te pasa algo?

—Creo que no te gustaría. Tener mi vida, me refiero.

Me encojo de hombros.

—Tampoco es que yo esté a gusto con la mía.

—Pero tú eres libre, Cody. Yo no.

Lo miro, está triste.

—Es la verdad —continúa—. Hablando contigo, me doy cuenta de que en realidad estoy más jodido de lo que pensaba... y de que el problema va más allá de que me gusten los hombres.

Me sorprende que se abra de esa forma conmigo. Creo que era algo que necesitaba sacar, que llevaba tiempo guardando dentro.

Entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, dice:

—Te he contado demasiado.

Para consolarlo y mostrarle mi apoyo, intento mirarlo a los ojos. Pero Alastair no despega la vista del tartar de atún. Lo mismo ni siquiera es consciente de que lo estoy mirando ahora. Su mente parece enfrascada en la situación que vive.

Me da tanta pena que me entran ganas de abrazarlo muy fuerte. Algo que no va nada conmigo. No me gustan los abrazos. Bueno, ni los abrazos... ni que nadie me toque en general. Pero el caso es que con él sí me apetece.

Cuando llegamos al postre pedimos tarta de queso y dos cafés, el suyo con leche fría y el mío muy caliente.

Aunque hemos seguido hablando de otros temas, llevo toda la comida con la sensación de que le preocupa algo. Entonces suelta la bomba:

—Me voy a casar con Blair.

Se me cae la cuchara al plato y un trozo de tarta sale disparado al mantel.

—¿Te casas?

—En un año.

Lo miro a los ojos, sorprendido.

—Pero ¿tú la quieres?

Casi se echa a reír. Pero la sonrisa que se imprime en su rostro es triste y cansada.

—Pues claro que no, Cody. Yo no quiero casarme con Blair. Bueno, ni con ella ni con nadie. A mí me gustaría casarme algún día por amor, no por negocios. Pero eso a mi padre le da igual.

—No puede obligarte.

Él suspira y entrelaza los dedos encima del mantel.

—En realidad..., sí que puede.

—No si tú te niegas.

Entonces me explica el trato que ha hecho con él para cuadrar lo de Bradford.

—¿Ves como no es tan fácil? Si no me caso con ella, se acabó.

—Lo dices como si salir del armario fuese el fin del mundo.

Su mirada se vuelve oscura y fría.

—En el mío, sí. —Su tono es demasiado cortante—. No sabes lo mucho que me he tenido que esforzar para demostrarle a la gente que trabaja conmigo que merezco estar donde estoy. O las cosas que me exigen mis padres por ser un Everscourt y lo que el mundo espera de mí. Pero tampoco espero que lo entiendas. Porque, al fin y al cabo, tú y yo venimos de mundos completamente opuestos.

Aquello levanta una muralla invisible entre los dos que nos separa. Como si de pronto cada uno perteneciera a un bando distinto y tuviéramos al enemigo enfrente.

41

CODY
Secuestro

—¿Tienes planes para hoy? —La voz de Alastair suena animada al otro lado de la línea.

—Pues pensaba escribirle a Arthur para celebrar que ya tengo trabajo.

—Guau, enhorabuena.

—Gracias. A ver, es en una pizzería de mi barrio, muy cerca de mi antiguo bar. Pero sin estudios y todas esas cosas que te piden ahora... tampoco puedo aspirar a nada mejor.

—¿Cuándo empiezas?

—El lunes.

—Así que hoy lo tienes libre.

—Ya te he dicho que pensaba escribirle a Arthur.

—Pues es una pena que al final no vayas a poder ver a tu amigo.

—¿Por?

—Porque yo estaba pensando en secuestrarte.

Me quedo un segundo callado con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Cody? ¿Sigues ahí?

—Me sorprende que quieras verme, la verdad.

—Anda, ¿y eso?

—Porque, al fin y al cabo, tú y yo venimos de mundos completamente opuestos, como dijiste.

—¿Y no es verdad? Pero eso no significa que quiera que las cosas cambien entre nosotros.

Levanto una ceja, aunque él no puede verme.

—¿Nosotros?

—Sí, Cody. Nosotros.

—Explícate mejor.

—Que... me gusta lo que estamos construyendo juntos, sea lo que sea.

Relajo los hombros. No sonrío porque no soy tan estúpido como para no saber que... lo que sea que estemos construyendo no va a tener un final feliz. Aun así, su comentario hace que ese muro invisible que sentí se resquebraje, y, aunque ahora no estemos juntos, lo siento más cerca que cuando lo tenía comiendo frente a mí.

—¿A qué hora tenías pensando secuestrarme? —le digo al auricular.

—En una hora. Tengo invitaciones para un desfile y quiero que vengas conmigo.

—¿Y... no es arriesgado?

—No es un sitio en el que nos vayamos a encontrar a mis amigos. Además, después habrá una fiesta en el ático de uno de los modelos. Nos lo pasaremos bien. Aunque yo tampoco me podré quedar hasta muy tarde porque mañana tengo clase de piano a primera hora.

—Espera. ¿Tocas el piano?

—Sí.

Alastair es una caja de sorpresas.

—Es mi sueño frustrado —le confieso—. De pequeño quería ser pianista. Cada cumpleaños les pedía a mis padres un piano, pero nunca pudieron regalármelo. Tampoco tuve la oportunidad de ir al conservatorio, así que dejé ese sueño apartado en cuanto entendí que esa vida era imposible de alcanzar para alguien como yo.

—Si te sirve de consuelo... Yo en realidad quería un fagot, pero mis padres me obligaron a escoger el piano —me explica—. Entonces, ¿no sabes tocar ningún instrumento?

—Mi padre tocaba el organillo en la calle y yo iba con él. ¿Eso cuenta?

—Teóricamente, sí —dice.

—¿Tú siempre has tenido claro que ibas a trabajar en la empresa familiar?

Alastair se queda un segundo en silencio, y me doy cuenta de que es una pregunta que ni siquiera él se había planteado.

—Tampoco me dejaron elección.

—Espera —le digo sorprendido—. Entonces ¿estás luchando por algo que en realidad no te apasiona?

—No... no lo sé. Igual es eso, que todavía no sé lo que quiero y tengo que descubrirlo. Pero me alegro de que tú lo tengas tan claro. Y cuando quieras aprender a tocar el piano, yo te enseño.

—¿En tu casa? ¿Y tus padres?

Alastair se aclara la garganta.

—Bueno, claro..., tendrá que ser cuando ellos no estén.

Sonrío mientras miro la pared de mi habitación y me imagino sentado frente a un piano con Alastair: mis manos sobre las teclas y sus dedos sobre los míos.

Una hora más tarde, estoy con él paseando por las calles del Upper East Side.

—Aquí quería traerte —dice mientras empuja la puerta que da acceso a la tienda de Loro Piana y me invita a pasar.

—No sabía que este plan incluía irnos de compras.

—Hombre, no pensarás ir así vestido al desfile, ¿no?

—¿Qué problema tienes con las sudaderas con capucha?

Él pone los ojos en blanco.

—Voy a fingir que no acabas de decir lo que acabas de decir. —Después, empieza a descolgar un montón de camisas y polos y los va dejando sobre mis brazos como si fuera un perchero—. ¿Puedes con todo o necesitas ayuda? —pregunta al ver que mi cara desaparece bajo la montaña de ropa.

—Puedo, pero estás flipado si crees que voy a probarme todo esto.

—Claro que te lo vas a probar. El otro día yo tuve que ir más informal para que no volvieran a robarme en tu barrio. Hoy te toca a ti disfrazarte de mí.

El probador es inmenso. Dejo toda la ropa que Alastair ha elegido para mí en un banco de madera. Cuando me pruebo el primer conjunto, no me reconozco en el espejo. Parezco una persona completamente distinta.

—¿Cody? —pregunta desde fuera.

—Sí, un segundo.

Termino de ajustarme el cuello del polo. Se me hace rarísimo llevar una camisa debajo, pero Alastair dice que así es como viste la gente pija de Manhattan cuando quieren ir algo más informales.

Al salir del probador, a Alastair se le ilumina la cara nada más verme. Sus pupilas se dilatan, el negro devora el azul de su iris, me mira como si fuera a besarme.

—Estás impresionante.

Sacudo la cabeza, aunque su comentario enciende mis mejillas.

—Pues yo creo que no doy el pego.

—¿Que no das el pego? ¿Cuál es el problema? ¿No te gusta el conjunto que he elegido o...?

—No, no es eso.

Llevo puesto un pantalón beige, una camisa blanca y un polo azul marino que se adapta perfectamente a mis hombros. Me he peinado con las manos antes de correr la cortina, pero desde el espejo que hay detrás de Alastair, en el pasillo de los probadores, me doy cuenta de que mi pelo sigue haciendo de las suyas y que cada mechón apunta en una dirección diferente.

—La ropa me encanta, pero... soy yo, que no me reconozco. Me siento como un lobo al que le ponen una correa y le dicen que a partir de ahora debe comportarse como un perro.

—Pruébate el traje verde. Es más elegante, pero también creo que es más apropiado para el desfile.

El traje me queda como un guante. Realza mi espalda y mis ojos y, por esta vez, no siento que llevo puesto un disfraz. Aun así, el chico que me devuelve la mirada en el espejo no soy yo. Pero es como ver una pincelada de la persona que sí habría sido si hubiese nacido en una familia adinerada como la de Alastair.

—Sigo pensando que, si salgo así vestido, estaré engañando a la gente al fingir que voy de algo que no soy.

Alastair cambia el peso de una pierna a otra.

—Eso es porque te miras como si no te merecieras nada de esto. Pero yo te miro y te sigo viendo a ti. Y lo que veo me fascina.

Vuelvo a notar que la cara me arde, pero luego, al ver el precio que marca la etiqueta, mi rostro pasa del rojo al blanco en un segundo.

—No puedo pagar esto.

—Y no lo vas a pagar porque es un regalo que te voy a hacer yo.

—Alastair.

—¿El traje te gusta o no?

—Sí que me gusta, pero el precio...

Antes de que acabe la frase, él arranca de un tirón la etiqueta y me pide que me cambie para poder pasar por caja.

La siguiente parada que hacemos es en una peluquería.

El peluquero extiende la mano para que le dé mi bolsa de Loro Piana, pero su expresión cambia cuando se ve obligado a coger también mi sudadera. La agarra con la punta de los dedos como si fuera radiactiva.

—Podéis tomar asiento —nos dice a los dos.

—Ah, qué va, yo no...

—Tú también, Cody —dice Alastair—. Hay que hacer algo con ese pelo indomable.

Tira de mí y me obliga a sentarme con él. En menos de un segundo tengo una bata negra atada al cuello y un peluquero inspecciona mi rostro antes de decirme cuál es el corte que más me va a favorecer. Me enseña un par de fotos de distintos modelos. Elijo un peinado sin demasiadas esperanzas de que vaya a lograr el mismo resultado que me muestra en las imágenes. Pero entonces el peluquero entrecierra los párpados y se pone a trabajar, y las tijeras se mueven sobre mi cabeza igual de rápidas que precisas. Me corta las puntas y me quita algo de volumen. Cada vez que las tijeras se cierran sobre mi pelo, el resto cae a los lados de mi rostro y la imagen que acabo de elegir se va formando poco a poco ante mí. El hombre corta cada mechón al largo exacto. Después de lavarme la cabeza y peinarme, me fija el pelo con laca.

—¿Qué te parece?

Mi peluquero sonríe satisfecho. Él y su compañero van a saludar a un cliente que acaba de entrar por la puerta. Me quedo un momento

a solas con Alastair, los dos sentados frente al espejo de la peluquería que ocupa toda la pared.

—Cada vez estoy más cerca de parecerme a un Everscourt. —Finjo un escalofrío.

Alastair ríe y me mira a través del espejo.

—Bueno, para parecerte a un Everscourt tendrías que teñirte de rubio y llevarlo repeinado como yo.

—Y dejar que me encierren en una caja de plástico como a un muñeco.

—Eso ha sido cruel.

—Pero hay un problema. —Señalo mi ojo izquierdo con el índice—. No puedo venderme como el chico perfecto con esta cicatriz.

Alastair se encoge de hombros.

—Diremos que es un defecto de fábrica.

—Y luego dices que yo soy cruel —respondo entre risas.

—Este corte de pelo te favorece muchísimo. Y el traje verde te queda increíble.

—¿Pero?

—Pero... nada. Solo digo eso, que estás guapísimo.

—¿Aunque venga con defecto de fábrica? —le guiño un ojo.

Él sonríe y confiesa en voz baja:

—Me gusta ese «defecto» tuyo.

—¿Y desde cuándo te gustan a ti las imperfecciones?

—Desde que llegaste para poner mi vida del revés.

Antes de que a Alastair le dé tiempo a reaccionar, me levanto de la silla, confirmo que nadie nos presta atención, le envuelvo la cara con mis manos y aplasto mi boca sobre la suya. El beso es rápido, como una bala que te atraviesa el pecho y te deja sin respiración. Pero necesitaba sentir sus labios presionando los míos, aunque solo fuera

durante un brevísimo segundo, antes de volver a sentarme y hacer como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

Los ojos de Alastair se vuelven fríos. Cuando gira la cabeza hacia mí, me clava la mirada y respira por la boca.

—Cody —pronuncia furioso—, no vuelvas a...

—Ya lo sé, lo siento. Pero no puedes decirme eso y luego pretender que yo no intente morderte la boca.

Alastair se pasa el dorso de la mano por el labio inferior, como si quisiera borrar lo que ha pasado. Después mira detrás de él, nervioso. Los peluqueros siguen hablando con el cliente y no parecen haber visto nada, por eso Alastair suelta un suspiro de alivio y se permite relajarse sobre la silla.

Se frota la cara con las manos y me dice:

—A mí también me apetece, ¿sabes? Besarte todo el rato. Pienso muchas veces en hacerlo, sobre todo cuando los dos nos quedamos callados al final de una frase y... Pero entonces recuerdo que...

Resoplo con cansancio.

—Recuerdas que eres un Everscourt y que nadie nos puede ver.

Él asiente, sin dejar de mirarme.

—Sé que lo que te estoy pidiendo no es nada fácil —dice.

—No importa. Cada uno elige el desastre que quiere abrazar.

Al decirle eso, Alastair dibuja una amplia sonrisa que le ocupa toda la cara. Una sonrisa preciosa que me encantaría ver más de cerca.

—Gracias, Cody.

—A ti por regalarme mi primer traje.

El peluquero regresa con un espejo de mano. Abre la boca como si viniera con una frase preparada, pero luego la cierra y se queda mirándonos a los dos. Y, cuanto más nos mira, más frunce el entrecejo. Después se dirige solo a Alastair:

—Creo que nunca te había visto así —le dice mientras coloca un espejo detrás de su cabeza para mostrarle el resultado.

Alastair enarca una ceja.

—Pero si es el mismo corte de siempre.

—No estoy hablando de tu pelo. Hablo de que hoy estás... más relajado. Es la primera vez que te veo sonreírle a alguien de verdad.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

Los ojos del peluquero viajan desde él hasta mí trazando un arco por el espejo.

—Yo creo que es bastante evidente.

Nos ha descubierto.

Por eso Alastair se queda tan callado.

Su mandíbula se tensa, pone los hombros rígidos y la mirada se le ensombrece al intentar proteger un secreto que empieza a ser más grande que el miedo.

42

CODY
Caído del cielo

No hablamos durante la primera mitad del trayecto en el taxi. Alastair ha vuelto a encerrarse en sí mismo. Puedo ver sus fantasmas revoloteando dentro de su cabeza: la presión de ser quien se espera de él y el miedo a que la gente descubra quién es en realidad.

Al final, cada persona libra su propia batalla. Yo también estoy preocupado por algo que no me apetece compartir ahora mismo con él: me preocupa el dinero y me preocupa que cada vez falte menos para que mi hermano salga de prisión.

Voy sentado con dos bolsas entre las piernas. En la primera llevo mi sudadera y el resto de la ropa con la que he venido. En la segunda, mis zapatillas desgastadas. Nuestra última parada ha sido en Armani. Sí, en la misma tienda donde trabajé de camarero y lo conocí. Tengo la sensación de que ha pasado muchísimo tiempo desde entonces. Es curioso, llevo puesto el traje y unos zapatos a juego y me veo muy distinto, pero lo que más me sorprende es descubrir que, en realidad, el cambio más grande en mí, en nosotros, se ha producido internamente.

—Todavía no me acostumbro —digo, señalando mis pintas, para romper el silencio que flota en el taxi.

—¿Te sientes bien?

En voz baja, le digo:

—Me sentiré mejor cuando me beses.

Alastair clava sus ojos azules sobre mí. A través de ellos puedo ver su lucha interna, está conteniendo el impulso de hacer justo lo que le he pedido. Las ganas que tiene son tan fuertes que se ve obligado a hincar las uñas sobre el asiento para frenarse a sí mismo.

—Cody...

—¿Mmm?

—No sigas por ahí.

—¿Por dónde? —Me muerdo el labio inferior para no sonreír.

Baja los ojos hasta mi boca. Suelta un suspiro brusco, como si librar esa batalla interna en la que ha tenido que decidir si besarme o no lo hubiese dejado agotado. Después acerca los labios a mi oreja y susurra con voz grave:

—¿Sabes las cosas que te haría si estuviéramos los dos solos?

Me recorre un escalofrío al escucharle hablarme de esa forma.

—¿Y por qué no buscamos algo de privacidad? —lo provoco.

—No será por falta de ganas.

—¿Qué cosas me harías?

Entonces Alastair se aparta de golpe, estira la espalda contra el asiento y me deja con las ganas de querer un poco más de él.

—Macho, ¿ahora te echas para atrás? Eso es jugar sucio —protesto en voz baja. Me la ha dejado durísima y ni siquiera he conseguido que me dé un beso rápido.

—Sucio es que me pongas tanto que haya estado a punto de improvisar —replica él.

Echo un vistazo rápido a su entrepierna. El bulto que se le marca por debajo del pantalón del traje es tan grande que no hay duda de que él también la tiene como una piedra.

—Vaya, creía que un Everscourt no tenía permitido dejarse llevar.

Alastair sonríe de forma lasciva.

—La culpa la tienes tú. Cuanto más tiempo paso contigo, más me cuesta seguir las normas.

—Las normas son aburridas.

El coche se detiene frente al edificio en el que se celebra el desfile. Cojo las bolsas y disfruto del olor a ropa nueva y a perfume caro que emana del traje que llevo. Los zapatos negros de Armani me dan una seguridad que no tenía antes, como si con ellos pudiese jugar a ser alguien importante por un día.

Alastair sale primero y luego me sujeta la puerta, y yo siento que la persona que era cuando he salido esta tarde de casa no es la misma que la que baja ahora del taxi.

Buscan nuestros nombres en la lista de invitados y accedemos a una sala rectangular enorme, con suelos de mármol e iluminada por lámparas de araña. En medio de la sala, hay una alfombra blanca que la cruza de punta a punta y divide el espacio en dos. A cada lado, seis filas de sillas cubiertas con una tela del mismo color, todas mirando hacia la pasarela.

—Nosotros nos sentamos aquí. —Alastair señala dos sillas reservadas con un papel doblado por la mitad—. ¿Te importa si voy un segundo a saludar al diseñador?

—Claro, sin problema.

Me siento y miro a mi alrededor. La mitad de los invitados ya están sentados, y la otra mitad sigue de pie hablando y saludándose. El espacio se llena de gente con dinero y arreglada, sonrisas blanquísimas y una exagerada amabilidad. Seguro que, cuando vuelvan a casa y no tengan que fingir, se pondrán verdes.

Cuando Alastair regresa, está serio.

—Cody, ven —me urge.

—¿Adónde?

—¿Confías en mí?

—No.

Pone los ojos en blanco y tira de la manga de mi traje.

—Pues confía en mí, capullo, porque estoy a punto de hacerte ganar mucho dinero.

—¿Cómo?

—Vas a desfilar para mi amigo Russ —me explica por el camino—. Uno de sus modelos ha tenido un accidente de moto y se ha torcido el tobillo izquierdo. Russ está histérico. Necesita a alguien urgentemente.

—¿Y por qué no desfilas tú?

—¿A ti qué te parece? Le he hablado a Russ de ti.

—Pero ¡yo no soy modelo!

—Lo sé, y me la estoy jugando recomendándote a un diseñador de la talla de Russ. Pero él necesita una solución, tú necesitas el dinero y yo necesito aprender a improvisar. Así que eso es justo lo que he hecho, Cody. *Improvisar*. Y ahora te toca a ti hacer lo mismo.

Sacudo la cabeza.

—Estás loco.

—Sí, pero te voy a hacer ganar seiscientos dólares por caminar en línea recta. Vamos, Cody. Esta oportunidad te ha caído del cielo. No la desaproveches.

Parpadeo despacio, creo que no lo he escuchado bien.

—¿Has dicho... seiscientos?

Alastair sonríe por toda respuesta.

Entramos en otra sala más pequeña en la que hay nueve modelos, dos maquilladores y un montón de gente que mueve burros con la ropa de la colección de un lado a otro. Cada *look* está marcado con una foto en la que sale el modelo que debe llevarlo en el desfile.

—Russ, este es mi amigo Cody —le dice Alastair al diseñador.

El hombre se da la vuelta y me observa a través de los cristales rosas de sus gafas. Es calvo, de nariz aguileña y cuerpo esquelético, como un chicle que han estirado desde las extremidades.

Me vuelve a mirar de arriba abajo y, luego, mira fijamente mi cicatriz.

—*Enchanté*. Soy Russ, el diseñador de la colección. —Me entrega una tarjeta de su firma que guardo en el bolsillo de la americana—. Siento hacerte trabajar, pero acabas de salvarme la vida. —Entonces se gira hacia Alastair y le dice, como si yo no pudiera oírlos—: Me encanta su cicatriz, le da mucha personalidad. ¿Cómo es que yo no lo conocía?

Alastair se encoge de hombros y se despide. Pero antes de marcharse para volver a su asiento, me dice al oído:

—Fíjate en cómo caminan los otros modelos y, cuando salgas, mira siempre al frente y no sonrías.

—No sé si yo... Joder, no quiero cagarla y hacerte quedar mal.

—Lo vas a hacer bien.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque yo sí confío en ti. Recuérdalo siempre.

Después desaparece.

—Deprisa, chico, ponte esto —dice Russ, y me planta una percha llena de ropa en las manos. Tengo que cambiarme delante de todos, y tengo que hacerlo en menos de dos minutos.

La música suena por los altavoces y los modelos comienzan a salir en intervalos de diez segundos entre uno y otro.

—Un minuto y te toca —me avisa Russ cuando aún estoy en ropa interior.

Me visto en un abrir y cerrar de ojos. Lo hago con la ayuda de dos personas que me atan los cordones y me abrochan los botones de la

camisa. Lo único que cuelga en la percha ahora, además de una corbata que me falta por poner, es la foto del modelo que ha tenido el accidente de moto. Me sorprendo al ver que el tío se parece bastante a mí. No sé si se trata de una simple casualidad o si esto es cosa del destino. Lo que sí sé es que he empezado el día consiguiendo trabajo en una pizzería y voy a acabarlo desfilando para un conocido diseñador en el centro de Manhattan. Esto es una locura.

—Diez segundos. Eres el siguiente. Vamos, vamos, vamos.

Russ me empuja por la espalda y me obliga a salir a la pasarela. El foco de luz es cegador. Escucho el murmullo de la gente por encima de la música y siento unas inmensas ganas de huir. Pero cuando mis pies avanzan por la alfombra, mi mirada encuentra un camino directo a unos ojos azules que solo me miran a mí.

Alastair está sentado en primera fila y me sonríe con orgullo, como si me estuviera viendo brillar y se sintiera feliz por ello.

«Yo sí confío en ti».

Y entonces, en lugar de pensar que no pertenezco a este mundo, desfilo con la sensación de que estoy atravesando la puerta que el propio Alastair me ha abierto para que pueda entrar en él.

Cuando termina el desfile, Alastair me informa de que su coche está aparcado a dos calles, así que podemos prescindir de coger otra vez un taxi. Caminamos hasta el vehículo y acudimos juntos a la fiesta.

Además de la tarjeta, Russ me ha entregado un sobre lleno de billetes. Llevo seiscientos dólares en el bolsillo del pantalón y todavía no me creo que haya desfilado para un diseñador famoso. Si no fuera por Alastair, jamás habría conseguido ganar tanto dinero en una hora, ni tampoco vivir esta experiencia, que aún no ha

terminado. Manhattan se extiende bajo nuestros pies, hermosamente iluminada. Las vistas que tenemos son impresionantes.

—Hoy has triunfado. —Alastair choca su copa con la mía—. Todo el mundo habla de ti. Quieren conocerte. Eres el chico que ha salvado el desfile de Russ.

—A mí lo único que me preocupa es llevar tanto dinero encima.

Él le quita importancia con un gesto.

—Cody, mira a tu alrededor. Todos llevan encima algún reloj o alguna joya que cuesta más. Nadie de aquí te va a robar, porque a ninguno le hace falta tener más dinero del que ya tiene.

Tiene razón, no debo preocuparme. La gente que hay en esta fiesta bebe champán con esa despreocupación que te da tener la vida solucionada.

Lo único con lo que debo tener cuidado es con tropezar y caerme a la piscina. Está en el centro de la terraza del ático. Su luz azulada se refleja en los rostros y en el cristal de las copas de los invitados que pasan cerca del bordillo.

Nos movemos entre la multitud para pedirnos otra copa.

—¿Qué os pongo? —nos pregunta el camarero.

Siempre he estado al otro lado de la barra, por eso se me hace tan extraño que ahora alguien me pregunte qué quiero beber.

—Un *gin-tonic* —pide Alastair, y luego me guiña el ojo con complicidad.

—Que sean dos.

Llevo la copa de balón a mis labios mientras escucho cómo la música tecno se mezcla con el murmullo de las conversaciones. Quiero disfrutar de la fiesta a pesar de saber que si algún modelo o cualquier otra persona habla conmigo, no tardará en descubrir que

les he mentido a todos. Habré desfilado para Russ por un golpe de suerte, pero eso no significa que encaje aquí.

Pero lo más curioso es que, cuando Alastair se ausenta un segundo para saludar a alguien y yo me quedo observándolo en la distancia, me doy cuenta de que ahora él tampoco parece encajar del todo. Es como si, después de que su mundo haya colisionado con el mío, los dos nos hubiéramos quedado en tierra de nadie.

Quizá por eso, cuando Alastair se gira y me hace un gesto para que me acerque, tengo la sensación de que él también preferiría estar en otro lugar.

Me abro paso entre la multitud mientras intento no derramar ni una gota de alcohol.

Pero de pronto ya no puedo avanzar porque alguien me bloquea el paso.

Alzo los ojos por encima del *gin-tonic*.

Lo primero que veo es una sonrisa torcida que deja entrever los dientes.

Lo segundo es una imagen en la que él me persigue con un cuchillo.

El estómago se me encoge y la copa se me cae al suelo y estalla bajo mis pies.

La persona que me corta el paso es Bradford.

43

Alastair

Los celos, ese gran efecto dominó

No había previsto coincidir con Bradford en la fiesta. A mis amigos no les interesan los eventos de moda, así que nunca suelen acudir a ellos ni estar invitados.

Ha sido un error de cálculo.

Me abro paso entre la gente para llegar hasta ellos. Veo los ojos de Cody por encima del hombro de Bradford, que me da la espalda. Cody lo mira como si fuera a abalanzarse sobre él. El chico de la cicatriz no es alguien que se asuste con facilidad. Apoyo una mano sobre la espalda de Bradford y me meto en medio de los dos.

—Bradford, ¿qué haces?

—Saludar a tu «amigo» —dice, sin dejar de mirar a Cody, y luego se dirige a él—: Hola... *tú*. No me acuerdo de cómo te llamas, pero sí me acuerdo de que corrías como una niña.

Cody inhala con fuerza, hincha el pecho y de pronto parece más grande y fuerte que Bradford.

—¿Sabes de qué me acuerdo yo? De que con un puñetazo te dejé tirado en el suelo.

A Bradford le cambia la cara. De un segundo a otro, su expresión altiva se borra y se pone rojo. Da un paso adelante con la intención

de enfrentarse a él, y los cristales de la copa crujen bajo la suela de su zapato.

Cody, por su parte, no solo no retrocede, sino que, además, se le escapa una sonrisa ladeada. Es como si estuviera encantado de ver el poder que ejerce sobre Bradford. Lo fácil que le resulta hacerle perder el control y que quiera recurrir a la violencia.

—A ver si también sonríes cuando no te quede ni un puto diente —masculla Bradford.

La sonrisa de Cody se estira y se vuelve más oscura.

—Igual el que te parte la cara soy yo.

—Eh, parad ahora mismo —les ordeno.

Ninguno de los dos me mira. Cody no parece tener ningún problema en pegarse con Bradford, pero yo no pienso permitirlo. Y no estoy pensando en que esto pueda salpicarme, estoy pensando en él. En Cody. No voy a dejar que Bradford ni nadie le ponga la mano encima.

Por eso apoyo de nuevo una mano sobre el hombro de Bradford y le recuerdo:

—Hicimos un trato. No puedes tocarle.

Bradford exhala con brusquedad y mira a Cody con rabia.

—Tienes suerte de que tu novio esté aquí para defenderte.

Las manos de Cody se cierran en puños, listas para pelear.

—No necesito que *nadie* me defienda.

—Pues Alastair cree que sí.

—Y yo creo que tú sin tu cuchillo no eres nada —replica Cody, y después escupe en el suelo, muy cerca de los zapatos de Bradford.

—Serás...

Bradford pone el puño en alto, pero Blair irrumpe en ese momento y él se detiene.

—Chicos, ¿va todo bien?

Blair se coloca a la derecha de Bradford y hace el amago de cogerle del brazo, pero al final baja la mano sin llegar a tocarlo.

—¿Te importa darnos un segundo? —le pido a Cody—. Tengo que hablar con ellos de una cosa.

Cody mira a Blair y a Bradford, y luego vuelve a mirarme a mí y asiente con la cabeza.

—Te espero junto a la piscina.

Lo veo marcharse con paso tranquilo. Enseguida le hago un gesto a la pareja para que vayamos a una zona algo más apartada del DJ, en una de las esquinas de la terraza, donde no estemos rodeados de tanta gente y podamos hablar sin que nadie nos escuche.

Desde aquí puedo ver a Cody. La luz azul que emerge del agua se funde con su traje y le hace parecer una criatura marina. He de reconocer que siento una punzada de celos cuando veo lo rápido que se le acerca una chica. ¿Cuántos minutos lleva solo? ¿Tres? No conozco a la chica del vestido, pero tiene el pelo largo y negro, es muy guapa y es evidente que intenta ligar con él.

Veo cómo Cody le sonríe y habla con ella cerca del borde, como si los dos flotaran sobre el agua.

Empiezo a ponerme nervioso y mi mirada se intensifica. Quiero gritarle que mire en mi dirección. Clavo mis ojos en él con los dientes apretados.

Cuando por fin gira la cabeza y nos miramos a los ojos, hay un entendimiento silencioso entre los dos. Porque Cody descubre lo tenso que estoy, y no duda en hacerme saber que no debo preocuparme por nada.

Relajo la mandíbula y me uno a la discusión que están teniendo Blair y Bradford.

—Volvéis a hablar con vuestros padres y les decís que no os vais a casar —replica Bradford—, que os negáis y punto.

—No podemos hacer eso —le repite Blair por enésima vez.

—Pero ¿en qué siglo estamos? ¡No me jodas, hombre! Seguro que hay otra forma de asegurar el futuro de la empresa.

Blair asiente, agotada.

—Hay otras formas, pero esta es la que se espera de nosotros.

—Esto también afectaría a tu padre, no solo a ti —advierto yo.

Bradford me mira con el ceño fruncido.

—¿A mi padre por qué?

—¿Cómo crees que conseguí lo de tu padre? Todo tiene un precio, y el banco de los favores es el que cobra mayores intereses.

Bradford se frota la cara con las manos y suelta una palabrota. Está enfadado con el mundo, pero el mundo observa. Por eso, cuando se nos acerca un modelo que ha desfilado para Russ y nos pregunta si Blair y yo lo hemos dejado y por qué ya no subimos nada juntos a nuestras redes sociales, nos vemos obligados a sacarnos una foto dándonos un beso para acallar los rumores de ruptura.

—Creo que con esto bastará —comenta Blair, viendo la foto que nos acabamos de hacer en su móvil.

—Qué puto asco —suelta Bradford.

—Tú sabías dónde te estabas metiendo —le recuerdo yo.

—Lo que sabía era que Blair nunca iba a ser feliz contigo.

Blair publica la foto en sus historias mientras le dice a Bradford con frialdad:

—Lo último que necesitamos es que la gente de esta fiesta vea que Alastair y yo discutimos. Nadie puede dudar de nuestro compromiso.

Bradford aprieta los dientes y asiente resignado.

En ese momento me doy cuenta de que hay alguien que no me quita los ojos de encima.

Cody.

La luz que emerge de la piscina proyecta el movimiento del agua sobre su rostro.

El chico de la cicatriz ha visto mi beso con Blair. Estoy convencido. De lo contrario, no me miraría de esa forma. Cody ha dejado de hablar con la chica que tiene a su derecha. Ella también mira donde lo hace él, supongo que para descubrir por qué se ha quedado callado de golpe y ya no le presta atención.

—Mierda —susurro.

Él sabe mi situación personal. Sabe lo clasistas y tradicionales que son mis padres, y que tener mi apellido es como estar encerrado en una jaula de oro. Sabe que nunca podré besarlo ni darle la mano en público. Que en un año me casaré con Blair. Así que no debería sorprenderle que finjamos delante de todos.

Pero que lo sepa no significa que no le vaya a doler ver cómo beso a otra persona.

Y ese dolor se convierte en rabia e impotencia.

Por eso Cody se vuelve hacia la chica, acuna su rostro con las palmas y la besa sin dudar.

44

Alastair

El dolor lo tapa todo

—Tu proyecto social no pierde el tiempo. —Bradford señala a Cody mientras me pasa el brazo por encima de los hombros.

Cody se inclina sobre la chica para hacer que el beso sea más profundo. Ella se agarra a la parte baja de su espalda para no caerse, su pecho se aplasta contra el de él y cierra las manos sobre el traje, arrugándolo.

Los celos hacen que tenga ganas de gritar por encima de la música.

La chica del vestido besa y se agarra a Cody con la impaciencia con la que un niño desenvuelve su regalo.

La situación se ha descontrolado. Y ahora me toca a mí sentir el dolor que ha debido de experimentar Cody para romper su promesa y actuar así.

Siento que mi pecho se llena de fuego y me quema la piel. Me quito el brazo de Bradford de encima con un gesto brusco.

—Aparta.

—Joder, sí que estás enfadado.

¿Enfadado? Bradford no tiene ni idea. La rabia me nubla la mente. No puedo dejar de mirar a Cody. De ver cómo sus labios resbalan sobre los de una desconocida. Cómo sus manos se hunden en su

cabello negro y largo mientras ella sigue tirando de su traje para que su cuerpo no se separe ni un milímetro del de él.

Varios de los invitados que se encuentran cerca de la piscina los señalan con sus copas. Cody y la chica del vestido están dando un espectáculo al besarse con tanta pasión. Intento apartar la mirada de ellos, pero el dolor me obliga a descubrir qué se siente cuando un corazón está en guerra con otro.

Cuando por fin dejan de besarse, la chica le dice algo al oído.

Entonces Cody me mira a los ojos.

Y, durante un momento de tensión, el chico de la cicatriz y yo nos sujetamos la mirada con ese odio que creíamos haber dejado atrás.

Nuestros ojos están llenos de rabia, rencor y dolor.

Por eso, cuando veo que la chica coge la mano de Cody y tira de él, empiezo a seguirlos sin pensar en las consecuencias.

—Pero y este tío ¿adónde se cree que va...? —escupo para mis adentros.

Dejan atrás la piscina, sortean a las personas que siguen de fiesta, beben y charlan con la música del DJ de fondo, y desaparecen por la puerta que conecta la terraza del ático con el salón.

Entro por la misma puerta medio minuto después y los busco. Barro la sala con la mirada: algunos invitados están sentados en el sofá, otros de pie, todos con sus copas y sonrisas artificiales.

Cody no está.

Eso solo puede significar una cosa.

Me acerco hasta un grupo de gente y les pregunto:

—Perdonad, ¿sabéis dónde está el servicio?

Dos de ellos señalan la puerta que hay a unos metros de distancia.

Avanzo dando largas zancadas mientras me peleo con el primer botón de la camisa. Necesito desabrocharlo. El cuello no me aprieta

y, aun así, siento que el aire no llega a mis pulmones.

Me arranco dos botones de un tirón, los veo rodar por el suelo y llegar a la puerta del baño un segundo antes que yo. La aporreo con fuerza y escucho el grito de una chica.

—¡Cody, soy yo! ¡Abre ahora mismo!

Desde el otro lado de la puerta, se oye:

—Tranquila, es un amigo. —Acto seguido, Cody abre la puerta y me mira como si fuera la última persona a la que le apetece ver—. ¿Se te ha perdido algo?

—Tenemos que hablar.

Intento pasar, pero él bloquea la puerta con el cuerpo, evitando que yo pueda empujarla.

—No es un buen momento, Alastair.

Es la primera vez que le oigo pronunciar mi nombre sin mostrar ninguna emoción. Solo vacío. Como si el odio se hubiera cargado todo lo que estábamos construyendo juntos y no hubiera dejado nada. O peor. Cody me habla como si no me conociera. Como si yo acabara de decirle cómo me llamo y él lo estuviera repitiendo en voz alta. Como si fuéramos dos extraños que coinciden por casualidad en el baño de una fiesta.

—Cody, por favor, habla conmigo.

Aquello no despierta nada en él. Mi súplica no tiene ningún efecto.

—Estoy ocupado.

Observo a la mujer que está detrás de él por encima de su hombro, y luego vuelvo a fijar los ojos en Cody.

—Tú no quieres hacer esto.

—Me parece que el que no quiere que lo haga eres tú.

Su frialdad me descoloca.

Parpadeo despacio. La persona que me habla es Cody, y a la vez no es él. Porque el chico de la cicatriz me habla desde lo que es

cuando solo siente dolor y sed de venganza. Lo veo en esos ojos verdes y marrones que se llenan de lágrimas y brillan bajo la luz blanca del baño.

Eso es lo mejor y lo peor de los ojos. Que no saben mentir.

Cody puede pronunciar mi nombre como si fuera un desconocido, pero no puede mirarme y esconder lo que le pasa por dentro.

Por eso aparta la mirada y evita volver a mirarme fijamente.

Por eso dice y hace cosas de las que estoy convencido de que se arrepentirá. Como encerrarse con una desconocida en el baño para follar y así devolverme el dolor que yo le he causado a él.

Ese es el objetivo de Cody.

Hacerme daño.

Romperme por dentro.

Vengarse de mí y convertirse en una bola de demolición.

¿Por qué?

Porque el dolor lo tapa todo y es una venda para el corazón de los hombres.

También por eso, en los labios de Cody nace una sonrisa en la que la oscuridad se expande hasta hacerme creer que el que sonríe no es él, es otro. Es Cody a través del odio.

Sacudo la cabeza e intento ponerle fin.

—Tu problema es que no sabes cuándo parar. Creo que estás yendo demasiado lejos.

—Y yo creo que te puedes ir a tomar por culo y dejarnos en paz.

La chica del vestido carraspea con incomodidad. La veo abrazarse a sí misma y mirarnos a Cody y a mí como si quisiera desaparecer de la ecuación.

—Esto... Creo que es mejor que me vaya y os deje arreglar las cosas entre vosotros.

Él se vuelve hacia ella.

—Yo no tengo nada que hablar con este tío.

Aprieto los dientes y le digo con firmeza:

—Pues yo contigo sí.

La cabeza de Cody gira como si fuera un muñeco. Me asesina con la mirada. Una mirada llena de tantas emociones punzantes que parece capaz de cortar. La que yo le devuelvo es fría y azul, y pretende ser tan letal como la suya.

—Vete de una puta vez.

—No.

La chica del vestido dice, decidida:

—La que se va soy yo.

Cody intenta convencerla de que se quede con él.

—¿Qué? Espera, espera. ¿Por qué te vas a ir?

Nos mira a los dos y suelta un largo y pesado suspiro.

—Yo creo que es bastante evidente. —Me sorprende que su respuesta sea la misma que la de mi peluquero.

Antes de que Cody pueda objetar nada, lo empujo con fuerza para que no salga del baño y entro con él. Cierro la puerta tras de mí y echo el pestillo.

Furioso, le pregunto:

—¡¿A qué estás jugando?!

—No. ¡¿A qué cojones estás jugando tú?!

—Sabes perfectamente que tengo que fingir que sigo con ella.

—Pues yo acabo de fingir que quería follar con una tía en el baño. Así, aunque me quede a solas contigo, nadie de esta fiesta dudará de que a los dos nos gustan las mujeres. ¿No crees que hacemos un equipo de puta madre?

—Ya te lo he dicho. He besado a Blair porque no me quedaba otra alternativa.

—Ah, ya. Qué duro es ser un Everscourt..., ¿no?

Estoy a punto de pegar un puñetazo contra la pared. Pero el golpe suena en el centro de la puerta, y no he sido yo. Tampoco Cody. El impacto viene del otro lado, al igual que el grito que le sigue.

—¡A discutir afuera! ¡El baño es para mear!

Antes de quitar el pestillo, nos quedamos un segundo más mirándonos a los ojos.

La tensión se corta con un cuchillo, el corazón nos martillea el pecho y los dos respiramos con fuerza por la boca.

—Si crees que esto ha acabado aquí... —empiezo a decirle.

—Creo que eso lo deciden tus padres —responde Cody con un tono punzante—, igual que todo lo demás.

Salimos del baño, los dos hechos una furia.

Lo sigo. Él cruza el salón con pasos rápidos y coge una copa que hay en la mesa sin detenerse. Acto seguido se la lleva a los labios y bebe. Lo hace sin preocuparse por mirar antes qué es o si la copa que acaba de coger pertenece a otra persona. Después sortea a distintos grupos que disfrutan de la música y la barra libre desde la terraza del ático.

Camina tan rápido que no le cuesta nada llegar a la piscina. Las luces de Manhattan, que se reflejan sobre el agua como si fuera un espejo líquido, brillan bajo sus pies.

Se detiene en el borde y se queda mirando el agua.

—¿Qué haces, Cody?

—Estoy intentando respirar para no gritarte —dice, sin dejar de mirar el agua.

—Pues sí, será mejor que te controles. Es una fiesta privada y creo que ya has dado antes un buen espectáculo.

Se gira y clava su mirada sobre mí.

—¿Y qué querías, que me quedase de brazos cruzados? Porque yo no soy el tipo de persona que agacha la cabeza y se aguanta sin

más.

—Lo sé de sobra —le aseguro, y después comparto lo que pensé de él la noche que perdió su trabajo en el bar, cuando vi que desmontaba con las manos la hamburguesa que íbamos a cenar—: Tú solo sabes responder al caos con más caos. —Y luego, para ensuciar el recuerdo de algo que, en su momento, fue bonito, añado —: Igual por eso tienes la vida que tienes.

Cody sacude la cabeza y expulsa una risa forzada.

—Y tú te escondes detrás de una vida perfecta que en realidad es una puta mentira porque no tienes huevos de admitir quién eres en realidad.

Lo empujo sin pensármelo dos veces.

—¡¿Pero qué...?! —grita.

Algunas personas se giran hacia nosotros.

Pensaba que ese empujón sería suficiente para que Cody acabase en el agua. Lo único que acaba en el agua es su copa, que sale disparada. Él, a pesar de que al principio su cuerpo se dobla ligeramente hacia atrás, consigue mantener el equilibrio y recupera la posición. Me mira confundido, sus pies se clavan con firmeza en el bordillo y la copa se hunde hasta tocar el fondo azul.

—Casi me tiras.

Sonrío con condescendencia.

—No me digas. ¿De verdad?

Me devuelve el empujón.

Su respuesta no me pilla por sorpresa. De hecho, esperaba que actuara de este modo. Aun así, la fuerza con la que me empuja hace que casi caiga al agua sin conseguir lo que quería: usar su propia fuerza contra él. Pero, por suerte, al final funciona. Primero me engancho de su camisa, y luego giro sobre mis talones rápidamente

para darle la vuelta y cambiarlo de posición. Sus ojos se abren al ver mi jugada. Ahora es su cuerpo el que se precipita hacia atrás.

Pero entonces estira el brazo, sus dedos se enganchan a mi chaqueta y los dos caemos a la piscina.

45

Alastair

Tengo que desaparecer

Nuestros cuerpos rompen la superficie del agua con el impacto. Cody lo hace medio segundo antes que yo. Y antes de que la piscina me engulla a mí también, me da tiempo a ver la rapidez con la que la onda expansiva salpica a tres invitadas que se encuentran muy cerca del borde. El agua empapa sus tacones de aguja y sus preciosos vestidos. Después, cierro los ojos y aguanto la respiración.

Cody me ha arrastrado con él. Todavía tengo su mano aferrada a mi chaqueta incluso dentro de la piscina. Intento deshacerme de su agarre. Llevo las manos a su puño y forcejeo para que sus dedos suelten mi chaqueta. El agua está tan fría que me punza la piel.

Entonces sí, abro los ojos dentro del agua y veo a Cody a mi lado, hundiéndose conmigo. La imagen es borrosa y noto que se me irritan los ojos.

Aquí dentro el sonido es diferente. Apenas se escucha la música del DJ. Tampoco el murmullo de la gente. Porque estoy convencido de que todo aquel que se encuentra en la terraza del ático se ha enterado de que dos chicos se acaban de tirar a la piscina.

El peso de la ropa me hunde lentamente hacia abajo.

Cody abre la boca y me grita, pero no entiendo nada de lo que me dice. Está cabreadísimo conmigo. Me hace gestos con los dedos para

señalar el bolsillo derecho de su pantalón. De sus labios escapan miles de burbujas diminutas. Logro entender dos palabras: «imbécil» y «dinero».

Cody me agarra de una pierna. Le pego una patada y consigo que me suelte. De pronto, me tira con fuerza del brazo y atrae mi cuerpo al suyo.

Su rostro y el mío están apenas rozándose, y esa distancia imperceptible entre nosotros nos afecta. Nos quedamos quietos con los brazos extendidos, aún sumergidos en el agua.

Miro a Cody mientras las luces del interior de la piscina se imprimen sobre él. La camisa que lleva se le levanta por la parte baja dejándole el ombligo al descubierto. Su pelo negro y recién cortado se mueve haciendo eses.

Mantiene los labios apretados para seguir aguantando la respiración. Las burbujas que escapan de su nariz desfilan por su mirada como una cortina de aire que le acaricia la cicatriz antes de llegar a la superficie.

No tardamos demasiado en sentir la urgencia de respirar.

Movemos los brazos y las piernas para impulsarnos hacia arriba y sacamos la cabeza del agua a la vez. Doy una fuerte bocanada de aire mientras me agarro al bordillo y salgo de la piscina. Cody también. El traje se nos pega al cuerpo y el agua nos cae a chorros por las mangas y el cuello de la camisa.

La música sigue sonando por los altavoces, pero la gente no baila. La gente nos mira. Su mirada cae sobre nosotros como flechas. Algunos de ellos simplemente ríen, otros cuchichean. Entre ellos, Blair, visiblemente decepcionada, y Bradford, con una sonrisa que no augura nada bueno.

Pero los que me preocupan de verdad son aquellos que tienen el móvil en la mano. Los que nos graban o sacan fotos sin ningún

pudor.

—¡Es Alastair Everscourt! —grita un hombre.

Al imaginar los titulares, se me revuelve el estómago y me entran ganas de vomitar. Pienso en mis padres. En cómo esto afectará a la empresa. Necesito que todo el mundo se olvide de lo que ha visto: somos los chicos que forcejearon para tirarse al agua.

Miro un segundo a Cody. Bajo sus pies hay un charco de agua que no deja de hacerse más y más grande.

—Macho, el puto dinero del desfile —dice agobiado.

Sacudo la cabeza. Esa es su única preocupación. Los seiscientos dólares. Ojalá mi mayor preocupación fuera esa y no la que se me viene encima.

No puedo estar más nervioso.

Quizá debería haber dejado que Cody tuviera sexo con una desconocida. Era la opción más inteligente. Aguantarme y mirar a otro lado en lugar de dejarme llevar. Pero el corazón sigue siendo el gran desconocido. Porque por él cruzamos nuestros propios límites y llegamos a arriesgarlo todo.

46

Alastair

Devolver el golpe

Cody entra en mi coche evitando mirarme a los ojos. Se pone el cinturón de mala gana después de que yo cierre con un portazo y encienda el motor. Agradezco que el rugido que emite lo llene todo durante los siguientes segundos.

No quiero hablar con él, y parece que él tampoco tiene ganas de hablar conmigo. Está recostado contra el asiento del copiloto, los brazos cruzados y los párpados entornados y fijos en algún punto de la carretera.

Necesito alejarme del ático lo más rápido posible.

Piso el acelerador hasta el fondo en un intento desesperado de dejar atrás las voces que sigo escuchando dentro de mi cabeza. Las de los invitados que fijaban la vista en nosotros y nos señalaban con la copa cuando nos vieron salir de la piscina, sacando sus propias conclusiones.

«Uno le debe dinero al otro».

«Se han peleado por una chica».

—No corras tanto —me pide él con un gruñido.

—¿Y tú por qué te subes a mi coche? —replico con los ojos fijos en la carretera, sin aflojar el pedal del acelerador—. Nadie te ha obligado a irte de la fiesta. Te podrías haber quedado.

Cody empieza a quitarse la chaqueta verde mientras se pelea con el cinturón.

—Pues igual debería haberlo hecho.

—Aún estás a tiempo de volver.

Se gira hacia mí, con medio brazo fuera de la chaqueta, pero yo no lo miro a él.

—¿Me estás echando del coche?

—Haz lo que te dé la gana —le espeto y, después, los celos me hacen añadir—: Seguro que en menos de dos minutos ya te estás liando con la primera o el primero que se te acerque.

Cody lanza la chaqueta al asiento de atrás.

—Pues espero que esta vez nadie nos corte el rollo.

Aprieto los dedos hasta que mis nudillos se tornan blancos. El agua resbala por ambos laterales del volante hasta unirse en el centro antes de precipitarse sobre la alfombrilla.

—Alguien tenía que pararte los pies —le digo—, habías perdido el control.

—¿Yo había perdido el control? —protesta él—. Te equivocas del todo. No he bebido tanto. Sabía muy bien lo que estaba haciendo, así que el alcohol no tiene nada que ver. Y..., por si lo has olvidado, tengo veinte años. No soy un puto crío.

—Pues deja de comportarte como tal —respondo sin mirarlo—. Y no le estaba echando la culpa al alcohol. Te estaba echando la culpa a ti, que te has dejado llevar por la rabia.

Cody suelta una risotada fuerte y sarcástica.

—Claro, porque cuando tú me has lanzado a la piscina estabas súper tranquilo.

Me detengo en un semáforo en rojo. Expulso el aire con brusquedad y me giro para mirarlo. Tiene los ojos irritados por el cloro de la piscina, igual que yo.

—Escúchame bien —le digo muy serio—. Sé perfectamente el dolor y la impotencia que has tenido que sentir cuando me has visto besar a Blair. Y sé que por eso has besado a esa desconocida.

—Igual es que la chica me ha gustado y ya —dice, pero no se lo cree ni él.

Niego con la cabeza.

—No lo has hecho porque quisieras follar con ella. Querías devolverme el golpe.

Cody desvía la mirada, incómodo.

—Y lo has conseguido —añado—. Has conseguido que me duela.

—Me alegro —escupe sin mirarme.

—Ah, entonces, ¿estás contento?

Cody se remueve en el asiento del copiloto, resistiéndose a volver a mirarme. Pero al final lo hace. Me mira a los ojos.

Y entonces me doy cuenta de que los suyos están llenos de lágrimas.

No son lágrimas de tristeza. Son lágrimas de rabia.

—¿Crees que estoy contento? —me pregunta él.

El semáforo cambia de color.

—Lo que creo es que lo de encerrarte en el baño con esa chica... Por Dios, Cody. —Sacudo la cabeza para borrar la imagen—. Habría sido algo que me hubiera resultado imposible perdonar.

Cody suspira mientras niega con la cabeza.

—¿Lo ves, Alastair?

—Si veo el qué.

—Que siempre se trata de ti.

Hundo el pie en el pedal del acelerador. El motor protesta con un rugido.

—No estás siendo justo.

—Pero puedo ser sincero —dice—. Y..., sinceramente, tú y yo no somos nada.

Giro el cuello con brusquedad y clavo los ojos en él, sin soltar el volante.

—Retíralo ahora mismo —le exijo con dolor.

—No somos nada —repite, igual de triste que la primera vez.

Me olvido de la carretera y de que no he levantado el pie del acelerador.

—No lo piensas de verdad.

—Lo que pienso es que dentro de un año te habrás casado con Blair.

—¡Sabes que eso no lo he decidido yo!

—¡Pero lo has aceptado! —me grita de vuelta—. Es lo que llevas haciendo toda tu vida, ¿no? Aceptar todo lo que te exigen tus padres. Y ahora pretendes que yo también acepte que las cosas vayan a ser siempre así contigo. Y no quiero. O *no puedo*. Porque yo no soy como tú.

De pronto, un chorro de luz nos ciega.

—¡Cuidado! —exclama.

Cody se lanza sobre el volante y lo gira con fuerza a la derecha. Las ruedas chirrían al derrapar contra la carretera. La luz del coche contra el que hemos estado a punto de estamparnos se desvía en la dirección contraria. El sonido del claxon nos hace ser conscientes de que hemos visto la muerte de cerca.

—Dios mío —digo, con el corazón en la garganta y las manos fijas en el volante—. Lo siento.

—Ahora sí creo que debería haberme bajado antes del coche —dice, recuperándose él también del susto.

Compartimos una risa nerviosa. Después, respiro hondo y vuelvo a pedirle perdón.

—Ha estado cerca —comenta en voz baja.

—Sí. Muy cerca.

Los dos suspiramos a la vez.

—Bueno, seguimos vivos —dice—. Eso es lo importante. Ya podemos seguir odiándonos.

—Yo no te odio.

Me mira con las cejas arqueadas.

—¿Y por qué parece que sí? —Cody suelta un suspiro pesado. Luego, resuelve—: Mientras tus padres sigan dirigiendo tu vida, tú nunca serás realmente tú.

Sin despegar las manos del volante, con el corazón aún en la garganta, pienso en todas las cosas que quiero hacer con Cody antes de morir. Quiero pasear con él de la mano sin preocuparme por la gente que nos rodee. Quiero llevarlo al cine e hincharnos a palomitas y Coca-Cola hasta que nos duela la tripa. Quiero que descubramos un país en el que no hayamos estado ninguno de los dos. Quiero que bailemos una canción abrazados aunque me muera de vergüenza. Y quiero conocerlo entero, que me cuente las cosas que no le cuenta a nadie. Sobre todo, quiero que encontremos la forma de no tener que decirnos adiós.

Me enderezo en el asiento y suelto el aire despacio.

El siguiente cuarto de hora permanecemos en silencio, con el coche deslizándose sobre la carretera. Hemos dejado atrás el Upper East Side. De hecho, no tengo ni idea de adónde nos dirigimos. Giro el volante dejándome guiar por la urgencia de querer escapar de todo, de huir del corazón de Manhattan y sus calles infestadas de luces y sonidos. Nos metemos por una carretera secundaria que nos hace subir una cuesta. No sé qué nos encontraremos cuando lleguemos arriba. Pero, por lo que me ha parecido leer en un cartel, es un mirador.

—No tienes ni idea de dónde estamos —dice.

—Claro que sí.

—A ver, dime.

—Es una sorpresa.

—Ya...

Después, a través del espejo retrovisor, veo que empieza a desabrocharse los botones de la camisa y que debajo de su cuello se crea un triángulo de piel.

—¿Por qué haces eso?

—Porque me muero de frío y tengo la camisa empapada —dice, sin dejar de soltar un botón tras otro, enseñando cada vez más piel desnuda.

—He puesto la calefacción a tope.

—No es suficiente.

—Espérate un poco más y verás como entras en calor.

—Se me ocurre una forma mejor.

La tensión se expande por mis hombros y se me encienden las mejillas.

—Deja de desnudarte en mi coche.

—Va a ser que no.

Le lanzo una mirada de advertencia. Su camisa está lo bastante abierta como para dejar al descubierto unos fuertes pectorales que se hinchan con cada nueva respiración. Al verle los pezones, pequeños y oscuros, trago saliva y le exijo de nuevo:

—Para de una puta vez.

Cody niega con la cabeza y suelta otro botón. Ya solo le quedan tres para desabrocharlos todos.

—Tranquilo, mi intención no es provocarte. Aún sigo enfadado contigo.

Otro botón fuera. Las luces del tráfico se reflejan sobre su piel desnuda como un lienzo que está en constante movimiento.

La erección que empuja contra la tela de mi pantalón resulta imposible de disimular.

—Cody..., que pares, hostia.

Mis manos se aferran al volante mientras continuamos subiendo la empinada cuesta. A él se le dibuja una sonrisa ladeada cuando suelta el penúltimo botón.

—Ups.

Aparto la mirada del espejo retrovisor para evitar mirarlo.

—Lo estás haciendo a propósito.

—¿Es que quieres que coja una pulmonía?

—Lo que quiero es que te dejes la camisa puesta.

Se deshace del último botón.

—Vaya..., parece que las cosas no siempre salen como uno quiere.

—Cody —le advierto—. Hablo en serio.

Su mirada se ensombrece, pero no pierde la sonrisa.

—Que te den, Alastair.

—No, que te den a ti.

Se termina de quitar la camisa y la lanza hacia atrás. Miro por el espejo retrovisor: su camisa, arrugada en una pelota, queda sobre su chaqueta. Después lo miro a él. Me alarma ver que empieza a quitarse el pantalón.

—También está mojado —se justifica. Primero se desabrocha el cinturón y luego se baja la bragueta.

Noto el corazón tan pesado que me cuesta tragar saliva. Intento concentrarme en la carretera.

Pero mis ojos vuelven a su cuerpo.

Me quedo embobado admirando su piel desnuda y mojada. Su ombligo. Todas las líneas que delimitan el dibujo de su abdomen y

las venas que se marcan en él cuando levanta un segundo el culo del asiento para poder bajarse los pantalones hasta las rodillas.

—Los ojos en la carretera —me exige.

—Y tú las manos quietas.

Tengo la erección a punto de explotar.

—¿Te importa si me quito también los calzoncillos?

—CODY.

—Supongo que no.

Y se los quita.

47

CODY
Solo es un cuerpo

Alastair no ha dejado de apretar la mandíbula desde que he empezado a desnudarme en el asiento del copiloto. Y eso que me he tapado la polla con las manos nada más deshacerme de mi bóxer.

Los dedos de Alastair se enroscan sobre el volante con fuerza, como una serpiente que asfixia a un ratón.

Sigue enfadado conmigo. Pero, sobre todo, está rojo como un tomate.

—Lo tuyo es digno de estudio —dice.

—¿Te refieres al tamaño de mi...?

No termino la pregunta porque Alastair se pone a toser con tanta brusquedad que por un segundo pienso que va a atragantarse.

—En serio, Cody —dice—. ¿A ti te parece normal?

Me mira como si hubiera perdido la cabeza.

Mis comisuras reptan hacia arriba, incapaces de contener la sonrisa que se me escapa.

—La verdad es que no. Pero ser alguien normal es como ser el protagonista de una película que a nadie le interesa ver.

Alastair se frota la cara con la mano antes de volver a dejarla caer sobre el volante.

—¿Qué se supone que tengo que hacer contigo?

—Nada, sigue conduciendo. ¿O es que estabas pensando en algo más? Se aceptan propuestas.

—Te veo distinto. Como si todo te diera igual. Desde que me has visto... besar a Blair, es como si hubieses hecho clic.

Nuestros ojos se encuentran en el espejo retrovisor. Los suyos, brillantes, bajan medio segundo hasta mi entrepierna y luego vuelven a subir rápidamente. Como si aquello no fuera una buena idea.

Veo las dudas en él.

Pero también veo el deseo que le perla la frente de sudor. O la fuerza con la que traga saliva y se aferra al volante mientras su respiración se vuelve cada vez más profunda.

Cuando creo que no va a decir nada más, Alastair murmura:

—Te acabo de ver la polla.

—Pues no haber mirado.

—Es imposible no verla —se le escapa, y automáticamente se tapa la boca con una mano.

Mi carcajada resuena en el interior del vehículo.

—Lo tomaré como un cumplido.

Él pone los ojos en blanco.

—Tómatelo como quieras, pero, por favor, tápate.

—Ya me estoy tapando. —Con la barbilla, me señalo las manos, que hacen un cuenco sobre mi entrepierna.

—De otro modo.

—Vale, tengo una sugerencia: deberías aparcar y metértela en la boca.

No sé si es la primera vez que alguien le habla así a un Everscourt, pero eso explicaría por qué me mira con los ojos como platos.

—Dios mío, Cody.

—¿Nunca te han hablado sucio?

Alastair no responde.

Lo cierto es que ni siquiera yo tenía pensado llegar tan lejos.

He empezado movido por puro impulso. Como una llama que comienza siendo pequeña y acaba convirtiéndose en un gran incendio.

Y luego no he querido parar.

Si lo hubiera hecho, le habría dado a entender que me da vergüenza y pudor estar así con él, en su coche.

Prefiero que piense que no me importa en absoluto. Que no sepa lo vulnerable que me siento con él, más desnudo de lo que me sentiré jamás con nadie.

Prefiero cargar con esa mala decisión y llevarla hasta el final.

—¿Sabes? —resuelvo contarle—. Una parte de mí disfruta viendo que tú, que te aferras tanto al control, no tienes más remedio que improvisar sobre la marcha. Por eso hago este tipo de cosas.

Alastair no despega los ojos de la cuesta por la que subimos.

—Entonces estás reconociendo que lo haces por joder.

—Y para que te sueltes un poco, macho. Que a veces parece que tienes un palo metido por el culo —le digo, y veo como aprieta la mandíbula ante el comentario—. Además, tú ahora mismo estás pasando más frío que yo. Al final mi idea no ha sido tan mala.

El aire caliente ha ido secando mi piel, y mi pelo es lo único que sigue húmedo. Él sigue bastante empapado.

Con una voz profunda y cortante, dice:

—Yo no me pienso desnudar.

—Nadie te ha pedido que lo hagas. —Y si no estuviera agarrándome la polla y los huevos con las manos, las habría levantado para remarcar mi inocencia.

Alastair mantiene los labios sellados.

No puedo evitar fijarme en el bulto que se aprieta en su entrepierna. Un bulto que me encantaría liberar igual que he hecho yo con el mío. La forma en la que se le marca desvela más de un secreto. Como que la tiene colocada hacia la izquierda. Y que le llega hasta el bolsillo. En serio. Casi parece que vaya a abrir un agujero y a asomar por ahí.

Imaginármela hace que la mía palpite y se ponga más dura de lo que ya estaba. Mi polla empuja contra mis dedos queriendo abrirse paso.

Terminamos de subir la cuesta y llegamos al mirador que anunciaba el cartel. Alastair aparca el coche a unos metros del borde, entre varios árboles que parecen delimitar el espacio y hacerlo más recogido.

Cuando el sonido del motor se apaga, el interior parece llenarse de ruido. Quizá es porque la atención ahora se concentra exclusivamente en nosotros y ya no hay ningún sonido externo que camufle nuestra respiración. La mía es igual de rápida e irregular que la de Alastair. Él no es el único que está nervioso. Y sí, puede parecer contradictorio que yo lo esté cuando no he mostrado ningún miramiento a la hora de desnudarme. Pero entonces jugaba con el factor sorpresa, y ver la cara de incredulidad de Alastair, sus mejillas encendidas, su nuez, que subía y bajaba... me envalentonaba.

Ahora, en cambio, siento que he perdido ese poder.

Pero me esfuerzo en demostrarle lo contrario.

—Al final te vas a romper los dientes como sigas apretándolos así —le advierto.

—Aunque lo hayas hecho por joder... ¿Era necesario que te quitaras también los calzoncillos?

Me encojo de hombros para fingir que la timidez no se ha colado por una rendija y está engullendo poco a poco la seguridad con la

que he lanzado la ropa a los asientos de atrás.

—De todas formas, solo estoy desnudo —se lo digo a él, pero también es una forma de recordármelo a mí mismo—. Además, mira a tu alrededor. —Desvío los ojos hacia las increíbles vistas de Manhattan que tenemos frente a nosotros. Desde aquí se ven las luces de la ciudad encendidas. Sobre ella, un cielo negro precioso—. Estamos demasiado lejos de todo como para que alguien me vea. Aquí arriba solo hay árboles, tierra y una carretera desierta.

—Pero yo sí te puedo ver.

—Bueno, claro. Nadie... menos tú.

—¿De verdad no se te hace incómodo?

Trago saliva con fuerza.

—No —miento—. No se me hace incómodo.

Y él me cree.

El corazón me martillea en el pecho. La vergüenza me calienta la cara como si me hubiera acercado demasiado a una hoguera.

Pero no debe descubrirlo. Así que suelto:

—No tengo nada que no tengas tú —digo—. Creo que lo que realmente te incomoda es no saber qué hacer conmigo así, desnudo. —Y luego añado—: A ti también se te ha puesto dura.

—No la tengo dura.

—Macho, que se te marca la polla en el pantalón.

Alastair suelta el volante y deja caer los antebrazos en su regazo. Frunce tanto el ceño que parece imposible que no se le vaya a quedar impresa esa arruga para siempre.

—Eres un mentiroso. A mí no se me marca nada.

—Levanta los brazos. —Sonrío con picardía.

—Yo por lo menos llevo puesto el pantalón —se justifica de forma atropellada.

—¿Y desde cuándo eso es una ventaja?

Él sacude la cabeza.

—Ni siquiera te voy a responder.

—Ya lo ha hecho tu cuerpo por ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho mi cuerpo?

—Que te mueres por follarme.

Baja los ojos, enormes y azules, hasta mi boca.

Los míos siguen el mismo camino.

Ninguno se inclina para besar al otro.

Pero mirarse con tanta intensidad debería considerarse el comienzo de un beso.

—Igual me odias por esto —dice Alastair, sin despegar los ojos de mi boca—, pero mi respuesta es *no*. No vamos a hacer nada. Es mejor que te vistas a que sigas imaginándote cosas que no van a pasar entre los dos.

Sonrío.

—Y luego dices que el mentiroso soy yo.

48

CODY
Esto me pasa contigo

Alastair y yo nos quedamos callados.

Controlamos la respiración para controlar nuestro propio impulso. El más primitivo de todos. Ese que nos hace comportarnos como animales.

Miro sus gruesos labios.

Su poderosa mandíbula.

Su cuello.

El volumen de sus hombros y su generosa espalda.

Lo guapo y elegante que está con ese traje. Las ganas que tengo de arrancárselo. De romper su chaqueta y su camisa como el que rompe el papel que envuelve un regalo.

Los cristales de las ventanillas del coche están empañados. Si no bajo la ventanilla es porque no quiero que el frío de la noche me queme la piel.

Alastair se pasa las manos por el pelo, retirándolo hacia atrás. Tiene el pelo más rubio que he visto en mi vida. Sus mechones le vuelven a caer sobre la frente en cuanto escapan de sus dedos. Como una cortina que le llega hasta la punta de la nariz.

Es la primera vez que lo veo así. Despeinado. Natural. Como si se acabara de levantar de la cama.

Y me gusta muchísimo.

Por fin puedo hacerme una idea de cómo es Alastair Everscourt cuando no se esfuerza en dar esa imagen de chico perfecto.

Por fin puedo verlo un poco más a él.

—Te queda bien el pelo así. Pareces un chico más... normal.

Su réplica es profunda y cortante, y me sorprende.

—Sal del coche.

—Eh, espera —le digo—. ¿Me vas a hacer salir... así?

En sus labios nace el esbozo de una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Ahora no eres tan valiente?

Trago saliva y carraspeo.

—No es eso. Es que... —Miro brevemente por la ventanilla—. Aquí arriba tiene que hacer un frío de cojones.

—Haberlo pensado antes.

Cuando ve que intento coger mi ropa, me agarra de la muñeca y niega moviendo la cabeza.

—Ah, no, no. De eso nada. Si no la has necesitado dentro del coche, no la necesitas fuera.

—Esto es de locos.

—Me da igual. Vas a salir.

—Si salgo me voy a congelar.

—Sal de mi coche.

La mirada que me lanza me obliga a obedecerle.

Alastair se estira hacia el asiento del copiloto y cierra la puerta, pero luego baja la ventanilla dos dedos. Parpadeo despacio, ahora es él quien me tiene desconcertado a mí.

—¿Por qué me has pedido que salga del coche?

—¿No lo sabes? Estoy improvisando sobre la marcha. ¿No es eso lo que querías?

—*Bro*, que estoy en pelotas. Lo que quiero es volver a entrar.

Él me sonríe desde el interior. El aire caliente que expulsa el sistema de climatización le revuelve el pelo con suavidad. Verlo tan cómodo mientras yo empiezo a tiritar hace que quiera pegarle un puñetazo.

El frío me araña la piel. Aprieto los dientes y suelto una de mis manos para abrazarme el estómago y sujetarme con fuerza el codo. La otra mano sigue cerrada en forma de cuenco sobre mis partes íntimas.

El rubio me mira de arriba abajo.

Percibo cierta satisfacción en él. Y la sonrisa que sigue lo confirma.

Alastair Everscourt está disfrutando con esto.

Es como si él hubiese recogido del suelo un tren de juguete que yo he descarrilado y después lo hubiese vuelto a poner sobre las vías. Pero dándole la vuelta.

—Eres un hijo de puta.

—Vuelve a insultarme y me voy sin ti.

Echo la cabeza hacia atrás mientras me muerdo la lengua para contener el veneno.

El cielo negro está cubierto de estrellas. Las luces de corto alcance son lo único que ilumina el borde del mirador.

Bajo la vista al coche cuando noto que algo se mueve. Alastair se está quitando la chaqueta con brusquedad, como si de pronto la tela que todavía sigue mojada le abrasara la piel. La tira hacia atrás y se inclina sobre el asiento del copiloto. Abre la guantera, coge algo que no alcanzo a ver desde mi posición y se lo guarda en el bolsillo.

Después gira la cabeza hacia mí. Me mira desde la ventanilla.

Dejo de fingir que no estoy nervioso y comparto mi miedo con él.

—Entonces, ¿piensas dejarme aquí tirado?

—¿Es una sugerencia? —pregunta con cierta chulería.

En lugar de responder, me callo y lo insulto en mi cabeza.

Las ramas de un seto cercano se mueven. Ese sonido que araña el silencio en mitad de la oscuridad hace que me lleve un buen susto. Pero no debo tener miedo. Seguro que solo se trata de un conejo.

Aunque también podría ser una serpiente. O quizá otro animal más grande.

Me recorre un escalofrío y mi cuerpo desnudo tiembla.

—¡Oye! ¡Esto ya no tiene gracia!

—A mí tampoco me parecía gracioso tenerte desnudo en mi coche.

—Ha sido una estupidez. Tienes razón, ¿vale? ¡Lo siento!

—Te he pedido mil veces que te vistas y te ha dado igual. Dime, Cody, ¿qué debería hacer yo ahora?

—Abrirme la puerta. ¡No me puedes dejar aquí tirado!

—En realidad, *sí* que puedo.

¿Es capaz de hacer algo así?

—Estás de coña, ¿no?

Alastair no responde. Pero sí sonríe.

Y es una sonrisa de cabrón.

Eso me pone más nervioso.

Me lanzo para intentar abrir la puerta, pero él es más rápido y echa el pestillo.

Tiro de la manija una, dos, tres veces.

La puerta no se abre.

—¡Eh! —le grito golpeando el cristal—. ¡Abre la puerta!

Si pienso en cómo me veo desde fuera, me siento ridículo. Un chico completamente desnudo, en lo alto de un mirador, peleándose con quien no le deja subir al coche.

Parece una novatada que hacen a los que entran en la universidad.

—Abre. La. Puta. Puerta. —Cada palabra es un golpe que impacta sobre la carrocería del coche.

Por suerte, Alastair no vuelve a encender el motor.

Cuando sale del coche, me quedo quieto mientras él rodea el capó y avanza hacia mí. Me mira como el que ha tomado una decisión después de que le hayan hecho perder la poca paciencia que le quedaba. Tiene el ceño fruncido, las manos apretadas en puños y los primeros botones de su camisa sueltos.

—No puedes decir que no te he avisado.

Las luces del coche le iluminan el cuerpo desde atrás y recortan su figura en mitad de la noche. Esta se agranda conforme se acerca.

Doy un paso atrás por instinto.

Ahora él es mucho más de lo que era cuando permanecía sentado en el interior del coche. Es más grande, es más fuerte, y está más enfadado.

Y, también, es más imprevisible.

—¿Avisarme de qué? —le pregunto—. ¿Qué cojones te pasa ahora?

Se detiene frente a mí.

Sus ojos azules, rojos aún del cloro, me miran con la determinación de quien se rinde a la oscuridad y termina abrazándola.

Suelta una risotada antes de responder.

—Que siento presión por todas partes. Eso me pasa.

—Y eso me incluye también a mí —tanteo.

—Eso lo incluye todo.

—Ya. Debe de ser horrible tener que fingir siempre.

Expande el pecho con la siguiente respiración, y los botones de su camisa tiran de la tela blanca como si fueran a ceder.

Pese a la oscuridad que ahora parece envolverlo, reconozco una parte del Alastair de antes cuando me dice:

—No siempre se me da bien fingir —dice, con una mezcla de dolor y rabia—. Como cuando te he visto en el baño. No sé fingir que no me agobia pensar en las fotos y vídeos que seguramente ya circulen de nosotros en internet. Ni que no me preocupa que eso sea lo primero que vean mis padres cuando despierten mañana. O las consecuencias para la empresa, para mí... y seguramente también para ti.

Enarco una ceja.

—¿Para mí por qué?

No sé si me mira como si fuera estúpido o como si hubiera subestimado la gravedad de la situación.

—Querrán saberlo todo de ti. Quién eres, dónde trabajas, de dónde sales y cómo cojones has conseguido que yo rompa una de las normas de oro de los Everscourt: perder las formas en público, arriesgarme a manchar la imagen familiar. Querrán saber quién es la persona que me ha hecho cometer un error que puede salirnos muy caro.

Lo único que respondo es:

—Hostia puta.

Alastair carraspea.

—Sí —dice—. Así que, ya ves, eso es lo que me pasa... en general. Pero ¿quieres saber lo que me pasa contigo? Que me cabrea pensar que eres capaz de follarte a cualquiera a pesar de lo que sientes por mí. Pero también me pasa... esto. —Me agarra la mano y tira hasta colocarla en su entrepierna. Se me corta la respiración. La mantiene pegada a él para que pueda comprobar lo dura que se la he puesto —. Tengo la polla que me va a reventar por las ganas. *Esto* me pasa contigo, Cody. Que me vuelves loco. Que haces que pierda las

formas, me salga hablarte muy sucio y me sienta como un puto animal.

Intento responder y solo consigo tragar saliva. Tengo la garganta seca. La mano encima de su polla, y sus dedos todavía sobre los míos, impidiendo que la aparte de su pantalón. Noto cómo le palpita por debajo del traje. La fuerza con la que empuja las capas de tela que contienen el bulto.

—Has conseguido que confronte el caos con más caos —añade él —. Y ni siquiera estoy seguro de si lo he hecho por imitación o porque lo he aprendido de ti. Mira que he intentado tener la mente fría... Pero si te tengo desnudo y empalmado, me lo pones imposible. Así que eso. Que a tomar por culo todo.

Me olvido del frío, de que estamos en mitad de un mirador y de que tenemos la ciudad de Manhattan completamente iluminada a nuestros pies.

Me olvido de todo porque estoy con él.

Y no hay nada más importante y fascinante que seguir conociendo a esa persona de la que sabes que nunca te vas a cansar.

—A veces no está tan mal dejarse llevar por la rabia y el deseo — logro decir—. Igual era justo lo que necesitabas. O lo que necesitábamos que uno de nosotros hiciera por los dos. Mandarlo todo a la mierda.

Alastair suspira.

—Me han enseñado a reprimir mis emociones. A contenerlas todas en un tarro de cristal que siempre debe permanecer cerrado. Pero tienes razón, Cody. Ya iba siendo hora de romperlo y empezar a perder el control.

Entonces me sujeta la cara con las manos y me besa.

No es un beso lento. Presiona sus labios contra los míos con más rabia y necesidad que amor. Sus manos abandonan mi cara y toman

otras direcciones. La derecha termina rodeándome la garganta, la izquierda baja por mi espalda hasta llegar a mi culo.

Y eso me devuelve todo el calor que el frío me había arrebatado.

Abro mucho los ojos. Intento apartar su mano por instinto. Es la primera vez que un hombre me toca ahí. Ni siquiera recuerdo bien si alguna mujer me lo ha estrujado con la fuerza con la que Alastair me clava los dedos.

—¿No era esto lo que querías? —pregunta sobre mi boca.

Yo exhalo sobre la suya.

Escucho los latidos de mi corazón.

Me doy cuenta de que sí me apetece.

Dar un paso más con Alastair.

Hacer algo que parece prohibido.

Tener sexo con él bajo la luna.

Me doy cuenta de eso y de que quiero dejar de mentir por miedo a mostrarme vulnerable.

—Sí. Es justo lo que quiero.

Porque también hay otra razón por la que me he desnudado antes en su coche.

Tenía la esperanza de que él se desnudase conmigo. De que no pudiera resistirse. De que por fin nos sintiéramos piel con piel. Y luego, de abrazarnos muy fuerte como si cada uno fuera el bote salvavidas del otro.

Tenía ganas de protegerlo con mis brazos. De no soltarlo hasta que todo el ruido y las preocupaciones que arrastramos desaparecieran de nuestro alrededor.

Tenía ganas de que Alastair me hiciera una mamada en el coche. Pero también de que me mirase a los ojos y que se le escapase un te quiero.

Así que dejo que me toque. Sus dedos me pellizcan el culo y yo me estremezco de placer.

—Había fantaseado antes con ponerte las manos aquí —dice con voz ronca—. Pero pensé que si lo intentaba me llevaría un puñetazo de recuerdo.

—Te lo habría dado si no...

—Si no, ¿qué?

Noto el vértigo en la boca del estómago.

Y decido saltar.

—Si no fueras tú.

Es mi forma de decirle lo que siento por él.

De decirle «Te quiero».

Jamás me había sentido así con nadie.

Por eso agradezco que Alastair no responda. Que en lugar de eso incline la cabeza hasta apoyarla en la mía. Su pelo rubio se aplasta ahora sobre mi frente. Nuestras bocas quedan reducidas a una distancia imposible de ver por el ojo humano.

No soy alguien cariñoso.

Pero con Alastair me sale serlo, porque con él siempre quiero un poco más.

Tenerlo más cerca. Sentirlo todo lo posible. Apretar su cuerpo al mío como si quisiera que nuestra piel se fundiera para que los dos fuéramos uno.

Creo que por eso me veo acariciando su nariz con la punta de la mía. Lo hago ladeando la cabeza como un gato. Como alguien que está feliz de haber encontrado a su persona.

A Alastair parece gustarle que lo acaricie de esa forma.

Sus labios rozan los míos al sonreír.

Después cierra los ojos.

Los cierro yo también.

Y le escucho susurrar:
—Creo que ya sé lo que voy a hacer contigo.

49

CODY
Bajo la luz de la luna

«Creo que ya sé lo que voy a hacer contigo».

Se me encienden las mejillas al escuchar su voz tomada por el deseo. Jamás pensé que acabaría desnudo en un mirador besando a Alastair Everscourt. La imagen que tenía sobre mí mismo, que hace un momento se me antojaba ridícula, cobra otro matiz en mi cabeza desde que él me acompaña.

Pero aún no es perfecta.

Falta algo.

Que él también esté desnudo.

Cuando la boca de Alastair vuelve a reclamar la mía, dejo de taparme con la otra mano y pego mi pelvis sobre su pantalón. Noto la forma de su erección por debajo de la tela, donde antes él me ha instado a poner la palma.

Alastair suelta mi culo y sube las manos despacio hasta la zona baja de mi espalda. Me atrae con fuerza hacia él, pegándome a su cuerpo lo máximo posible. Después, sin dejar de besarme, mueve la cadera hacia un lado y otro para restregarse en mi polla.

La suya sigue dentro del pantalón. Pero noto su dureza.

La sensación es completamente diferente a cuando juntas tus genitales con los de una mujer. Y me gusta. Pero, sobre todo, me

gusta porque es con él. No podría hacer esto con otro tío.

—Me va a reventar la polla de lo dura que está —dice en mi oído.

—Es que no sé por qué sigues con el pantalón puesto.

Noto su sonrisa en mi oreja.

—Estaba esperando a que te encargaras tú de quitármelo.

—Ah. Pensaba que eras tú el que ya sabía qué hacer conmigo.

—Quiero que me desnudes, Cody. Quiero sentirte piel con piel.

Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿Cuánto lo quieres?

—Mucho.

—Un «mucho» no me sirve.

Alastair respira con brusquedad sobre mi boca.

—Está bien —dice, impacientándose—. Nunca he tenido tantas ganas de algo como para sentir que estoy al borde de perder la cabeza. ¿Te vale así?

Sonrío.

—Me vale.

Pero en lugar de empezar directamente con el pantalón, primero me encargo de la parte de arriba. Con una paciencia que él parece haber perdido, tiro de los botones de su camisa blanca y se la retiro con suavidad por detrás de sus hombros para quitársela.

La piel de sus brazos se eriza, pero sé que es la anticipación de lo que está por venir y no el frío, que yo he dejado de sentir desde que ha puesto mi mano en su entrepierna, lo que lo provoca.

Mis manos encuentran la hebilla de su cinturón.

La suya abandona mi espalda y se enrosca sobre mi polla.

Echo la cadera hacia atrás y lo freno poniendo las palmas sobre su abdomen.

—Sssh. ¿Adónde crees que vas tan rápido?

—Pensaba que no te gustaba lento —me dice, confundido—. Y que te morías de frío.

—Las ganas son más fuertes que el frío.

—Entonces no me frenes.

Hace el amago de agarrarme la polla por segunda vez, y yo vuelvo a empujarlo apoyando las palmas sobre su abdomen.

—¿Intentas que te suplique? Porque no me voy a poner de rodillas.

—Créeme, Alastair. Te pondrás de rodillas. Pero no será para suplicarme nada.

Sus labios dibujan una sonrisa preciosa.

—Deja de jugar conmigo y dame lo que quiero.

—Bueno, este es un juego en el que ganamos los dos.

Él, sin poder esperar ni un segundo más, me aparta las manos y me agarra la polla.

—¿De quién es esto?

Se me escapa una carcajada por lo bajo, pero esta vez dejo que toque lo que quiera.

—Tuyo.

—¿Me lo prometes?

—¿Necesitas una promesa para poder tocarme?

—Necesito una promesa que los dos podamos cumplir.

Sonrío a medias. Porque suena bonito. Y a la vez es triste.

Pero decido quedarme con la parte positiva.

—Te lo prometo. Desde ahora, soy tuyo.

—Y yo soy tuyo también —me dice.

Ahora soy yo el que se impacienta por sentirlo a él. Así que lo imito y agarro su erección. En mi caso, de momento tengo que conformarme presionando la mano contra el bulto que se marca en su pantalón.

Alastair se muerde el labio inferior para ahogar el gemido que quiere salir de su garganta. Aprieto los dedos con suavidad para palpar mejor su entrepierna. Si ya me calienta tocarlo así, no me puedo imaginar cómo será tocarla de verdad. Sin un pantalón y un bóxer que se interpongan entre mi mano y su polla.

—¿De quién es esto? —le repito la pregunta que él me acaba de hacer.

—Es tuyo, Cody. Una promesa es una promesa.

Le quito el cinturón y meto la mano por debajo de la tira del bóxer. Le toco la polla con los dedos. Contengo la respiración por lo que estamos haciendo. Por lo que viene después. Su piel es increíblemente suave y caliente.

Tiro de su pantalón para bajárselo hasta los tobillos.

—Por fin —le escucho jadear.

Y aquello parece el pistoletazo de salida.

Me río al ver lo poco que tarda en quitarse los zapatos sin desatarse los cordones y lanzarlos de una patada.

—Odias que te hagan esperar.

—Soy un Everscourt. A mí nadie me hace esperar. Cuando quiero algo, lo pido y me lo dan. Y si no me lo dan tan rápido como quiero, lo tomo por mi cuenta —dice mientras se quita el pantalón como si se nos fuera a acabar el tiempo.

Medito sus palabras. Y me muerdo la lengua para no decirle que eso no es del todo verdad. Que a él sus padres le han quitado lo más importante de todo. La libertad.

Está viviendo la vida como si fuera una marioneta.

Sacudo la cabeza para barrer el pensamiento. Si se lo digo, le cortaré el rollo. Y si le sigo dando vueltas, me lo cortaré a mí mismo. Y no quiero joder lo que está a punto de pasar.

Los dos nos merecemos ser felices. Aunque esa felicidad sea momentánea.

Alastair deja toda la ropa tirada en la hierba, hecha una bola. Lanza también su bóxer, que cae sobre uno de sus brillantes zapatos.

—Se te va a llenar la camisa de mierda.

Mi comentario le roba una carcajada.

—Que se llene de mierda —dice—. Me da lo mismo. Ahora solo me interesa una cosa. Y eres tú.

Escupe en uno de sus dedos y luego se lanza a besarme. Sus labios presionan los míos mientras me sujeta por la nuca y me atrae hacia él.

Alastair me separa las nalgas y desliza un dedo por mi abertura. Su dedo húmedo lubrica la zona tan sensible. Después de acariciarme superficialmente, intenta meter la punta. Al ver que no protesto, mete el dedo hasta la mitad.

Mientras él juega con mi culo, yo no dejo de besarlo. Le pellizco el labio inferior con los dientes y tiro de él con suavidad.

Alastair termina de meterme el dedo hasta el fondo. Luego introduce un segundo dedo. Los hace girar en mi interior con cuidado.

Cuando mi cuerpo se acostumbra a esa nueva forma de explorar el placer, me pide más. Los preliminares están bien, pero necesito sentirlo a él entero. Dentro de mí.

Y, como si me hubiera leído el pensamiento, se agacha para coger un condón del bolsillo de su pantalón.

—Lo tenía en la guantera —se ríe. Recuerdo haberme fijado en que cogía algo antes de salir del coche.

—Fóllame.

Sin decir ni una palabra más, tira de mí, me levanta cogiéndome de las piernas y yo envuelvo su cintura para no caerme.

Sabía que estaba en forma porque se le marcan las venas y los músculos del cuerpo, pero no sabía que fuera a poder cogerme en volandas y llevarme hasta el capó del coche con esa facilidad. Lo hace como si no le costara ningún esfuerzo, como si pudiera manejarme a su antojo.

Cuando me tumba sobre el capó, la chapa metálica está tan fría que mi primera reacción es incorporarme de golpe.

—No te levantes.

—¡Está congelada!

Pero Alastair apoya la palma en mi hombro y me empuja para que vuelva a pegar mi espalda sobre el capó.

—Las ganas son más fuertes que el frío, ¿no? —dice.

Miro el cielo negro cubierto de estrellas. La luna es tan grande que parece que vaya a caerse sobre nosotros. Giro la cabeza a ambos lados, hay una pared de setos y árboles. Pero cuando levanto la cabeza, veo al chico del que me estoy enamorando. Veo a Alastair. Desnudo. Con su ancha espalda tapando las vistas de Manhattan que tenemos delante, sus enormes ojos azules clavados en mí y las piernas ligeramente separadas.

Los faros del coche le iluminan la piel con tanta intensidad que parece un vampiro. Le brillan los costados, los brazos y las piernas.

Sonrío sin poder evitarlo.

Es la primera vez que voy a hacer el amor con un hombre. Con Alastair.

Y no se me ocurre un lugar mejor que este.

—Espero que esa sonrisa sea de felicidad y no de nervios —murmura mientras se pone el condón.

Sonrío porque hemos tenido que alejarnos de todo para sentirnos más cerca que nunca.

Me sube las piernas y las separa para colocarse en medio. Entonces introduce la punta. Hago una mueca de dolor y él espera unos segundos a que mi expresión vuelva a relajarse.

—Qué cerrado estás... —dice, sin dejar de empujar—. ¿Te duele mucho?

—Creo... creo que voy bien. ¿Ya la has metido entera?

Alastair se muerde el labio para contener una risotada.

—Casi.

—Dime la verdad. ¿Queda mucho?

—Solo he metido la punta.

—No me jo...

Entonces empuja nuevamente, y yo arqueo la espalda como si él hubiera pulsado un botón. La sensación es incómoda y placentera a partes iguales.

—Aaah... —protesto.

—Ahora sí que la he metido hasta la mitad.

—¡¿Eso es la mitad?!

La risa de Alastair atraviesa el cielo como un rayo.

—¿Más despacio?

—Más saliva.

Sale con cuidado y vuelve a escupir.

Esta vez entra en mí con más facilidad. Mi cuerpo se acostumbra a sentirla dentro, y cada vez quiere más de él. Por eso me escucho preguntarle:

—¿A ti te gusta fuerte?

—¿Todavía no te la he metido entera y ya me estás pidiendo que te dé fuerte?

—No te he pedido nada. Solo te he preguntado cómo te gusta.

Alastair me sujeta las piernas y empuja de nuevo, clavándose más al fondo. Abro mucho los ojos y me llevo el puño a la boca para no gritar.

Sin sacarla, me dice:

—Depende del momento y la persona. Si lo hago con alguien que no me importa, me suele gustar hacerlo fuerte. Pero si lo hago con alguien especial, me gusta de las dos formas. Fuerte y lento.

—¿Qué te apetece conmigo?

—Hacerte disfrutar.

Tiro de su brazo para hacer que se incline sobre mí y lo beso. Mi lengua acaricia la suya. Lo agarro primero del pelo y luego bajo las manos desde lo alto de su espalda hasta su cadera. Lo atraigo hacia mí para que termine de metérmela entera. Cuando su polla se queda clavada hasta el fondo, abro la boca y respiro como si me hubiera quedado sin aire.

—¿Bien? —me pregunta él, preocupado.

—¿Probamos más fuerte?

—¿Estás seguro, Cody? No quiero hacerte daño.

—Creo que me he acostumbrado al dolor.

—¿Es la primera vez que te folla un hombre?

—Sí. ¿Tú ya has probado antes con un tío?

—No —me asegura—. Vale, avísame si te duele mucho o si lo notas seco.

A pesar de lo que hemos hablado, Alastair me folla con suavidad. Cada vez que entra y sale de mí parece pedirme perdón con su cuerpo.

Como si se estuviera disculpando por ser un error.

Como si supiera que después nos arrepentiremos del vínculo que estamos forjando.

Como si el final nos fuera a romper el corazón.

Lo miro a los ojos y veo el miedo y las dudas. Veo todo lo que podría salir bien y todo lo que podría salir mal. Veo el arrepentimiento y el agradecimiento encontrándose en cada embestida.

Quizá por eso le exijo, con más necesidad que ganas:

—Fóllame más fuerte.

Alastair se retira el pelo rubio hacia atrás y me la mete de un golpe seco. Su pecho bombea cada vez que mi culo choca con su pelvis. El abdomen se le aprieta por el esfuerzo, cubierto de sudor. Se le marcan las venas y una uve preciosa.

Empieza a follarme cada vez más rápido, hasta que coge una velocidad en la que necesito agarrarme a él con los brazos y las piernas para no caerme.

Las embestidas son brutales. Cada vez que su polla sale de mí, me deja completamente vacío. Pero luego vuelve a reclamar ese espacio.

Juega a darme y quitarme lo que quiero. A hacerlo fuerte, bruto y sin piedad. Ya no me folla como si me estuviera pidiendo perdón. Ahora lo hace como si necesitara sacar toda la rabia contenida.

Cierro los ojos y disfruto del tornado de emociones que me sacude por dentro.

El sexo tiene el poder de crear una película a nuestro alrededor que lo tapa todo. Después llega el orgasmo, esa explosión que te obliga a abrir los ojos de golpe y ver que todo sigue igual. Que los problemas no han desaparecido por arte de magia. Que solo hemos encontrado una forma de dejar de pensar en ellos durante unos minutos.

Pero creo que Alastair y yo nos merecemos justamente eso.

Dejar las preocupaciones a un lado.

Besarnos, tocarnos y follarnos sin pensar en qué será de nosotros mañana.

Si tendremos la oportunidad de repetir lo de esta noche más veces.

O si los dos nos convertiremos para el otro en el recuerdo de una historia que terminó cuando las cosas se torcieron y volvimos a odiarnos.

50

Alastair

Los pequeños detalles

Mi padre entra hecho una furia en la cocina.

—¡Alastair Everscourt! ¡¿Qué demonios has hecho?!

Estampa su iPad pegando un golpe seco contra la mesa. El café que me acabo de preparar, que sigue caliente y lleno hasta el borde, se derrama sobre la superficie blanca.

Doy un respingo. Después empujo la silla hacia atrás para evitar que el café hirviendo me caiga en las piernas.

—¡¿Quién es ese chico?!

Mi madre entra en la cocina después de él. Los dos impecables a primera hora de la mañana, vestidos como si fueran a acudir a un acto social. Ella con tacones altos y un traje de dos piezas de Chanel, él con una camisa azul claro y una corbata de Hermès.

La imagen que muestras de ti mismo tiene que ser impecable para que el engranaje de tu vida funcione. Es lo que mis padres me han dicho siempre. Cada detalle cuenta. Sobre todo hay que prestar especial atención a los más pequeños, que suelen ser el núcleo del problema. Si algo falla, la maquinaria se atasca y puede romperse.

No hace ni cinco minutos que estoy despierto. Era de esperar que mis padres entraran en cólera tan pronto se enteraran de la noticia. Pero el susto me lo he llevado igualmente.

Me froto los ojos con el dorso de la mano y miro el iPad que ha dejado sobre la mesa. La pantalla iluminada muestra la noticia que se ha publicado en un diario digital.

Alastair Everscourt, el futuro heredero de Everscourt Capital Holdings, se pelea con un hombre en una fiesta privada.

Cojo el iPad y leo la noticia por encima, con los ojos muy abiertos.

Hablan de los dos. De Cody y de mí. De él todavía no han descubierto mucho, solo mencionan que podría ser modelo, pues desfiló para Russ. Luego relatan que, en la fiesta, parece que discutimos. Se rumorea que por celos. Que me vieron empujarlo a la piscina y caer también.

Trago saliva y miro a mis padres.

—Lo siento.

—Un Everscourt nunca pierde el control en público —comenta mi madre con frialdad—. Va en nuestro ADN.

Mi padre está rojo de rabia.

—¡Has fallado a tu familia, a la empresa!

El café gotea por el borde de la mesa y crea un pequeño charco marrón en el suelo.

—¿De qué conoces a ese chico? —quiere saber mi madre. Observa la foto—. No me suena. —«Tu padre y yo no lo hemos aprobado para que sea tu amigo», seguro que también está pensando eso—. ¿De dónde es?

Pensar en él es revivir el vértigo. Ser consciente de que estás vivo. De que hay alguien que es más importante que tú. Alguien a quien amas. Tu punto débil.

Me encojo de hombros como toda respuesta.

—Según esto —dice mi padre, señalando la pantalla del iPad—, en el desfile de Russ ya te vieron con él. Así que no nos tomes por idiotas.

—Sí, pero no fui con él. Lo conocí *allí*. En el desfile.

Me miran fijamente a los ojos. Les mantengo la mirada.

Mis padres no pueden saber con seguridad si les estoy mintiendo o no. Y yo no puedo contarles la verdad. Así que no me dejan otra opción.

—Voy a llamar a Fred —dice mi madre.

Mi madre se pega el móvil a la oreja y espera dos tonos antes de decir:

—¿Fred? Volvemos a tener otro problema. Sí, es por lo de la fiesta del ático. ¿Qué hacemos? Ya. No, claro, las fotos están por todas partes. Vale. Sí..., de acuerdo. Ajá. Vale. Yo se lo digo. —Cuelga y nos informa de la situación, aunque solo mira a mi padre—. Como era de esperar, casi todos los medios se han hecho eco de la noticia. Es imposible detenerlo. Cada vez se están publicando más fotos y... —Mira un segundo el móvil—. Espera. Fred me acaba de enviar un enlace.

Pincha el enlace y la pantalla muestra otro titular.

Alastair Everscourt: cómo manchar tu reputación en una sola noche.

Mis padres ven las imágenes desde el móvil de mi madre y luego le dan la vuelta para que yo también las vea. Son de cuando Cody y yo salimos de la piscina. Ambos con el traje completamente calado y el pelo aplastado y pegado en la frente.

Pero hay dos más que no esperaba encontrarme.

Una foto en la que Cody y yo subimos a mi coche. Otra de la parte de atrás del coche, con la matrícula tapada, en la que nos alejamos

de la fiesta por la vía principal.

Me sorprende que tengan esas imágenes.

—¡Se subió a tu coche! —grita mi padre.

—Lo acerqué a casa.

Sus ojos se abren de par en par.

—¡Esto es increíble! ¡¿Te peleas con él y luego le haces de chófer?!

La realidad es que la situación no es muy favorable para mí. Con esas fotos, no resulta muy creíble que Cody y yo apenas nos conociéramos.

Pero juego la única carta que me queda para convencerlos de lo contrario.

—Vale, esto fue lo que pasó. —Junto la punta de los dedos, igual que cuando estoy negociando con un cliente y selecciono la información que le doy y la que me reservo para instarle a firmar con nosotros—. Como os he dicho, conocí a ese chico en el desfile de Russ. A él también lo habían invitado a la fiesta que hacían después en el ático, así que me ofrecí a llevarle. Allí le presenté a Blair, y las cosas se empezaron a torcer. Empezó a hacer demasiadas preguntas sobre nosotros, sobre la boda, a tirar del hilo y...

A mi padre se le marcan un montón de venas en el cuello. Casi parece que la corbata de Hermès lo esté estrangulando.

—¡¿Qué le dijiste?!

—La verdad. Que Blair y yo nos casábamos para asegurar el futuro de la empresa. Por eso discutimos. Le dije que no se metiera en mi vida. Pero él me amenazó con contarlo. E hice lo que creí que tenía que hacer. Ser un hombre, como tú me dices siempre. Defender mi reputación. No dejar que nadie dijera nada sobre mi vida personal que pudiera manchar nuestro apellido.

—Es lo más valioso que tiene una persona —coincide mi padre—. Su nombre.

Asiento y continúo mintiéndoles:

—Por eso perdí el control. Y sé que fue un error imperdonable. Pero estaba muy nervioso, había bebido un par de copas de más y... y...

—¿Y después vuelve a subir a tu coche? —pregunta mi madre, que no puede fruncir el ceño por culpa del bótox, pero cuya mirada destila desconfianza.

—No me quedó otra opción. Nos habían sacado fotos y vídeos discutiendo en la fiesta, y el chico me amenazó con filtrarlo a la prensa si no nos marchábamos juntos, como si no hubiera pasado nada, y lo acompañaba a casa.

—¿Cómo sabes que él no hablará? —pregunta mi padre.

—Cumplirá su palabra —respondo con firmeza—. Y, si no lo hace, yo cumpliré la mía. Le dejé muy claro que si abría la boca y contaba algo que nos afectase a Blair, a mí o a Everscourt Capital Holdings, comprendería por qué es tan peligroso meterse con nosotros. Además, recordad que ahora sé dónde vive.

Mis padres se muestran algo más calmados.

Abandonan la cocina y se dejan el iPad en la mesa. Lo cojo y miro todas las fotos que han publicado.

Hay una en la que Cody y yo salimos hablando con Russ, el diseñador. En la siguiente Cody desfila y a mí se me ve mirándolo desde el asiento.

Dejo de respirar cuando veo esa foto.

La forma en la que me brillan los ojos en la imagen me delata. Mis ojos tienen ese brillo que solo aparece cuando estás perdidamente enamorado de otra persona.

Mis padres estaban tan enfadados que no se han percatado.

Han cometido un error del que llevan advirtiéndome desde niño:
No prestar atención a los pequeños detalles.

51

CODY
La grieta

Escuchar su voz al otro lado de la línea, saber que Alastair se encuentra bien, es lo que me tranquiliza.

Me cuenta cómo ha ido la conversación con sus padres. Después hablamos de música. Y entonces vuelve a decirme que me va a enseñar a tocar el piano. Su promesa me hace increíblemente feliz. Es una forma de decirme que soy especial para él. Y lo bueno de que estemos hablando por teléfono es que puedo sonreír como un bobo sin ser un libro abierto.

El domingo por la tarde quedamos en un restaurante anodino que se encuentra en el límite entre el Upper East Side y el East Harlem. Cuando lo veo empujar la puerta de entrada, me fijo en que se toca el pelo varias veces y mira alrededor antes de decidirse a avanzar hasta mi mesa. Quiere asegurarse de que nadie nos observa.

Le digo, con una risa nerviosa, que me siento como una estrella de cine. Pero lo cierto es que me late el corazón como si estuviéramos a punto de cometer un atraco.

Alastair me cuenta cómo van a funcionar las cosas a partir de ahora:

—Ya no podemos pasear juntos.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que la gente se olvide de las fotos.

Dejo las manos sobre la mesa antes de darle un trago a la Coca-Cola que me he pedido.

Me preocupa que por mi culpa su vida cambie. Y a la vez me preocupa que no lo haga.

En el fondo creo que nunca va a ser feliz si todo sigue igual. Que necesita que cambien pronto las cosas, por mucho miedo que le dé. No puede seguir siendo así. Necesita pegar un giro de ciento ochenta grados. Soltar las cadenas. Enfrentarse a la vida mirándola a los ojos. Gritarle al mundo quién es realmente.

Vivir fingiendo que eres otra persona es vivir una vida que no te corresponde.

Y así es imposible no sentirse vacío.

Pero sé que Alastair aún no está preparado para dar ese paso. Así que me muerdo la lengua y hablamos de todas las cosas que se están publicando en los medios sobre nosotros. Saco la revista que tengo en el regazo y se la acerco deslizándola sobre la mesa.

—Mira lo que acabo de comprar en el quiosco. —En la esquina de la portada, dentro de un círculo pequeño, aparecemos saliendo de la piscina con el traje empapado—. Esto es fuerte de cojones.

—Espero que no afecte a la empresa como mis padres creen que lo hará.

Trago saliva.

—Yo también lo espero.

—A propósito —me dice—, ¿pudiste salvar el dinero del sobre?

—Sí. Estuve media hora secándolos uno por uno con el secador de pelo. Pero funcionó.

—Me alegro por lo menos de eso.

—También solucionaremos esto —respondo, señalando la revista.

—¿Cómo?

Me gustaría responderle «juntos», pero sé que eso solo complicará más las cosas.

—Ya pensaremos algo.

Me jode que la forma más fácil de solucionarlo sea que estemos una temporada sin poder dejarnos ver, tenerlo sentado frente a mí y no poder alargar la mano para tocar la suya. Me jode tener que guardar la distancia con él. Bajar la mirada hasta su boca y sentirla increíblemente lejos.

Se me hace raro pensar que el chico rubio y elegante que tengo delante me estuvo follando en el capó de su coche. Y que mientras follábamos conseguimos no pensar en nada más que no fuéramos nosotros.

Se me hace raro que fuera hace apenas un par de días, porque parece que han pasado meses desde entonces.

Cuando cierro los ojos y retrocedo a esa noche, recuerdo momentos tan especiales que dudo si todo pasó de verdad o lo soñé.

—No me arrepiento, Cody —dice bajando mucho la voz.

—¿De lo del viernes?

—De todo lo que tenga que ver contigo. Quizá necesitábamos pelearnos así para luego acabar follando sobre mi coche.

—Lo que está claro es que, sin mí, tu vida no sería tan divertida.

Alastair sonríe a medias.

—Pero también sería todo más fácil.

—Me temo que la vida es así. —Me encojo de hombros—. Cada cosa tiene su parte buena y su parte mala. No se puede tener todo.

—Sí. Y eso es algo a lo que la gente como yo nunca llega a acostumbrarse —dice—. Lo estoy intentando, ¿sabes? Descubrir si hay alguna forma de estar contigo sin renunciar a mi trabajo ni a los planes que mis padres tienen para mí.

Lo dice, pero sabe que es incompatible. Por eso desvía la mirada con brusquedad y cierra los puños sobre la mesa.

Se levanta y se despide de mí igual que me ha saludado al llegar, levantando el brazo.

—No me jodas, tío. ¿En serio? ¿Ni siquiera me vas a dar la puta mano? ¿Eso también es peligroso?

—Es para no hacerlo más difícil, Cody. Prefiero no tocarte para no tener que recordar todo lo que me estoy perdiendo.

Otra persona se derretiría con ese comentario, pero yo suspiro frustrado.

No quiero palabras bonitas. Quiero poder besarle las veces que me dé la gana.

—Bueno. Está bien...

Alastair enarca una ceja.

—¿Pero?

—Pero espero que la próxima vez la despedida sea diferente.

—Tranquilo, pensaré en algo. —Y luego sonríe con picardía y baja mucho la voz, como si fuera a confiarme un secreto y, al mismo tiempo, quisiera arreglar algo que parece roto—: No sé si te propondré ir de nuevo al mirador, pero te prometo una cosa: la próxima vez que nos acostemos, te haré el amor como si no fuéramos a volver a repetirlo para que siempre te acuerdes de mí.

Ahí está.

La única promesa que puede cumplir.

Follarme como si fuera a ser la última vez.

Noto que mi rostro se empieza a desencajar. Que los segundos pasan y yo me he quedado demasiado callado como para que él no repare en que algo no va bien.

Antes de que me pregunte nada, me termino la Coca-Cola de un solo trago, lo miro a los ojos y digo lo que le habría respondido si su

promesa no me hubiese afectado.

—No te equivoques, principito. La próxima vez te follaré yo a ti.

Sé que cuando me ha dicho que me haría el amor como si fuera a ser nuestra última vez, esperaba una sonrisa como respuesta. Pero en lugar de eso, su promesa se ha convertido en la grieta por la que se cuela uno de mis mayores miedos.

52

CODY
La arena del reloj

Estiro los brazos, me levanto de la cama y me froto los ojos con el dorso de la mano. Hoy empiezo a trabajar en la pizzería.

—Buenos días —le digo a mi madre nada más salir de la habitación.

—Cody...

Primero lo noto en su voz.

Después lo veo en sus ojos.

Su mirada es de pánico.

—Eh, ¿qué te pasa?

Me pongo en alerta. La forma en la que se abraza a sí misma y sus huesudos brazos tiemblan me hace pensar en una figurita de cristal.

No entiendo qué le ocurre. Ayer durante la cena estaba bien. Todo lo «bien» que puede estar una persona que sufre depresión. Mi madre no acostumbra a tener días muy buenos, pero anoche la vi más positiva que de costumbre.

Fue porque salí en las noticias. A mi madre le hizo ilusión verme desfilando para Russ y de fiesta rodeado de tanta gente sofisticada. Y esa ilusión casi infantil con la que ella se había tomado mi polémica con un personaje público contrastaba muchísimo con la

opinión que tenían los Everscourt. Porque para mi madre aquello supone un logro. Es la primera vez que uno de sus hijos sale en el periódico bajo un titular que no incluye palabras como «culpable», «prisión estatal» o «tráfico de drogas».

—Te sienta muy bien el verde, Cody —dijo—. ¿De dónde sacaste ese traje tan elegante?

—Me lo dejó el diseñador —mentí—, por desfilar para él.

—¿Y el aristócrata?

—Es... un amigo. Pero no es un aristócrata, mamá.

«Es un Everscourt, que es mucho peor».

—Pues parece un príncipe.

La vi tan entusiasmada que le conté cómo había terminado desfilando para Russ y, ahí sí, le dije la verdad. Le hablé sobre Alastair y, cuando terminé, ella me dijo:

—Parece un buen chaval. —Cerró la revista y me la devolvió—. Guárdala. Así podremos ver las fotos siempre que queramos.

La dejé en la mesa. Después fregué los platos, me aseguré de que mi madre tomase su medicación y le besé la frente al acostarla.

Me fui a la cama feliz. Por ella. Luego tuve las mismas pesadillas de siempre.

Pero hoy, ese brillo de esperanza que vi en sus ojos, esa sensación de que las cosas podrían mejorar, ha desaparecido como una flor que se cierra al marchitarse.

—Ha llegado una carta —susurra.

Su mirada baja y guía la mía: la carta espera encima de la mesa.

La reconozco al instante.

No es la primera vez que llega una carta así a casa. Hemos estado recibiendo este tipo de correo desde que metieron a Holt entre rejas.

Es de la prisión de Sing Sing.

Aunque sé la respuesta de mi madre, le pregunto:

—¿La has abierto?

—No... —dice mientras tira de las mangas de su desteñido camisón—. Me daba miedo abrirla yo sola.

Los rayos de sol que entran por la ventana atraviesan su larga melena. Su pelo está tan débil que da la sensación de que no va a poder resistir la fuerza de la luz y se va a partir con un chasquido. Es como si cada parte de ella estuviera a punto de caerse. Como si esa tristeza infinita en la que se ve envuelta la convirtiera en alguien imposible de sostener.

Me agacho y cojo el sobre por una esquina. Con el corazón a mil, le doy la vuelta y leo el remitente; ya lo conozco.

—¿Crees que nos dirán algo nuevo? —La voz de mi madre suena más lejos que hace un segundo.

Al buscarla por la sala, la encuentro de pie frente a la ventana, cruzada de brazos. Se ha alejado de mí como si temiera que, al abrir la carta, esta explosionara.

—Ahora lo sabremos...

Me enjugo el sudor de la frente. Cualquier cosa que tenga que ver con Holt hace que sienta que corro un grave peligro. Después vacilo un momento, no hago nada.

—¿Por qué no la abres? —murmura.

Me gustaría decirle que a mí también me da miedo.

Pero uno de los dos lo tiene que hacer.

—Sí, voy a abrirla —le digo, convenciéndome a mí mismo.

Rasgo el sobre y saco un único folio que han doblado tres veces.

Mis ojos se mueven sobre el papel buscando una fecha.

Pero no hay fecha exacta aún.

Solo un aviso de que Holt se encuentra en revisión para obtener la libertad condicional y de que nos comunicarán la fecha definitiva después de que se evalúen los créditos de buena conducta.

Vuelvo a meter el folio en el sobre. Tardo más en hacerlo porque las manos me tiemblan.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Qué es lo que pone?

Me dejo caer en el sofá como un peso muerto y tiro la carta sobre la mesa. Al soltarla, me dejan de temblar las manos, pero mi corazón sigue latiendo igual de fuerte que si estuviera haciendo una carrera.

—Nada nuevo —le digo—. Lo de siempre. Están mirando lo de la libertad condicional. Tienen que revisarlo.

Mi madre se acerca con precaución, como cuando un animal intuye que ha pasado el peligro pero aún desconfía.

—¿Cuándo crees que soltarán a Holt?

Me arranco un trozo de uña hasta que me hago sangre.

—No lo sé. —Me chupo el dedo, la boca me sabe a cobre—. Esa es toda la información que dan.

—Pero entonces ¿cabe la posibilidad de que tu hermano salga de Sing Sing antes de lo esperado?

Asiento con un movimiento leve de cabeza.

—Lo pueden soltar en una semana. Pero esa semana se puede convertir en un mes.

—O... en un día —dice mi madre.

Las paredes de la casa parecen estrecharse.

—Exacto —susurro, y noto otra vez el miedo en mi garganta—. Mañana, a esta misma hora, Holt podría estar aquí.

Eso es lo que llevo peor.

La maldita incertidumbre.

Mi hermano mayor podría salir cualquier día de estos.

Y, cuando lo haga, no llamará por teléfono para avisarnos.

Llamará al timbre.

Me paso la mano por el pelo, agobiado por la situación. Cuando mi mente busca una salida para no ahogarse, pienso en Alastair. En que estar con él es lo que hace que no me venga abajo.

Pero ahora él no está, y yo me siento increíblemente solo.

Y la carta que sigue encima de la mesa me recuerda que el tiempo se acaba.

—Ojalá se retrase el proceso —digo, más para mí mismo que para mi madre—. Ojalá durante la revisión alguien se dé cuenta de que hay un error en el informe. O que pierdan los putos papeles y que no puedan firmar. Que pase cualquier cosa que nos haga ganar un poco más de tiempo.

Mi madre me apoya una mano en el brazo.

—Cody... tu hermano Holt... Seguro que él tampoco lo está pasando bien. No tiene que ser fácil vivir en ese lugar.

Me giro hacia ella. La miro con incredulidad.

—¿De verdad, mamá? ¿Después de todo lo que ha hecho? ¿Lo que nos ha hecho a ti y a mí?

Mi madre traga saliva.

—Solo digo que... que estar tantos años en prisión no es bueno para nadie.

Me levanto del sofá.

—Lo que me faltaba por oír.

—Hijo...

—¡No! —grito, con más dolor que furia—. ¡Holt intentó matarme! ¡Él siempre ha sido un monstruo!

Mi madre parece a punto de echarse a llorar. Se encoge sobre sí misma, como si mis palabras fueran balas.

Me duele la cabeza. Dentro de unas horas empiezo a trabajar en la pizzería y ni siquiera sé hasta qué punto merece la pena que siga intentándolo. Es evidente que no voy a conseguir reunir el dinero

suficiente para largarme de aquí. Y soy demasiado orgulloso como para pedírselo a Alastair.

Además, si se lo pido a él, sentiría que le debo una explicación. Y no quiero hablarle de Holt porque me da miedo quedarme solo. Sé que es egoísta por mi parte, pero Alastair es mi salida de emergencia. Es el único capaz de robarme una sonrisa y hacer que me olvide de toda la situación en la que me veo atrapado. Él me hace feliz. Y no quiero perderlo.

Cojo la carta y vuelvo a leerla, buscando por segunda vez esa fecha que no aparece escrita. Sé lo primero que hará Holt cuando lo pongan en libertad.

Vendrá a por mí.

Por eso tengo que hacer algo. No puedo quedarme más en esta casa, pero tampoco puedo irme sin mi madre. No pienso abandonarla.

Me necesita.

Pero yo necesito que los dos tengamos una oportunidad de sobrevivir.

Y solo hay una forma de que obtengamos protección.

—Voy a ir a la policía.

Mi madre abre los ojos de golpe.

—No.

—Tengo que denunciarlo.

—Si lo denuncias, volverán a condenar a tu hermano.

—¡Precisamente por eso! ¿Es que no ves lo que pasa? Deja de pensar en que es tu hijo y piensa por una puta vez en nosotros. Estamos jodidos, mamá. Muy jodidos. Se nos acaba el tiempo. ¿Crees que podremos hacer algo cuando lo tengamos al otro lado de la puerta? No. Entonces será demasiado tarde. Hay que hacer algo *ahora*.

—Pero ¿y si tu hermano ha cambiado?

Bufo con brusquedad. Otra vez lo mismo. Después recuerdo que mi madre está enferma y bajo la voz, aunque la tensión no disminuye porque hablo con el corazón en la garganta.

—Mamá, *no* ha cambiado. Sé que quieres que los tres volvamos a ser una familia..., pero te estás aferrando a una idea imposible. Y esa idea tuya de jugar a volver a ser la familia feliz puede hacer que me mate. Despierta. Holt es peligroso. Te niegas a aceptarlo porque te duele pensar así de tu hijo, pero sabes cómo es. Y, sobre todo, sabes de lo que es capaz.

Se queda mirando mi cicatriz en silencio, traga saliva y vuelve a mirarme a los ojos.

—No me hagas sentir que soy una mala madre. Tú sabes que me siento muy culpable por pedirte que no lo denunciaras.

—Entonces no me sigas obligando. Deja que vaya a la policía. Por favor, mamá. No solo es lo mejor para los dos, es la única forma.

Desvía la mirada.

—No... no puedo.

La cojo por los hombros. Su cuerpo parece tan frágil que me da miedo apretar y que se rompa entre mis manos.

—Sabes tan bien como yo que llegará el día que Holt entre por esa puerta. Eh, mírame. Lo sabes. Por eso le tienes tanto miedo.

Pero ella no me quiere mirar, porque no quiere aceptarlo. Gira la cabeza hacia la ventana, su mirada se pierde entre los bloques de edificios, y luego, con una voz tan débil como una hoja, susurra sin mirarme:

—Tu hermano... Si se alargara la condena más años... yo... no sé si lo podría soportar. Ya no me quedan fuerzas.

Ahí está otra vez.

El chantaje emocional, la amenaza que me mantiene callado.

Poner la vida de tu madre por delante de la tuya.

Por eso nunca he denunciado a mi hermano Holt.

Porque no quiero llegar un día a casa y encontrarme a mi madre muerta en el sofá.

53

Alastair

El tiempo sin él

Me cuesta separarme de alguien con el que siento que nunca podría llegar a aburrirme, y con Cody siempre voy a querer más.

Más de esa impulsividad. De esa personalidad tan fuerte. De ese carácter impetuoso que le sale a veces. De la ternura que también esconde y que me deja ver cada vez con más frecuencia. De la forma que tiene de sonreír cuando algo le gusta. De cómo afronta las injusticias.

Incluso creo que me está empezando a gustar que me impida tenerlo todo controlado.

Gracias a Cody he descubierto lo que es sentir el vértigo.

Y quiero quedarme el tiempo suficiente para que él sienta que conmigo no tiene que protegerse de nada. Que puede confiar en mí. Cada vez que estamos juntos, la conexión que se crea entre nosotros se torna algo más compacto. Una conexión tan fuerte que parece que en algún momento vayamos a poder tocarla estirando la mano, aunque sea imposible. Una conexión que me llena el pecho y que hace que los dedos me cosquilleen intentando alcanzar los suyos.

Por eso, el lunes, después de que me contara cómo le había ido su primer día en el nuevo trabajo, me costó tanto enviarle el siguiente

mensaje:

Oye, Cody, lo he estado pensando y... creo que lo mejor es que esperemos un tiempo hasta que volvamos a vernos. Por precaución.

Un tiempo?

Unos días. O semanas. Hasta que las cosas se tranquilicen.

Su respuesta tardó en llegar.

Vale

Quiero que sepas que a mí también me jode.

Ya. La diferencia es que quien decide eres tú

Tras varias semanas, envío otro mensaje diciéndole que creo que ya es seguro que nos volvamos a ver.

Durante este tiempo hemos hecho videollamadas todas las noches. Hablábamos de cómo le iba en el nuevo trabajo; parecía a gusto, me alegraba por él... Pero, a los días, empecé a notarlo raro. Al principio pensé que se debía a mi precaución en nuestra relación, pero enseguida me di cuenta de que su malestar no tenía que ver conmigo.

Era otra cosa.

Había algo que le preocupaba y que me estaba ocultando.

Algo que tampoco tenía que ver con la pizzería, pero sí que parecía estar relacionado con esa urgencia de conseguir el dinero para mudarse.

Le pregunté por su madre. Me dijo que seguía igual que siempre, y la volví a recordar en esa postura incómoda e imposible, con la mesa de centro llena de las sobras de la cena.

Cerré los ojos y quise hablar de otra cosa, pero mi curiosidad fue más fuerte y, la noche del jueves, no me pude contener:

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no me cuentas?

Gracias a que estábamos en videollamada, pude ver cómo se le abrían los ojos de la sorpresa, y como luego, automáticamente, le cambiaba la cara y se levantaba un muro entre los dos. Ese muro que yo también había levantado en el pasado para intentar marcar distancia.

—No es nada, solo que quiero marcharme del barrio pronto.

Su respuesta me pareció una verdad a medias.

—¿Tiene algo que ver con tu cicatriz?

Miré a Cody y volví a encontrarme con el muro, pero también descubrí el miedo. Un miedo que cada vez era más grande y más difícil de esconder.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —me preguntó.

—Te pasa algo...

—No.

—... pero no me lo quieres contar.

—Alastair, en serio, no me apetece.

—¿Confías en mí?

Los ojos de Cody, esa enredadera de verdes y marrones, me observaban a través de la pantalla.

—No lo suficiente.

Aquello me dolió un poco.

—¿Y eso?

—Ya lo sabes. Me cuesta confiar en las personas.

—Llevamos meses conociéndonos y sabes más cosas de mí que la mayoría de la gente. De hecho, eres la única persona que me

conoce de verdad. Así que dime, ¿hay algo que pueda hacer para que confíes en mí?

—No.

—Pero algo tiene que haber. ¿Qué necesitas?

—No necesito nada de ti, Alastair.

Puse los ojos en blanco. Después carraspeé y me incorporé en la cama para buscar otra postura que fuera más cómoda. Eran las doce de la noche. Llevaba un pijama largo de Emidio Tucci de rayas blancas y azules y la sábana me cubría hasta la altura del pecho. Cody llevaba uno azul marino de cuello redondo y manga corta.

—Estás preocupado.

—Me conociste preocupado.

—Pero ahora te noto más inquieto que antes. ¿Qué te pasa? Ya sabes que, si necesitas dinero, yo te puedo dar lo que me pidas.

—No quiero tu dinero.

—Vale, pues, si no quieres mi dinero..., dime qué necesitas y te ayudaré. Igual no puedes confiar del todo en mí, pero sí puedes estar seguro de que, cuando me necesites a tu lado, estaré.

Cody se tensó de golpe. Sé que no le gusta hablar de dinero ni que nadie le ofrezca ayuda, pero me frustró tener que quedarme de brazos cruzados cuando yo podía darle una salida.

—Tengo que colgar.

—Cody...

La imagen se desenfocó un segundo y luego volvió a ser nítida. Él suspiró antes de añadir:

—Nada que nos implique a los dos es seguro, Alastair.

—¿Por qué dices eso?

—Por la boda. Por tu familia. Por la empresa —comenzó a enumerar—. ¿Lo ves? Tú y yo somos como un amor de verano. Antes o después llegará septiembre y todo acabará.

Tras finalizar la videollamada, me vino a la mente la cara que había puesto al decirle que tenía la sensación de que me ocultaba algo.

Me quedé un rato pensando en el muro.

Y me obsesioné buscando la forma de derribarlo para llegar hasta él.

54

Alastair

El secreto del dolor

No estoy nervioso porque crea que Cody me oculta algo. Estoy nervioso porque estoy a punto de verlo en persona. Por fin. Tengo tantas ganas que, durante el trayecto, me he saltado un par de semáforos. Hasta he cantado la canción que sonaba en la radio, y yo nunca canto en el coche.

Ahora me encuentro frente a la puerta de la pizzería en la que trabaja. Faltan menos de quince minutos para que termine su turno. Lo veo a través del gran ventanal. Él también me ve a mí, y me guiña un ojo mientras se acerca a una mesa con una pizza familiar en cada mano y las deja frente a un grupo de cuatro personas.

Lleva un delantal de rayas rojas y blancas, una camiseta amarilla debajo y un gorro rojo con forma de barco. No termino de entender ese uniforme extravagante, es como una mezcla de pirata y payaso. Me muerdo el labio para no soltar una carcajada y me quedo esperándolo con los brazos cruzados.

No puedo dejar de mirarlo.

Entonces veo mi propio reflejo en el cristal. Y me doy cuenta de que lo miro con la misma intensidad que se aprecia en la foto que me hicieron durante la presentación de la nueva colección de Russ.

Estoy impaciente por entrar, pero me quedo fuera porque no quiero distraerlo. Necesito abrazarlo muy fuerte. Sé que no ha transcurrido tanto, pero un día sin él ya me parece demasiado tiempo.

Cuando termina su turno, se despide de su compañera y sale con dos cajas de pizza y una bolsa de plástico en la que lleva una Coca-Cola de dos litros.

—Espero que no hayas cenado.

A pesar de que la sonrisa le llega a los ojos, siento que la gesticula con cierta dificultad, como si hubiese estado a punto de quedarse a medio camino. Sigo viendo en él ese halo gris que lo envolvía durante las videollamadas, esa preocupación de la que no consigue desprenderse.

Subimos a mi coche y volvemos al mirador. Saco una manta del maletero y la extiendo sobre la hierba. Ha llovido por la tarde, así que la tierra está húmeda y blanda. Nos sentamos en la manta con el coche a nuestras espaldas y la ciudad de Manhattan iluminada extendiéndose frente a nosotros.

Cody abre la caja de cartón y saca un par de servilletas.

—Está fría, pero está buena.

Sonrío y le doy un mordisco. La pizza es de cuatro quesos.

—Dios mío.

Cody abre mucho los ojos.

—¿Qué?

—Nada. Está buenísima.

—Eres imbécil. Me has asustado —protesta, y me pega un puñetazo en el hombro mientras yo me río de él.

Por fin, noto que se relaja. Que la preocupación parece quedarse en un segundo plano.

—Oye, me encanta tu uniforme —bromeo.

Tiene el abrigo desabrochado, así que señalo directamente el delantal de rayas. Yo, por mi parte, lo llevo abierto; en mi caso, porque quiero lucir la camisa y el polo que he escogido para la cita.

—Sabía que te ibas a burlar de mí —responde—. Pero te perdono porque me hace mucha gracia verte con los labios llenos de grasa y que te hayas manchado el polo.

—¿Dónde? Joder, avísame antes.

Me limpio rápidamente con una servilleta. También la boca y las manos.

Cody ríe al ver lo nervioso que me he puesto.

Y..., joder. Me encanta su risa.

—Somos como la Dama y el Vagabundo —comenta mientras mastica otro trozo—, pero en lugar de un plato de espaguetis, nosotros tenemos pizza. Mírate. Tú siempre tan elegante y perfecto. Con tu polo de Ralph Lauren y tu camisa azul.

—El polo y la camisa son de Armani —le corrijo—. Y ya te dije que llevar polo con camisa se considera informal.

—Lo será en tu mundo.

Pongo los ojos en blanco, pero luego recuerdo cómo le quedaba el traje verde que le regalé. Lo guapo que estaba.

—Me encantaría verte de nuevo con el traje que te pusiste para la fiesta. Aunque, ahora que sé lo que hay debajo..., creo que me gustas mucho más sin él.

—Querías que me fuese desnudando otra vez por el camino, ¿a que sí? —pregunta moviendo las cejas.

—No. La ropa prefiero quitártela yo.

Termino la frase rozándole los labios. Nos besamos y enredo la lengua con la suya. Al hacerlo, pienso en que no sé cómo he podido aguantar tantos días sin los besos de Cody.

Me separo de él cuando noto que se me pone dura y que, como siga, no voy a poder detenerme. Le doy un sorbo a la Coca-Cola y me termino el trozo de pizza.

Comemos más, los dos en silencio y escuchando el sonido que crean las ramas desnudas de los árboles cuando peinan el viento. Apoyo las manos a los lados, alzo la vista al horizonte y observo las luces de la ciudad. Cody me imita y, al apoyar su mano en la manta, nuestros dedos se tocan sin querer.

Es una suerte que no tengamos que apartarlas. Que él pueda dejar la suya sobre la mía. Que tocarle la piel me aporte un punto de calor en mitad del frío de la noche.

Es una suerte que él y yo estemos juntos. Porque la vida es más bonita desde que lo conozco.

Miro nuestras manos unidas y recuerdo todas las veces en las que he querido dársela y no he podido. Los nudos en el pecho imposibles de desenredar.

—¿Cómo va el trabajo? —me pregunta, apartando la mano—. Me dijiste que tus padres estaban más tranquilos.

—Lo que más les preocupa es que tú vayas a dar alguna exclusiva.

—Si supieran lo importante que eres para mí, no tendrían ese miedo.

—No. Tendrían un miedo mucho mayor —le digo con complicidad.

Cody sonríe a medias.

—Cierto.

Inspiro profundamente y suelto el aire despacio por la boca. Desde que ha dejado de tocarme, siento que hace más frío.

—Pero, sí, como te dije, mis padres están más tranquilos en general. Y en las oficinas hoy no se ha hablado del asunto, aunque ayer aún pillé a un grupo murmurando a mis espaldas. Los muy cabrones se callaron de golpe cuando los miré, ¿qué te parece?

—Que no trabajan lo suficiente.

—Salvo ese caso aislado, esta semana ha sido como si todos se hubiesen olvidado del tema. Es lo bueno y lo malo de internet. Un día todos hablan de ti y al siguiente ya no eres importante. Se podría decir que todo ha vuelto a la normalidad.

—Me alegro, porque se me hizo duro no verte. Y eso que solo fueron unas semanas.

Sonrío y noto ese tirón que nace en la boca de mi estómago cuando estoy con Cody. Esas ganas de no querer separarme nunca de él. De arriesgarlo todo con tal de no apartarlo de mi lado.

—Yo también te echaba mucho de menos.

Ningún otro chico me ha hecho sentir lo que siento por él. Y creo que eso es lo más complicado de llevar. Ser consciente de que estoy viviendo mi primer gran amor. De que nunca podré volver a sentir esa intensidad con la que se viven las primeras veces con otra persona. De que todo lo que venga después me sabrá a poco.

—¿Más pizza? —Abre otra caja y me ofrece un trozo.

—Claro. Gracias.

Estoy a punto de volver a insistir en qué es eso que lo preocupa, pero cambio de idea en el último segundo y le doy un mordisco a la pizza. Esta es de jamón y queso. El queso se estira creando un puente que va desde mi boca hasta la porción que sujeto en la mano. Al partirse por la mitad, echo el cuerpo hacia atrás para evitar que me caiga en la ropa y me golpeo la espalda con la matrícula del coche.

—Dios mío, he vuelto a mancharme el polo —digo, estirándolo para señalar la mancha de tomate y queso.

—Espera. —Cody me detiene cuando voy a coger la servilleta—. ¿Crees que puedes aguantar sin limpiarte?

—¿Qué sentido tiene?

—Que veas que el mundo no se acaba si las cosas son imperfectas.

Lo miro con los párpados entrecerrados.

—Desde que te conozco, cada vez me siento más lejos de ser perfecto.

Cody sonríe. Y lo hace tan bonito que necesito besarlo otra vez. Y luego quitarle el abrigo y su ridículo uniforme. Así que aparto las cajas de pizza a un lado y me lanzo a su boca.

Lo beso con ansia. Mi lengua reclama la suya. Mis dientes pellizcan su labio inferior. Cierro los ojos y le quito el abrigo. Después el delantal. Y la camiseta amarilla. Cody se deshace de mi abrigo, el polo y la camisa. Cuando solo nos quedan por quitarnos los pantalones, apoyo una mano en su pecho y lo empujo con suavidad para que se tumbe en la manta. Después me tumbo sobre él. El contraste del frío y la humedad que hay en el ambiente con lo caliente que está nuestra piel cuando nuestros cuerpos se abrazan hace que cierre los ojos del gusto.

Al abrirlos de nuevo, lo miro de cerca. Tanto que puedo contar sus pestañas. Subo un brazo y le acaricio la cara con el dorso de la mano.

—Hola, chico de la cicatriz —le digo mirándolo a los ojos.

—Hola, príncipe —responde con retintín, pero luego me saca la lengua y sonríe.

Y yo le sonrío de vuelta.

Y entonces hago algo que llevo tiempo queriendo hacer.

Me inclino sobre su cicatriz y la beso con ternura.

—¿Qué cojones haces? —me espeta, fuera de sí.

No solo ha sido tremendamente inesperado, también noto lo rápido que se tensa bajo mi cuerpo. Todos los músculos se le

agarrotan a la vez como si hubiese dejado de respirar. En cambio, el corazón le late con la fuerza de un tambor.

Es evidente que ya no vamos a follar, se nos han quitado las ganas a los dos. Pero para mí tener sexo con Cody nunca ha sido una prioridad, sino el reclamo de la propia naturaleza del cuerpo. Y, aunque hace un segundo tuviese la polla dura y preparada para hundirme entre sus piernas, lo que más me preocupa es que esté bien. Saber qué le ocurre, por qué ha reaccionado de esa forma tan brusca y si tiene algo que ver con lo raro que lo he notado últimamente.

Intento tranquilizarlo. Todavía sigo tumbado sobre él. Cruzo los brazos sobre su pecho y alzo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Eh, tranquilo. ¿Confías en mí?

—No.

Cody ya no sonríe. Sus ojos no me miran como antes.

Dudo un instante, sin saber qué más hacer o decir para arreglarlo. Lo único que descarto (y quizá estoy metiendo la pata otra vez y es justo lo que debería estar haciendo) es echarme a un lado y vestirme. Siento que, si me aparto, la distancia será infinita. Que volverá a levantarse ese muro entre nosotros.

Quiero arreglarlo y retomar el momento donde lo habíamos dejado. O, por lo menos, quedarnos abrazados contemplando las estrellas. Eso me parece mejor plan que vestirnos y subirnos al coche.

Medito sobre lo que he hecho para que reaccione así. Miro su cicatriz. Apenas ha sido un roce con los labios. Entiendo que para él sea un tema delicado y que haya recibido mi muestra de cariño como una invasión a un pasado al que me tiene cerradas las puertas, pero ahora tengo que conseguir que se relaje.

—¿Por qué te enfadas conmigo? Solo ha sido un beso. Y si es porque sientes que debes protegerte de mí, no lo hagas. Conmigo no tienes que protegerte porque yo no voy a hacerte daño.

—No entiendo a qué ha venido lo de besarme la cicatriz. Ni en qué momento te has sentido con el derecho de hacerlo.

—No sabía que te iba a molestar.

—Ah, ¿no lo sabías? Nunca he querido hablarte de cómo me la hice ¿y no sabías que era un tema tabú? Pensaba que eras más listo.

Permanezco tumbado sobre él, pero pongo las manos a cada lado de la toalla para apoyarme y repartir el peso.

—Cody... Sé que ahora estás enfadado conmigo. Pero solo quiero que sepas que yo nunca voy a buscar hacerte daño a propósito. ¿Me oyes? Nunca. Y..., no sé. Me gustaría que algún día no tuvieras miedo a compartir tu pasado conmigo. Porque me importas. Te lo digo en serio, me importas muchísimo, joder. Siento que ahora ya formas parte de mí. Y yo también quiero que sientas que formo parte de ti, y para eso necesito que confiemos el uno en el otro.

Con voz tajante, me pide:

—Quítate de encima.

—A mí me puedes contar lo que sea.

—No me estás escuchando. Te he dicho que te apartes.

—Va, Cody, por favor... Joder, con lo bien que estábamos...

Mi súplica no rebaja la tensión de su cuerpo. Todo lo contrario, la empeora.

Pero entonces recuerdo la promesa que nos hicimos en este mismo lugar:

«¿Necesitas una promesa para poder tocarme?».

«Necesito una promesa que los dos podamos cumplir».

«Te lo prometo. Desde ahora soy tuyo».

«Y yo soy tuyo también».

Hago un último intento con la esperanza de que esta vez funcione.

Sigo tumbado sobre Cody, sujetando gran parte de mi propio peso con los brazos para no aplastarlo, y necesito una mano libre para lo que voy a hacer. Así que apoyo mi antebrazo izquierdo al lado de su hombro derecho para cargar en él todo mi peso. Y luego, con el dedo índice, trazo una media luna en su cara que pasa cerca de su cicatriz pero que no llega a tocarla.

Ahora me mira como si fuera el enemigo.

«Por favor. Que funcione. Que no sea una idea horrible».

Me aclaro la voz y sigo adelante con mi plan.

—¿De quién es esto? —le pregunto en un susurro.

El empujón que me pega me lanza al otro lado de la manta.

55

Alastair

Los ojos tristes

Lo miro con los ojos abiertos de par en par, desnudo y con la mitad del cuerpo fuera de la manta.

—No vuelvas a tocar mi cicatriz.

—Pero si esta vez ni siquiera la he rozado.

—Nunca, Alastair. No vuelvas a tocarla nunca.

Me sacudo la tierra del costado. Escuece. Me he raspado con alguna piedra y ahora tengo un poco de sangre.

—Lo siento, ¿vale? No quería incomodarte. Pensaba que era parte del juego y que no te molestaría. De hecho..., creía que te estaba ayudando.

—¿Ayudando?

Recojo el pantalón y el bóxer de la manta y empiezo a vestirme a la vez que él.

—Sí. A que confiaras en mí.

Él saca la cabeza por el cuello de la camiseta de su trabajo.

—Lo que creías era que terminaría cediendo.

Suelto un suspiro mientras sacudo la camisa y el polo antes de ponérmelos.

—Cody, yo no quiero obligarte a hacer nada que no quieras. Pero sé que esa cicatriz esconde una historia, y sé que no te gusta

acordarte de que la llevas contigo. Por eso la he besado. Creía que, como la odias, podría intentar besarla muchas veces hasta que empezase a gustarte a ti también. O, por lo menos, hasta que hicieras las paces con esa parte de tu pasado.

—Sé que tu intención era buena, y que mi reacción ha sido un poco exagerada. Pero tocarme la cicatriz es como pasar por un campo de minas. Al besarla, lo único que has conseguido es hacerme revivir esa herida.

—Vamos, que, en lugar de ayudarte, he abierto la caja de Pandora.

—Sí.

Empiezo a abrocharme los botones de la camisa antes de ponerme el polo.

—¿Sabes que la esperanza fue lo último que quedó en esa caja? Por eso se dice que es lo último que se pierde. Y yo confiaba en que, al preguntarte de quién era la cicatriz, tú me respondieras que era mía. Porque se supone que tú eres mío y yo soy tuyo, aunque no sea realmente así y solo sea un..., bueno, ya sabes, un estúpido juego que creí que teníamos.

—¿De verdad pensabas que funcionaría? —pregunta, haciendo un lazo para ajustarse el delantal por la espalda.

—Tampoco se me ocurría nada mejor. Tenía que intentarlo. Ahora sé que ha sido una tontería. Así que lo siento.

—No, yo lo siento. Me he agobiado y... Bueno, eso, que ya sabes que soy un bruto.

Le tiendo el abrigo y me echo el mío por encima de los hombros.

—Tranquilo, te conozco bien. Sé cómo eres. Y entiendo por qué haces algunas cosas. Forman parte de ti.

Nos sentamos apoyando la espalda en la matrícula del coche y miramos la ciudad iluminada.

—A veces me gustaría estar dentro de tu cabeza para descubrir hasta qué punto sabes quién soy —dice.

Sonrío sin mirarlo.

—Te sorprenderías.

—¿Tú crees?

Entonces sí, me vuelvo hacia él.

Cody me está observando.

—Te lo aseguro —respondo sin dudar.

Se queda mirándome con fijeza, como si estuviera intentando ver lo que hay más allá de mis ojos, llegar a mis pensamientos y leerlos como quien coge un libro de la estantería.

—Dime una cosa que hayas descubierto de mí.

—De acuerdo —accedo—. No estás a gusto con la vida que tienes.

Me di cuenta en cuanto Cody me abrió las puertas de su casa y nos encontramos a su madre dormida en el sofá. Y cuando me habló de la enfermedad que sufría y de lo urgente que era para él ganar más dinero para empezar de cero lejos de ese barrio.

—¿Y quién está a gusto con la vida que le ha tocado? —protesta, cruzándose de brazos—. Eso no cuenta. Dime otra cosa.

Lo miro a los ojos.

La primera impresión que me llevé de él no fue la de un chico que está jodido como yo.

Me pareció un chico seguro de sí mismo. De ideas claras, mirada punzante y con una cicatriz que le daba un aire de misterio y peligro, como si fuera el personaje de una película que había traspasado la pantalla y había acabado de casualidad detrás de la barra.

Sabía que ese no podía ser el trabajo de sus sueños pero, aun así, me pareció que era alguien que se sentía libre. Tanto como para no dudar al negarme una copa o enfrentarse a mí a pesar de que él tenía las de perder.

Y esa fuerza que vi en él la primera noche que lo conocí, esa facilidad con la que hacía que todo saltase por los aires en un segundo, sin pensar en las consecuencias, como si no le tuviera miedo a nada, todo eso junto, evocaba libertad.

Me equivoqué.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí.

—No. Ahora quiero que me lo digas.

—¿Que te diga el qué?

—Lo que estás pensando. Quiero saberlo.

Inspiro lentamente y luego suelto el aire de golpe.

—Está bien. Creo que la enfermedad de tu madre no es responsabilidad tuya.

—Es mi madre, Alastair.

—Sé que no está bien, y entiendo que creas que debes cargar con su cuidado y procurar por ella. Pero su vida es solo responsabilidad de ella.

—No sabes por lo que hemos tenido que pasar. No tienes ni puta idea.

—Sé que eres tú quien saca esa casa adelante. Niégalo si quieres, pero sabes que llevo razón.

—Qué fácil es ver la paja en el ojo ajeno, ¿eh, Alastair?

—¡Pero si es lo que haces tú conmigo! ¿No te das cuenta? Lo que intento explicarte es que la felicidad de nuestros padres no debería depender de nosotros. Y los dos estamos sacrificando la vida por ellos. Al final, tú y yo no vivimos vidas tan diferentes. Aunque a ti no se te puede decir nada porque enseguida te pones a la defensiva. Pero me has pedido que te diga lo que pienso de ti ¿sí o no?

Sacando pecho y haciendo un ejercicio de contención, Cody suspira y asiente.

—Sí.

Vacilo un instante antes de seguir.

—Creo que para ti es muy fácil decir que mis padres me tienen encadenado, pero te cuesta mucho ver tus propias cadenas.

—Y, según tú, ¿cuáles son?

—La casa en la que no quieres permanecer. La relación con tu madre. La falta de dinero. O ese carácter que te hace saltar a la mínima —enumero—. Siempre estás preparado para devolver el golpe. Incluso cuando sonríes de manera genuina, nunca llegas a estar relajado del todo. Una parte de ti siempre se mantiene alerta.

—No siempre.

—Sí, Cody, *siempre*. Es como quien se levanta en mitad de la noche porque oye un ruido que procede del sótano y decide bajar para comprobar que no haya nadie. Observas el mundo con esa desconfianza. Pero luego siempre te enfrentas a él. Y nunca pides ayuda. Es tu forma de ser. Pero a eso no se le puede llamar libertad.

Cody se queda en silencio, mirándome a los ojos, sin mover ni un solo músculo de la cara.

—Tienes miedo de algo —continúo—. Y está relacionado con la cicatriz.

—Muy bien, ¿algo más que añadir?

—Esa cicatriz no fue un accidente. Alguien intentó hacerte daño. Un amigo o un familiar, pero alguien que conoces.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque solo cuando algo nos duele de verdad nos brillan los ojos como te brillan a ti ahora.

Entonces, resuelve:

—Es tarde. Deberíamos irnos ya.

Asiento despacio.

—Está bien. Volvamos a casa.

Recogemos la manta, las cajas de pizza y la bebida, y subimos al coche en silencio.

Media hora después, cuando lo dejo en el portal y antes de volver a arrancar el motor, mantengo las manos firmes sobre el volante y cierro los ojos.

Pienso en cadenas invisibles que parecen imposibles de romper. En la llave que las abre.

Pienso en la cicatriz de Cody. En cómo ha tenido que ser su vida, cuándo comenzaron a complicarse las cosas o si siempre lo tuvo más difícil que la mayoría.

Pienso en si algún día compartirá conmigo su pasado y dejará que conozca su historia para que yo pueda quererlo en todas sus versiones, con sus luces y sus sombras.

Cuando me tumbo en la cama, me imagino que lo hago sobre una manta en lo alto de un mirador y que, si estiro el brazo, mi mano encontrará la de Cody.

56

CODY
Lo que no es nuestro

—Hostia, Cody. Ahora me da pena el pijo. Bueno, eso... y que a mí me pegas un empujón y te parto la cara.

—Tú eres demasiado blando como para ir de tipo duro.

Arthur se inclina sobre la mesa de billar. La punta del palo retrocede dos centímetros sobre sus dedos antes de impactar contra la bola blanca y que esta, a su vez, choque con la bola verde.

—Deberíais mudaros a mi casa. Puedo hablar con mis padres y mi hermano. Entenderán la situación.

—No, ni de coña.

—¿Por qué no?

—¿Adónde crees que irá Holt si no nos encuentra? Quedarme en tu casa o en la mía es lo mismo. Solo os estaría poniendo en peligro a vosotros también, y me niego a hacerte eso.

—Vale, como tú veas —me dice—. Pero en lo que se refiere al pijo... en algún momento se lo tendrás que contar.

—Arthur.

—No, escúchame bien. Sé que te acojona decírselo y que él no quiera volver a verte, pero se lo tienes que decir.

—Genial, ¿qué tal así?: «Oye, tío, que no te quise decir nada la otra noche, pero la cicatriz me la hizo mi hermano, que está a punto

de salir de prisión y que me reventará a hostias en cuanto lo haga».

—Cody...

—«¡Ah!, espera, que no te he contado lo mejor: intentó asesinarme, pero no cumple condena por eso».

—Cody, para.

—«Podría denunciarlo. Pero no lo hago porque mi madre me amenaza con suicidarse».

Suelto un suspiro, parpadeo y vuelvo a dirigirme a mi amigo:

—¿Qué opinas? ¿Así? Alastair lo entenderá, ¿eh?

Arthur no responde. Lo que hace es dejar el palo apoyado en la mesa de billar y darme un abrazo.

Mi cuerpo se tensa

Pero él no me suelta.

—Ar...

Me interrumpo al darme cuenta de que tengo la cara húmeda y caliente.

Y ahí comprendo que si me abraza es porque llevo un rato llorando.

—Y no lo denunciaste —resume Alastair.

—Estuve a punto de hacerlo, ¿sabes? Pero, cuando iba a salir de casa, mi madre se puso en medio y se tiró al suelo. Me cogió las manos y me suplicó de rodillas que no lo hiciera. Ningún hijo debería ver a su madre llorar con esa desesperación.

Alastair ha venido a recogerme en coche y, tras unos minutos de recorrido, lo ha estacionado en una calle poco concurrida y apartada del centro de Manhattan. No hemos salido del vehículo. Tan solo nos hemos quitado el cinturón para hablar.

—Dios mío —dice.

Sé lo que está pensando: «Aun así, creo que deberías ir a la policía y denunciar».

—No voy a denunciar a Holt —le dejo claro—. Es mi madre. Daría mi vida por ella.

—Lo sé. Y también sé que está enferma. Pero no me parece nada justo.

Los dos nos quedamos un rato largo en silencio, observando la calle a través del parabrisas. Los coches que tenemos estacionados delante y detrás. Las ramas de los árboles que se arañan unas a otras. Las farolas que le hacen agujeros a la oscuridad con su luz.

Alastair me mira, dice:

—Ahora entiendo tu reacción de la otra noche.

—Esa cicatriz es mi pasado, y mi pasado es lo único que nunca podré darte, porque ni siquiera me pertenece a mí.

Apoya una mano en mi pierna.

—¿Y por qué te daba tanto miedo contármelo?

Mis ojos viajan de su mano a su rostro.

—Por si te alejabas de mí. Entendería perfectamente que lo hicieras. Porque, ¿quién quiere quedarse al lado de alguien como yo?

—Yo no me voy a ir a ninguna parte, Cody —responde clavándome la mirada—. Somos un equipo.

Mi madre siempre me dice esa frase: «Somos un equipo». Es curioso cómo puede cambiar tanto el significado de esas tres palabras dependiendo de quién las pronuncie.

Con Alastair, por primera vez, siento que podría convertirse en algo real.

Me aclaro la voz. Él quita la mano de mi pierna y yo me muerdo una uña, nervioso.

—Tienes que entender que, si decides quedarte, corres el riesgo de que él también vaya a por ti.

—Tu hermano ni siquiera sabe que existo.

—Pero si lo descubre, las cosas podrían complicarse.

—Se ve que le estoy cogiendo el gusto a que todo se complique —bromea.

—Alastair, esto es serio.

Entonces él, con la firmeza de quien no piensa cambiar de opinión, me asegura:

—Lo sé. Y pensaremos un plan para que tú y tu madre estéis a salvo. Acepta la ayuda que te ofrezco. Necesitas el dinero. Y yo quiero dártelo, que os mudéis a otra casa. Quiero que me dejes protegerte.

—Tú ya tienes muchos problemas.

—Tú *eres* mi problema. Lo que te pase a ti, me pasa a mí también. ¿Lo entiendes o no? Esa es la única realidad que cuenta. Que yo ya no puedo dar marcha atrás contigo.

—Alastair...

—No me voy a quedar de brazos cruzados, no te voy a dejar a tu suerte, porque eso es lo que hacen los equipos de verdad, apoyarse. Yo te quiero, Cody, y eso significa que no pienso separarme de ti.

Hay preguntas que parecen imposibles de responder. Como saber el día, la hora, minuto y segundo *exactos* en los que una persona se enamora de otra.

Pero yo sé el momento exacto en el que siento que ya no debo protegerme de Alastair Everscourt.

Lo miro a los ojos.

Algo en mi interior se recompone.

Una herida de cuatro años que ahora se cierra.

—Gracias —le susurro.

Pero no es por la promesa que me acaba de hacer.

Es por lo que estaba roto y él ha arreglado.

—Ven aquí, anda.

Tira de mi abrigo para alcanzar mis labios.

El beso dura menos de dos respiraciones, porque de pronto él se separa de mí, sobresaltado. Cuando le pregunto qué ha pasado, se limita a señalar mi ventanilla. Es una señora que pasa junto al coche y que lleva un gorro, bufanda, abrigo largo y las manos en los bolsillos.

—Dudo que nos haya visto. O que le importe que dos chicos se den un beso.

—Toda precaución es poca.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues qué rollo, la verdad.

—Sí, pero... Tengo la solución —y lo dice con la ilusión de quien ha descubierto una fórmula secreta—. Por lo pronto, hoy, cuando llegues a casa, haz la maleta y dile a tu madre que te marchas el fin de semana. Solo será una noche. Volveremos el domingo a media tarde. ¿Crees que puede quedarse sola?

Lo medito un instante.

—Mmm... Supongo que sí. No creo que pase nada si solo es una noche. Puedo dejarle la comida hecha y una nota para que no olvide tomarse la medicación...

Alastair sonríe.

—Perfecto. Entonces, mañana por la mañana ¡nos vamos de viaje!

—¿Cuándo se te ha ocurrido este plan?

—¿Qué hora es?

Lo compruebo tocando la pantalla del móvil.

—Las ocho y tres minutos.

—Pues a esa.

Lo miro sorprendido.

—Alastair Everscourt..., ¿estás improvisando sobre la marcha?

—Desde que te conozco no dejo de hacer locuras —dice, mitad en broma mitad en serio.

—Yo creo que te estrenas con este viaje.

Él ríe.

—¡Oye! ¿Lo de comer una hamburguesa con las manos, salir en las noticias por haberla liado en una fiesta y follar en un espacio público sobre el capó de un coche no te parece suficiente?

—No, no es suficiente. —Le guiño un ojo.

—Me aseguraré de que nuestra escapada sí lo sea —dice, muy seguro de sí.

Aquello alimenta más mi curiosidad. Siempre me quejo de que a Alastair le gusta tener todo bajo control, pero ahora soy yo el que necesita saber qué se trae entre manos.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Al fin del mundo.

—Va, dímelo.

Él vuelve a reír, pero no suelta prenda.

—Pasaré a buscarte a las nueve de la mañana —me dice—. Llévate ropa de abrigo.

—Pero dime adónde nos vamos.

Niega con la cabeza y me hace la famosa pregunta:

—¿Confías en mí?

Esta vez mi respuesta es otra.

Esta vez sonrío y asiento sin dudar.

—Confío en ti.

57

CODY
El precio de la perfección

—¿Falta mucho para llegar? —le pregunto mientras conduce por el estrecho camino de tierra cubierto de hojas.

—Ya casi estamos.

—Eso me has dicho antes —protesto.

—Pues ahora falta un poco menos que antes.

Hace rato que hemos entrado en el bosque de Adirondack. La densa vegetación forma una pared a cada lado de la carretera. Las copas de los árboles se alzan como si quisieran arañar el cielo.

Cierro un segundo los ojos y me imagino cómo deberá ser en primavera, con los árboles llenos de hojas verdes y el sol haciéndolas brillar. Ahora se les caen las hojas con la inminente llegada del invierno. Los únicos que se mantienen intactos son los pinos. Aun así, el paisaje a nuestro alrededor sigue siendo espectacular. Es como si hubiésemos abierto un cuento y nos hubiésemos adentrado en él.

—Me hago pis.

Alastair resopla contra el volante.

—Te aguantas. Ya casi estamos.

—Es la quinta vez que lo repites.

—Pero esta vez es de verdad.

Miro a lo lejos, buscando ver algo más aparte de verde y cielo azul. Se supone que vamos a pasar la noche en una casa, pero yo aquí no veo ni casas ni comercios ni personas ni coches. Tampoco puedo revisar la ubicación en el móvil porque Alastair me lo ha confiscado. Dice que eso estropearía la sorpresa. Si sé que estamos en Adirondack es porque lo he visto en un cartel.

Pasa un rato largo y el paisaje es el mismo. Lo único destacable es que también he visto un zorro rojo. Y un halcón sobrevolando el cielo.

—Oye, me has mentido, sigue faltando un montón —vuelvo a protestar.

—No te he mentido —dice él—. Ya hemos llegado.

El coche se desliza haciendo eses. Cada vez que giramos espero ver algo que no sea otra pared de árboles, pero esto parece un laberinto sin fin.

—Pues yo aquí no veo ninguna casa.

—*Esta* es la entrada —me informa—. Estamos en una propiedad privada, así que, técnicamente, hace un cuarto de hora que hemos llegado. Mira —dice, y cuando volvemos a girar, señala hacia delante.

Y entonces la veo.

No es una casa.

Es un casoplón.

Según nos acercamos, los árboles parecen apartarse hacia los lados para desvelar el secreto que guarda el corazón del bosque. Una mansión de cuatro plantas, de estilo clásico y protegida por una valla de hierro de más de cinco metros de altura.

—Y esta de aquí es la segunda entrada de la casa —me dice—. Como comprenderás, no pueden vallar tantas hectáreas. Pero todo

lo que alcanza la vista es de mis abuelos. Aquí es donde mi padre pasaba los veranos.

—Guau —digo, incapaz de cerrar la boca.

Alastair sonríe con orgullo y extiende los brazos dentro del coche.

—Bienvenido a la casa de campo de los Everscourt.

Mientras él se baja un segundo del coche para abrir y empujar la pesada verja, observo la imponente mansión con los ojos como platos.

Alastair vuelve a ponerse al volante y conduce por un caminito que nos lleva hasta la puerta principal. Estaciona el coche frente a la escalera de piedra. Cuando salgo del vehículo, no puedo dejar de alzar la vista hacia las enormes terrazas.

Subimos las maletas. Él saca una llave y la hace encajar en la cerradura.

—¿No hay nadie? —le pregunto.

—Están todos, Cody. Somos los últimos en llegar. Ahora mismo te los presento. —Empuja la puerta y grita—. ¡Papá, mamá, abuelo! —Su voz hace eco en el interior de la estancia—. ¡Os presento a Cody, mi novio!

Le pego un puñetazo en el hombro cuando veo que se empieza a reír de su propia broma.

—Eres un imbécil. Casi me da un puto infarto.

—Les habría dado algo a ellos, créeme —me dice—. Tranquilo, estamos solos. Nadie de mi familia usa la casa en esta época del año. Aunque tenemos servicio de limpieza y mantenimiento semanal. Bueno, ¿qué? ¿Te enseño cuál va a ser nuestra habitación?

Suelos de mármol con mosaicos. Enormes lámparas de araña de cristal colgando del techo. Un recibidor que es diez veces más grande que el apartamento en el que vivo con mi madre. Dos

escaleras de piedra que se unen al llegar a la siguiente planta y luego vuelven a separarse, como un ocho que se repite.

—¿Por qué hay dos escaleras?

—Para que elijas la que más te gusta.

Cuando terminamos de instalarnos, me lleva al gran salón.

Nuestras pisadas resuenan por la estancia como si fueran una caja de música. Hay un piano de cola blanco, cuadros colgados en la pared, un tapiz, más lámparas de araña, un reloj de pie y esculturas y jarrones que parecen costar una fortuna.

Al llegar al centro, me quedo mirando el retrato familiar que cuelga sobre la chimenea. El lienzo está pintado al óleo y tiene el marco bañado en pan de oro.

Además de los seis adultos retratados, también hay dos niños. Ambos parecen ser una copia del otro. Los dos son rubios y tienen los ojos azules.

—Ese eres tú. —Señalo el niño de la derecha.

Alastair ríe sorprendido de que lo haya reconocido enseguida.

—Sí. Joder, qué ojo tienes.

Después me cuenta la historia que hay detrás del cuadro, me habla de ellos: sus abuelos, en el centro y sentados en dos sillones con forma de trono; sus tíos y su primo a la izquierda, de pie, la mano del tío sobre el hombro del abuelo; Alastair y sus padres a la derecha, la mano del padre sobre el hombro de la abuela.

La estampa familiar parece una especie de secta en la que solo se admiten personas blancas y rubias. Todos elegantemente vestidos, perfectamente peinados, con una mirada vacía y triste que intenta pasar desapercibida entre tanto lujo.

—¿En tu familia no hay nadie que sea moreno?

—Sí —admite—, pero es algo que mi abuelo detesta. Mi primo en realidad tiene el pelo castaño, pero mis tíos se lo teñían de rubio

platino.

—Macho, tus abuelos parecen monarcas —le digo—. Cada uno sentado en su trono.

—De pequeño yo creía que mis abuelos eran reyes. Pensaba que algún día yo también lo sería. Me imaginaba una vida en palacio con un dragón de mascota.

—Casi nada —bromeo.

—Cuando me enteré de que lo único que teníamos los Everscourt era dinero, me llevé una grandísima decepción.

Me habla de sus padres. De cómo se conocieron.

—Mi madre se transformó en la versión femenina de mi padre —sentencia.

Sigo observando el cuadro, y entonces veo algo que reconozco. El medallón de su abuela es el mismo que llevaba Alastair cuando vino al bar la primera vez. El que le robaron.

Por eso, cuando me vuelvo hacia él, sus ojos están brillantes y parecen haber viajado al pasado.

Sé que acabo de encontrar su herida.

Cuando le robaron el medallón, no entendí hasta qué punto eso lo había destrozado. Pero ahora reconozco todas sus miradas. Reconozco su dolor. Y sé que su abuela es su herida. Ella es para Alastair esa cicatriz que no se ve.

Antes de que pueda decir nada, él habla:

—Mi abuela era como la madre que siempre me hubiese gustado tener. Me gustaría volver a tenerla cerca, tocar sus manos, hablar con ella. Le preguntaría tantas cosas. Era la única persona con la que podía hablar de verdad. Quizá con ella también podría haber hablado de ti.

Se queda un instante pensando, mirándose las manos, y luego su vista vuelve a la pintura. La mira con un amor infinito.

—Creo que le habrías caído bien —dice—. A veces lo hago, ¿sabes? Hablar con ella. Pero me hubiese gustado hablarle de ti de verdad. Escuchar su opinión. Que me enseñase un mundo más amable a través de sus ojos.

—La echas mucho de menos.

—Sí. Muchísimo. Han pasado ocho años, pero cada vez que veo un retrato suyo, intento abstraerme de lo que representaba como Everscourt, verla sin que las joyas y los vestidos elegantes me distraigan de su esencia. Intento verla solo a ella. Reproducir cada una de las palabras que me dijo cuando yo era pequeño. Ahora tengo claro que cada vez que hablaba conmigo, intentaba prepararme para el futuro.

—¿A qué te refieres?

—Fíjate en ella. ¿No tienes la sensación de que su sonrisa es impostada? Sé que ninguno parece feliz, pero ella refleja una tristeza más profunda.

—¿Qué le pasó a tu abuela? —le pregunto con delicadeza.

Alastair desvía la mirada del cuadro como si quisiera apartar el dolor que le produce verlo.

—Que no soportaba vivir de la forma en la que le dictaba mi abuelo. Mi abuela no era feliz. ¿Cómo iba a serlo? Es imposible serlo siendo un Everscourt. —Calla unos instantes antes de continuar—: Mis padres siempre me han dicho que su muerte fue un accidente, que cayó del balcón al asomarse demasiado. Pero yo sé que no es verdad, porque me regaló ese medallón pocos días antes de morir.

Una lágrima le resbala por la mejilla.

Le doy la mano, y él se agarra a mí con fuerza.

Dejo que termine de sacar todo el dolor que le comprime el pecho.

—Mi abuela *no* se suicidó —dice—. *Mi familia* terminó matándola.

58

CODY
Lo que esconde el bosque

Alastair baja a por leña para encender la chimenea que tenemos en la habitación, frente a la cama. Me asomo a la terraza. El aire es frío y me enrojece las mejillas. Me froto los brazos por encima de la sudadera y me apoyo de espaldas en el pasamanos. Alzo la vista y observo la terraza de arriba. Me parece macabro preguntarme si es ahí por donde su abuela decidió saltar, pero no puedo evitar que ese pensamiento cruce mi cabeza.

Es entonces cuando escucho un sonido a mis espaldas, como el de una rueda peinando la gravilla.

Me giro con brusquedad y miro hacia abajo.

Veo a Alastair, carretilla en mano, quieto. Me mira con el ceño fruncido desde el camino de piedra que conduce a la entrada. No suelta la carretilla llena de troncos cortados y apilados entre sí, pero tampoco la empuja.

Solo me observa en silencio.

Me recorre un escalofrío. Me mira como quien pilla a alguien robando.

Trago saliva y lo saludo con la mano. Él me devuelve el saludo. La sonrisa que esboza, aunque es muy pequeña, relaja la tensión que he notado en los músculos de su cara.

Vuelve entonces a empujar la carretilla y su cuerpo se interna en el porche, desapareciendo de mi campo de visión.

Me abrazo a mí mismo y me quedo mirando al frente. El entorno boscoso se extiende a lo lejos como si fuera infinito, y, nosotros, los únicos habitantes de la Tierra. Pero enseguida dejo de pensarlo, porque veo algo que no tendría que haber visto.

Entre el verde, me parece ver un coche negro.

Es solo un segundo, sucede demasiado rápido, como un fogonazo.

Me quedo mirando esa zona del bosque con atención.

—¿Qué haces? —pregunta Alastair a mis espaldas.

Me doy la vuelta y, al ver mi cara, entiende que algo me preocupa.

—¿Cody? ¿Estás bien?

—Me ha parecido ver un coche.

Él parpadea despacio.

—¿Un coche? ¿Aquí? Imposible.

—Un coche negro igual que el tuyo.

Alastair introduce tres troncos en la chimenea y enrolla un par de periódicos.

—Puede haber sido un oso. No sería la primera vez que...

—Estoy bastante seguro de que era un coche.

Asiente y enciende la chimenea. Las llamas devoran el periódico y muerden la madera.

—Entra en la habitación —me pide—. Fuera hace frío y dentro de poco comenzará a nevar.

Cierro la puerta de la terraza tras de mí y dejo que presione los labios con fuerza sobre los míos. Me atrae hacia él. Su cuerpo se pega al mío. Su erección se aprieta contra mi bragueta. Noto lo dura que está, las ganas que tiene de arrancarme la ropa y de hacerme el amor.

Separo sus labios de los míos. Lo miro a los ojos.

—Alastair.

—¿No te apetece follar?

—Me he quedado rayado por lo del coche.

Él me coge de las manos.

—Mírame a los ojos —me pide—. No hay nadie. Esto es una propiedad privada. Estamos tú y yo solos, ¿de acuerdo?

Desvío la mirada, y entonces él me suelta una mano para alzarme el mentón y que vuelva a mirarlo a los ojos.

—Aquí no hay que tener miedo de nada —insiste—. Por favor. Vamos a intentar dejar los problemas fuera.

—Vale.

—Mañana no nos quedará más remedio que volver y enfrentarnos al mundo. Pero hoy podemos ser libres.

Asiento con un movimiento de cabeza.

—Puede que fuera un oso negro —le digo.

Alastair sonríe y me besa. Al ver que mi lengua sale a recibir la suya, que no intento apartarlo de mí, cierra los ojos. Me besa el cuello al tiempo que se agarra a la cintura de mi sudadera.

Subo los brazos para que pueda quitármela. Luego me deshago yo de la suya. Pero me muevo por inercia, lo beso por inercia, lo abrazo por inercia.

Tengo la mente dividida. Una parte sigue en la terraza y busca el coche entre los árboles del bosque. La otra está en la habitación con Alastair y lo está desnudando.

—¿Cody? —susurra.

—Dime.

—Solo... No dejes de besarme, por favor.

Mis labios resbalan sobre los suyos. Mi lengua se enreda con la suya. Alastair gime en mi boca cuando le doy lo que me pide.

Pero quiere más. Sigue sin ser suficiente. Necesita sentirme entero, no a medias.

Me quita el pantalón y el bóxer de un tirón. Me coge la polla y empieza a hacerme una paja con suavidad, masajeándola arriba y abajo.

—La tienes dura —dice contra mi boca, como si le sorprendiera que estuviera excitado, como si creyera que esto solo le apetecía a él.

—Es culpa tuya —respondo yo con voz ronca.

Deja de hacerme la paja para agarrarme con fuerza del culo. Ya no es suave conmigo. Ahora clava los dedos en mi carne como si quisiera arrancarme un trozo del cuerpo.

Después sube las manos a mi cadera.

Río, y Alastair me besa como si quisiera absorber mi carcajada y quedársela para él. Me pellizca el labio inferior y tira de él con cuidado. Cuando mi labio escapa de su agarre, sus dientes regresan a por más. Me deja la boca húmeda e hinchada.

Mi risa cambia por un gemido cuando aprieta la polla con fuerza contra la mía.

—Hostia, Alastair.

—¿Mmm?

—Luego dices que yo te hago improvisar, pero tú... Tú estás haciendo que me olvide de todo.

Él sonríe sobre mis labios.

—Entonces es que está funcionando, ¿no?

—Yo diría que sí.

—Pero aún no he terminado. Es más, acabo de empezar contigo. Prepárate.

Y cuando creía que iría a lo fácil, en vez de pedirme que me tumbe sobre la cama o que me ponga de rodillas, empieza a

repartirme besos por todas partes.

Me besa la clavícula, el hombro, el antebrazo, la muñeca. Coge mis dedos y los chupa uno por uno mirándome a los ojos. Después se agacha y apoya las manos en la zona baja de mi espalda mientras me besa los pezones. Traza círculos sobre ellos con la lengua, soplando aire frío para que se endurezcan antes de volver a mordisquearlos.

—Aaah...

Alastair deja de chuparme los pezones al escucharme. Como si mi gemido fuese la señal que necesita para marcar con una cruz esa parte de mi cuerpo y buscar zonas nuevas que conquistar.

Se pone de rodillas. Sus besos bajan por mi abdomen, que se contrae involuntariamente porque me hace cosquillas con los labios. Sigue repartiendo besos hasta que da por conquistada esa nueva zona. Y después va a por más.

Siempre a por más.

Y cada vez que sus labios atacan en una nueva parte de mi cuerpo, mi mente está más lejos de la terraza y más dentro de esta habitación. Con él.

Me besa con dulzura el ombligo. Después sigue hasta mi polla. Hunde la nariz en ella. Inspira profundamente y sonríe. Coge mi erección con las manos y besa la punta. Cuando se la mete en la boca, lo agarro de la cabeza con las dos manos. Mis dedos se enredan en su pelo rubio mientras yo lo empujo con suavidad adelante y atrás.

Me hace una mamada con la que, definitivamente, logra que me olvide de absolutamente *todo*.

Primero se me queda la mente en blanco.

Y luego se llena de sus besos por todo mi cuerpo, de su boca comiéndome la polla, de sus ojos azules, que se llenan de lágrimas

cuando se la mete entera.

Me la está chupando tan bien que me da miedo correrme. Por eso, cuando se saca mi erección y su lengua vuelve a repartir lametazos a lo largo del tronco, le pido:

—Levántate y túmbate en la cama.

Alastair me obedece. Se tumba bocarriba y deja que yo le separe las piernas con cuidado. Escupo en mis dedos. Juego con su abertura, primero solo con un dedo, luego sumando otro más.

—Si te relajas, entrarán mucho mejor —le digo.

—Sí.

Saco y meto los dedos con cuidado. Me fijo en las caras que pone para saber si le gusta o si le molesta y tengo que hacerlo más despacio.

Echa la cabeza hacia atrás y se muerde el labio inferior.

—Aaah... Cody... —lo escucho gemir.

Vale, sí, le gusta. Y creo que también está lo suficientemente dilatado.

Por si había alguna duda, añade:

—En la mesita de noche.

Abro el primer cajón y saco un condón.

Después hinco las rodillas en la cama, coloco las piernas de Alastair sobre mis hombros y empujo con suavidad para hundirme en él.

—Aaah.

—¿Bien o...?

Asiente con la cabeza.

—Bien. Muy bien.

Poco a poco, la meto hasta la mitad.

—¿Sigo? —le pido permiso.

—Sí.

Y entonces me clavo hasta el fondo.

—Hostia puta —jadeo al descubrir lo bien que se siente.

He follado antes con tías, pero no había probado a metérsela a nadie por el culo.

Hasta ahora.

Miro a Alastair a los ojos mientras yo respiro por la boca. Su cuerpo y el mío se aprietan con fuerza. Saco la polla hasta la punta y vuelvo a metérsela de un empujón.

Él abre mucho los ojos, cierra los puños sobre las sábanas; parece que va a gritar, pero luego solo dice mi nombre:

—Cody.

Dejo de empujar. Lo miro a los ojos, preocupado. Creo... creo que me he pasado de bruto.

—Hostia, tú. ¿Te he hecho daño?

Una gota de sudor rueda desde mi cuello hasta la línea de mi abdomen.

—No —dice él, con los ojos mirando al techo y los brazos extendidos en la cama—. Me está encantando.

Sonrío y vuelvo a hundirme en sus piernas. Una, dos, tres veces.

Cada vez más rápido, cada vez más bruto, cada vez más intenso.

Me follo a Alastair mientras mi piel se convierte en fuego y noto que la suya está igual de caliente. Que los dos respiramos por la boca y que nuestros gemidos llenan la habitación.

—Espera —me pide de pronto—. Como sigas follándome así... yo no... Aaah... No voy a...

—Yo también estoy a punto de correrme —le digo, y disfruto al ver que cada nuevo empujón le despeina más el pelo.

—¿Quieres correrte dentro o fuera? —pregunta, acalorado.

—Dentro.

Alastair sonríe.

—Vale —dice—. Corrámonos juntos.

—Sí.

No dejo de empujar y de apretarme contra su cuerpo.

—Si esto se acaba algún día —dice, con la respiración entrecortada y la cara roja—, espero que para entonces nos hayamos hecho el amor mil veces.

—Si esto se acaba algún día —respondo yo—, espero que te acuerdes de lo mucho que te gustaba sentirme dentro de ti y que me odies por ello.

Alastair se corre justo después. Se le dilatan las pupilas cuando el orgasmo lo atraviesa. Arquea la espalda. Su polla se sacude varias veces mientras expulsa cuatro chorros de semen sobre su abdomen. Después, parece abandonarse a sí mismo, pero le siguen temblando las piernas encima de mis hombros porque yo aún no he terminado.

Pero estoy a punto.

Lo embisto durante medio minuto más.

Hasta que todo el fuego se concentra en mi polla y noto cómo me palpita en su interior. Echo la cabeza hacia atrás mientras suelto una palabrota, sin dejar de correrme.

Me quedo unos segundos quieto, todavía dentro de él. Tengo el pelo pegado a la frente, la cara y el pecho cubiertos de sudor.

Cuando el calor por fin me deja respirar, salgo de él con cuidado. Le ato un nudo al condón y luego me dejo caer encima de Alastair como un peso muerto.

—¿Te ha gustado? —me pregunta. Sus labios me rozan la oreja.

—Como para hacerlo mil veces —susurro con la cara pegada a su hombro—. ¿Y a ti?

—Como para acordarme y odiarte.

Los dos sonreímos a la vez.

Nos quedamos desnudos y abrazados en la cama, agotados pero felices. Con su cuerpo y el mío empapados de sudor y el sonido del fuego crepitando en la chimenea de fondo.

Alastair comienza a trazar círculos en mi espalda con los dedos. Hundo la cabeza en el hueco que hay entre su hombro y su cuello y cierro los ojos. Él sigue haciéndome cosquillas durante un rato más, hasta que noto que podría quedarme dormido y levanto la cabeza despacio.

Su cara y la mía están tan cerca que podrían rozarse.

—Hola —digo, sonriéndole.

—Hola —responde él igual de feliz.

Miro esos ojos que tanto me gustan. Sus largas pestañas. Los mechones rubios que le caen sobre la frente después del sexo.

Me doy cuenta de que es la única persona que me hace sentir el amor más alto que el miedo. Él consigue que me olvide de Holt.

Con Alastair el tiempo se detiene, y todo lo demás no existe.

Con Alastair disfruto el presente y suelto mi pasado.

59

CODY
El coche negro

Alastair se levanta de la cama para ir a la ducha.

Dejar de mirarlo a los ojos es dejar que el miedo vuelva a su lugar.

Por eso, y aprovechando que acaba de salir de la habitación, me pongo un bóxer y una camiseta y abro la puerta de la terraza. Fuera hace un frío terrible, los dientes me castañean. Me siento estúpido. Y entonces, cuando estoy a punto de volver a entrar en la habitación, lo veo.

El coche negro.

Pero esta vez no pasa como una ráfaga entre los árboles. Esta vez está aparcado abajo, junto al de Alastair.

—¡¿No vienes?! —me grita desde la ducha—. ¡El agua está increíble!

Corro hacia él lo más rápido que puedo.

—¡Alastair, el coche negro! ¡Está aparcado fuera!

Él cierra el grifo y sale del baño con medio cuerpo lleno de jabón. Solo le da tiempo a coger la toalla. Se la ata como puede a la cintura mientras yo sigo tirando de él. Corre detrás de mí con los pies mojados, intentando no resbalar mientras deja un caminito de agua sobre el suelo de mármol.

Al asomarnos a la terraza, yo con el corazón en la garganta y él con la respiración entrecortada, solo vemos un coche. El de Alastair.

—Cody.

Me giro hacia él.

—Te juro que había otro coche. Lo he visto. ¡Estaba justo ahí!

Él se queda callado.

Lo miro a los ojos.

—No me crees.

Alastair carraspea y me dice con cuidado:

—Lo que creo es que los dos estamos muy estresados..., por eso hemos venido aquí. No dejes que tu ansiedad estropee este fin de semana.

Fijo la vista en el bosque.

—Podría estar ahí —le digo, señalando la arboleda.

Alastair se queda unos segundos observando con atención, peinando el terreno.

Pero no ve nada.

Aun así, tengo la sensación de que alguien se oculta entre los árboles y nos vigila.

60

CODY
Todas las promesas

Cuando entramos en el gran salón, reparo en que Alastair evita mirar el retrato familiar. Entiendo que no quiere enfrentarse a la herida dos veces.

Pensar en el dolor que arrastra como una mochila hace que me olvide del coche negro.

Me centro en Alastair. Quiero encontrar la forma de animarlo. De estar positivo. Tiene razón: mañana esto acabará y cada uno volverá a la rutina, pero hoy podemos ser nosotros.

Tengo que aprovechar las horas con él. Porque la idea de esta escapada es precisamente esa. Hacer un paréntesis en nuestra vida.

Por eso, cuando nos sentamos frente al piano de cola, dejo que la ilusión estalle.

—¿Me vas a enseñar a tocar el piano?

—Voy a cumplir mi promesa.

La canción que escoge es *Oda a la alegría*, de Beethoven, en una versión simplificada.

Coloca los dedos de la mano derecha sobre los míos y toca conmigo las primeras notas. Tras varias repeticiones, deja que pruebe a hacerlo yo solo.

Pasamos un rato así, repitiendo las mismas notas hasta que consigo sacarlo adelante sin fallar ni interrumpir el ritmo de la melodía.

Después le pido que toque para mí. Asiente y yo me pongo de pie, me retiro hasta el ventanal para darle espacio y admirarlo, apoyo la espalda en la cortina blanca y me cruzo de brazos.

La canción que escoge es *Nuvole Bianche*, de Ludovico Einaudi. Es una canción nostálgica que parece hablar de ese amor que no puede quedarse.

Sus manos flotan al desplazarse por el teclado. Miro sus larguísimos dedos. La forma en la que mueve la cabeza siguiendo la melodía, como si el piano y él fueran un único instrumento.

Me abrazo a mí mismo y empiezo a llorar.

La canción llega a su fin. La última nota sube desde el piano hasta la enorme lámpara de cristal y luego se extingue para dejar paso al silencio.

—¿Por qué lloras? —me pregunta desde la butaca después de volverse a mirarme.

—Me he emocionado al recordar a mi padre. Él me enseñó a amar la música. Cuando era pequeño, solía tocar un organillo en las calles y en las plazas para ganarse un dinero extra, y casi siempre me llevaba con él. Yo me encargaba de pasar el sombrero. Cuando murió, vendimos el organillo para pagar el entierro y la casa se vació de música. Ahí fue cuando las cosas empezaron a torcerse. Holt comenzó a tratar cada vez peor a mi madre, y luego a mí. Se juntaba con gente que no debía y... el resto ya lo sabes.

—Lo siento mucho, Cody.

Me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano. No quiero llorar. Y no quiero que Alastair piense que estoy triste, porque en realidad me siento feliz.

—Son lágrimas de felicidad.

Me sonríe.

—Ven —me pide, haciéndome sitio en la butaca para que volvamos a sentarnos juntos—. Voy a enseñarte a tocar la pieza de *4'33"* de John Cage.

Me siento con él.

Pero Alastair cierra la tapa del teclado y se queda en silencio.

No hace nada más.

Solo respirar.

—¿No me ibas a...? —No termino la pregunta porque él se lleva un dedo a los labios.

Así que me quedo callado, sin saber muy bien qué hacer, esperando que algo suceda.

Al principio no ocurre nada. Después el silencio se llena de los sonidos del ambiente. Como una ventana que nos hemos dejado sin cerrar y que pega contra la pared al terminar de abrirse del todo. El silbido que surge cuando el aire empuja e infla la cortina como un globo antes de deshincharse y volver a caer con suavidad. El tintineo de los cristales de la lámpara de araña que cuelga sobre nuestras cabezas. El constante tic tac del reloj de pie.

El sonido de nuestra respiración.

La mía, al principio, más pausada, y, luego, cuando giro la cara hacia él y me encuentro con sus brillantes ojos azules observándome de cerca, mucho más rápida.

Permanecemos unos minutos así.

Mirándonos fijamente a los ojos.

Escuchando lo que hay a nuestro alrededor.

Hasta que vuelve a abrir y cerrar la tapa del teclado.

—Acaba de terminar —dice.

—¿Cuánto rato llevamos en silencio? Espera. Déjame adivinar. Cuatro minutos y treinta y tres segundos.

Los dos sonreímos a la vez.

—Algún día —sueño—, no tendremos que escondernos de nadie. Podré besarte en la calle. Viviremos nuestro amor igual que lo hacen todos.

—¿Y qué pasa con mis padres, crees que aprobarán que estemos juntos?

Niego con la cabeza.

—No. Pero yo creo en ti y en que te enfrentarás a ellos. Y cuando lo hagas, ya no tendrás que seguir las órdenes de nadie. Serás libre. Podrás hacer lo que te dé la gana.

—¿Y qué hay de ti, Cody? ¿También serás libre?

—Espero que sí —respondo—. Espero no tener que preocuparme ni por mi madre ni por Holt. Quiero empezar de cero, y no hablo solo de mudarme a otro sitio. Quiero empezar de cero con todo. Y quiero que en mi nueva casa haya un organillo para sentir a mi padre siempre cerca. —Y sigo soñando—: Quiero aprender hasta convertirme en un profesional. Y quiero poder vivir de ello. Tocar en orquestas. Pero ¿sabes qué? Que si no lo consigo, no pasa nada. No pasa nada, porque para mí lo importante es estar siempre contigo. Con eso me basta para ser tremendamente feliz.

Alastair me mira como si él no creyera en ese futuro en el que seguimos juntos pero tampoco quisiera romper mi ilusión.

Lo veo escrito en sus ojos.

Nuestro final.

Por eso agradezco tanto que luego no finja una buena cara. Que no me mienta diciendo que sí. Y que, a la vez, me proteja evitando confesar que ese futuro que planteo le parece imposible.

Me responde algo que es sincero, que evita hacerme daño y que no incluye una promesa que no se ve capaz de cumplir:

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

61

CODY
Lo que queda escrito en la nieve

—Nunca te lo he preguntado —dice Alastair—. ¿Cuándo supiste que eras gay?

Estamos dentro de la bañera. El agua, caliente y llena de espuma blanca, nos cubre hasta los hombros. Yo estoy recostado, abrazándolo. Tengo su espalda pegada al pecho, su cabeza rubia apoyada en mi clavícula, y le envuelvo las piernas con las mías.

No me hace falta pensar la respuesta. Me ponen las mujeres y me pone Alastair. Supongo que eso me hace bisexual, aunque nunca he sentido deseo por otro hombre. Tampoco sé si el hecho de que me haya enamorado de él abrirá la puerta a que me gusten más en el futuro. O si la puerta se cerrará sola cuando él decida marcharse.

—No soy gay.

—Pero te gustan los hombres —dice.

Si no estuviese encima de mí, me habría incorporado para cambiar de postura.

—A mí me gustan las mujeres. Y me gustas tú. Y no tendría ningún problema si me gustasen otros hombres, pero no es el caso. Tú eres el primero.

—Bueno, y espero que el último. Porque entonces *sí* tendrías un problema —dice—. No me haría ninguna gracia.

—¿Te rompería el corazón? —pregunto cerca de su oreja. Su pelo húmedo se pega a mi mejilla.

—Por supuesto.

Al doblar las piernas rozo las suyas, y mis rodillas salen a la superficie como dos archipiélagos que emergen de un mar de espuma blanca.

—Desde el principio he pensado que si alguna vez lo dejáramos, sería por ti —le confieso.

—Sería por *mis padres* —se defiende.

—Por ti, por tus padres... Da igual. Es lo mismo. Tú me dejarías y yo a ti no.

Alastair despega la espalda de mi pecho. El agua llena automáticamente el hueco que deja al separarse de mí y, cuando él se gira dentro de la bañera, se derrama por los bordes. Me mira con sus ojos azules.

—Lo dices como si yo te quisiera menos —dice.

—Eso no hace que me quieras menos, pero sí te hace responsable de que se acabe.

—Pero ¿y si no se acaba?

Bajo la vista hasta el cuadrado de agua que hay entre su cuerpo y el mío. Noto sus ojos clavados en mí. Está esperando a que le dé una respuesta. El agua de la bañera se calma y vuelvo a mirarlo. Veo la humedad que se adhiere a sus pestañas. Su pelo rubísimo dibujando eses en su frente.

Alastair se inquieta, insiste:

—Si finalmente me viera obligado a casarme con Blair, podría seguir contigo igualmente.

—¿Haciéndolo todo a escondidas?

—Podríamos coger el coche y volver aquí. Que fuera nuestro refugio.

Niego con la cabeza. Venir aquí solo cambiaría el tamaño de la jaula.

—O alquilar un apartamento —prosigue—. De puertas para adentro, sabes que Blair y yo seríamos libres de hacer lo que nos diese la gana.

Río con frialdad.

—Ya, claro... De puertas para adentro —repito despacio.

Él saca los brazos del agua con las palmas hacia arriba.

—Yo lo veo una buena solución, lo digo en serio.

—Lo que dices es que nosotros siempre vamos a ser un secreto. Que no vamos a poder salir a la calle y ser quienes somos.

—¿Pensabas pasearte por Manhattan con una bandera del orgullo? —pregunta, con cierta tensión en la voz.

—Alastair —le corto—, *sabes* a lo que me refiero.

—Y tú sabes cómo es mi situación.

—Bueno —le corto otra vez—, vamos a hablar de otra cosa, por favor. No me apetece discutir contigo.

—A mí tampoco —dice, volviendo a sumergir los brazos.

—Ven, anda.

Lo beso en los labios. Es un beso húmedo que consigue calmarnos a los dos. Alastair apoya la frente en la mía, cierra los ojos e inhala profundamente. Después los vuelve a abrir, me vuelve a besar, y vuelve a girarse dentro de la bañera para recostarse con cuidado sobre mí.

—Te quiero, Cody —dice, de espaldas a mí.

No le digo inmediatamente que yo también lo quiero a él.

Lo que hago es digerir sus palabras. Hacerlo como quien prueba un bocado del mundo y quiere retenerlo un rato más en la boca antes de tragar.

Alastair busca mis manos dentro del agua. Tira de ellas para que yo lo rodee con los brazos y lo vuelva a abrazar.

—Sé que tú también me quieres —dice, con una leve sonrisa en los labios.

Noto mi erección apretándose en la zona baja de su espalda.

Sin decirle nada, desciendo la mano por su muslo derecho y empiezo a hacerle una paja en la bañera.

Su respiración se ralentiza. Cierra los párpados lentamente, como si fuera a quedarse dormido. De su boca sale un gemido que me hace mover la mano con más velocidad, y el constante chapoteo empuja la espuma blanca hacia las paredes.

Le beso el cuello. Le beso el pelo. Le beso el hombro. Mi aliento choca contra su piel desnuda y noto que quiero más. Que necesito follármelo y creerme que podré hacer esto siempre con él. Que no hay una maldita cuenta atrás que hace que cada roce o beso parezcan el último.

Alastair apoya las manos en el borde de la bañera y se impulsa como si fuera a salir. Dejo de hacerle la paja. Él se ha puesto de pie. Su cuerpo desnudo chorrea. Y yo lo contemplo desde abajo, tumbado en la bañera, sin poder despegar los ojos de él.

—Joder —se me escapa, porque su cuerpo me excita tanto y me parece tan sexi que durante medio segundo me quedo hipnotizado mirándolo.

Alastair gira la cabeza hacia atrás para mirarme desde arriba, por encima del hombro, sin girarse del todo.

—Cody.

—¿Sí?

—¿Sabes por qué me he levantado de golpe?

—¿Por qué?

—Porque si me seguías haciendo una paja, me iba a terminar volviendo loco.

Sonrío al entender a lo que se refiere.

—Volvámonos locos, entonces.

Alza las cejas, sorprendido.

—¿Seguro?

—Sí.

—O también podemos seguir en la cama y hacer las cosas... bien.

Debe estar haciendo un esfuerzo increíble para decirme eso, porque los dos tenemos la polla tan dura que nos duele.

Si Alastair, en lugar de levantarse, hubiera echado el culo hacia atrás para frotarse contra mi polla, yo no lo habría frenado. Habría pensado: «No podemos», pero luego: «A la mierda». Y se la habría metido.

Pero se ha levantado y espera que diga algo más.

—Yo nunca lo he hecho sin preservativo.

—Yo tampoco —me asegura—. Y nunca es *nunca*.

Me muero por sentirlo entero y estar dentro de él.

—Vale —digo—. Pues eso. Que por mi parte puedes estar tranquilo. Me hago pruebas regularmente.

—Y por mi parte también. Entonces... ¿lo hacemos?

Lo miro desde abajo y le sonrío.

—Soy tuyo, Alastair. Mi cuerpo es tuyo. Mi polla es tuya. Haz conmigo lo que te dé la gana.

Alastair dobla las piernas y se vuelve a tumbar sobre mí. Después, para terminar de colocarse, levanta ligeramente el culo y yo se lo agarro con las manos, sujetándolo para así poder guiarlo hasta mi polla.

Mi punta hace una penetración superficial en su abertura. Noto lo cerrado que está. La forma en la que se relaja y se estira para

hacerme sitio en su interior.

Con mucho cuidado, se la voy metiendo poco a poco hasta que su cuerpo queda perfectamente acoplado al mío.

Muerdo su hombro cuando termino de hundirme en él.

—Aaah... —gemimos al mismo tiempo.

La sensación es increíble.

Esta vez le hago el amor despacio.

Le beso la espalda. El cuello. Lo agarro de la cintura y lo restriego adelante y atrás. Noto cada puto centímetro de mi polla moviéndose en su interior.

Quiero hacerlo todo con calma, concentrándome solo en que me sienta por completo.

Aprieto su cuerpo contra el mío. Lo masturbo con la mano derecha mientras con la izquierda tiro de su pelo hacia atrás con suavidad. Saco la polla hasta la mitad y vuelvo a empujar hasta el fondo con un chapoteo.

Después, sin sacársela, vuelvo a sujetarlo de la cadera y marco el ritmo. Y mientras me lo follo, el agua se balancea hasta llegar al borde y derramarse por las paredes de la bañera.

—Yo también te quiero —le digo al oído, con la polla dentro de él.

Alastair sonríe y cierra los ojos.

Sentir su espalda caliente contra el pecho es sentir que todas las piezas vuelven a estar en su sitio.

Encajamos con tanta facilidad que encontrar la forma de que nuestras vidas también lo hagan parece posible.

Los dos nos queremos. Los dos queremos estar con el otro. Eso debería ser suficiente.

Ninguno le avisa al otro de que está a punto de correrse, y, aun así, los dos lo hacemos a la vez. Y creo que es porque cada uno

escucha el cuerpo del otro como si fuera una canción. Sabemos cuándo va a acabar.

Después del orgasmo, salgo de él y nos quedamos en la misma posición.

El agua ahora está templada, pero nuestra piel arde, y el sudor de nuestra cara se mezcla con la humedad del vaho.

—Hoy nevará —murmura con la cabeza en mi hombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que ponía en las predicciones del tiempo. Mañana todo estará cubierto de nieve.

—¿Nos dará tiempo a hacer un muñeco de nieve antes de irnos?

Alastair sonríe mirando la pared.

—Yo estaba pensando en hacerte el amor como tú me acabas de enseñar —dice—. Pero seguro que sí.

—¿Es la primera vez que lo haces en una bañera?

—No.

—Entonces no hay nada que no sepas ya.

—Te equivocas, Cody —responde, y creo que sonríe porque había un deje de celos en mi voz—. Tú me has enseñado que se le puede hacer el amor a alguien como si le estuvieras diciendo todo el rato que lo has encontrado. Que es él. Y que es el único.

—¿Crees en el destino? —le pregunto entonces.

—Creo que nadie me ha hecho sentir tan especial como tú. Y... me da mucha pena que mañana tengamos que volver.

Sé lo que implica esa frase. Todo lo que engloba.

Quitamos el tapón de la bañera y nos duchamos con agua fría.

Alastair me pasa una toalla para que me la anude a la cintura. Nos ponemos el pijama en la habitación, en silencio.

Mientras él enciende la chimenea, yo me quedo mirando por la ventana que da a la terraza. La nieve cae con suavidad sobre las

copas de los árboles. Alzo la vista para mirar el firmamento. Pienso en todos esos copitos de nieve como si fueran las estrellas que el cielo ha decidido soltar a la vez.

Alastair se acerca a mí y me da un beso en la sien.

—Estás muy serio desde que has salido de la bañera —dice—. ¿En qué estás pensando?

«En que algún día no habrá más veces. En que siento que nuestra historia venía desde el principio con un reloj de arena. En todas las últimas veces que vendrán. El último beso. El último abrazo. El último polvo. La última conversación. La última vez que te vea sonreír. Pienso en que algún día solo me quedarán los recuerdos de aquello que fuimos y de las promesas que no pudimos cumplir. Pienso en que algún día volveré a odiarte, y en todos los momentos especiales que tendré que olvidar para que me dejes de doler».

—Cody —insiste—, ¿en qué piensas?

Fuerzo una sonrisa.

—En nada.

Cuando abro los ojos, su lado de la cama está vacío. Alastair se ha despertado antes que yo. Escucho sus pasos subiendo por la escalera.

Me desperezo y me froto los ojos con el dorso de la mano.

—¿Alastair?

—Buenos días —me saluda él.

Lo veo entrar por la puerta con una bandeja de plata, haciendo equilibrios para que no se le caiga el desayuno que ha preparado para los dos.

—¿Qué hora es?

—La hora de desayunar.

Me preocupa que hayamos perdido media mañana por mi culpa. Media mañana en la que podríamos haber seguido fingiendo que tenemos todo el tiempo del mundo.

Recuesto la espalda contra el cabecero para hacerle sitio. Él deja la bandeja en el borde de la cama con cuidado, y consigue que no se derrame ni una sola gota del café ni del zumo de naranja recién exprimido.

—Huevos revueltos con beicon y tortitas de avena y plátano —dice.

—Joder. Menuda pinta tiene todo.

Desayunamos. La leña de la chimenea se ha convertido en cenizas. El sol entra con fuerza por la ventana. Me termino de beber el zumo con la mirada perdida en ese bosque que ha despertado con un manto blanco encima. La nieve ha terminado de arrancar las hojas que quedaban en los árboles, y ahora se posa sobre sus ramas desnudas. Los pinos cobran protagonismo y, al mirarlos, me siento como si la Navidad se hubiera adelantado un par de semanas.

—Tranquilo, tendrás tu muñeco de nieve.

Me río y nos ponemos a hablar de todo y nada a la vez. Tengo la sensación de que desayunamos despacio, como si nuestra intención fuera engañar al tiempo. Que los minutos se dilataran. Estirar cada segundo porque no queremos volver.

En cierto momento, me quedo embobado mirando a Alastair mientras hace algo tan sencillo como beber café. Estoy tan feliz, me siento tan bien y tan pleno estando aquí con él que no puedo evitar recordar lo que me dijo:

«Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre».

Y responder en mi cabeza:

«Ojalá, Alastair. Ojalá pudiéramos quedarnos».

—Te tengo que confesar una cosa... —me escucho decir.

Me mira con curiosidad.

—Dispara.

—Bueno, en realidad es una confesión y una disculpa.

—¿Una disculpa?

—Sí, por las veces que te he echado en cara que no eres libre y no he sabido reconocerlo en mí mismo. No eres el único que está viviendo una vida que no le gusta. Y tú también has sido para mí una salida de emergencia que me ayudaba a evadirme de esa vida en la que me siento atrapado. Por eso somos lo que el otro necesita. Somos como... —Vuelvo a mirar por la ventana, a los copos de nieve que se mueven empujados por el viento—. Somos como un soplo de aire fresco. Estar contigo es como abrir una ventana y dejar que el aire entre en una habitación que llevaba mucho tiempo cerrada.

Él besa mis labios por toda respuesta.

Pero hay un problema.

Cuando me mira, lo hace como si sintiera un dolor profundo al saber que lo que hemos vivido este fin de semana, las heridas que hemos compartido con el otro, las clases de piano, bañarnos juntos, calentarnos frente a la chimenea, el sexo, dormir abrazados..., *todo eso* se fuera a convertir en recuerdos a los que solo podremos regresar.

Así me mira Alastair Everscourt ahora.

Como si ya le doliese.

Como si ya me hubiera perdido.

—Creo que deberíamos ir haciendo la maleta —dice.

—Sí —comprendo.

Empiezo a doblar las camisetas, a meter las cosas en el neceser. Cuando termino de hacer la maleta, salgo a la terraza aprovechando que él todavía sigue guardando cosas en la suya.

Barro el paisaje boscoso con la mirada. Empiezo por el cielo blanco y con nubes y termino por los árboles, hasta llegar al camino de la entrada a la mansión.

Y entonces lo veo. Escrito en la nieve.

Son las marcas de unos neumáticos.

Con el corazón en la garganta, me escucho decirle:

—No estamos solos.

62

Alastair

Algo nos persigue

—Corre —le digo a Cody.

Lanzo el resto de mi ropa dentro de la maleta y la cierro con un golpe seco. Necesitamos salir de aquí cuanto antes. Mientras bajamos por las escaleras, le pido perdón por no haberle creído.

Cuando llegamos al coche, observo las huellas de los neumáticos impresas en la nieve. Son recientes. Tienen que serlo, porque no ha dejado de nevar y las marcas aún son visibles.

—¿Ves algún coche? —pregunto, con la voz cargada de tensión.

—No —responde, igual de nervioso que yo—. No veo nada.

—Pero tú también lo sientes, ¿a que sí?

Cody hace un gesto afirmativo por la cabeza.

—Está aquí —dice.

Me retiro el pelo de la frente. Tengo el pulso disparado. Saco las cadenas para la nieve y me agacho sobre las ruedas delanteras.

No me gusta darle la espalda al bosque. Me siento indefenso.

Por eso, cuando escucho el sonido que hace la nieve al ser aplastada, se me para el corazón de golpe y rápidamente me pongo de pie.

—¿Lo has oído? —susurro.

Cody asiente.

Giro sobre mí mismo. Busco entre los árboles que rodean la casa.

En apariencia, no hay nada.

Solo árboles y nieve.

Pero sé que es mentira.

—Ayúdame a terminar de poner las cadenas —le pido.

Subimos al coche, atravesamos la verja de hierro y nos adentramos en el bosque.

La mitad del tiempo mantengo los ojos pegados al espejo retrovisor. Veo la nieve y la casa, que dejamos atrás, pero no hay ni rastro de un coche negro.

Miro al frente. Aprieto las manos sobre el volante.

—Alastair —dice Cody, alarmado—. El coche.

El corazón se me para medio segundo.

La siguiente vez que miro por el espejo retrovisor, lo veo detrás, como si hubiese aparecido de la nada.

—¿Quién cojones será? —rezongo.

—No lo sé. Pero acelera.

Y entonces hago lo que nunca se debe hacer.

En lugar de ir más rápido, piso el pedal del freno hasta el fondo.

Las cadenas evitan que salgamos dando vueltas. El coche se detiene en mitad del camino, y el que nos persigue se ve obligado a frenar bruscamente para no chocar con nosotros.

Respiro trabajosamente, sin soltar el volante. Ahora puedo ver al conductor. Puedo ver sus gafas de sol negras, su pelo rapado al cero y esa cara que siempre me ha recordado a una calavera.

Sé quién es.

Y sé lo que hay detrás de esas gafas de sol. La mirada de un hombre sin alma que parece una máquina.

Por eso piso inmediatamente el acelerador. El motor emite un rugido y las cadenas arañan la nieve.

Cody me pregunta:

—¿Lo conoces?

—Sí —respondo, sin despegar los ojos de la carretera y acelerar.

—Alastair, ¡¿quién cojones es?!

Echo un vistazo al espejo retrovisor. El conductor graba con el móvil.

Giro el volante hacia la izquierda.

—Sujétate —le pido.

Derrapamos ligeramente al coger una curva demasiado cerrada, pero consigo no perder el control del coche y permanecer dentro del camino delimitado por los árboles.

—¿Quién nos persigue? —exige saber Cody.

—Se llama Fred —le digo—. Trabaja para mis padres.

Mi copiloto me mira abriendo mucho los ojos.

—Entonces tus padres...

—Lo saben.

63

Alastair

El sacrificio de un Everscourt

Fred nos sigue durante todo el trayecto de vuelta. Dejo a Cody en su casa y voy a la mía. Mis padres están esperándome.

El hombre sube conmigo, con un portátil bajo el brazo y la cámara colgando del hombro.

Los cuatro pasamos al salón. Fred enciende el portátil y extrae la tarjeta de memoria de la cámara: las imágenes aparecen en la pantalla como un secreto que se revela. La mayoría son del interior de la mansión. En todas ellas salimos Cody y yo. Los dos sentados en el diván, los dos tocando en el piano, los dos tomando café en la terraza, los dos haciendo el amor en la habitación.

Intento bajar la pantalla del portátil, pero mi padre me agarra la muñeca al instante y me detiene.

Fred les acaba de abrir mi intimidad como si estuviera desmenuzando una manzana. Lo ha hecho sin escrúpulos, y su cara satisfecha parece decir: «¿No queríais saber qué hace vuestro hijo? Muy bien. Esto es lo que hace a escondidas. Esto es lo que es en realidad». Y en cuanto sale por la puerta y me quedo a solas con mis padres, la bomba estalla.

El lunes por la noche me presento en casa de Cody. He venido porque mis padres me han obligado a despedirme de él. No volveré a verlo nunca más. Y sé que soy egoísta por no decírselo cuando me abre la puerta de su casa y me dice:

—¿Estás bien?

—No. No estoy bien.

Y como no me pregunta nada más, lo sigo hasta su cuarto y, cuando empieza a besarme y a quitarme la ropa, le hago el amor.

No tarda mucho en darse cuenta de que estoy follando con él como si no fuéramos a volver a hacerlo. Que cada beso que le doy es una despedida silenciosa.

Yo estoy tumbado en la cama bocarriba y Cody sentado a horcajadas sobre mí. De repente, deja de moverse y me dice:

—¿Quieres contármelo?

Es distinto querer a *tener* que. Yo no quiero contarle nada, pero sé que debo decirle la verdad. Aunque haya intentado posponerlo lo máximo posible. Aunque quiera disfrutar un poco más de él antes de decirle adiós para siempre.

—Sí —respondo—. Tenemos que hablar.

Y salgo de él. Después Cody se tumba con medio cuerpo sobre el mío, cruza los brazos en mi pecho, me mira con los párpados entornados y me hace la pregunta que tanto quería evitar:

—¿Qué pasó ayer cuando llegaste a casa? No me dijiste nada.

—Tampoco me preguntaste.

—Estaba esperando a que tú me lo dijeras.

—Y yo esperaba no tener que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Mis padres me estaban esperando. Como temía, Fred ya los había informado de todo. Después de que saliéramos en la prensa,

él empezó a vigilarme porque mis padres le habían pedido que me siguiera.

—Y supongo que ellos no se lo tomaron nada bien.

—Ni te lo imaginas.

—Y te han obligado a elegir.

—Sí.

—Pero estás aquí —dice, y luego sonríe.

Se me rompe el corazón al ver ese rayito de esperanza en sus ojos. Durante una fracción de segundo en la que se le ilumina la cara, Cody cree que yo lo he elegido a él.

Pero enseguida entiende mi silencio posterior y mi mirada esquiva.

—¿Alastair...? —duda, incorporándose en la cama, separándose de mí.

Cuando lo vuelvo a mirar, soy testigo de la velocidad con la que se le apaga el rostro. Y me da tanta pena que estoy a punto de mentirle y decir que sí, que lo he elegido a él, porque quiero protegerlo de todo el dolor que Cody está empezando a sentir por mi culpa.

Pero tengo que ser sincero con él.

Se lo cuento todo.

—¿No decías que éramos un equipo? —me pregunta cuando termino.

Y me doy cuenta de que acabo de romperle el corazón a la única persona a la que he llegado a amar de verdad.

—Esto —le digo— no cambia lo que siento por ti.

Cody ni siquiera me mira a los ojos.

—Esto lo cambia *absolutamente todo*.

Entonces levanta la mirada. Ahora sus ojos no solo reflejan una profunda decepción por saber que no he renunciado a mi futuro por

él, sino también una caída al vacío. Como si después de saltar no hubiese encontrado una red que lo sujetara. Lo he dejado solo después de decirle que nunca lo haría.

Sé que nada de lo que le diga podrá aliviar su sufrimiento. Intentar suavizarlo sería como recoger una copa rota del suelo y tratar de pegar los trozos. La copa nunca volverá a ser la misma, las grietas revelarán que, una vez, estuvo rota.

Intento tocarle el hombro, pero me aparta con un gesto brusco.

—Cody..., por favor.

Se levanta y me lanza la camiseta al pecho para que me la ponga.

—¡¿Por favor?! —grita mientras se sube los pantalones—. Acabamos de follar y me estás diciendo que ya no podemos estar juntos. ¿Cómo quieres que reaccione? ¿Qué se supone que te tengo que decir? «Ah, *bro*, no pasa nada. Si algún día te apetece volver a follar, me envías un mensaje». ¿Quieres eso?

—Quiero que me entiendas —digo con delicadeza.

—Y qué pasa conmigo, ¿eh? —se queja—. ¿Quién me entiende a mí?

—Los dos sentimos lo mismo.

—Pero lo que está claro es que solo *uno* de los dos estaría dispuesto a dejarlo todo por el otro —dice, y el comentario me sienta como una patada en el estómago.

Aprieto los puños y hablo desde la rabia:

—¿A qué renunciarías tú? ¿A un trabajo en una pizzería, una madre con depresión y una casa en la que no te sientes seguro? Renunciarías a eso por estar conmigo. Y es algo a lo que en realidad tendrías que renunciar *por ti*. Porque tu vida, Cody, es un puto caos.

Él ríe con frialdad.

—Claro... porque tú eres muy feliz siendo la marioneta de tus padres.

—De acuerdo, sí. —Levanto las manos—. Mi vida está dirigida por ellos. Pero a mí por lo menos me espera un buen futuro.

—¿Buen futuro, dices? Una mierda de vida, no te creas que va a ser tan diferente a la mía.

—Al menos, yo he podido escoger.

La voz de Cody pasa de ser afilada a quebrarse cuando me dice:

—Tenía la esperanza de que escogieras pasarla conmigo.

Espero unos segundos antes de responder, dejando que el silencio se cuele entre los dos y nos haga sentir más lejos el uno del otro.

—Sabíamos que no iba a poder ser —digo, más calmado.

—Pensé que no te rendirías a la primera.

—No me estoy rindiendo, estoy intentando asegurar lo que es mío por derecho.

—Así que al final *sí* que hay algo más fuerte que el amor y el odio. Y es el dinero.

—No es solo el dinero. El apellido Everscourt también soy yo.

Cody me mira a los ojos. Su mirada se ha vuelto oscura. Y entonces escupe:

—Creía que tú no querías ser un Everscourt. Que tú eras como tu abuela. ¿Crees que ella estaría orgullosa de ti?

Acaba de meter el dedo en la llaga. Algo que ya veía venir, porque lo conozco bien. Cuando se siente atacado, intenta devolverte el golpe el doble de fuerte.

—No menciones a mi abuela.

—Es lo que pienso.

Me retiro el pelo de la frente, igual de cabreado que él.

—¡¿Y has pensado en lo que me estás pidiendo que haga?! —grito—. Quieres que renuncie a aquello para lo que llevo preparándome toda mi vida. ¿Eso te parece bien? Porque igual deberías preguntarte si tú *también* estás siendo un egoísta conmigo.

—Tú no quieres ser libre. —Niega con la cabeza—. No quieres... porque solo conoces una forma de vivir, y te aterra tanto la posibilidad de ser tú que cuando se te presenta la oportunidad, decides dejarla pasar.

Bajo la mirada hasta mis manos. No digo nada. Durante los próximos segundos, solo se nos escucha respirar.

—Y vale, *sí*, igual estoy siendo egoísta —reconoce—. Pero solo soy un egoísta que no te quiere perder. ¿Y sabes por qué, Alastair? Porque este puto egoísta ya no se imagina una vida sin ti.

Trago saliva.

—Por favor, Cody, no lo hagas más difícil. Tienes que entender que... que no es lo mismo que tú renuncies a dejar tu vida atrás a que lo haga yo. Y siento decirlo así, pero es lo que pienso. No es lo mismo.

Cody se sorbe la nariz. Tiene la cara roja, y me mira con tanta rabia que por un instante pienso que me va a pegar un puñetazo.

—¿Sabes qué pienso yo? Que eres un puto imbécil. ¿No quieres renunciar a tu vida para estar conmigo? Bien. No lo hagas. Pero tampoco intentes justificar tu decisión basándote en lo que cada uno tiene que perder. Porque te aseguro que, si yo estuviera en tu lugar, renunciaría a todo por estar contigo.

—Qué fácil es decirlo desde tu posición.

—Que te den por culo.

Ese es mi pie para irme. Al agacharme para atarme los cordones, me doy cuenta de que tengo un nudo en la garganta. Y de que en realidad no quiero esto. No quiero cortar con Cody. Quiero estar con él. Pero no puedo jugar a tenerlo todo.

Pienso en cómo sería mi vida si renunciase a la herencia y a mi trabajo por él.

Pienso en rebelarme contra mis padres, dejar que me deshereden y empezar de cero.

Pienso en qué pasaría si me dejo guiar por el corazón en lugar de por las cosas que puedo conseguir si permito que mis padres sigan pautando mi vida.

Y también pienso en lo que me ha dicho. En por qué me quejo de estar atrapado en una vida que detesto si luego, a la hora de la verdad, no tengo el valor de salir de la jaula cuando la puerta está abierta.

Lo miro buscando una respuesta. Y lo que encuentro es odio.

Por eso le digo:

—Supongo que te he dado un montón de razones para odiarme.

Pensaba que Cody me mandaría a la mierda. Que me gritaría. Que montaría una escena.

Pero no.

Lo que pasa es que el odio se ahoga porque sus ojos se llenan de lágrimas, y solo queda el reflejo de un corazón roto. Y luego, casi sin voz, Cody susurra:

—¿Cómo te voy a odiar si aún te quiero?

Sus palabras me golpean tan fuerte que siento que, una vez más, el chico de la cicatriz lo desordena todo.

64

Alastair

Jugar a tenerlo todo

—¿Está solucionado? —pregunta mi padre desde la puerta de mi habitación.

—Sí —respondo sin mirarlo a los ojos.

—¿Seguro, Alastair?

—Seguro. Ya he hablado con él. No volveré a verlo.

Mi padre exhala profundamente.

—Bien.

Y cierra la puerta.

Poco después llamo a Cody, quien, naturalmente, no descuelga el teléfono. Tampoco responde a mis mensajes. Ni siquiera a esos que le envío en mitad de un ataque de ansiedad. Porque sí: me da un ataque de ansiedad cuando se me mete en la cabeza la idea de que a Cody le ha podido pasar algo.

¿Y si su hermano ha salido de prisión?

Con el corazón en la garganta, cojo el teléfono y le vuelvo a escribir:

Necesito asegurarme de que estás bien.

Sé que lo último que te apetece es responderme. Pero, por favor, contesta para que

me quede tranquilo. Como si me quieres insultar.
Pero envíame algo. Cualquier cosa.

Sigue sin dar señales de vida.

Cody, estoy preocupado por ti. Y esto no tiene
que ver con lo que ha pasado entre nosotros,
tiene que ver contigo. Necesito saber que las
cosas en casa siguen bien.
Por favor, dime algo.

Me quedo mirando la pantalla durante varias horas, esperando una contestación hasta que los ojos empiezan a dolerme. Cuanto más tiempo paso sin tener noticias suyas, más crece el nudo en mi estómago.

Le llamo por teléfono. Una, dos... diez llamadas perdidas. Son poco más de las dos de la mañana cuando cojo el coche. Voy hasta su casa y le envío una foto de su portal para que sepa que estoy aquí y que voy en serio.

Cody, estoy preocupado. Si no respondes
a este mensaje en menos de cinco minutos, voy
a llamar al timbre.

Sé que su madre estará dormida y que, si Cody está a salvo, eso será lo único que le hará escribirme.

Su mensaje llega casi al instante.

Estoy bien

El martes, después de salir de la oficina, paso por casa y saco de mi caja fuerte dinero en efectivo. Lo meto todo en un sobre. Me subo al coche, escribo la dirección de la pizzería en la que trabaja Cody, miro el asiento del copiloto donde he dejado el sobre y enciendo el motor.

No quiero usar el dinero para aliviar mi culpa. No quiero beneficiarme de algo que, en realidad, no cambiará las cosas entre nosotros. Porque si voy a presentarme en su trabajo *no* es para decirle que voy a arreglar las cosas. No. Es porque hay una promesa que *sí* puedo cumplir.

Aparco frente a la pizzería. Son las siete y media de la tarde. Aún no ha terminado su turno. Lo veo desde el interior del coche. Veo a mi Cody. Lleva dos pizzas familiares a una mesa mientras responde a otro cliente que lo llama levantando el brazo.

Estoy nervioso. Aprieto las manos sobre el volante antes de soltarlo y bajarme del coche.

Cuando empujo la puerta de la pizzería, Cody me ve entrar y se le cae una Coca-Cola al suelo.

—¿Qué haces *tú* aquí?

Estudio su rostro y me empapo de cada detalle como si fuera la primera vez que nuestros caminos se cruzan. Como si él y yo volviéramos a estar en el evento de Armani y me acabase de fijar en él.

Miro la cicatriz que tiene en el ojo. Su mirada desafiante, como la de un macho alfa que protege a su manada. Lo mucho que impone incluso vestido con ese ridículo uniforme.

El día que lo conocí, él me miró con odio.

Hoy, meses después, su mirada parece la misma.

Pero sé que esta no tiene que ver con el odio. Decir que me mira ahora con odio sería quedarse en la superficie. Si conoces a Cody, si lo llegas a conocer de verdad, sabes distinguir cuando sus ojos destilan veneno o cuando el dolor lo ocupa todo. Y por eso tengo tantas ganas de abrazarlo.

Carraspeo y le tiendo el sobre.

—Toma.

Lo mira durante unos segundos, pero no lo acepta.

—¿Qué es esto?

—Te prometí que no te dejaría a tu suerte.

—Ya no somos un equipo, Alastair. No somos *nada*.

Se da la vuelta y me deja ahí plantado. Regresa al poco con un cubo y una fregona.

—Escúchame, por favor.

—No —me corta—. No necesito tu ayuda.

—Cody... sí la necesitas —le insto.

Ni siquiera me mira. Friega hasta que el suelo queda brillante y sin rastro de la Coca-Cola que se le ha caído. Escurre la fregona en el cubo y me dice, en voz baja, sin levantar la vista:

—Métete el dinero por el culo.

—Si no lo haces por ti, hazlo por tu madre. Deja a un lado tu orgullo y piensa en ella.

No responde.

—Tu madre necesita salir de ese apartamento tanto como tú —le digo—. Y yo te estoy ofreciendo una solución. Si la aceptas, podrías irte ahora mismo a casa, hacer las maletas y alojarte con ella en un hotel mientras buscáis un nuevo hogar.

Cody dirige la mirada hasta la mano en la que tengo el sobre. Lo considera.

—Estaríais a salvo los dos —insisto, sacudiendo el sobre para que lo coja—. Hay dinero suficiente para que podáis vivir tranquilos durante un año o dos. Incluso tres, si lo administras bien.

—¿Cuánto?

—Ochenta mil dólares.

Casi tira el cubo.

—No es un préstamo —me apresuro a añadir—. No te voy a pedir que me lo devuelvas. Lo que sí te pido es que cojas el sobre y que

te marches antes de que sea demasiado tarde.

Cody me mira brevemente a los ojos.

Después la vista vuelve al sobre otra vez.

Y cuando extiende la mano para cogerlo, suspiro de alivio y pienso:

«Me alegro de que, por lo menos, uno de los dos haya tomado la decisión que le hará libre».

65

CODY
Tenemos que irnos

Alastair Everscourt es el hombre que me ha roto el corazón. Pero también es el hombre que me ha salvado la vida. La mía y la de mi madre.

Dentro del sobre, además de ochenta mil dólares en efectivo, hay una reserva en un hotel del Upper East Side de Manhattan, justo en la zona en la que él vive. A la reserva le acompaña una nota escrita a mano:

> Sé que odias que te ayuden, pero quería asegurarme de que vas a estar bien. Os he cogido una habitación doble a tu madre y a ti. Es pensión completa. Una semana. Está todo pagado. Si necesitas alargarlo más tiempo o surge cualquier problema, llámame.
> Siempre tuyo,
>
> A.

Cuando regreso a nuestro pequeño apartamento, dejo el delantal sobre el respaldo de la silla y avanzo hasta el sofá en el que mi madre está durmiendo. La miro durante unos segundos hasta que me pongo de cuclillas. El mismo camisón viejo y desteñido de siempre, el mismo pelo que parece un nido de pájaros. Lo único que cambia es la postura de sus brazos y sus piernas dobladas de

cualquier forma. Estiro la mano para retirarle un mechón de la frente. Ella aprieta los ojos antes de abrirlos hasta la mitad.

—Mamá. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Adonde Holt no nos encuentre. Vamos. Levántate y haz las maletas. Coge solo lo más importante. Tus medicamentos, ropa de aseo, un par de pantalones, jerséis..., lo que te haga falta. El resto se queda aquí.

Se incorpora en el sofá, somnolienta. Son las nueve y ha anochecido.

—Pero ¿dejamos el apartamento? ¿No vamos a volver?

Niego con la cabeza.

—No.

Antes, al salir del trabajo, he llamado a Arthur para contárselo. Él se ha ofrecido a llevarnos. Debería estar a punto de llegar. Cuando estoy terminando de hacer la primera maleta, llama al timbre. Saluda a mi madre y nos ayuda a terminar de empaquetarlo todo.

Revisando los cajones del mueble del salón, encuentro un dibujo que hice en la escuela. Salimos los cuatro: mis padres, de la mano y con un corazón rojo y enorme entre los dos, y Holt y yo jugando con el perro que nunca tuvimos y que pedíamos todos los años. Al lado de mi padre, un organillo (que dibujé haciendo un cuadrado) y un montón de notas de música adornan los bordes del dibujo.

—Ni se te ocurra. —La voz de mi madre me detiene antes de que rompa el dibujo—. Aquí éramos felices, Cody, no pienso dejar que rompas ese recuerdo. —Lo guarda doblado en el bolsillo exterior de su maleta.

Es curioso cómo funciona la mente de cada persona. Para mí, ver ese dibujo es ver cuánto hemos fracasado como familia. Para mi

madre, en cambio, es un recuerdo bonito al que volver, como el que mira fotos de un viaje y piensa: «Qué bien nos lo pasamos».

Arthur abre el maletero del coche y me ayuda a colocar el equipaje.

—Gracias por hacerme el favor —le digo, metiendo la última maleta. Toda nuestra vida reducida en esos cuatro bultos.

—Lo has conseguido, *bro*. Tanto esfuerzo al final ha valido la pena.

—Bueno, yo no... —Aparto la mirada. Me da vergüenza contarle la verdad—. En realidad ha sido Alastair.

Frunce el ceño.

—Pero ¿no lo habíais dejado?

—Sí, pero... Esta tarde ha venido a la pizzería y me ha dado un montón de pasta.

—Joder —dice, incapaz de cerrar la boca—. Ese pijo está enamoradísimo de ti.

Arthur nos lleva en coche hasta el hotel. Después de pasar por recepción, mi madre y yo subimos hasta la tercera planta y buscamos nuestra habitación. Introduzco la tarjeta, se enciende la luz y nos reciben unas paredes azules con estampado floral. Hay dos camas individuales de un blanco nuclear perfectamente planchadas, una mesita de noche doble en el centro, un escritorio con dos sillas, un televisor y un armario empotrado. La habitación huele a limpio y a perfume de rosas. Tiene un baño completo y una pequeña terraza.

Mi madre se sienta en el borde de la cama y barre la habitación con los ojos. Parece una niña perdida.

No tardamos mucho en meternos en la cama y dormir. Cuando despierto, a la mañana siguiente, me encuentro a mi madre sentada mirando el dibujo que hice de pequeño.

—¿Crees que ha sido buena idea dejar el apartamento? —me pregunta—. Todos nuestros recuerdos estaban ahí.

—En esa casa ya no quedaba nada que salvar.

Se queda en silencio. Dobla mi dibujo y se lo guarda en el bolsillo.

—Oye, mamá..., ¿estás bien?

—Sí.

Pero es mentira. Sus ojos parecen dos pozos negros.

Bajamos a desayunar. Le sirvo un vaso de agua para que se tome la medicación. Al principio la rechaza. Dice que no quiere seguir con los antidepresivos, que esas pastillas la apagan por completo. Consigo convencerla y después nos vamos a dar un paseo por las calles de Manhattan. No recuerdo la última vez que di un paseo con ella. Desde que mi padre murió, se encerró en casa, se abandonó por completo y ya nunca volvió a ser la misma.

—Hijo, ¿tú no tendrías que estar trabajando en la pizzería?

—Lo he dejado —respondo. El plan es usar el dinero de Alastair para empezar de cero en otro sitio y buscar otro trabajo allí. Si sigo en la pizzería, a Holt no le será difícil localizarme.

Me paso el día concertando citas con inmobiliarias para visitar pisos de alquiler, aunque no descarto marchar de la ciudad, y busco también posibles destinos fuera. Luego, al caer la noche, cenamos en el hotel.

No llevamos ni cinco minutos en la habitación cuando suena el teléfono de mi madre.

La pantalla se ilumina y aparece un nombre escrito.

Holt.

66

CODY
El amor de una madre

A los dos se nos corta la respiración. Miramos el teléfono, que vibra sobre la cama, mientras la pantalla sigue mostrando su nombre.

—No lo cojas —le pido. Porque veo cómo le cambia la expresión después de recuperarse del susto, lo rápido que se ablanda. Veo las dudas y el amor abriéndose paso donde antes solo había miedo. Está pensando en el Holt de mi dibujo, no en el que me rajó la cara cuando intentó matarme y que ha pasado cuatro años en prisión por tráfico de drogas y robo.

Por eso susurra:

—Pero es tu hermano. Y también es mi hijo...

—Mamá —digo con firmeza—, no lo cojas. Es una trampa. Holt es peligroso. Por eso estamos aquí.

El teléfono deja de sonar.

El aire de la habitación se vuelve un poco más ligero, como si al desaparecer el nombre de mi hermano de la pantalla también hubiese desaparecido la sensación de tenerlo cerca.

Trago saliva despacio.

—Imagínate que no hubiésemos dejado el apartamento ayer —le digo—. Ahora mismo no estaría llamando por teléfono, sino a la puerta. Nos hemos librado por los pelos.

Ella menea la cabeza.

—Pero no tiene adónde ir.

Respiro profundamente y apoyo las manos en los hombros de mi madre.

—Mamá, mira mi cicatriz —le exijo—. Mírala. Y ahora dime quién me la hizo.

—Holt.

—¿Y por qué?

—Porque a tu hermano se le fue la cabeza.

—Porque es un puto monstruo, mamá.

—No digas eso de él.

—Intentó matarme.

—No intentó... Solo estaba... Estaba muy enfadado, no...

—Mamá.

—Está bien —dice—: lo intentó.

—Holt es peligroso —repito.

—Lo sé.

Me quedo un segundo en silencio, mirándola.

—No puede saber dónde estamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Prométeme que no vas a cogerle el teléfono si vuelve a llamar.

—Te lo prometo.

—Vale —digo, y luego suelto sus hombros y cojo la segunda tarjeta de la habitación—. Voy a bajar un segundo a la calle. Vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas?

—Necesito... respirar.

A Holt lo han soltado. Imaginármelo en la puerta de nuestro antiguo apartamento hace que tenga ganas de vomitar.

—Además —añado—, quiero llamar a Alastair para darle las gracias.

—Espera —dice mi madre—. ¿Alastair, el aristócrata? ¿Él ha pagado esta habitación?

—Sí.

—Debe de quererte mucho. Con los tiempos que corren y el mundo que se nos está quedando... es un milagro que alguien que no sea de tu familia haga algo por ti.

Asiento a modo de despedida y bajo a la calle. Me apoyo en la pared lateral de la entrada del hotel y llamo a Alastair, con la mano libre dentro del bolsillo del abrigo para resguardarla del frío. Responde al segundo tono.

—Hola —dice—. No creí que fueras a llamarme. —Se nota que está feliz de que lo haya hecho.

—Hola —respondo.

—¿Cómo estáis tu madre y tú? ¿Qué os parece el hotel?

—Nosotros estamos bien. Y el hotel es genial. Y... está muy cerca de donde tú vives.

Él sonríe. No puedo verlo, pero sé que lo hace. Lo conozco bien.

—Supongo que nada es gratis del todo —dice—, y que me gusta tenerte cerca.

—Bueno, no soy yo quien ha decidido que no estemos juntos.

Silencio al otro lado. Tanto que despego el teléfono de la oreja solo para comprobar si todavía hay línea.

—¿Alastair?

—Dame un segundo —me pide. Y luego escucho que abre y cierra una puerta, que camina, y, entonces, el ruido de la calle—. Ya puedo hablar mejor.

—Vale —digo—. Quería darte las gracias.

—No me tienes que dar las gracias por nada.

—De hecho, *sí*. —Respiro profundamente y añado—: Tengo novedades. Holt ha salido de prisión. Acaba de llamar por teléfono a mi madre.

—¿Habéis hablado con él? —pregunta, con voz tensa.

—No.

—Vale. Ni se os ocurra. ¿Estás con ella ahora?

—No, está arriba, en la habitación. Pero me ha prometido que no hablará con él.

—¿Y confías en su palabra?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Ir a la policía.

—Sabes que no puedo.

—Si no lo denuncias, nunca estarás a salvo de verdad.

—Pero si lo denuncio, mi madre...

—Está bien —dice—, es tu decisión. —Lo escucho respirar contra el aparato. Nos quedamos un rato así, sin añadir nada más, como si los dos estuviéramos sopesando las posibilidades y sus consecuencias. Y luego dice—: Qué guapo estás.

Mi corazón me da un vuelco. Levanto la vista y miro a un lado y otro de la calle, buscando a alguien que se le parezca. Veo a gente paseando, algunas parejas que caminan agarradas del brazo, las calles iluminadas y los coches deslizándose por la carretera.

—Espero que estés de coña —le digo, porque no me puedo creer que se haya acercado hasta el hotel.

—Ya te lo he dicho: nada es del todo gratis.

Y entonces lo veo en la acera de enfrente, de pie junto al semáforo en rojo, esperando a cruzar. Lleva un abrigo largo y negro, una bufanda verde y un paquete alargado bajo el brazo.

El semáforo cambia de color y él acude a mi encuentro. Me yergo por instinto, y, aunque no quiero abrazarlo, mis brazos van por libre

y termino apretando su cuerpo contra el mío.

—Cody —dice en mi oreja.

Nos separamos e inspecciono su cara. Los ojos azules y brillantes, el pelo rubio repeinado, las mejillas ligeramente sonrojadas por el frío... y su sonrisa. Es la misma sonrisa que me he imaginado cuando ha descolgado el teléfono y he escuchado su voz.

—Toma —añade él, entregándome el paquete—, esto es para ti.

—Sí que te sientes culpable —digo.

Rasgo el papel. Al descubrir lo que es, mi cara se ilumina como si hubieran encendido las luces de Navidad. Es un teclado.

Paso un dedo por las teclas antes de mirarlo de nuevo a los ojos, pero entonces él se adelanta y me dice:

—Es para que recuperes la alegría que sentías de pequeño y que tu nuevo hogar se llene de música.

Se me humedecen los ojos.

—Eres un capullo.

—¿Por qué?

—Porque eliges no estar conmigo, pero te estás esforzando mucho para que nunca te olvide.

Él sonríe y me pregunta:

—Te sonará osado pero... ¿te apetece que demos un paseo? Mis padres están de viaje y, si mantenemos las distancias mientras caminamos, nadie se tiene que percatar de que en realidad vamos juntos.

—¿Estás seguro? —Él asiente. Decido—: Subo a dejar el teclado y vuelvo.

—Vale. Te espero aquí.

Me apresuro a entrar en el hotel y coger el ascensor. Introduzco la tarjeta en la puerta de la habitación y empujo cuando sale una luz

verde. Mi madre se sobresalta. Me mira como si hubiera visto un fantasma.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—Me has asustado. —Y luego mira el teclado; lo dejo encima del escritorio—. ¿Y eso?

—Me lo ha regalado Alastair. Voy a dar una vuelta con él, ¿vale? Tú intenta dormir.

Cierro la puerta y bajo. Alastair sonríe al verme de nuevo. Nos alejamos del hotel, él va delante de mí durante algunas calles, hasta que se siente más seguro y ralentiza el paso. Entonces hablamos sobre un montón de cosas, pero siempre procurando no tocar ningún tema que nos afecte. Si este es el último recuerdo que vamos a guardar el uno del otro, quiero que sea bonito.

Sé que tengo que dejarlo ir. Tenemos que aprender a decir adiós, aunque creamos que quien se aleja está tomando el camino equivocado.

De vuelta, nos detenemos frente a la entrada del hotel.

Ha llegado el momento.

—Bueno —le digo—, supongo que esto sí es una despedida.

—Sí. —Sonríe con tristeza—. Todavía no te has ido y ya te echo de menos. Quiero darte las gracias por haber vivido esta aventura conmigo. Y quiero disculparme por no atreverme a hacer las cosas de otra forma. No puedo pedirte que me esperes, pero guardo la esperanza de que, dentro de un tiempo, nuestros caminos se reencuentren y podamos retomar esta historia.

Me doy cuenta de que he empezado a llorar.

—Retíralo ahora mismo —le pido.

—Lo digo en serio.

—Pero lo que dices puede hacer que nunca me dejes de doler. Y yo no quiero que me duelas siempre, Alastair. No quiero..., porque

entonces ese amor que siento ahora por ti volverá a convertirse en odio. Y creo que los dos nos merecemos un final mejor que ese. Si no vamos a estar juntos, si no vas a ser mío, tienes que dejar que te suelte para que pueda seguir con mi vida.

Es lo último que le digo antes de dar media vuelta y atravesar las puertas correderas del hotel. Me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano mientras el ascensor sube hasta detenerse en la tercera planta. Las puertas metálicas se abren y camino sobre la moqueta hasta la habitación. Tengo la tarjeta preparada en la mano. Pero no la necesito para entrar.

Porque la puerta está entreabierta.

Escucho voces en el interior.

La de mi madre.

Y luego la voz que me ha acompañado todas las noches en mis pesadillas.

Mi corazón se detiene un instante. Y utilizo ese instante para sacar el móvil y llamar a Alastair. No recurro a él por miedo, sino por instinto.

Sé que tendría que llamar a la policía. Pero no puedo dejar a mi madre a solas con el monstruo, y, si me pasa algo a mí, quiero tener la oportunidad de despedirme de la persona a la que quiero con todo mi ser. Por eso lo llamo.

Después empujo la puerta y me encuentro a mi madre sentada a los pies de la cama, con la atención dirigida a la terraza.

De pie, con la espalda apoyada en la salida al exterior, está Holt.

Me mira como si llevase mucho tiempo esperando este momento.

—Hola, Cody.

Retrocedo un paso.

—¿Qué haces *tú* aquí?

—He vuelto con mi familia —dice, con una calma falsa que me pone los pelos de punta—. ¿No es eso lo que hacen los hombres cuando salen de prisión?

Me parece oír la voz de Alastair desde el móvil. Espero que él también lo esté escuchando todo y entienda que estamos en peligro.

Miro a mi madre, quien ha desviado la vista hacia mí al oír mi voz.

—Lo siento mucho, Cody —dice—. Holt volvió a llamar y... Me dijo que quería hablar contigo y pedirte perdón por lo que pasó y...

—Mamá, ¿qué has hecho?

—Han pasado cuatro años, cariño. Me ha prometido que ha cambiado.

—Es cierto —dice Holt—. He cambiado.

Ni siquiera puedo responder, no encuentro mi voz.

—Creo que los dos tenéis que hablar para solucionar las cosas —dice entonces ella. Y luego me vuelve a mirar solo a mí—. Lo siento. Sé que te he fallado. Pero solo soy una madre que intenta recuperar a su familia.

Siento el impulso de agarrarla y salir con ella de la habitación.

Pero Holt es más rápido.

Despega la espalda de la puerta de la terraza mientras interna la mano en el bolsillo de su vaquero. Y entonces saca una navaja. La misma con la que me rajó la mitad de la cara.

La cicatriz que me cruza el ojo izquierdo arde como si volviera a abrirse. Y mi madre, que se ha vuelto hacia él, lanza un grito de terror al ver el brillo del arma que mi hermano sostiene en alto.

—¡No! —le grita, desesperada—. ¡Me has prometido que habías cambiado!

—Y he cambiado —responde él. Pero no la mira a ella. Me mira a mí—. La última vez no fui capaz de matarlo. Pero ahora sí.

67

CODY
La promesa del monstruo

—¡Holt! —grita mi madre, interponiéndose entre él y yo—. ¡Suelta la navaja! ¡Tú... tú no quieres hacer esto!

Holt estira la sonrisa torcida hasta las orejas. Es la sonrisa de un loco.

—Llevo cuatro años pensando en *esto* —dice.

Mi madre apenas se sostiene en pie. Tiene tanto miedo y está tan delgada que tiembla como una hoja.

—Antes me has dicho... me has dicho que seríamos una familia —le recrimina entre sollozos—. He confiado en ti. Por favor, hijo. Suelta la navaja. Todavía podemos empezar de cero los tres. Por favor...

Holt da un paso hacia delante, y mi madre extiende las manos sobre el pecho para bloquearlo. Es tan poca cosa en comparación con él que es como si la brisa intentara detener una montaña.

—¡Espera! —le pide, desesperada—. ¡Mira! ¡Mira esto! —Saca mi dibujo de su bolsillo y se lo enseña.

—¡¿Qué cojones...?!

—Es el dibujo que hizo Cody de pequeño. Y este eres tú —dice, señalándolo en el papel—. ¡Sé que ese niño aún vive aquí! —dice,

golpeándole el pecho—. Por favor, Holt, no... ¡No lo hagas! Cody es tu hermano, es tu hermano pequeño.

Los ojos de Holt bajan hasta el dibujo que sostiene mi madre. Nos ve a los cuatro. Ve el corazón rojo, el perro que siempre quisimos tener y el organillo de papá. Y, durante un segundo, me parece ver algo en su expresión que lo hace más humano.

Pero solo es eso.

Un segundo.

Después el brillo de sus ojos vuelve a apagarse.

Holt empuja a mi madre barriéndola con el brazo. La tira al suelo. Ella suelta un grito ahogado al golpearse con una pata de la cama.

Ahora nada se interpone entre mi hermano y yo. Él empuña la navaja en alto mientras yo solo tengo el móvil. Sé que Alastair lo está escuchando todo, porque, cuando echo un rápido vistazo a la pantalla, veo que el temporizador de llamada sigue corriendo. Quizá... quizá tenga alguna posibilidad de sobrevivir. Pero necesito más tiempo. Necesito ganar segundos como sea.

Con el corazón en la garganta, intento pensar en algo rápido para detener a Holt. No puedo usar mi fuerza. Él es el doble de grande que yo y, además, tiene un arma. Necesito otra cosa. Y entonces, cuando ya creo que mi hermano se va a abalanzar sobre mí, veo el dibujo de nuestra familia en el suelo, bocarriba y bajo sus pies.

—¡Espera! —le grito cogiendo el dibujo—. ¿Te acuerdas de cuando los dos éramos pequeños y jugábamos al escondite?

Él parpadea. No baja ni un centímetro la navaja, pero yo sigo hablando. Necesito que recuerde quién era antes del odio.

—Tú siempre sabías que me escondía debajo de la cama de los papás —le recuerdo—, pero, en lugar de atraparme, gritabas mi nombre y hacías como que no me encontrabas, porque sabías que

eso me hacía feliz. Y yo sé que todavía queda algo de ese hermano mayor que jugaba conmigo.

Ríe con frialdad.

—¿Crees que eso te salvará?

No funciona.

La bombilla del techo ilumina el dibujo y hace que lo vea desde atrás. Nos veo a Holt y a mí, juntos, y siento que ese amor de hermanos sucedió en otra vida. Las risas, las miradas cómplices, la conexión que creas con alguien que comparte tu misma sangre... Nunca pensé que terminaría convirtiéndose en lo que se convirtió. Ni siquiera cuando comenzó a juntarse con la gente equivocada y a tener reacciones cada vez más violentas. Todo fue a raíz de la muerte de nuestro padre. Mi madre y yo creímos que cada uno tenía su forma de pasar el duelo. Y permitimos que Holt se refugiase en el odio. Él no aceptaba que papá ya no estuviera con nosotros. Con su muerte, nuestra familia se rompió y todo se volvió gris.

Pero no sé en qué momento ese odio que empezó a acumular en su interior se volvió en mi contra.

Miro la navaja. Lo miro a los ojos. Y entonces le pregunto:

—¿Por qué lo haces? Si me vas a matar, necesito saber en qué momento tu corazón se llenó de tanto odio como para querer matar a tu propio hermano.

Ensancha la sonrisa como si hubiese esperado esa pregunta.

—Tú me jodiste la vida, Cody. Por tu culpa he pasado los últimos cuatro años en prisión.

Doy un paso atrás y suelto el dibujo.

—¡¿Por mi culpa?! —grito—. ¡Yo intenté persuadirte para que dejases la puta banda! ¡Lo intenté mil veces!

—Y también me amenazaste mil veces con ir a la policía.

—Pero nunca fui —le aseguro—. Nunca te denuncié.

Holt menea la cabeza.

—¿Crees que no sé que fuiste tú? Ahora no te hagas la víctima. Al final cumpliste tu promesa. Les diste el chivatazo. A Devon le soplaron que alguien había hablado con la pasma y que venían a por mí.

—¿Devon te dijo que había sido yo?

—No, pero... tú eras de las pocas personas que lo sabía todo. Por tu culpa me pillaron y me encerraron.

—Así que por eso intentaste matarme... Porque crees que fui yo.

—*Sé* que fuiste tú.

—No fui yo, Holt.

Ahora lo entiendo todo. Esa es la razón de que mi hermano entrase en el apartamento hecho una furia y fuera directo a por mí. Se acababa de enterar de que la policía lo estaba buscando, y sabía lo que le venía encima. Si lo atrapaban, se lo llevarían esposado. Lo acusarían de tráfico de drogas y robo. Y acabaría en la trena, porque era culpable de todos esos delitos.

Por eso regresó al apartamento: estaba convencido de que había sido yo. Y por eso Devon, el hermano mayor de Arthur, lo acompañaba. Y fue Devon quien se abalanzó sobre él para salvarme.

Porque sabía de lo que Holt era capaz. Había presenciado la paliza que mi hermano le había dado a Zion al enterarse de que este nos había echado la culpa a Arthur y a mí. Una paliza que lo mandó al hospital.

Entonces, todas las piezas encajan.

Zion dijo que, algún día, se vengaría de mi hermano por lo que le había hecho. Y es la única persona que conozco que podría dar un chivatazo y callar, aunque su silencio fuese a matarme.

Antes de que pueda explicarle nada, Holt se abalanza sobre mí dispuesto a cumplir su promesa.

Todo sucede en un segundo. Demasiado rápido como para evitarlo.

La navaja atraviesa la tela de mi abrigo y, con un golpe sordo, la hoja se clava en el abdomen como si mi piel fuera mantequilla. Abro la boca por inercia tras recibir el impacto. Noto el frío del metal dentro de la carne. Pero desaparece enseguida, y lo sustituye un calor que me abrasa. Es una explosión de dolor. Y luego, el dolor se vuelve tan intenso que me quedo sin aire.

—¡Cody!

Es mi madre quien grita mi nombre. Intenta levantarse y cogerme, pero Holt, sin soltar la navaja, vuelve a apartarla con la otra mano y la lanza de otro empujón al suelo.

Yo quiero gritar. Pero no puedo. Apenas consigo respirar. El aire pasa por mi garganta como si lo hiciera a través de una pajita. Siento que no es suficiente. Que cada vez tengo más calor. Que la cabeza empieza a darme vueltas. Lo único que sí puedo hacer es mirar la mano de Holt, que sigue empuñando la navaja con fuerza.

La habitación del hotel empieza a inclinarse peligrosamente hacia un lado. Y todo lo que me rodea (Holt, mi madre, las camas, la mesita de noche) cae por un tobogán que nunca acaba.

Mi hermano empuja la navaja para que termine de penetrar en mí.

El calor se hace insoportable. El dolor apaga poco a poco mi cuerpo.

—Te dije que cumpliría mi promesa —susurra.

Holt me contempla un instante, sorprendido de sí mismo. Su ira parece vaciarse como un recipiente al que le abren un agujero. Después, despacio, retira la navaja. Noto el filo de la hoja quemándome la piel. El metal rasga el interior de mi carne y el dolor vuelve a explotar.

La mano con la que empuña el arma se tiñe de un rojo brillante.

Noto la sangre caliente expandiéndose y humedeciendo la tela. La cabeza cada vez más pesada. Y luego siento que mis piernas no son mías, que no me responden.

Holt da un paso atrás al ver que caigo de rodillas al suelo.

Se oyen unos pasos rápidos. A los pasos, les sigue un grito desgarrador.

Es él.

Alastair está aquí.

Me sujeta en sus brazos antes de que termine de desplomarme del todo en el suelo.

Holt deja caer la navaja sobre la moqueta y sale corriendo de la habitación. Alastair ni siquiera intenta detenerlo. No lo hace porque está ocupado conmigo.

—Alastair... —susurro, con los ojos entrecerrados—. Has venido...

—Sí, claro que he venido. Y no pienso separarme de ti, ¿me oyes?

Y entonces le grita a mi madre:

—¡Llama a una ambulancia!

Ella coge el móvil con manos temblorosas.

Alastair me quita el abrigo lo más rápido que puede para tener acceso a la herida, y, al levantarme la sudadera hasta el pecho, suelta un grito ahogado.

—Dios mío, Cody. Joder, joder, joder.

—¿Tan mal estoy? —pregunto, casi sin voz.

—Te... te pondrás bien —dice inseguro.

Entonces bajo los ojos.

Mi camiseta está cubierta de sangre.

Los vuelvo a subir. La mirada de Alastair es de terror. No recuerdo haber visto a alguien mirarme con tanto miedo. Es la expresión de un ciervo al que están a punto de atropellar. Puedo ver los faros del

coche impresos en sus ojos. Puedo ver la desesperación y la oscuridad llenándolo todo en un segundo.

Lleva las manos a la herida para intentar cortar la hemorragia. Se oye un sonido pringoso cuando sus palmas me aprietan con fuerza el abdomen. La sangre, imposible de contener, chorrea y empieza a dibujar un círculo granate que crece y se expande en la moqueta.

Mi madre pide la ambulancia.

—Llegan en tres minutos —dice.

—¿Oyes eso, Cody? —Alastair me sigue hablando para mantenerme consciente—. Van a llegar enseguida. Y te vas a poner bien. Lo vamos a conseguir, mi amor. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—Me... me estoy muriendo —respondo sin fuerzas.

—¡No! —dice él—. Te juro que no voy a dejar que mueras. Tú no te puedes morir. Si tú mueres, yo muero. Por favor, mi amor, aguanta un poco más.

Mi madre no dice nada. No se mueve. Se ha quedado paralizada.

—Eh, no, no, no cierres los ojos —me pide Alastair, cada vez más angustiado, mientras me sostiene contra su pecho.

Noto su corazón latiendo en mi espalda. Pero los latidos del mío son cada vez más débiles. Siento que se abre un agujero en el suelo y que Alastair no me deja caer por él, que me retiene consigo, con uñas y dientes, para que no me vaya.

Escucho la sirena de la ambulancia.

—¡Aguanta, Cody, joder! —dice, desesperado.

Sigue apretándome el abdomen con las manos para intentar cortar la hemorragia. Pero hay tanta sangre, y yo me siento tan débil, que no creo que vaya a poder seguir despierto mucho más.

—Eh, Cody —dice—. No, no. Mírame. Por favor, no dejes de mirarme. La ambulancia ya está aquí. Están subiendo. ¡Te vas a poner bien!

Aunque hago un esfuerzo titánico por mantenerlos abiertos, al final me resulta imposible. Los párpados me pesan demasiado.

—¡Cody, mi amor! —me llama Alastair—. Quédate conmigo.

El techo empieza a girar.

La sombra se alza y comienza a taparlo todo.

—¡NO! —grita él—. ¡Abre los ojos! ¡Cody, te lo suplico! ¡No te duermas!

En lugar de caer por un agujero, me quedo flotando en mitad de la nada.

Siento que Alastair cada vez está más lejos. Me está abrazando, pero ya no me está abrazando a mí. Está abrazando mi cuerpo.

68

Alastair

La fragilidad del ser humano

La luz del sol entra por la ventana e ilumina las paredes blancas del hospital. Estoy en la sala de espera de cuidados intensivos. Han pasado más de doce horas desde que vi cómo se llevaban a Cody inconsciente en una camilla.

Todavía no me han dejado verlo. Ni siquiera han dejado pasar a su madre. Ella también está aquí, la tengo justo en frente, tumbada a lo largo de tres sillas idénticas a la que estoy sentado yo, dormida.

Yo no he descansado en toda la noche, y sigo sin comprender cómo ella es capaz de hacerlo cuando la vida de su hijo pende de un hilo.

Escucho unos pasos por el pasillo y me pongo de pie. Es un médico de guardia. Intento sacarle algo de información.

—Aún no hay un pronóstico claro —dice.

—¿Cuándo voy a poder verlo?

—No lo sé. Todavía no. Después.

Tengo la impresión de que ese «después» puede ser una eternidad.

El médico desaparece tras una puerta a la que tengo prohibido el acceso, y yo vuelvo a sentarme en la silla.

Hace unas horas me he metido en el baño para limpiarme la sangre. Me he rascado con las uñas hasta que los dedos me han quedado completamente limpios. No podía soportar ver su sangre impresa en mis manos. Era como volver reiteradamente al momento en el que su cuerpo yacía sobre el mío en la habitación del hotel. Creí que, al limpiarme, la última imagen que guardo de él desaparecería.

Pero no.

Me quedo un largo rato mirando a la madre de Cody, que sigue dormida. La postura que ha adoptado su cuerpo me recuerda a la primera imagen que tengo de ella, también dormida, en el salón de su apartamento. El brazo colgando, pero ahora, su mano, en lugar de estar enterrada en una bolsa de Cheetos, descansa sobre el suelo brillante y frío del hospital.

Cierro los puños. La impotencia se mezcla con la angustia y me ata nudos en la garganta. Sé que está enferma, pero me dan ganas de gritarle y recriminarle que, por su culpa, Cody podría morir.

Una hora más tarde llega un médico a hablar con nosotros. Despierto a la madre de Cody, y entonces el médico la mira a ella y le dice:

—Su hijo está en coma inducido.

La mujer empieza a llorar.

A mí se me cae el alma a los pies.

El médico trata de tranquilizarla y le explica que esa es la mejor opción para reducir el daño, que su hijo necesita descansar.

—Pero ¿se va a despertar?

Los dos nos quedamos mirándolo. Él inspira profundamente antes de decir:

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta. Ahora, lo único que podemos hacer es esperar.

69

Alastair

Un pulso a la vida

La primera vez que me dejan ver a Cody, me acerco a la cama de hospital en la que está con la sensación de que, cuanto más me aproximo a él, más se aleja de mí.

Veo su rostro apagado.

Veo sus párpados cerrados, que esconden unos ojos marrones y verdes a los que ya no puedo mirar.

Y veo las máquinas que lo rodean y producen pitidos constantes.

—Hola, Cody —le digo—. Soy yo. Soy Alastair. Estoy aquí, contigo.

Elimino en mi mente todos esos tubos que están conectados a su cuerpo y que lo mantienen con vida. Quiero verlo solo a él. Y entonces me doy cuenta de que él ya no es él. Parece una réplica de la persona de la que me he enamorado. Lo tengo justo delante, es más, estoy tan cerca que cojo su mano y la aprieto con fuerza, pero siento que no lo estoy tocando a él, sino a lo que queda de sí mismo, lo que los médicos han conseguido salvar.

Es como si le hubieran cosido una parte del alma a los pies para que no abandone su cuerpo por completo.

Lloro como si Cody hubiera muerto.

70

Alastair

Libertad

La policía detuvo a Holt la misma noche en la que apuñaló a Cody.

Nos llaman a su madre y a mí para que vayamos a testificar poco después de que los dos hayamos podido ver a Cody en cuidados intensivos. Nos toman declaración por separado, en una sala pequeña con una mesa y dos sillas enfrentadas.

—¿Por qué estabas en el hotel? —me pregunta el agente que lleva el caso.

—Porque acababa de quedar con Cody. Él me llamó poco después de que nos despidiéramos.

—¿Te dijo algo?

—No, no habló directamente conmigo, oí cómo hablaba con su hermano y con su madre. Solo me llamó para advertirme de que él estaba en peligro.

También le cuento que no es la primera vez que Holt intenta matarlo, y que si él nunca ha denunciado a su hermano es por su madre.

El hombre toma anotaciones y, después de empujar sus gafas de pasta azules por el puente de su nariz, me mira a los ojos y pregunta:

—¿Por qué no llamó a la policía?

—¿Y cortar la llamada? No. Necesitaba saber qué estaba pasando mientras corría de vuelta al hotel.

—¿Y qué fue lo que escuchó?

—Que Holt tenía la intención de matar a Cody. Y a Cody y a su madre intentando convencerle de que no lo hiciera.

—Entonces, ¿subiste a la habitación... a pesar de que sabías que había un hombre armado?

—Sí.

—¿Y no pensaste en que tú también podrías haber acabado igual que tu amigo?

—Es mi novio. Y no, no lo pensé. Supongo que nadie sabe cómo va a reaccionar en estos casos hasta que se ve metido en uno. Cuando me llamó, yo solo pensaba en que debía protegerlo. Tenía que impedir que Holt le hiciese daño. Pero llegué demasiado tarde.

—¿Qué pasó entonces?

—Cody se desplomó, vi que estaba sangrando. Intenté cortar la hemorragia.

—Le salvaste la vida.

—Se la salvaron los médicos. Si la ambulancia no hubiera llegado tan rápido, Cody habría muerto desangrado en mis brazos.

Esa noche, regreso a casa de mis padres.

Ellos ponen el grito en el cielo.

Solo que, esta vez, yo grito más alto. Y les digo cómo van a ser las cosas a partir de ahora.

Les digo que no pienso casarme con Blair.

Les digo que soy gay y que estoy enamorado de Cody.

Les digo que renunciaría a todo por estar con él.

—Cariño —dice mi madre, con un tono que finge ser compasivo pero suena condescendiente—, tu padre y yo entendemos que esto esté siendo muy duro para ti. Sabemos que lo que le ha pasado a ese chico es... horrible. Y ojalá salga del coma. Pero no puedes renunciar a tu futuro por él.

—No pienso separarme de él —respondo sin titubear y con firmeza, mirándolos a los dos—. Me da igual si para ello tengo que renunciar a mi apellido, a mi trabajo y a la herencia.

Mi padre está rojo de rabia, pero intenta hablar sin gritar.

—Escucha lo que ha dicho tu madre. Ese chico solo te va a meter en problemas. Primero fue la pelea en el ático... y ahora *esto*. ¿No ves lo inestable de estar con alguien como él? Viene de un mundo que te es totalmente ajeno, un mundo de drogas y delincuencia, familias desestructuradas... Además, ¿qué estudios tiene? ¿En qué trabaja? ¿Tiene recursos? Ese chico no puede ofrecerte estabilidad, Alastair, no comparte los valores que te hemos inculcado nosotros, no es... no es un buen partido para ti.

—Intenta ser razonable y pensar con la cabeza —dice mi madre, más nerviosa—. Si al final decides quedarte con él..., lo perderás todo. ¿Entiendes qué significa eso?

—No podrás seguir trabajando en la empresa familiar —completa mi padre—. Tampoco podrás seguir viviendo en esta casa. Piensa muy bien si te merece la pena perderlo todo.

En ese momento, recuerdo algo que me dijo Cody que me hizo sonreír. Y, con la confianza de quien recupera un poder que le ha sido robado, suelto las cadenas y les digo a los dos:

—Cada uno elige el desastre que quiere abrazar. Y, en realidad, con esta decisión no solo lo estoy eligiendo a él. También me estoy eligiendo a mí. Porque esto es algo que debería haber hecho hace muchos años.

Voy directo a mi habitación y cojo la maleta, que sigue sin abrir desde el fin de semana en la casa de campo. Tiro de ella y escucho a mi padre gritar hecho una furia:

—¡Alastair Everscourt! ¡Si sales por esa puerta, no volverás a entrar!

—En ese caso, esto es un adiós.

Cuando atravieso la puerta sé que no lo hago solo.

Mi abuela está conmigo.

Y comprendo que no necesitaba un medallón de oro para sentirla cerca, sino atreverme a empezar el primer capítulo de esa nueva vida que ella siempre deseó para los dos.

71

Alastair

Por fin

—Lo he hecho —le digo a Cody al día siguiente—, ayer me enfrenté a mis padres.

Echo un rápido vistazo al monitor que mide sus funciones vitales antes de volver a fijar la vista en él.

—He renunciado a mi legado. He roto con todas las cadenas. Ahora estoy buscando un apartamento y trabajo porque voy a empezar de cero. Y cuando despiertes espero que me perdones y que podamos volver a empezar los dos juntos.

Me duele ver a Cody conectado a todos esos tubos. No quiero recordarlo así. Quiero recordarlo como el chico que transformó el odio que sentía en amor, que lo desordenó todo, con el que compartí una pizza en lo alto de un mirador y que me enseñó la lección más importante de todas: la puerta de la jaula en la que me sentía atrapado siempre ha estado abierta, el problema era que me daba miedo cruzarla y que se cerrase tras de mí, no tener adónde volver.

Pero lo he hecho.

Por fin he salido de la jaula.

72

Alastair

Juicio social

La madre de Cody terminó admitiéndolo todo. Confesó a la policía que la cicatriz que su hijo tenía en el ojo izquierdo se la había hecho Holt, y que era cierto que le había pedido que no lo denunciase.

Como el caso ha saltado a los medios tras conocerse mi implicación, sus declaraciones generan un gran debate, tanto entre los tertulianos de programas de televisión como en las redes sociales. Hay quienes entienden su posición. Otros la llaman mala madre.

Las opiniones están divididas.

Mientras aguardo en la sala de espera a que me dejen volver a estar con Cody unos minutos, empiezo a ver en el móvil uno de esos programas en los que los tertulianos debaten sobre el «caso Cody» (así lo llaman) y los límites entre las relaciones familiares.

Una mujer mayor, rellenita y con gafas de pasta rojas, se enfrenta a uno de sus compañeros:

—Un hijo siempre tiene que estar con su madre —dice—. Las madres son sagradas.

El hombre menea la cabeza y se pone de pie.

—Una buena madre nunca le pediría a un hijo que se sacrificara de esa manera. Lo que debería haber hecho ese chico es alejarse de

ella, por muy doloroso que le resultara.

Deslizo el dedo por la pantalla y me meto en las redes sociales. #ElCasoCody es *trending topic*. Leo algunos tuits:

> La que debería estar en coma es la madre, no ese pobre chico que no ha hecho nada.

> A ver, que el otro también es hijo suyo. Es evidente que lo que ha pasado es horrible, y a mí me da mucha pena el chico que está en coma, pero hay que entender que esa mujer es madre de los dos y que estaba desesperada.

> Si alguien es capaz de hacerle eso a su hijo, para mí deja de ser su madre.

> Lo que no entiendo es que esta señora esté en libertad. Debería estar en prisión por ser cómplice!! Es que no lo veis? Pero si está clarísimo que han intentado matarlo entre los dos...

> Que esa mujer está ENFERMA. Dónde están ahora todos los que defienden la salud mental? Ah, ya... que solo habláis de salud mental cuando os interesa xddd.

> Salud mental?????? Esa señora MANIPULÓ a su hijo para que no denunciase a su hermano!!! Por su culpa hay un chico en coma que no se sabe si saldrá adelante o no.

Bloqueo la pantalla y giro la cabeza hacia la puerta cerrada que hay a mi derecha.

Dentro está Cody.

Consulto el reloj y pienso en el tiempo que llevo esperando. Y luego me siento fatal al caer en que, para él, el tiempo ya no existe.

73

Alastair

Cuando despiertes

La luz del sol hace que su piel parezca mucho más pálida. También tiene las facciones más marcadas. Cody lleva una semana hospitalizado y es como si su cuerpo hubiera empezado a consumirse.

—Hoy traigo buenas noticias —le digo, intentado ocultar lo nervioso que me pone comprobar que sigue rígido y en la misma posición, y fingiendo una alegría que no me llega a los ojos—. Es oficial: Holt ha sido condenado. Lo han anunciado en la televisión hace un momento.

Le cojo la mano.

—Menudo revuelo has montado, ¿eh?

Le doy un apretón antes de seguir hablándole al oído.

Después le coloco un mechón de pelo negro detrás de la oreja, con cuidado de no tocar ninguno de los tubos que lo mantienen conectado a las máquinas.

—Te lo cuento para que sepas que, cuando despiertes, no tendrás que preocuparte más por él. No tendrás que huir de nadie. Y, además..., me tienes a mí. Yo nunca voy a volver a dejarte. También quería pedirte perdón por eso —digo—. Perdóname, Cody. Creía que teníamos todo el tiempo del mundo por delante... y se me olvidó

que la vida es ahora. Y que lo único que tenemos seguro es el presente. Perdón. Ahora lo sé. Y también, gracias a ti, he descubierto que hay un miedo más grande que enfrentarme a mis padres. Y es el miedo a perderte. No te puedo perder porque..., joder. Porque yo tampoco me imagino una vida sin ti.

74

Alastair

La eterna espera

Blair me escribe para decirme que está en la cafetería del hospital.

—Tú... ¿cómo estás? —me pregunta con delicadeza.

—Bien —miento—. Estoy bien.

Sé que, pese a todo, ella es la única amiga de verdad que tengo, pero en este momento no me apetece desahogarme y confesarle el miedo que me da perder a Cody.

A pesar de ello, agradezco enormemente su visita, y le cuento dónde trabajo y vivo ahora.

—¿No te da vértigo, Alastair?

—¿El qué?

Duda un instante hasta que encuentra la palabra que busca.

—Improvisar.

Sonrío con tristeza.

—He tenido un buen maestro.

Cuando vuelvo a la habitación de Cody, se me llenan los ojos de lágrimas.

—Por favor —sollozo—, necesito que despiertes. Necesito que te quedes conmigo.

Cojo su mano. Llevo haciéndolo todos los días desde hace dos meses. Está fría. Me la llevo a los labios y soplo para que mi aliento la caliente un poco.

Después me quedo mirándolo en silencio.

Hablo con él.

Le cuento cómo me va en la nueva empresa.

Le cuento cómo he decorado mi nuevo apartamento.

Le cuento que estoy pensando en adoptar un perro.

No le cuento que me agobia el silencio que hay cuando llego a casa. O que a veces me despierto en mitad de una pesadilla gritando su nombre.

Y luego le repito lo que le digo todos los días:

—No pienso separarme nunca de ti. Voy a seguir viniendo hasta que abras los ojos. Solo te pido una cosa: que seas fuerte. No puedes rendirte ahora. Te echo muchísimo de menos, Cody. Y estoy contando los segundos para que despiertes y pueda pasar el resto de mi vida contigo.

Se lo digo todo al oído. Como siempre.

Si hay alguna posibilidad de que me esté escuchando, quiero asegurarme de que mi voz llegue hasta él.

75

Alastair

Las dos partes

Cody lleva tres meses en coma.

Siento que me lo llevo conmigo a todas partes. Que me acompaña a la nueva oficina en la que trabajo. Que está sentado a mi lado cuando me pongo a tocar el teclado que le regalé en el salón de mi apartamento. Que está conmigo cada vez que abro el grifo y me quedo mirando cómo la bañera se llena de agua caliente hasta el borde.

La noche es lo peor de todo.

Durante el día una parte de mí está con él y la otra intentando seguir con mi nueva vida. Pero cuando llega la noche las dos partes le pertenecen.

Me despierto con el brazo completamente estirado buscando su cuerpo.

Un día, después de trabajar, voy al MET. Entro en la galería de Pintura Europea y me siento en el banco en el que Cody y yo nos dimos nuestro primer beso, frente a mi obra favorita.

Escucho su voz en mi cabeza.

«Cuando te miro a los ojos, tengo la misma sensación que cuando miro al hombre del cuadro. Te miro... y me parece ver a alguien a quien le gustaría ser otra persona».

Me doy cuenta de que ahora yo soy otra persona. De que he cambiado.

Me doy cuenta de que, si no hubiera conocido a Cody, seguiría atrapado en una vida en la que no era feliz.

Echo la vista atrás hasta dar con el último recuerdo en el que he sido feliz con él. Y siento que ha pasado un abismo desde nuestra escapada de fin de semana. De ese par de días en los que los dos vivimos un amor que ahora parece imposible de recuperar.

76

Alastair

El principio del odio

Es un jueves por la tarde. Estoy en la habitación del hospital con el teclado, tocando para Cody. Llevo haciéndolo los últimos dos meses. Pienso que así será más fácil que despierte. Durante dos o tres canciones, la habitación se llena de música y yo dejo de escuchar el maldito pitido del monitor al que su cuerpo está conectado.

La canción termina. Apago el teclado, me levanto, lo apoyo en la silla y me tumbo en la cama con él.

Miro la cicatriz de su rostro.

Sus ojos cerrados. Su boca relajada.

La sábana blanca que le cubre el pecho.

Deseo con todas mis fuerzas que abra los ojos.

Pero él sigue dormido.

Luchando por sobrevivir.

Y yo siento que cada día sin él es despertar en la misma pesadilla que se repite una y otra vez.

Tengo las uñas mordidas, el pelo despeinado y los ojos inyectados en sangre de tanto llorar.

—Te prometo que si sales de esta nos vamos a vivir juntos. Te vienes a mi apartamento. Y no es una opción. Me prometiste que eras mío, así que te llevaré conmigo. Y te enseñaré a tocar en el

piano todas las canciones que he estado ensayando para ti mientras te esperaba. Eso también es una promesa. Como puedes ver, mi lista de promesas no deja de aumentar. Vamos a necesitar una vida entera juntos para cumplirlas todas.

Me quedo mirando el techo de la habitación del hospital, pegado a su cuerpo.

De pronto me parece que la respiración de Cody cambia.

Me vuelvo hacia él con el corazón en un puño.

Escucho un suspiro.

—Alas...

Casi inaudible.

Pero ahí está.

Me quedo muy quieto, mirándolo de cerca.

Los ojos de Cody se mueven debajo de los párpados.

Y luego, muy despacio, como si le costara un mundo hacerlo, los abre.

Primero parpadea.

Después me devuelve una mirada que es una mezcla de verdes y marrones.

Y entonces sonríe.

Es una sonrisa pequeña y frágil.

Pero es suya.

Y me la está regalando.

Su voz, esa que, después de tantos meses, no sabía si volvería a oír, lanza otro susurro que suena más suave que el anterior, y, aun así, logra llenar mi corazón como si hubiera vuelto a nacer.

—Alas... Alastair.

No me atrevo a respirar.

Apoyo la frente contra la suya y empiezo a llorar como un niño pequeño.

—¿Por qué lloras? —me pregunta él.

Me separo un poco para mirarlo de nuevo.

—Creí que te perdía para siempre.

—No podía irme tan pronto —dice—. Hay un montón de promesas que tenemos que cumplir.

Sonrío y me enjugo las lágrimas.

—¿Por cuál empezamos?

—Por la que nos lleve al principio.

AGRADECIMIENTOS

Escribir los primeros capítulos de esta novela me llevó el triple de tiempo de lo que suelo tardar. Eso, a su vez, hizo que conociera mejor a los protagonistas. Y entonces descubrí que Alastair y Cody tenían muchas más capas de lo que parecía a simple vista, y comencé a imaginar tramas que podían ser exprimidas para sacar lo mejor de cada uno.

La teoría del odio es la historia que más me ha sorprendido mientras la escribía, y, sin duda, la que me ha robado el corazón. Ha sido una experiencia increíble, de quebraderos de cabeza y gritos de alegría cuando sentía que todas las piezas encajaban.

Si echo la vista atrás y vuelvo al principio, a las primeras palabras con las que nacieron «el príncipe» y el chico de la cicatriz, me doy cuenta de que era necesario que yo transitara por el proceso al que me enfrenté como escritor para poder ejecutar la novela como merecía, que no podría haber sido de otra forma.

Ahora, cuando me piden que les recomiende uno de mis libros para empezar a leerme, siempre les hablo de esta historia.

Quiero darle las gracias a Borja, quien ha estado conmigo, apoyándome siempre, y ha vivido todo el proceso a mi lado. Borja, esta novela te la dedico a ti.

Gracias a mi editora Irene, por confiar en mí sin haber trabajado antes conmigo y darme la oportunidad de publicar una vez más con

Planeta.

Gracias a Dani, por nuestras llamadas telefónicas en las que hablamos de libros, pero también por ser mi mayor confidente de las historias que suceden fuera del papel.

Gracias a todo el equipo de Crossbooks, por hacer posible que este libro llegue a más personas.

Y gracias a ti, por leer *La teoría del odio*. Escribí esta historia con la intención de que todos podamos hacer una introspección que nos lleve a hacer las paces con nuestro pasado. Espero que te haya gustado y poder regresar pronto con nuevas historias. Hasta entonces, quiérete mucho y nunca olvides cuidar de ti.

La teoría del odio
Iñigo Aguas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Iñigo Aguas, 2026

© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibrosjuvenil.com

© Ilustración de cubierta: Elena Pancorbo

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31654-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta